

**POR LA REVOLUCIÓN
INTERNACIONAL**

**LOS CONSEJOS OBREROS EN ALEMANIA
Y EN HUNGRÍA (1918-1923)**

Rob Steinklopper, Mario Schimmel,
Carlo Mir, Colin D. Ward

POR LA REVOLUCIÓN INTERNACIONAL

LOS CONSEJOS OBREROS
EN ALEMANIA Y EN HUNGRÍA

(1918-1923)



Steinklopfel, Rob

Por la revolución internacional : los consejos obreros en Alemania y Hungría, 1918-1923 / Rob Steinklopfel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros de Anarres, 2019.

254 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-1523-34-4

1. Historia de Europa. 2. Sociología. 3. Marxismo. I. Título.
CDD 940

Ilustraciones de tapa: *Wählt Spartakus* [*Elegid Spartakus*] Karl Jacob Hirsch (1919) / *Bitangok! Ezt akartatók?* [*¿Simvergüenzas! ¿Es esto lo que querían?*] Mihály Biró (1919)

Corrección: Guadalupe Alfaro

Diseño: Hernán Villasenín

© **Libros de Anarres**
Av. Rivadavia 3972. C1204AAR
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
R. Argentina
Teléfono: 4981-0288
edicionesanarres@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

PRESENTACIÓN

Primero, agradecemos a la editorial por ofrecernos la posibilidad de dar a conocer a un público más amplio los análisis de la Izquierda Comunista sobre los intentos revolucionarios ocurridos hace cien años, tanto en Alemania como en Hungría.

Con este libro quisiéramos presentar a los lectores un análisis de algunos episodios poco conocidos por el gran público de la oleada revolucionaria, que se propagó principalmente entre los años 1918-1923 por todo el mundo: desde Buenos Aires hasta Canadá, desde Brasil hasta China y por toda Europa, en el contexto de la Fundación de la Tercera Internacional en marzo de 1919: la Internacional Comunista. De estas tentativas nos parece importante resaltar los episodios revolucionarios en Alemania y Hungría que bien hubieran podido cambiar el rumbo de la historia si hubiesen sido exitosas.

El lector encontrará tres partes en este libro: la primera trata de los intentos revolucionarios en Alemania, la segunda habla sobre la revolución en Hungría y en la tercera publicamos dos documentos históricos que no suelen ser lo suficientemente conocidos en el mundo hispanohablante, el programa del KAPD (el Partido Comunista Obrero de Alemania) de 1920 y un análisis del aplastamiento de la revolución en Alemania realizado por *BILAN*, el grupo de la izquierda comunista italiana de 1935.

Una de las armas más eficaces de la burguesía para asegurar su dominación es la de destruir la memoria histórica del proletariado. Muy pocos conocen lo que pasó en Alemania entre 1918-1923. Fue una tentativa de revolución proletaria que tuvo una serie de episodios significativos: la insurrección de noviembre de 1918, que destronó al káiser y obligó a finalizar la barbarie de la Primera Guerra Mundial; la insurrección de Berlín en enero de 1919, en la que Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht fueron salvajemente asesinados; la toma del poder por los Consejos Obreros en Baviera en abril de 1919, que fue aplastada brutalmente; la movilización masiva contra el golpe fascista de Kapp en enero de 1920; las acciones

del Ruhr en marzo de 1921, etc. La tentativa de revolución proletaria en Alemania fue un acto de unidad y solidaridad internacionalista en apoyo al paso dado por los obreros rusos en octubre de 1917.

1. A diferencia de las revoluciones burguesas, que podían tener lugar país por país y con un gran lapso de tiempo entre ellas (Holanda 1621, Inglaterra 1640, Estados Unidos 1776, Francia 1789), la revolución proletaria no puede desarrollarse aislada en un solo país: la revolución proletaria tiene que triunfar a escala mundial, pues de lo contrario está condenada al fracaso y la derrota. En *Los Principios del Comunismo*, escritos en 1847 por Friedrich Engels, éste se pregunta: “¿Es posible esta revolución en un solo país?”, a lo que responde:

No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha nivelado en todos los países civilizados el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania. Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hayan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas. Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.

2. Hoy, cuando con lo que llaman “globalización” los países están aún mucho más entrelazados, cuando el proletariado es una clase de trabajo asociado mundial, pues cada producto fabricado condensa la actividad de un sinnúmero de proletarios de muchos países y sectores productivos, de transporte, servicios, etc., la posibilidad, pero sobre todo la necesidad, de una revolución mundial es aún más candente. En 1918, el triunfo de la revolución en Alemania era clave para el triunfo de la revolución mundial. Sin el concurso de los obreros alemanes, el gran paso dado por sus hermanos rusos estaba abocado al desastre. Fue el aplastamiento de

la revolución en Alemania lo que llevó a la derrota de la revolución en Rusia, que tomó la forma que hoy conocemos: no mediante la victoria de los rusos blancos y los mencheviques sobre el poder de los sóviets sino por degeneración oportunista del partido bolchevique y la entrega del bastión conquistado –el poder soviético en Rusia– a la contrarrevolución capitalista mundial. Lo que ocurrió en Alemania entre 1918 y 1923 fue una clara confirmación de las perspectivas del marxismo: la revolución proletaria es mundial y necesita de la participación decisiva de los proletariados de los países centrales.

3. Esto sucede no solamente por la fuerza que da la enorme concentración productiva en grandes ciudades, sino también por la experiencia que proporciona de lucha y de conocimiento de las maniobras políticas e ideológicas que realiza la burguesía para mantener su dominación y aplastar los intentos del proletariado. En Alemania, los esfuerzos de los obreros por desarrollar la revolución podían abrir la llave para una extensión mundial que tendría ecos en una serie de países: Hungría, Austria, Italia, España, Estados Unidos, Canadá, Argentina, Brasil y Bulgaria.

La burguesía mundial, y no solamente la burguesía alemana, comprendió el peligro que planteaba la situación revolucionaria en Alemania y se empleó a fondo. Contó con el concurso vital del partido traidor, pasado con armas y bagajes al frente del capital: el Partido Socialdemócrata Alemán, el famoso SPD. Este ocupó el poder desde noviembre de 1918, sabotó la organización de los Consejos Obreros, organizó los Cuerpos Francos, milicia burguesa donde ingresaron muchos de los que luego serían jefes del régimen nazi, lanzó una represión que se calcula causó la muerte de decenas de miles de obreros. Fue secundado por los sindicatos que cerraron filas en defensa del capital. La guerra de 1914 y luego la revolución de 1918 sellaron con sangre una lección terrible que tiene que estar presente en las luchas obreras desde entonces: los partidos socialistas y los sindicatos son órganos del capital, encargado especialmente de sabotear y aplastar la lucha de la clase obrera.

Asimismo, damos a conocer a los lectores unos textos sobre las posiciones defendidas por la corriente del “sindicalismo revolucionario” en Alemania de aquella misma época.

En la segunda parte incluimos unos artículos sobre la revolución en Hungría, un episodio de la oleada revolucionaria bastante desconocido. La tentativa revolucionaria del proletariado húngaro tuvo una fuerte motivación

internacional. Fue el fruto de dos factores: la situación insostenible provocada por la guerra y el ejemplo arrebatador de la Revolución de Octubre de 1917 y los intentos revolucionarios en Alemania.

El ejemplo ruso despertó una ola de entusiasmo y de esperanza en todo el proletariado mundial. Contra el virus mortal del capitalismo, sumergido en el caos, los obreros tenían un antídoto liberador: la lucha revolucionaria mundial siguiendo el ejemplo de Octubre de 1917. Hungría, que todavía pertenecía al Imperio Austrohúngaro y figuraba dentro del bando perdedor de la guerra, padecía esa situación de forma extrema pero, al mismo tiempo, el proletariado, fuertemente concentrado en Budapest, que poseía la séptima parte de la población del país y casi el 80% de su industria, se manifestó enormemente combativo. Igual que en Alemania, la revolución fue combatida por las tropas de la Entente que intervinieron con una enorme crueldad para aplastarla. La represión fue terrible y bestial.

Hay muchas otras lecciones que nos ofrecen las experiencias revolucionarias en Alemania y Hungría que no vamos a desarrollar aquí porque los artículos que siguen las explican ampliamente y en profundidad.

En la tercera parte publicamos dos textos históricos que son testimonios de dos momentos cruciales del movimiento revolucionario en Alemania: el programa del KAPD en 1920, en aquella época el programa más claro del movimiento obrero por la revolución, y el análisis de *BILAN* en 1935, que presenta de la manera más lúcida las razones de su aplastamiento y las terribles consecuencias para la humanidad: la amenaza de la devastadora Segunda Guerra Mundial.

Corriente Comunista Internacional, diciembre de 2019.
<https://world.internationalism.org/es>

PRIMERA PARTE

1919-1923

CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN
EN ALEMANIA*

* Traducción del inglés: Grupo editor de la *Revista Internacional*.

INTRODUCCIÓN

Revolución en Alemania - Hace cien años, el proletariado hizo temblar a la burguesía

Un título así puede parecer hoy muy curioso en relación a cómo ha caído en el olvido aquel inmenso acontecimiento histórico. La burguesía ha logrado borrarlo de la memoria obrera. Y eso que, en 1918, todas las miradas estaban puestas en Alemania, unas miradas esperanzadas en el proletariado, y otras miradas horrorizadas en la burguesía.

La clase obrera acababa de tomar el poder en Rusia: octubre de 1917, los sóviets, los bolcheviques, la insurrección... Sin embargo, como escribe Lenin:

La Revolución Rusa es sólo un destacamento del ejército socialista mundial, y el éxito y el triunfo de la revolución que hemos logrado depende de la acción de ese ejército. Es un hecho que ninguno de nosotros olvida [...]. El proletariado ruso es consciente de su aislamiento revolucionario y ve claramente que su victoria tiene como condición indispensable y premisa fundamental la intervención unida de los obreros de todo el mundo. (Informe a la Conferencia de los Comités de Fábrica de la Provincia de Moscú, 23 de julio de 1918).

Alemania es el “cerrojo” entre el Este y el Oeste. Una revolución victoriosa en ese país y se abre la puerta de la lucha de clases al resto del viejo continente, extendiéndose las llamaradas revolucionarias por Europa. Ninguna burguesía quiere que tal puerta “se descerraje”. Por eso la clase dominante concentrará en ella todo su odio acompañado de las trampas más sofisticadas: la revolución del proletariado en Alemania fue el mayor reto para el éxito o el fracaso de la revolución mundial que se había iniciado en Rusia.

La fuerza de la clase obrera

1914. Se desata la Primera Guerra Mundial. Le siguen cuatro años durante los cuales el proletariado soportó la, hasta entonces, peor carnicería de la historia de la humanidad: trincheras, gas, hambre, millones de muertos... Cuatro años en que los sindicatos y la socialdemocracia

se aprovecharon de su glorioso pasado proletario –que traicionaron en 1914 para dar su vergonzoso apoyo al esfuerzo bélico de la burguesía– y de la confianza depositada en ellos por los obreros en nombre de ese mismo pasado, para imponerles los peores sacrificios y justificar el esfuerzo bélico.

Durante esos cuatro años, sin embargo, también la clase obrera desarrolla gradualmente su lucha. En todas las ciudades, las huelgas y los disturbios en el ejército siguen aumentando. Por supuesto, por otro lado, la burguesía no permanece inerte, incluso toma represalias feroces. Los líderes de las fábricas, delatados por los sindicatos, son arrestados. Los soldados son ejecutados por indisciplina o desertión.

1916. El 1º de mayo, Karl Liebknecht clama: “¡Abajo la guerra! ¡Abajo el gobierno!”. Encarcelan a Rosa Luxemburg, al igual que a otros revolucionarios: Meyer, Eberlein, Mehring¹ (¡entonces de 70 años!). Karl Liebknecht² es enviado al frente. Pero la represión no es suficiente para silenciar el descontento... ¡todo lo contrario! Hay cada vez más disturbios en las fábricas.

1917. Los sindicatos son cada vez más criticados. Aparecen los *Obleute*, delegados sindicales “de base” que han roto con la gestión de las centrales sindicales. Los obreros en Alemania se inspiran especialmente en el arrojo de sus hermanos de clase del Este, del aliento de la Revolución de Octubre, cuyo calor se siente cada vez más.

1918. La burguesía alemana es consciente del peligro; sabe que, ante todo, el atolladero de la guerra debe cesar. Pero la parte más atrasada de la clase dominante, proveniente de la aristocracia, y en particular de la aristocracia militar, no entiende la maniobra y sus intereses políticos y rechaza todo acuerdo de paz o toda derrota. En concreto, en noviembre, los oficiales de la Marina, con base en Kiel, se niegan a rendirse sin luchar, prefiriendo morir “por el honor”.... ¡con sus soldados, por supuesto! Los marineros se amotinan en varios buques y, en muchos de ellos también ondea la bandera roja. A los barcos “no gangrenados” se les ordena, entonces, disparar. Los amotinados se rinden, negándose a volver sus armas contra sus hermanos y hermanas de clase. Esto los

¹ Los tres pertenecían a la minoría del SPD que se negó a votar los créditos de guerra y su unieron a la Liga Espartaco (Spartakusbund).

² Él y Rosa Luxemburg fueron los dos dirigentes más conocidos y perseguidos de la Liga Espartaco.

expone a la pena de muerte. En solidaridad con los condenados, una ola de huelgas se extiende, afectando a los marineros y luego a los obreros de Kiel. Inspirada por la Revolución de Octubre, la clase obrera toma el control de sus luchas y crea los primeros consejos de marineros y obreros. La burguesía llama entonces a uno de sus más leales perros guardianes: la socialdemocracia. Así, Gustav Noske, líder del SPD, especialista en asuntos militares y en el “mantenimiento de la moral de la tropa” (¡sic!), fue enviado a la zona para calmar y sofocar el movimiento. Pero ya era demasiado tarde. Los consejos de soldados difunden sus demandas: un movimiento espontáneo se extiende primero a otras ciudades portuarias y luego a los principales centros obreros del Ruhr y Baviera. La extensión geográfica de las luchas está en marcha. Noske ya no puede actuar de frente. El 7 de noviembre, el Consejo Obrero de Kiel llama a la revolución, proclamando: “El poder está en nuestras manos”. El 8 de noviembre, casi todo el noroeste de Alemania está en manos de los Consejos Obreros. Al mismo tiempo, en Baviera y Sajonia, los acontecimientos impulsan a la dimisión a los pequeños caciques locales. En todas las ciudades del Imperio alemán, desde Metz hasta Berlín, se van extendiendo los Consejos Obreros.

Es precisamente la generalización de ese modo de organización política, verdadero motor de la lucha de clases, lo que hace temblar a la burguesía. La organización de la clase en Consejos Obreros con representantes elegidos, responsables ante la asamblea y revocables en cualquier momento, es un modo de organización muy dinámico. Es nada menos que la expresión de un verdadero proceso revolucionario. Es el lugar donde toda la clase obrera, de manera unitaria, discute sobre su lucha y el control de la sociedad, sobre la perspectiva revolucionaria. La experiencia de 1917 ha hecho que la burguesía lo haya entendido muy bien. Por eso empieza a pudrir estos Consejos Obreros desde dentro, aprovechando las todavía muy grandes ilusiones que la clase obrera alberga hacia su antiguo partido, el SPD. Noske resulta elegido a la cabeza del Consejo Obrero de Kiel. Esta debilidad de nuestra clase tendrá consecuencias trágicas en las semanas siguientes.

Por ahora, sin embargo, en la mañana del 9 de noviembre de 1918, la lucha sigue desarrollándose. En Berlín, los obreros se movilizan y pasan delante de los cuarteles para llamar a los soldados a que se unan a su causa y delante de las cárceles para liberar a sus hermanos de clase. La burguesía es consciente de que la paz debe ser inmediata y que el régimen

del Káiser debe caer. Ha aprendido de los errores de la burguesía rusa. El 9 de noviembre de 1918, Guillermo II es depuesto. El 11 de noviembre se firma el armisticio.

La lucha obrera en Alemania precipitó el fin de la guerra, pero fue la burguesía la que firmó el tratado de paz utilizando este hecho para ir contra la revolución.

El maquiavelismo de la burguesía

He aquí un resumen muy breve de la relación de fuerzas al comienzo de la guerra civil en noviembre de 1918:

- Por un lado, la clase obrera es altamente combativa. Supo extender los consejos de obreros por todo el país muy rápidamente. Pero alberga todavía muchas ilusiones sobre su antiguo partido, el SPD; incluso deja que semejantes traidores ocupen las más altas responsabilidades en sus consejos, como Noske en Kiel. Las organizaciones revolucionarias, los espartaquistas y los diferentes grupos de la izquierda revolucionaria, dirigen la lucha política, asumen su papel de orientación de las luchas, afirman la necesidad de construir un puente hacia la clase obrera en Rusia, desmascaran las maniobras y el trabajo de sabotaje de la burguesía, reconocen el papel fundamental de los Consejos Obreros.

- Por otro lado, la burguesía alemana, una burguesía muy experimentada y organizada, es consciente de la eficacia que el arma del SPD tiene en sus manos. Sacando lecciones de los acontecimientos en Rusia, identifica claramente el peligro de que la guerra continuase y de que emergieran Consejos Obreros. Por lo tanto, toda la labor de zapa realizada por el SPD será la de interferir en el proceso revolucionario, desviando la lucha hacia la democracia burguesa. Para ello, la burguesía atacará en todos los frentes: desde la propaganda calumniosa hasta la represión más feroz y las múltiples provocaciones.

Y así el SPD se apropia de la consigna de la revolución: “fin de la guerra” y aboga por “la unidad del partido”, haciéndolo todo para que se olvide su papel de primer plano en la marcha hacia la guerra. Al firmar el tratado de paz, el SPD explota las debilidades del proletariado, inculca el veneno democrático y deja de lado lo que era más insoportable para los obreros: la guerra y sus desastres, el hambre. Y, para no hacer las cosas a

medias, la socialdemocracia encuentra un chivo expiatorio adecuado: la aristocracia militar y la monarquía.

Pero el mayor peligro para la burguesía siguen siendo los consejos y la consigna, llegada de Rusia, de “Todo el poder a los sóviets”. La revocabilidad de los delegados era un verdadero problema para la burguesía, porque permitía que los consejos se renovaran constantemente y se radicalizaran. Y así, los consejos sufrieron el asalto de los fieles representantes del SPD, utilizando las ilusiones todavía existentes sobre el viejo partido “obrero”. Los consejos se ven así gangrenados desde dentro, vaciados de su sustancia, por líderes conocidos del SPD (Noske en Kiel, Ebert en Berlín) o no. El veneno democrático se vierte en ellos, en particular con el apoyo al proyecto de elección de una asamblea constituyente. El objetivo es claro: neutralizar los Consejos Obreros, eliminando su carácter revolucionario. El Congreso Nacional de Consejos celebrado en Berlín el 16 de diciembre de 1918 es el mejor ejemplo de esto:

- los delegados de los soldados están sobrerrepresentados en comparación con los delegados obreros, que generalmente estaban mucho más a la izquierda que los soldados (1 delegado por cada 100.000 soldados en el primer caso, 1 por cada 200.000 habitantes en el segundo);

- a la delegación rusa se le niega el acceso al congreso, o sea... ¡fuera el internacionalismo!, y

- se prohíbe el acceso al congreso a los no obreros; es decir, cada miembro aparece con su profesión, de modo que a los miembros de la Liga Espartaco no se les deja entrar (en particular Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht)... ¡Fuera la izquierda revolucionaria! ¡Ni siquiera la presión de unos 250.000 manifestantes hará doblegar al congreso!

El sistema de consejos es una agresión contra el capitalismo y su funcionamiento democrático. La burguesía es plenamente consciente de ello. Por eso actúa así, desde dentro. Pero también sabe que el tiempo no juega en su favor y que la imagen del SPD se está deteriorando. La revocabilidad de los delegados elegidos es un peligro demasiado grande para el SPD, que intenta mantener el control de la situación. Y así tiene que precipitar los acontecimientos, mientras que el proletariado necesitaba tiempo para madurar y desarrollarse políticamente.

Paralelamente a esas maniobras ideológicas, al día siguiente del 9 de noviembre, Ebert y el SPD establecen acuerdos secretos con el ejército para aplastar la revolución. Multiplican las provocaciones, las mentiras y las calumnias para conducir a la confrontación militar. Mentiras y calumnias,

especialmente contra la Spartakusbund, la cual, dicen, “asesina, saquea y llama a los obreros a que derramen de nuevo su sangre...”. A lo que están llamando es a asesinar a Liebknecht y Luxemburg. Crean un “ejército blanco”: los *Freikorps*, o Cuerpos Francos, formados por soldados quebrantados y traumatizados por la guerra que ya sólo vivían del odio ciego como único desahogo.

A partir del 6 de diciembre de 1918, se lanzaron amplias ofensivas contrarrevolucionarias:

- ataque al cuartel general del periódico de Espartaco: *Die Rote Fahne* (*Bandera Roja*),

- intentos de detener a los miembros del órgano ejecutivo de los Consejos Obreros,

- intento de asesinato de Karl Liebknecht,

- escaramuzas sistemáticas durante las manifestaciones obreras, y

- campaña mediática de calumnias y ofensiva militar contra la *Volksmarinedivision* (división de la Marina del Pueblo), compuesta por marineros armados que habían marchado desde los puertos de la costa hacia la capital para extender la revolución y actuar en su defensa.

Pero lejos de asustar al proletariado en marcha, todo eso sólo refuerza la ira de los obreros y arma las manifestaciones de réplica a la provocación. La respuesta es: ¡solidaridad de clase!, y tras esta consigna, el 25 de diciembre de 1918, la manifestación más masiva desde el 9 de noviembre. Cinco días después, se funda en Berlín el KPD, Partido Comunista de Alemania.

Frente a esos fracasos, la burguesía aprende y se adapta rápidamente. A finales de diciembre de 1918, comprende que atacar de frente a las grandes figuras revolucionarias le resulta contraproducente pues fortalece la solidaridad de clase. Decide entonces propalar más rumores y calumnias, a la vez que evita enfrentamientos armados directos y maniobra contra activistas menos conocidos. Luego apunta hacia el jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, que había sido elegido a la cabeza de un comité de soldados en Berlín. Fue destituido del cargo por el gobierno burgués el 4 de enero. Esto se siente inmediatamente como una agresión por parte de los obreros de la ciudad. El proletariado berlinés reacciona masivamente el 5 de enero de 1919: 150.000 personas llenan las calles, lo que sorprende incluso a la burguesía. Pero esto no impedirá que la clase obrera caiga en la trampa de la insurrección prematura. Y a pesar de que el movimiento no fue seguido en otras partes de Alemania, donde

Eichhorn era un desconocido, y ante la euforia del momento, el comité revolucionario provisional,³ en el que están Pieck y Liebknecht, decide esa misma noche lanzar la insurrección armada, en contra de las decisiones del Congreso del KPD. Las consecuencias de esta improvisación son dramáticas: salidos en masa a la calle, los obreros permanecen en ella, sin instrucciones, sin un objetivo preciso y en la mayor confusión. Peor aún, los soldados se niegan a participar en la insurrección, lo cual rubrica su fracaso. Frente a ese error de análisis y a la peligrosa situación que de él se deriva, Rosa Luxemburg y Leo Jogiches defienden la única posición válida para evitar un baño de sangre: continuar la movilización armando al proletariado y llamándolo a rodear los cuarteles hasta que los soldados se movilizan a favor de la revolución. Esta posición se argumenta con el análisis correcto de que aunque el equilibrio político del poder no está a favor del proletariado en Alemania, a principios de enero de 1919, el equilibrio militar del poder sí es favorable a la revolución (al menos en Berlín).

Pero en lugar de intentar armar a los obreros, el “comité provisional” se pone a negociar con el gobierno al que acababa de declarar derrocado. A partir de entonces, el tiempo ya no juega a favor del proletariado, sino a favor de la contrarrevolución.

El 10 de enero de 1919, el KPD pide a Liebknecht y Pieck que dimitan. Pero el daño está hecho. Le sigue la “Semana Sangrienta” o “Semana de Espartaco”. El “golpe comunista” se ve frustrado “por los héroes de la libertad y la democracia”. El terror blanco se instala. Los Cuerpos Francos persiguen a los revolucionarios por toda la ciudad y las ejecuciones sumarias se vuelven sistemáticas. En la noche del 15 de enero, Rosa Luxemburg y Liebknecht son secuestrados por la milicia y asesinados de inmediato. En marzo de 1919, les ocurrirá lo mismo a Leo Jogiches y a cientos de militantes de la izquierda revolucionaria.

³ El 5 de enero, los *Obleutes* (delegados) revolucionarios, miembros de la dirección del USPD del Gran Berlín, Liebknecht y Pieck del Partido Comunista, se reunieron en la prefectura para discutir cómo continuar la acción [...]. Los representantes de los trabajadores revolucionarios formaron un comité revolucionario provisional de 52 miembros para dirigir el movimiento revolucionario y asumir, si era necesario, todas las funciones gubernamentales y administrativas. La decisión de iniciar la lucha para derrocar al gobierno se tomó en esta reunión a pesar de los seis votos en contra. (Basado en los escritos de Paul Frölich).

Las ilusiones democráticas de la clase obrera y las debilidades del KPD

¿Cuál es el sentido de ese dramático fracaso? Ya sólo los acontecimientos de enero de 1919 contienen todos los factores que llevaron a la derrota de la revolución: por un lado, una burguesía inteligente maniobrando y, por otro, una clase obrera todavía ilusionada por la socialdemocracia, y un partido comunista insuficientemente organizado, a pesar de los esfuerzos por darle una base programática sólida. De hecho, el KPD está bastante desorientado, es demasiado joven (lo forman muchos camaradas jóvenes, los mayores desaparecieron con la guerra o la represión), carece de experiencia, carece de unidad y es incapaz de dar una dirección clara a la clase obrera.

A diferencia de los bolcheviques, con una continuidad histórica desde 1903 y la experiencia de la revolución de 1905 y de los Consejos Obreros, la izquierda revolucionaria alemana, una minoría muy pequeña dentro del SPD, tuvo que enfrentarse a la traición de éste en agosto de 1914 y luego construir apresuradamente un partido al calor de los acontecimientos. El KPD fue fundado el 30 de diciembre de 1918 con la base de la Spartakusbund y los Comunistas Internacionales de Alemania (IKD). Durante la conferencia de fundación, la mayoría de los delegados se pronuncia muy claramente en contra de la participación en las elecciones burguesas y rechaza los sindicatos. Sin embargo, se subestima en gran medida la cuestión de la organización. La comprensión del partido no está a la altura de lo que está entonces en juego.

Esa subestimación lleva a la toma de decisión de la insurrección armada de Liebknecht y a otros camaradas a un nuevo análisis del partido, aunque sin un método claro para comprender la evolución de la relación de fuerzas. Hay una ausencia de una toma de decisiones centralizada. Es, en efecto, la inexistencia previa de un partido mundial (la IC no se fundará hasta dos meses más tarde, en marzo de 1919) lo que se refleja en la falta de preparación del KPD en tal contexto; esto conduce a la tragedia. En pocas horas, la relación de fuerzas se invierte y llega el siniestro tiempo en que la burguesía despliega su terror blanco.

Sin embargo, las huelgas no cesan. De enero a marzo de 1919, surge una espectacular huelga de masas. Pero al mismo tiempo la burguesía continúa con su sucia labor: ejecuciones, rumores, calumnias... el terror aplasta gradualmente al proletariado. En febrero, a la vez que surgen huelgas masivas por toda Alemania, el proletariado de Berlín, corazón de

la revolución, aturdido por su derrota de enero, ya no es capaz de seguir. Y cuando finalmente se pone en marcha, es demasiado tarde. Las luchas en Berlín y en el resto de Alemania no lograrán unirse. Al mismo tiempo, el KPD “decapitado” se ve abocado a la ilegalidad, de tal modo que, en las oleadas de huelgas de febrero a abril de 1919, no pudo desempeñar su papel decisivo. Su voz está casi asfixiada por el capital. Si el KPD hubiera tenido la oportunidad de desenmascarar la provocación de la burguesía durante la semana de enero y evitar que los obreros cayeran en la trampa, el movimiento seguramente habría tenido un resultado completamente diferente... Se caza a los comunistas por todas partes. La comunicación entre lo que queda de los órganos centrales y los delegados locales o regionales del KPD se rompe a menudo. En la conferencia nacional del 29 de marzo de 1919, se observó que “las organizaciones locales son atacadas permanentemente por agentes provocadores”.

En conclusión

La revolución en Alemania es, sobre todo, el movimiento de huelga de masas del proletariado, que se extendió geográficamente, que supo oponer la solidaridad obrera a la barbarie capitalista, que recuperó las lecciones de octubre de 1917 y se organizó en Consejos Obreros. La revolución en Alemania es también la lección de la necesidad de un Partido Comunista internacional centralizado, con bases organizativas y programáticas claras, sin las cuales el proletariado no podrá frustrar el maquiavelismo de la burguesía. La revolución en Alemania fue también la capacidad de las burguesías de unirse contra el proletariado con su arsenal de maniobras, mentiras y manipulaciones de todo tipo: es el hedor de un mundo agónico que se niega a extinguirse. Es la trampa mortal de las ilusiones sobre la democracia. Es la destrucción implacable desde dentro de los Consejos Obreros. Aunque los acontecimientos de 1919 fueron decisivos, las brasas aún ardientes de la Revolución Alemana no se apagaron durante varios años. Pero, a escala histórica, las consecuencias de aquella derrota fueron dramáticas para la humanidad: el ascenso del nazismo en Alemania, el estalinismo en Rusia, la marcha hacia la Segunda Guerra Mundial bajo las banderas del antifascismo. Todos esos acontecimientos de pesadilla pueden atribuirse al fracaso de la oleada revolucionaria, entre 1917 y 1923, que había sacudido el orden burgués sin poder derrocarlo de una vez por

todas. Eso es lo que la revolución en Alemania en 1918 es para nosotros, una fuente de inspiración y lecciones para las luchas futuras del proletariado. Porque, como escribió Rosa Luxemburg en vísperas de su asesinato por la soldadesca de la socialdemocracia:

¿Qué nos enseña toda la historia de las revoluciones modernas y del socialismo? La primera llamarada de la lucha de clases en Europa, el levantamiento de los tejedores de seda de Lyon en 1831, acabó con una severa derrota. El movimiento cartista en Inglaterra también acabó con una derrota. La insurrección del proletariado de París, en los días de junio de 1848, finalizó con una derrota asoladora. La Comuna de París se cerró con una terrible derrota. Todo el camino que conduce al socialismo –si se consideran las luchas revolucionarias– está sembrado de grandes derrotas. [...] ¡Dónde estaríamos nosotros hoy sin esas “derrotas”, de las que hemos sacado conocimiento, fuerza, idealismo! Hoy, [...] nos apoyamos directamente en esas derrotas y no podemos renunciar ni a una sola de ellas, todas forman parte de nuestra fuerza y nuestra claridad en cuanto a las metas a alcanzar. [...] Las revoluciones [...] no nos han aportado hasta ahora sino graves derrotas, pero esas derrotas inevitables han ido acumulando una tras otra la necesaria garantía de que alcanzaremos la victoria final en el futuro. ¡Pero con una condición! Es necesario indagar en qué condiciones se han producido en cada caso las derrotas. [...] “¡El orden reina en Berlín!”, ¡esbirros estúpidos! Vuestro orden está edificado sobre arena. La revolución, mañana ya “se elevará de nuevo con estruendo hacia lo alto” y proclamará, para terror vuestro, entre sonido de trompetas: ¡Fui, soy y seré!

CCI, 29 de octubre de 2018

I - FRENTE A LA GUERRA, EL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO ACTÚA DE ACUERDO A SUS PRINCIPIOS INTERNACIONALISTAS

Hace cien años, la revolución proletaria culminaba trágicamente en las luchas de 1918 y 1919 en Alemania. Tras la toma heroica del poder por el proletariado en Rusia en octubre de 1917, el corazón de la batalla por la revolución mundial se desplazó hacia Alemania. Allí se produjo la batalla decisiva, y se perdió. La burguesía mundial siempre ha querido que no quede ningún recuerdo de aquellos acontecimientos. Como no puede negar que se desarrollaron luchas, pretende que tenían como objetivo “la democracia” y “la paz”; o sea, precisamente las “maravillosas” condiciones que hoy reinan en Alemania capitalista.

El objetivo de la serie que comenzamos en este apartado es poner de manifiesto que la burguesía en Alemania estuvo a dos dedos de perder el poder ante el movimiento revolucionario. A pesar de que fuesen derrotadas, tanto la Revolución Alemana como la Revolución Rusa han de ser un estímulo para nosotros hoy. Nos recuerdan que no sólo es necesario sino que es posible derribar la dominación del capitalismo mundial.

Esta serie está constituida por cinco capítulos. El primero se dedica a cómo el proletariado revolucionario se comprometió con sus principios internacionalistas ante la Primera Guerra Mundial. El segundo tratará de las luchas revolucionarias de 1918. El tercero se dedicará al drama que se desarrolló cuando la fundación del Partido Comunista a finales de 1918. El cuarto examinará la derrota de 1919. El último tratará sobre el significado histórico de los asesinatos de Rosa Luxemburg y de Karl Liebknecht y de la herencia que estos revolucionarios nos han transmitido para hoy.

1 - DERROTA Y DESCONCIERTO

La ola revolucionaria internacional que comenzó contra la Primera Guerra Mundial se produjo unos pocos años después de la mayor derrota política sufrida por el movimiento obrero: el hundimiento de la Internacional Socialista en agosto de 1914. Examinar por qué la guerra

pudo estallar y por qué falló la Internacional es pues un elemento esencial para entender el carácter y el curso de las revoluciones en Rusia y Alemania.

El camino hacia la guerra

La amenaza de una guerra mundial se sentía desde principios del siglo xx. Las grandes potencias la preparaban febrilmente. El movimiento obrero la previó y se puso en guardia contra ella. Su estallido, sin embargo, se vio retrasado por dos factores. Uno de ellos fue la preparación militar insuficiente de los principales protagonistas. Alemania, por ejemplo, estaba acabando la construcción de una marina de guerra capaz de rivalizar con Gran Bretaña, dueña de los océanos. Convirtió la isla de Helgoland en base naval de alta mar, acabó la construcción del canal entre el mar del Norte y el Báltico, etc. A finales de la primera década del siglo, estos preparativos habían llegado a su término. Esto le da tanta mayor importancia al segundo factor: el miedo a la clase obrera. Este miedo no era una hipótesis puramente especulativa del movimiento obrero. Importantes representantes de la burguesía lo expresaban explícitamente. Von Bulow, canciller de Alemania, declaró que era principalmente a causa del miedo a la socialdemocracia que no había más remedio que posponer la guerra. Paul Rohrbach, infame propagandista de los círculos belicistas abiertamente imperialistas de Berlín, escribía: “A no ser que ocurra una catástrofe elemental, lo único que podría obligar a Alemania a mantener la paz es el hambre de los que no tienen pan”. El general von Bernhardi, eminente teórico militar de aquellos tiempos, destacaba en su libro *La guerra de hoy* (1913) que la guerra moderna implicaba importantes riesgos debido a que tenía que movilizar y disciplinar a millones de personas. Esta opinión no sólo se basaba en consideraciones teóricas sino, sobre todo, en la experiencia práctica de la primera guerra imperialista del siglo xx entre potencias de primera importancia. Dicha guerra, la que había enfrentado a Rusia y Japón (1904-1905), engendró el movimiento revolucionario de 1905 en Rusia.

Estas consideraciones alimentaban en el movimiento obrero la esperanza de que la clase dominante no se atreviera a desencadenar la guerra. Esa esperanza permitía ocultar las divergencias en la Internacional Socialista, precisamente cuando la clarificación en el proletariado requería un debate abierto. El que ningún componente del movimiento socialista internacional

“quisiese” la guerra daba una impresión de fuerza y unidad. Sin embargo, el oportunismo y el reformismo no se oponían a la guerra por principio, sino simplemente porque tenían miedo a perder su estatuto jurídico y financiero si estallaba. Por su parte, el “centro marxista” en torno a Kautsky temía la guerra principalmente porque destruiría la ilusión de unidad del movimiento obrero, la cual quería mantener a toda costa.

Lo que sí iba a favor de la capacidad de la clase obrera para impedir la guerra era sobre todo la intensidad de la lucha de clases en Rusia. Allí los obreros no habían tardado en recuperarse de la derrota del movimiento de 1905. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, una nueva oleada de huelgas de masas alcanzó un hito en el imperio de los zares. En cierta medida, la situación de la clase obrera en aquel país se asemejaba a la de la China de hoy; era una minoría en el conjunto de la población, pero se concentraba masivamente en fábricas modernas financiadas por el capital internacional y, además, era ferozmente explotada en un país atrasado que no disponía de los mecanismos de control político del liberalismo parlamentario burgués. Existe, sin embargo, una diferencia importante: el proletariado ruso se había educado en las tradiciones socialistas del internacionalismo, mientras que los obreros chinos de hoy siguen sufriendo la pesadilla de la contrarrevolución nacionalista estalinista.

Todo eso hacía de Rusia una amenaza para la estabilidad capitalista.

Pero Rusia no era un ejemplo significativo de la relación de fuerzas internacional entre las clases. El corazón del capitalismo y de las tensiones imperialistas estaba en Europa occidental y central. La clave de la situación mundial no estaba en Rusia sino en Alemania. Alemania era el país que impugnaba el orden mundial de las antiguas potencias coloniales. Y también era el país cuyo proletariado era el más concentrado y fuerte, con la educación socialista más desarrollada. El papel *político* de la clase obrera alemana se ilustraba en que los principales sindicatos fueron allí fundados por el Partido Socialista, mientras que en Gran Bretaña –la otra nación capitalista dominante en Europa– el socialismo no aparecía más que como un apéndice del movimiento sindical. En Alemania, las luchas cotidianas de los obreros se desarrollaban tradicionalmente con vistas al gran objetivo socialista final.

A finales del siglo XIX, empezó sin embargo en Alemania un proceso de despolitización de los sindicatos socialistas, de “emancipación” con respecto al Partido Socialista. Los sindicatos cuestionaban abiertamente la unidad entre el movimiento y el objetivo final. El teórico del partido,

Eduard Bernstein, no hizo más que generalizar esa orientación con su famosa fórmula: “El movimiento lo es todo, el objetivo no es nada”. Este cuestionamiento del papel dirigente de la socialdemocracia en el movimiento obrero, de la primacía del objetivo sobre el movimiento, causó un conflicto entre el Partido Socialista, el SPD, y sus propios sindicatos. Este conflicto se intensificó después de la huelga de masas de 1905 en Rusia. Y acabó con la victoria de los sindicatos sobre el Partido. Sometido a la influencia del “centro” en torno a Kautsky —que quería mantener “la unidad” del movimiento obrero a toda costa— el Partido decidió que la cuestión de la huelga de masas era asunto de los sindicatos.⁴ Pero resulta que era en la huelga de masas donde estaba toda la cuestión de la revolución proletaria venidera... Y fue así como quedó políticamente *desarmada* la clase obrera alemana e internacional en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

Declarar el carácter no político de los sindicatos era una preparación a la integración del movimiento sindical en el Estado capitalista. Eso proporcionó a la clase dominante la organización de masas que necesitaba para alistar a los obreros para la guerra. A su vez, esa movilización para la guerra en el centro mismo del capitalismo, provocó la desmoralización y la desorientación de los obreros en Rusia -para quienes Alemania era la principal referencia- y rompió el movimiento de huelgas de masas que allí estaba desarrollándose.

El proletariado ruso, que estaba realizando huelgas de masas desde 1911, tenía ya una experiencia reciente de crisis económicas, guerras y luchas revolucionarias. No era ése el caso en Europa occidental y central, en donde estalló la guerra al cabo de un largo período de desarrollo económico, en el que la clase obrera había conocido verdaderas mejoras de sus condiciones de existencia, aumentos de salarios y reducción del desempleo, pero también el desarrollo de las ilusiones reformistas; un período en el que las principales guerras se habían hecho en la periferia del capitalismo mundial. La primera gran crisis económica mundial no estallaría sino 15 años más tarde, en 1929. La fase de decadencia del capitalismo no comenzó por una crisis económica como lo esperaba, tradicionalmente, el movimiento obrero, sino por la crisis de la Guerra Mundial. Con la derrota y el aislamiento del ala izquierda del movimiento obrero sobre la cuestión de la huelga de masas, ya no había motivo para la burguesía de posponer

⁴ Decisión tomada por el Congreso del Partido alemán en Mannheim, en 1906.

la guerra imperialista. Al contrario, todo retraso podía serle fatal. ¡Esperar no podía sino significar esperar el desarrollo de la crisis económica, de la lucha de clases y de la conciencia revolucionaria de su sepulturero!

El hundimiento de la Internacional

Así pues se abrió el curso a la Guerra Mundial. Su estallido causó el hundimiento de la Internacional Socialista. En vísperas de la guerra, la socialdemocracia organizó manifestaciones de protesta por toda Europa. La dirección del SPD envió a Friedrich Ebert (futuro asesino de la revolución) a Zúrich en Suiza con los fondos del partido para impedir que fuesen confiscados, y a Bruno Haase, eterno vacilante, a Bruselas para organizar la resistencia internacional contra la guerra. Pero una cosa es oponerse a la guerra antes de que estalle y otra, levantarse contra ella cuando comienza. Y, entonces, los juramentos de solidaridad proletaria solemnemente pronunciados en los congresos internacionales de Stuttgart en 1907 y de Basilea en 1912 aparecieron, en gran parte, como puramente platónicos. Incluso algunos miembros del ala izquierda, que habían apoyado acciones inmediatas aparentemente radicales contra la guerra –Mussolini en Italia, Hervé en Francia–, se unieron entonces al campo del chauvinismo.

La dimensión del naufragio de la Internacional sorprendió a todos. Ya es sabido que Lenin, cuando se enteró, pensó que las declaraciones en la prensa del partido alemán a favor de la guerra eran obra de la policía para desestabilizar el movimiento socialista en el extranjero. Incluso la burguesía parece haber sido sorprendida por la amplitud de la traición de sus principios por la socialdemocracia. Había apostado sobre todo por los sindicatos para movilizar a los obreros y había firmado acuerdos secretos con su dirección en vísperas de la guerra. En algunos países, partes importantes de la socialdemocracia se opusieron realmente a la guerra. Eso pone de manifiesto que la apertura política del curso a la guerra no significó que las organizaciones políticas traicionaran automáticamente. Pero la quiebra de la socialdemocracia en los principales países beligerantes era tanto más sorprendente. En Alemania, en algunos casos, incluso los elementos opuestos a la guerra con más determinación se callaron durante un tiempo. En el Reichstag (Parlamento Alemán), donde 14 miembros de la fracción parlamentaria de la socialdemocracia estaban en contra del voto de los créditos de guerra y 78 a favor, incluso Karl Liebknecht, al principio, se sometió a la disciplina tradicional de la fracción.

¿Cómo explicarlo?

Para eso, es obviamente necesario, en primer lugar, situar los acontecimientos en su contexto objetivo. Fue decisivo el cambio fundamental en las condiciones de la lucha de clases debido a la entrada en un nuevo período histórico de guerras y revoluciones. En aquel contexto, se puede comprender perfectamente que el paso de los sindicatos al campo de la burguesía era históricamente inevitable. Al ser esas organizaciones la expresión de una etapa particular, inmadura, de la lucha de clases, en la que la revolución todavía no estaba al orden del día, nunca fueron por naturaleza órganos revolucionarios. Según los marxistas revolucionarios, con la terminación del periodo reformista en el siglo XIX, el programa mínimo de Reformas era complementario del programa máximo de la Revolución. Sin embargo, en el nuevo período —ya en el siglo XX— la defensa de los intereses de cualquier parte del proletariado implicaba desde entonces una dinámica hacia la Revolución —es decir el programa máximo—, entonces esos órganos ya no podían servir a su clase de origen y sólo podían perder incorporándose al campo enemigo.

Pero lo que se explica claramente para los sindicatos resulta insuficiente al examinar a los partidos socialdemócratas. Queda claro que con la Primera Guerra Mundial, los partidos perdieron su antiguo centro de gravedad, o sea la movilización para las elecciones. Y también resulta claro que el cambio de condiciones hacía desaparecer los fundamentos mismos de la existencia de partidos políticos de masas de la clase obrera. Ante la guerra, y también durante la revolución, un partido proletario debe ser capaz de ir contra la corriente, incluso contra el estado de ánimo dominante en la clase en su conjunto. Pero la tarea principal de una organización política de la clase obrera —la defensa del programa y, en particular, del internacionalismo proletario—, no cambia con el cambio de época. Al contrario, adquiere todavía más importancia. Por ello, aunque fuese una necesidad histórica que los partidos socialistas conocieran una crisis frente a la Guerra Mundial y que en su seno las corrientes infestadas por el reformismo y el oportunismo traicionaran, eso no basta, sin embargo, para explicar lo que Rosa Luxemburg designó como “crisis de la socialdemocracia”.

También es cierto que un cambio histórico fundamental causa necesariamente una crisis programática; las antiguas tácticas probadas desde hacía tiempo e incluso principios como la participación electoral, el apoyo a los movimientos nacionales o a las revoluciones burguesas se vuelven

repentinamente caducos. Pero sobre este punto, debemos recordar que muchos revolucionarios de aquel entonces, aun no comprendiendo todavía las implicaciones programáticas y tácticas del nuevo período, fueron sin embargo capaces de mantenerse fieles al internacionalismo proletario.

Pretender entender lo que pasó basándose únicamente en las condiciones objetivas equivale a considerar que todo lo que ocurre en la historia es inevitable desde el comienzo. Semejante enfoque pone en entredicho la posibilidad de sacar lecciones de la historia, puesto que todos nosotros también somos producto de las “condiciones objetivas”. Ningún verdadero marxista negará la importancia de estas condiciones objetivas, pero si examinamos la explicación que los revolucionarios de aquel entonces dieron *ellos mismos* de la catástrofe sufrida por el movimiento socialista en 1914, se puede ver que subrayaron sobre todo la importancia de los factores *subjetivos*.

Una de las principales razones de la quiebra del movimiento socialista está en su *sentimiento ilusorio de invencibilidad*, su convicción errónea de que la batalla estaba ganada. La Segunda Internacional basaba esta convicción en tres factores esenciales ya identificados por Marx: la concentración en un polo de la sociedad del capital y de los medios de producción y, en el otro, del proletariado desposeído; la eliminación de las capas sociales intermedias cuya existencia ocultaba la contradicción social principal y la anarquía creciente del modo de producción capitalista, que se expresaba en particular por la crisis económica, obligando al sepulturero del capitalismo, el proletariado, a poner el propio sistema en cuestión. En sí misma, esta opinión era totalmente válida. Estas tres condiciones del socialismo son el producto de contradicciones objetivas que se desarrollan independientemente de la voluntad de las clases sociales y, a largo plazo, se imponen inevitablemente. Pero de ahí pueden sacarse, sin embargo, dos conclusiones muy problemáticas. Una es que la victoria es ineludible, y, la otra, que la victoria no puede ser inmovilizada salvo si la revolución estalla de forma prematura, al caer el movimiento obrero en provocaciones.

Estas conclusiones eran tanto más peligrosas porque eran muy justas pero también muy parciales. Es cierto que el capitalismo crea inevitablemente las condiciones materiales de la revolución y del socialismo. Y es muy real el peligro de las provocaciones por parte de la clase dominante para llevar a confrontaciones prematuras. Veremos toda la importancia trágica de esta última cuestión en la tercera y cuarta partes de esta serie.

El problema de ese esquema del porvenir socialista está en que no deja ningún espacio a los fenómenos nuevos como, por ejemplo, las guerras imperialistas entre potencias capitalistas modernas. La cuestión de la Guerra Mundial no entraba en ese esquema. Ya hemos visto que mucho antes de que estallara realmente, el movimiento obrero preveía la inevitabilidad de la guerra. Sin embargo, el hecho de reconocer lo inevitable de la guerra no hizo que la socialdemocracia llegara a la conclusión de que la victoria del socialismo podía no llegar a ser una realidad. Ambas partes del análisis de la realidad siguieron separadas una de la otra de una forma que puede parecer casi esquizofrénica. Esta incoherencia, aun pudiendo resultar fatal, no es inusual. Muchas de las grandes crisis y desconciertos en la historia del movimiento obrero proceden del encasillamiento en los esquemas del pasado, del retraso de la conciencia sobre la evolución de la realidad. Se puede citar por ejemplo el apoyo al Gobierno Provisional y a la continuación de la guerra por el Partido Bolchevique después de febrero de 1917 en Rusia. El Partido seguía preso del esquema de la revolución burguesa legado por 1905, que se reveló inadecuado en el nuevo contexto de la Guerra Mundial. Fueron necesarias las “Tesis de abril” de Lenin y meses de debates intensos para salir de la crisis.

Poco antes de su muerte en 1895, Friedrich Engels fue el primero en intentar sacar las conclusiones necesarias de la perspectiva de una guerra generalizada en Europa. Declaró que ésta abriría la alternativa histórica de socialismo o barbarie. Ponía abiertamente en cuestión la inevitabilidad de la victoria del socialismo. Pero ni siquiera Engels llegó a sacar inmediatamente todas las conclusiones de esta visión. No logró entender que el nacimiento en el partido alemán de la corriente opositora *Die Jungen* (“los Jóvenes”), a pesar de todas sus debilidades, era una expresión auténtica del justo descontento hacia las actividades del partido (principalmente orientadas hacia el parlamentarismo), de sobra insuficientes. Ante la última crisis del partido antes de su muerte, Engels pesó con toda su influencia a favor de la defensa del mantenimiento del *statu quo* en el partido, en nombre de la paciencia y de la necesidad de evitar las provocaciones.

Fue Rosa Luxemburg, en su polémica contra Bernstein a principios del siglo xx, la que sacó las conclusiones decisivas de la visión de Engels sobre la perspectiva de “socialismo o barbarie”. Aunque la paciencia sea una de las principales virtudes del movimiento obrero y sea necesario evitar las confrontaciones prematuras, el principal peligro que se presentaba históricamente ya no era que la revolución estallara demasiado pronto

sino *que estallara demasiado tarde*. Esta opinión le da toda su importancia a la *preparación activa* de la revolución, a la importancia central del factor *subjetivo*.

Esa condena de un fatalismo que empezaba a predominar en la Segunda Internacional, esa restauración del marxismo, iba a ser una de las líneas divisorias de toda la oposición de izquierda revolucionaria, antes y durante la Primera Guerra Mundial.⁵

Como lo escribirá Rosa Luxemburg en su folleto *La crisis de la social-democracia*:

El socialismo científico nos enseñó a reconocer las leyes objetivas del desarrollo histórico. El hombre no hace la historia por propia voluntad, pero la hace de todos modos. El proletariado depende en su acción del grado alcanzado por la evolución social. Pero la evolución social no es algo aparte del proletariado; es a la vez su fuerza motriz y su causa, tanto como su producto y su efecto.

Precisamente porque por primera vez una fuerza social, la clase del proletariado consciente, descubrió las leyes objetivas de la historia puede llevar su voluntad a la práctica de forma deliberada. No sólo hace la historia, sino que puede influir conscientemente en su curso.

El socialismo es el primer movimiento popular del mundo que se ha impuesto una meta y ha puesto en la vida social del hombre un pensamiento consciente, un plan elaborado, la libre voluntad de la humanidad. Por eso Friedrich Engels llama a la victoria final del proletariado socialista el salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Este paso también está ligado por leyes históricas inalterables a los miles de peldaños de la escalera del pasado, con su avance lento y tortuoso. Pero jamás se logrará si la chispa de la voluntad consciente de las masas no surge de las circunstancias materiales que son fruto del desarrollo anterior. El socialismo no caerá como maná del cielo. Sólo se ganará en una larga cadena de poderosas luchas en las que el proletariado, dirigido por

⁵ En sus memorias sobre el movimiento de la juventud proletaria, Willi Münzenberg, que estaba en Zúrich durante la guerra, recuerda la opinión de Lenin: “Lenin nos explicó el error de Kautsky y de su escuela teórica de marxismo falsificado que todo lo espera del desarrollo histórico de las relaciones económicas y casi nada de los factores subjetivos de aceleración de la revolución. Al contrario, Lenin destacaba el significado del individuo y de las masas en el proceso histórico. Destacaba sobre todo la tesis marxista según la cual son los hombres los que, en un marco de relaciones económicas determinadas, hacen la historia. Esta insistencia sobre el valor personal de los individuos y grupos en las luchas sociales nos produjo la mayor impresión y nos incitó a hacer los mayores esfuerzos concebibles” (Münzenberg, *Die Dritte Front –El tercer frente*, traducido del alemán por nosotros-).

la socialdemocracia, aprenderá a manejar el timón de la sociedad para convertirse de víctima impotente de la historia en su guía consciente.

Para el marxismo, reconocer la importancia de las leyes objetivas de la historia y de las contradicciones económicas –lo que niegan o ignoran los anarquistas– va acompañado por el reconocimiento de los elementos subjetivos.⁶ Están íntimamente vinculados y se influyen recíprocamente. Se puede comprobar observando los factores más importantes que poco a poco fueron socavando la vida proletaria en la Internacional. Uno fue la erosión de la solidaridad en el movimiento obrero. Vino favorecida por la expansión económica que precedió 1914 y las ilusiones reformistas que aquella generó. Pero también fue resultado de la capacidad de la clase enemiga para aprender de su experiencia. Bismarck introdujo mutuales de seguro social (junto con las leyes antisocialistas) para sustituir la solidaridad entre trabajadores por una dependencia individual de lo que más tarde se llamará “Estado de bienestar”. Tras el fracaso del intento de Bismarck de destruir el movimiento obrero poniéndolo fuera de ley, el gobierno de la burguesía imperialista que le sucedió a finales del siglo XIX invirtió su táctica. Al haber entendido que las condiciones de represión estimulaban la solidaridad obrera, el Gobierno retiró las leyes antisocialistas e invitó repetidamente a la socialdemocracia a participar en “la vida política” (o sea, en la dirección del Estado), acusándola de renunciar de forma “sectaria” a los “únicos medios prácticos” que podían permitir una verdadera mejora de la vida de los obreros.

Lenin mostró el vínculo entre los niveles objetivo y subjetivo en lo que respecta a otro factor decisivo en la delicuescencia de los principales partidos socialistas. Fue la transformación de la lucha por la liberación de la humanidad en rutina diaria vacua. Identificaba tres corrientes en la socialdemocracia, presentando la segunda corriente, “el llamado ‘centro’, que está formado por los que oscilan entre los socialchauvinistas y los verdaderos internacionalistas”, y caracterizándola así:

⁶ A pesar de defender con razón, contra Bernstein, la existencia de una tendencia a la desaparición de las capas intermedias y de la tendencia a la crisis y al empobrecimiento del proletariado, la izquierda sin embargo no consiguió comprender hasta qué punto el capitalismo, en los años precedentes a la guerra, había logrado reducir temporalmente esas tendencias. Esta confusión se expresa, por ejemplo, en la teoría de Lenin sobre “la aristocracia obrera”, según la cual sólo había obtenido aumentos de salarios sustanciales una minoría privilegiada y no amplios sectores de la clase obrera. Eso llevó a subestimar la importancia de la base material en la que se desarrollaron las ilusiones reformistas que permitieron a la burguesía movilizar al proletariado hacia la guerra.

El “centro” lo forman los elementos rutinarios, corroídos por la podrida legalidad, corrompidos por la atmósfera del parlamentarismo, etc. Son funcionarios acostumbrados a los puestos confortables y al trabajo “tranquilo”. Considerados histórica y económicamente, no representan a una capa social específica, no pueden valorarse más que como un fenómeno de transición del período, ya superado, del movimiento obrero de 1871-1914 [...] a un nuevo período, objetivamente necesario desde que estalló la Primera Guerra imperialista mundial que abrió la era de la revolución social.⁷

Para los marxistas de aquel entonces, la “crisis de la socialdemocracia” no ocurría fuera de su campo de acción. Se sentían responsables personalmente. Para ellos, la quiebra del movimiento obrero era también su propia quiebra. Como lo dice Rosa Luxemburg: “Tenemos las víctimas de la guerra sobre la conciencia”.

Lo que es notable en la quiebra de la Internacional Socialista es que no fue fruto en primer lugar ni de una insuficiencia del programa, ni de un análisis erróneo de la situación mundial.

“El proletariado mundial no sufre de una debilidad de principios, programas o consignas, sino de falta de acción, de resistencia eficaz, de capacidad para atacar al imperialismo en el momento decisivo”.⁸

Para Kautsky, la incapacidad de mantener el internacionalismo probaba de por sí la imposibilidad de realizarlo. De ello deducía que la Internacional era esencialmente un instrumento para tiempos de paz, que debía dejarse de lado en tiempos de guerra. Tanto para Rosa Luxemburg como para Lenin, el desastre de agosto de 1914 venía principalmente de la erosión de *la ética de la solidaridad proletaria internacional* en la dirección de la Internacional.

Entonces se produjo el horrible, el increíble 4 de agosto de 1914. ¿Debía tener lugar? Un acontecimiento de tal importancia no puede ser un simple accidente. Debe tener causas objetivas profundas, significativas. Pero quizás sus causas están en los errores de los dirigentes del proletariado, en la propia socialdemocracia, en el hecho de que *nuestra voluntad de luchar había vacilado, de que abandonamos nuestra valentía y nuestras convicciones*.⁹

⁷ *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, 28 de mayo de 1917.

⁸ “Rosa Luxemburg Speaks” (“Discursos de Rosa Luxemburg”), en *The crisis of Social Democracy*, Pathfinder, circa 1970, traducido del inglés por nosotros.

⁹ *Ibidem* (los subrayados son nuestros).

2 - LA INVERSIÓN DE LA CORRIENTE

La quiebra de la Internacional Socialista fue un acontecimiento de la mayor importancia histórica y una cruel derrota política. Pero no fue una derrota decisiva, o sea irreversible, para toda una generación. Una primera indicación fue que las capas más politizadas del proletariado siguieron fieles al internacionalismo proletario. Richard Müller, dirigente del grupo *Revolutionäre Obleute*, de los delegados de fábricas de la metalurgia, recordaba:

En la medida en que las grandes masas populares, ya antes de la guerra, se habían educado bajo la influencia de la prensa socialista y de los sindicatos, y que tenían opiniones precisas sobre el Estado y la sociedad, y a pesar de que no lo hubieran expresado abierta e inmediatamente, rechazaron sin rodeos la propaganda bélica y la guerra misma.¹⁰

Eso fue una diferencia brutal con la situación de los años 30 en los que, tras la victoria del estalinismo en Rusia y del fascismo en Alemania, se arrastró a los obreros más avanzados hacia el terreno político del nacionalismo y de la defensa de la patria (imperialista) “antifascista” o “socialista”.

La movilización para la guerra no fue la prueba de una derrota profunda sino de un abatimiento momentáneo de las masas. Aquella movilización vino acompañada por escenas de histeria patrioter de la muchedumbre. Pero no se han de confundir con un alistamiento activo de la población, como se vio durante las guerras nacionales de la burguesía revolucionaria en Holanda o Francia. La intensa agitación pública de 1914 tiene esencialmente sus raíces en el carácter masivo de la sociedad burguesa moderna y en unos medios de propaganda y manipulación a disposición del Estado capitalista desconocidos hasta entonces. En ese sentido, la histeria de 1914 no fue algo totalmente nuevo. Ya se había visto en Alemania durante la guerra franco-prusiana de 1870, pero adquirió una nueva índole con el cambio de carácter de la guerra moderna.

La locura de la guerra imperialista

El movimiento obrero subestimó la potencia del gigantesco terremoto político, económico y social provocado por la guerra mundial. Acontecimientos de tal magnitud y de violencia tan colosal, más allá de

¹⁰ Richard Müller, *Vom Kaiserreich zur Republik, 1924-25* (del Imperio a la República), traducido del alemán por nosotros.

todo posible control de cualquier fuerza humana, pueden suscitar las emociones más extremas. Algunos antropólogos piensan que la guerra despierta un instinto de defensa “auto-conservadora”, cosa que comparten los seres humanos con otras especies. Sea verdad o no, lo cierto es que la guerra moderna despierta temores muy antiguos que dormitan en nuestra memoria histórica colectiva, transmitidos de generación en generación por la cultura y las tradiciones, de forma consciente o no: el miedo a la muerte, al hambre, a la violación, al destierro, a la exclusión, a la privación, a la esclavitud. El que la guerra imperialista generalizada moderna no se limite a los militares profesionales sino que implique a toda la sociedad e introduzca armamentos de una potencia destructiva sin precedentes no puede sino aumentar el terror pánico que genera. A eso se han de añadir las profundas implicaciones morales. En la guerra mundial, no es una casta particular de soldados sino millones de trabajadores alistados en el ejército los que se lanzan a mutuo degüello. El resto de la sociedad, en la retaguardia, obra con el mismo objetivo. En esta situación, la moral fundamental que hace posible que pueda subsistir cualquier sociedad humana deja de aplicarse. Como dice Rosa Luxemburg, “todos los pueblos que emprenden el asesinato organizado se transforman en una horda bestial”.¹¹

Todo eso provocó, cuando estalló la guerra, una verdadera psicosis de masas y una atmósfera de pogromo generalizado. Rosa Luxemburg cuenta cómo las poblaciones de ciudades enteras se transformaron en populacho soliviantado. Los gérmenes de toda la crueldad del siglo xx, incluidos Auschwitz e Hiroshima, ya estaban contenidos en aquella guerra.

¿Cómo habría debido reaccionar el partido de los obreros al estallar la guerra? ¿Decretando la huelga de masas? ¿Llamando a los soldados a desertar? Absurdo, responde Rosa Luxemburg. La primera tarea de los revolucionarios era la de resistir a lo que en el pasado Wilhelm Liebknecht había calificado de ciclón de pasiones humanas, refiriéndose a la guerra de 1870:

Tales explosiones “del alma popular” son impresionantes, apabullantes, aplastantes por su furia elemental. Uno se siente impotente, como frente a una potencia dominante. Es como una fuerza superior. No tiene adversario tangible. Es como una epidemia, en la gente, en el aire, por todas partes. [...] Por eso no era nada fácil en aquella época nadar contra la corriente.¹²

¹¹ “Rosa Luxemburg Speaks” ob. cit., nota 5.

¹² *Ibidem*.

En 1870, la socialdemocracia supo nadar contra la corriente. Comentario de Rosa Luxemburg: “Permanecieron en sus puestos y durante cuarenta años, la socialdemocracia vivió sobre la fuerza moral con la que se había opuesto a un mundo de enemigos”.¹³

Y ahí Rosa alcanza el meollo, el punto crucial de su argumentación:

Lo mismo habría podido ocurrir hoy. Al principio, quizás lo único que habríamos podido hacer era salvar el honor del proletariado, y los miles de proletarios que mueren en las trincheras en la oscuridad mental no se habrían muerto en una confusión espiritual sino con la convicción de que lo que había sido todo para ellos durante su vida, la Internacional, la socialdemocracia liberadora, no había sido un sueño. La voz de nuestro partido habría sido el antídoto contra la intoxicación chauvinista de masas. Habría preservado al proletariado inteligente del delirio, habría frenado la capacidad del imperialismo para envenenar y embrutecer a las masas en un tiempo increíblemente corto. Y con el desarrollo de la guerra, [...] todos los elementos vivos, honestos, progresivos y humanos se habrían unido a los estandartes de la socialdemocracia.¹⁴

Conquistar ese “prestigio moral incomparable” fue la primera tarea de los revolucionarios frente a la guerra.

Para Kautsky y sus afines era imposible comprender que existiera esa preocupación por los últimos pensamientos que podían tener antes de morir los proletarios en uniforme. Para él, provocar la rabia patrioter de la muchedumbre y la represión del Estado una vez que había estallado la guerra no era sino un gesto vano e inútil. El socialista francés Jaurès había declarado anteriormente que la Internacional representaba toda la fuerza moral del mundo. Ahora, muchos de sus antiguos dirigentes ya ni siquiera sabían que el internacionalismo no es un gesto inútil sino la prueba de la vida o de la muerte del socialismo internacional.

El vuelco en la situación y el papel de los revolucionarios

La quiebra del Partido Socialista provocó una situación verdaderamente dramática. La primera consecuencia fue que permitió una perpetuación aparentemente indefinida de la guerra. La estrategia militar de la burguesía alemana era evitar la apertura de un segundo frente, lograr una victoria rápida sobre Francia, para poder luego mandar todas sus fuerzas al frente oriental para que Rusia capitulara. Su estrategia contra la clase

¹³ *Ibidem.*

¹⁴ *Ibidem.*

obrero seguía el mismo principio: tomarla por sorpresa y sellar la victoria antes de que tuviera tiempo de recuperar una orientación proletaria.

A partir de septiembre de 1914 (batalla del Marne), la invasión de Francia y, con ella, el conjunto de la estrategia basada en una victoria rápida falló por completo. No sólo la burguesía alemana, sino toda la burguesía mundial, quedó atrapada en las redes de un dilema ante el cual no podía ni retroceder, ni abandonar. De ello resultaron matanzas sin precedentes completamente absurdas, incluso desde el punto de vista capitalista, de millones de soldados. El propio proletariado estaba atrapado en la trampa sin que existiese la menor perspectiva inmediata que pudiera poner fin a la guerra por iniciativa propia. El peligro que surgió entonces fue el de la destrucción de la condición material y cultural más esencial para el socialismo, la del propio proletariado.

Los revolucionarios están vinculados a su clase como la parte lo está al todo. Las minorías de la clase nunca pueden ponerse en lugar de la propia actividad y creatividad de las masas. Pero hay momentos en la historia durante los cuales la intervención de los revolucionarios puede tener una influencia decisiva. Tales momentos se producen en el proceso hacia la revolución, cuando las masas luchan por la victoria. Resulta entonces decisivo ayudar a la clase a encontrar el buen camino, a franquear las trampas del enemigo, a evitar llegar demasiado pronto o demasiado tarde a la cita de la historia. Pero también tienen lugar en los momentos de derrota, cuando es vital sacar las conclusiones correctas. Sin embargo, debemos establecer aquí algunas distinciones. Ante una derrota aplastante, esta tarea es decisiva a largo plazo para la transmisión de las lecciones a las generaciones futuras. En el caso de la derrota de 1914, el impacto decisivo que los revolucionarios podían tener era tan inmediato como durante la propia revolución. No sólo porque la derrota sufrida no era definitiva, sino también debido a que las mismas condiciones de la guerra mundial, al hacer literalmente de la lucha de clase una cuestión de vida o muerte, dio nacimiento a una aceleración extraordinaria en la politización.

Ante las privaciones de la guerra, era inevitable que la lucha de clases económica se desarrollara abiertamente y tomara inmediatamente un carácter político. Pero los revolucionarios no podían limitarse a esperar que eso ocurriese. La desorientación de la clase, como vimos, era sobre todo producto de una ausencia de dirección política. Era entonces responsabilidad de todos los que siguieron siendo revolucionarios en el movimiento obrero *iniciar ellos mismos la inversión de la corriente*. Incluso antes de

las huelgas en el “frente interior”, mucho antes de las rebeliones de los soldados en las trincheras, los revolucionarios debían mostrarse y afirmar el principio de la solidaridad proletaria internacional.

Comenzaron ese trabajo en el Parlamento, denunciando la guerra y votando contra los créditos de guerra. Fue la última vez que se utilizó esta tribuna con fines revolucionarios. Pero eso estuvo acompañado, desde el principio, por la propaganda y la agitación revolucionaria ilegal y por la participación en las primeras manifestaciones para reclamar pan. Una tarea de la mayor importancia para los revolucionarios también fue organizarse para clarificar su opinión y, sobre todo, para establecer contactos con los revolucionarios en el extranjero y preparar la fundación de una nueva Internacional. El Primero de Mayo de 1916, Spartakusbund (la Liga Espartaco), núcleo del futuro Partido Comunista (KPD), se sintió por primera vez lo suficientemente fuerte para salir a la calle abiertamente y en masa. Era el día en que, tradicionalmente, la clase obrera celebraba su solidaridad internacional. Spartakusbund llamó a manifestaciones en Dresde, Jena, Hanau, Braunschweig y sobre todo en Berlín. Diez mil personas se reunieron en la Postdamer Platz para escuchar a Karl Liebknecht denunciar la guerra imperialista. Una batalla callejera estalló en una inútil tentativa de impedir su detención.

Las protestas del Primero de Mayo privaron a la oposición internacionalista de su líder más conocido. Siguieron muchas más detenciones. A Liebknecht se le acusó de irresponsabilidad e incluso de querer ponerse en primer plano. En realidad, la dirección de Spartakusbund había decidido colectivamente esa acción del Primero de Mayo. Cierto es que el marxismo critica los actos inútiles del terrorismo y del aventurerismo. Cuenta con la acción colectiva de las masas. Pero el gesto de Liebknecht fue mucho más que un acto de heroísmo individual. Personificaba las esperanzas y las aspiraciones de millones de proletarios ante la locura de la sociedad burguesa. Como lo escribirá más tarde Rosa Luxemburg: “No olvidemos sin embargo esto. La historia del mundo no se hace sin nobleza de sentimientos, sin moral elevada, sin nobles gestos”.¹⁵

Esa nobleza de sentimientos se extendió rápidamente de Spartakusbund a los metalúrgicos. El 27 de junio de 1916 en Berlín, en vísperas del juicio de Karl Liebknecht, detenido por su agitación pública contra la guerra, una reunión de delegados de fábricas fue organizada tras la manifestación ilegal de protesta convocada por Spartakusbund. En la orden del día estaba

¹⁵ “Against Capital Punishment”, noviembre de 1918, nota 5.



Berlín, noviembre de 1918: reunión del 'Vollzugsrat', el Comité Ejecutivo General de los Consejos Obreros



Clara Zetkin y Rosa Luxemburg: fuerzas motrices en el movimiento revolucionario en contra de la Primera Guerra Mundial y por la revolución en Alemania

la cuestión de la solidaridad con Liebknecht. En contra de Georg Ledebour, único representante presente del grupo opositor en el Partido Socialista, se propuso la acción para el día siguiente. No hubo debate. Todos se levantaron y permanecieron silenciosos.

Al día siguiente, a las 9, los torneros pararon las máquinas de las grandes fábricas de armamento del capital alemán. 55.000 obreros de Löwe, AEG, Borsig, Schwarzkopf, abandonaron sus herramientas y se reunieron a las puertas de las fábricas. A pesar de la censura militar, la noticia se extendió cual reguero de pólvora por todo el Imperio: ¡los obreros de las fábricas de armamento salen en solidaridad con Liebknecht! Y no sólo en Berlín, sino en Braunschweig, en los astilleros de Bremen, etc. Hasta en Rusia hubo acciones de solidaridad.

La burguesía mandó al frente a miles de huelguistas. En las fábricas, los sindicatos abrieron la caza a los “líderes”. Pero cada detención aumentaba la solidaridad de los obreros. Solidaridad proletaria internacional contra guerra imperialista: era el comienzo de la revolución mundial, la primera huelga de masas en la historia de Alemania.

La llama que se había encendido en la plaza Postdamer se extendió aún más rápidamente entre la juventud revolucionaria. Inspirados por el ejemplo de sus jefes políticos, antes incluso que los metalúrgicos experimentados, los jóvenes habían lanzado la primera huelga de importancia contra la guerra. En Magdeburgo y, sobre todo, en Braunschweig, que era un bastión de Spartakus, las manifestaciones ilegales de protesta del Primero de Mayo se transformaron en un movimiento de huelga contra la decisión impuesta por el gobierno de ingresar parte de los salarios de los aprendices y jóvenes obreros en una cuenta obligatoria para financiar el esfuerzo de guerra. Los adultos se agregaron con una huelga de apoyo. El 5 de mayo, las autoridades militares tuvieron que retirar esta medida para impedir la extensión del movimiento.

Después de la batalla de Skagerrak en 1916, única confrontación durante toda la guerra entre las marinas británica y alemana, un pequeño grupo de marineros revolucionarios proyectó apoderarse del acorazado Hyäne y desviarlo hacia Dinamarca para “manifestarse delante del mundo entero” contra la guerra.¹⁶ A pesar de que el proyecto fue descubierto

¹⁶ Dieter Nelles, *Proletarische Demokratie und Internationale Bruderschaft - Das abenteuerliche Leben des Hermann Knüfken*, <http://www.anarchismus.at/txt5/nellesknuefken.htm> (Dieter Nelles: “La democracia proletaria y la fraternidad internacional - La vida aventurera de Hermann Knüfken”).

y fracasó, ya prefiguraba las primeras rebeliones abiertas que ocurrieron en la marina de guerra a principios de agosto de 1917. Empezaron a causa del trato y las condiciones de vida de las tripulaciones. Pero, muy rápidamente, los marinos lanzaron un ultimátum al gobierno: o cesaba la guerra o estallaba la huelga. El Estado contestó con una ola de represión, ajusticiando a dos dirigentes revolucionarios, Albin Köbis y Max Reichpietsch.

Una ola de huelgas masivas se desarrolló en Berlín, Leipzig, Magdeburgo, Halle, Braunschweig, Hanover, Dresde y otras ciudades a partir de mediados de abril de 1917. Aunque los sindicatos y el SPD no se atrevieron a oponerse abiertamente, intentaron limitar el movimiento a cuestiones económicas; pero los obreros de Leipzig formularon una serie de reivindicaciones políticas –en particular la del cese de la guerra– que se retomaron en otras ciudades.

Los ingredientes de un profundo movimiento revolucionario existían pues a principios de 1918. La oleada de huelgas de abril de 1917 fue la primera intervención masiva de cientos de miles de obreros en todo el país para defender sus intereses materiales en un terreno de clase y oponerse directamente a la guerra imperialista. El movimiento también estaba animado por la revolución que había comenzado en Rusia en febrero de 1917 y se solidarizaba abiertamente con ésta. El internacionalismo proletario se había apoderado de los corazones de la clase obrera.

Por otra parte, con el movimiento contra la guerra, la clase obrera reinició el proceso de creación de su propia dirección revolucionaria. No sólo se trataba de grupos políticos como Spartakusbund o la Izquierda de Bremen que iban a formar el KPD (Partido Comunista de Alemania) a finales de 1918. También hablamos de la aparición de capas altamente politizadas y de centros de vida y de lucha de la clase, vinculados a los revolucionarios y que compartían sus posiciones. Actuaban en las concentraciones industriales, en particular de la metalurgia, concretándose en el fenómeno de los *Obleute*, delegados de fábrica.

En la clase obrera industrial existía un núcleo de proletarios que no solamente rechazaba la guerra, sino que también quería impedir que estallara a toda costa; y cuando estalló, consideraron que era su deber hacerla acabar por cualquier medio. Eran pocos. Pero por eso era gente tanto más determinada y activa. Eran el contrapunto de quienes iban al frente a arriesgarse y morir por sus ideas. La lucha contra la guerra en las fábricas

y oficinas no tuvo la misma notoriedad que la lucha en el frente, pero implicaba los mismos riesgos. Los que la condujeron estaban motivados por los ideales más elevados de la humanidad.¹⁷

Otro de esos centros fue la nueva generación de obreros, aprendices y jóvenes obreros que no tenían más perspectiva que la de ir a morir en las trincheras. El centro de gravedad de esta fermentación fueron las organizaciones de la juventud socialista que, ya antes de la guerra, se habían hecho notar por su rebelión contra “la rutina” que había empezado a distinguir a la vieja generación.

En el ejército, donde la rebelión contra la guerra fue más lenta en desarrollarse que en el frente “interior”, también surgió una posición política avanzada. Como en Rusia, el centro de resistencia nació entre los marinos, quienes estaban en relación directa con los obreros y las organizaciones políticas en los puertos de amarre y cuyo trabajo y condiciones se asemejaban a los de los obreros de fábrica de donde procedían en general. Se reclutaba además a muchos marinos en la marina mercante “civil”, eran hombres jóvenes que habían viajado por el mundo entero y para quienes la fraternidad internacional no era una fórmula sino un modo de vida.

Además, la aparición y la multiplicación de esas concentraciones de vida política acarrearón una intensa actividad teórica. Todos los testigos directos de aquel período dan cuenta del alto nivel teórico de los debates en las reuniones y conferencias ilegales. Aquella vida teórica quedó plasmada en el folleto de Rosa Luxemburg *La crisis de la socialdemocracia*, en los escritos de Lenin contra la guerra, en los artículos de la revista de Bremen *Arbeiterpolitik*, y también en la masa de panfletos y declaraciones que circulaban en la más total ilegalidad y que forman parte de las producciones más profundas y más valientes de la cultura humana del siglo xx.

Había llegado el momento para que se desencadenara la tempestad revolucionaria contra uno de los bastiones más poderosos e importantes del capitalismo mundial.

R. Steinklopper

¹⁷ Richard Müller, ob. cit., nota 6.

II - 1918-1919: DE LA GUERRA A LA REVOLUCIÓN

Pronto apareció claramente que no podía haber respuesta revolucionaria a la guerra sin que se restaurara la convicción de que el internacionalismo proletario no era una cuestión táctica, sino el principio más “sagrado” del socialismo, la sola y única “patria” de la clase obrera (como lo escribió Rosa Luxemburg). Ya vimos en el capítulo precedente lo indispensable que fue, para dar el giro hacia la revolución, la declaración pública de Karl Liebknecht contra la guerra, hecha el Primero de Mayo de 1916 en Berlín –al igual que las conferencias socialistas internacionalistas que hubo en ese período, como las de Zimmerwald y Kienthal– y la solidaridad que aquélla suscitó. Frente a los horrores de la guerra en las trincheras y el empobrecimiento y la explotación forzada de la clase obrera en el “frente interior”, que había barrido de golpe décadas de experiencias de lucha, se desarrolló, como ya vimos, la huelga de masas y empezó a haber una maduración en las capas politizadas y en los lugares centrales de la clase obrera capaces de llevar a cabo un asalto revolucionario.

La responsabilidad del proletariado para acabar con la guerra

Comprender las causas del fracaso del movimiento socialista ante la guerra era el objetivo del capítulo anterior, como había sido la primera preocupación de los revolucionarios durante la primera fase de la guerra. El texto de Rosa Luxemburg, *La crisis de la socialdemocracia* –llamado “Folleto de Junius”– fue una de las expresiones más clarividentes de esa preocupación. En el meollo de los acontecimientos que vamos a tratar en este segundo artículo, se plantea una cuestión decisiva, consecuencia de la primera.

¿Qué fuerza social acabará con la guerra y cómo lo hará?

Richard Müller, uno de los líderes de los “delegados revolucionarios”, los *Obleute*, de Berlín y, más tarde, uno de los principales historiadores de la revolución en Alemania, formuló así la responsabilidad de la revolución: impedir “el desmoronamiento de la cultura, la liquidación del proletariado y del movimiento socialista como tales”¹⁸.

¹⁸ Richard Müller, *Vom Kaiserreich Zur Republik (Del Imperio a la República)*, primera parte de su trilogía sobre la Revolución Alemana.

Como ocurría a menudo, fue Rosa Luxemburg la que planteó con mayor claridad la cuestión histórica del momento:

Lo que habrá después de la guerra, cuáles serán las condiciones y qué papel le espera a la clase obrera, todo eso depende enteramente de cómo habrá llegado la paz. Si ésta es el resultado del agotamiento mutuo de las potencias militares o incluso –y eso sería lo peor– de la victoria de uno de los beligerantes, en otras palabras, si llega la paz sin participación alguna del proletariado, con la calma social en el seno de los diferentes Estados, entonces semejante paz sellaría la derrota histórica mundial del socialismo por la guerra. [...] Tras la bancarrota del 4 de agosto de 1914, la segunda prueba decisiva para la misión histórica del proletariado es la siguiente: ¿será capaz de poner fin a una guerra que fue incapaz de impedir, no recibiendo la paz de las manos de la burguesía imperialista como resultado de la diplomacia de gabinetes, sino conquistándola, imponiéndola a la burguesía?¹⁹

Rosa Luxemburg describe aquí tres guiones posibles sobre cómo podría terminarse la guerra. El primero: la ruina y el agotamiento de los beligerantes de ambos campos. Rosa reconoce de entrada la posibilidad de que el atolladero de la competencia capitalista, en su período de decadencia histórica, acabe en un proceso de putrefacción y desintegración si el proletariado es incapaz de imponer su propia solución. Esa tendencia a la descomposición de la sociedad capitalista no debería hacerse manifiesta sino muchas décadas más tarde con la “implosión”, en 1989, del bloque del Este y de los regímenes estalinistas y el declive resultante del liderazgo de la superpotencia restante, Estados Unidos. Rosa Luxemburg ya había comprendido que esa dinámica, por sí sola, no era favorable al desarrollo de una alternativa revolucionaria.

El segundo guion era que la guerra fuera hasta su límite y acabara en la derrota de uno de los dos bloques opuestos. En ese caso, el resultado sería la inevitable separación en el seno del campo victorioso que produciría un nuevo alineamiento para una segunda guerra mundial más destructora todavía, contra la que la clase obrera sería todavía menos capaz de oponerse.

En ambos casos, el resultado no sería una derrota momentánea sino una derrota histórica mundial del socialismo durante una generación como mínimo, lo que en última instancia podría suponer la desaparición misma de una alternativa proletaria a la barbarie capitalista. Los revolucionarios de entonces ya entendieron que la “Gran Guerra” había abierto

¹⁹ Rosa Luxemburg, “Liebknecht”, *Spartakusbriefe*, n° 1, septiembre de 1916.

un proceso que podría minar la confianza de la clase obrera en su misión histórica. Como tal, “la crisis de la socialdemocracia” era una crisis de la especie humana misma, pues, en el capitalismo, sólo el proletariado es portador de una sociedad alternativa.

La Revolución Rusa y la huelga de masas de enero de 1918

¿Cómo ponerle fin a la guerra imperialista con medios revolucionarios? Los verdaderos socialistas del mundo entero contaban con Alemania para dar cumplida respuesta a esa pregunta. Alemania era la potencia continental principal de Europa, el líder –de hecho, la única potencia importante– de uno de los dos bloques imperialistas enfrentados. Era además un país que contaba con la mayor cantidad de obreros educados, formados en el socialismo, con conciencia de clase y que, durante la guerra, fueron uniéndose de manera creciente a la causa de la solidaridad internacional.

Pero el movimiento proletario es internacional por naturaleza. Y la primera respuesta al problema planteado antes no se dio en Alemania sino en Rusia. La Revolución Rusa de 1917 significó un giro en la historia mundial. Y participó en el cambio de la situación en Alemania. Hasta febrero de 1917 y el inicio del levantamiento en Rusia, los obreros alemanes con conciencia de clase se propusieron la meta de desarrollar la lucha para obligar a los gobiernos a exigir la paz. Ni siquiera en el seno de la Liga Espartaquista (Spartakusbund), en el momento de su fundación en el primero de año de 1916, nadie creía en la posibilidad de una revolución inminente. Con la experiencia rusa de abril de 1917, los círculos revolucionarios clandestinos de Alemania adoptaron el planteamiento de que la finalidad no era sólo acabar con la guerra, sino, al mismo tiempo, derribar el capitalismo. Muy pronto, la victoria de la revolución en Petrogrado y Moscú en octubre de 1917 esclareció, para esos círculos de Berlín y Hamburgo, no ya la meta sino los medios para alcanzarla: la insurrección armada organizada y realizada por los Consejos Obreros.

Paradójicamente, el efecto inmediato del Octubre Rojo ruso en las grandes masas de Alemania iba en un sentido más bien contrario. Una especie de euforia inocente estalló ante la idea de que se acercaba la paz, basada en la hipótesis de que al gobierno alemán no le quedaría más remedio que aceptar la mano tendida desde el frente oriental por “una paz sin anexiones”. Esta reacción muestra hasta qué punto la propaganda de lo que había sido el SPD, ahora partido “socialista” fautor de guerra, según

el cual la guerra le habría sido impuesta a una Alemania que se negaba a hacerla, seguía teniendo influencia. El cambio de las masas populares en su actitud hacia la guerra influida por la Revolución Rusa, se produciría tres meses más tarde con ocasión de las negociaciones de paz entre Rusia y Alemania en Brest-Litovsk.²⁰ Esas negociaciones fueron intensamente seguidas por los obreros en toda Alemania y el Imperio Austrohúngaro. Su resultado: el *diktat* imperialista de Alemania y la ocupación por este país de amplias comarcas de las regiones occidentales de lo que era ahora la República soviética, y la represión sin miramientos de los movimientos revolucionarios allí ocurridos, convenció a millones de obreros sobre lo justo que era el lema de Spartakusbund: el enemigo principal está en nuestro propio país, es el propio sistema. Brest-Litovsk dio lugar a una huelga de masas gigantesca que arrancó en Austria-Hungría, en Viena. Se extendió rápidamente a Alemania, paralizando la vida económica en más de veinte ciudades principales, con medio millón de obreros en huelga sólo en Berlín. Las reivindicaciones eran las mismas que las de la delegación soviética en Brest: cese inmediato de la guerra, sin anexiones. Los obreros se organizaron mediante un sistema de delegados elegidos, siguiendo en general las propuestas muy concretas de una octavilla de Spartakusbund que sacaba las lecciones de Rusia.

Un testimonio referido en el diario del SPD, *Vorwärts*, en su número del 28 de enero de 1918, describe las calles de Berlín, desiertas aquella mañana, desdibujadas en medio de una niebla que deformaba los edificios y la ciudad entera. Y cuando las masas se echaron a las calles con una silenciosa determinación, salió el sol y se desvaneció la niebla, según refiere el periodista.

Divisiones y divergencias en el seno de la dirección de la huelga

La huelga provocó un debate en la dirección revolucionaria sobre los fines inmediatos del movimiento; pero era un debate que se iba acercando cada vez más al meollo de la cuestión: ¿cómo podrá el proletariado acabar con la guerra? El centro de gravedad de la dirección era entonces el ala izquierda de la socialdemocracia, un ala izquierda que tras haber sido excluida del SPD a causa de su oposición a la guerra, había formado un nuevo partido, el USPD (el SPD “independiente”). Ese partido, que

²⁰ El tratado de Brest-Litovsk se firmó el 3 de marzo de 1918 entre Alemania, sus aliados y la recién creada República de los Sóviets. Las negociaciones duraron 3 meses. Véase “La Izquierda comunista en Rusia: 1918-1930 (1ª parte)” en *Revista Internacional* n° 8.

agrupaba a la mayoría de los dirigentes más conocidos que se habían opuesto a la traición al internacionalismo por parte del SPD, incluidos muchos elementos indecisos y vacilantes, más pequeñoburgueses que proletarios, también contenía una oposición revolucionaria radical, la Spartakusbund, fracción que disponía de una estructura y plataforma propias. Ya durante el verano y el otoño de 1917, Spartakusbund y otras corrientes en el seno del USPD habían convocado a manifestaciones de protesta y de profundo descontento, en las que se testimoniaba el creciente entusiasmo por la Revolución Rusa. Los *Obleute*, “delegados revolucionarios” de fábrica, se oponían a esa orientación; su influencia era especialmente grande en las fábricas de armas de Berlín. Poniendo de relieve las ilusiones de las masas sobre la “voluntad de paz” del gobierno alemán, esos círculos querían esperar a que el descontento fuera más intenso y general para que pudiera entonces expresarse en una acción de masas única y unificada. Cuando, en los primeros días de 1918, los llamamientos a la huelga de masas en toda Alemania alcanzaron Berlín, los *Obleute* decidieron no invitar a la Spartakusbund a las reuniones en las que se estaba organizando esa acción masiva central. Tenían miedo a lo que ellos llamaban el “activismo” y la “precipitación” de los espartaquistas –los cuales, según ellos, dominaban el grupo desde que su principal animadora y teórica, Rosa Luxemburg, había sido encarcelada– pusieran en peligro el lanzamiento de una acción unificada en toda Alemania. Cuando se enteraron de eso los espartaquistas, lanzaron su propio llamamiento a la lucha sin esperar la decisión de los *Obleute*.

Esa falta de confianza recíproca se incrementó entonces sobre la actitud que tomar hacia el SPD. Cuando los sindicatos descubrieron que un comité de huelga secreto se había formado sin ningún miembro del SPD, este partido exigió inmediatamente estar representado en él. El día antes de la huelga del 28 de enero, una reunión clandestina de delegados de fábrica en Berlín votó mayoritariamente en contra de la presencia de delegados del SPD. Sin embargo, los *Obleute* que dominaban el comité de huelga decidieron admitir a delegados del SPD con el argumento de que los socialdemócratas ya no tenían la capacidad de impedir la huelga, pero, en cambio, su exclusión podría dar un tono de discordia y, por lo tanto, minar la unidad de acción en el futuro. Spartakusbund condenó energicamente esa decisión.

El debate alcanzó una alta tensión durante la huelga misma. Ante la fuerza elemental de esa acción, Spartakusbund empezó a defender la

orientación de intensificar la agitación para entrar en guerra civil. El grupo pensaba que había llegado el momento de poner fin a la guerra por medios revolucionarios. Los *Obleute* se opusieron a eso de manera frontal, y prefirieron tomar la responsabilidad de poner fin, de manera organizada, al movimiento una vez que éste, al parecer de ellos, había alcanzado su punto culminante. Su argumento principal era que un movimiento insurreccional, aunque triunfara, se quedaría limitado a Berlín y que los soldados no habían sido todavía ganados para la revolución.

El lugar de Rusia y el de Alemania en la revolución mundial

Tras esa divergencia sobre la táctica había dos cuestiones más generales y profundas. Una de ellas es el criterio que permite juzgar si las condiciones están maduras para una insurrección revolucionaria. Volveremos más tarde sobre ese tema.

La otra es el papel del proletariado ruso en la revolución mundial. ¿Podía ser el derrocamiento de la dominación burguesa en Rusia un factor inmediato que desatara el levantamiento revolucionario en la Europa central y occidental o, al menos, obligar a los principales protagonistas del imperialismo a hacer cesar la guerra?

Esa misma discusión se produjo en el Partido Bolchevique en Rusia en vísperas de la insurrección de octubre de 1917 y luego con ocasión de las negociaciones de paz con el gobierno imperial alemán en Brest-Litovsk. En el partido bolchevique, los opuestos a la firma del tratado con Alemania, conducidos por Bujarin, defendían que la motivación principal del proletariado al tomar el poder en octubre de 1917 en Rusia, era la de desencadenar la revolución en Alemania y en Occidente y firmar un tratado con Alemania en ese momento significaba abandonar esa orientación. Trotski adoptó una posición intermedia para temporizar que no resolvía el problema. Quienes defendían la necesidad de firmar ese tratado, Lenin por ejemplo, no ponían en absoluto en entredicho la motivación internacionalista de la insurrección de octubre. Lo que sí discutían era que la decisión de tomar el poder se habría basado en la idea de que la revolución se iba a extender inmediatamente a Alemania. Al contrario: quienes eran favorables a la insurrección ya habían planteado, en aquel entonces, que la extensión inmediata de la revolución no era algo seguro de modo que el proletariado ruso corría el riesgo de quedar aislado y vivir sufrimientos horribles al tomar la iniciativa de comenzar la revolución

mundial. Ese riesgo, argumentaba Lenin, entre otros, se justificaba porque lo que estaba en juego era el porvenir no sólo del proletariado ruso, sino del proletariado mundial; y no sólo del proletariado sino el futuro de toda la humanidad. La decisión debía pues tomarse con plena conciencia y de la manera más responsable. Lenin repetía esos argumentos respecto a Brest: la firma del tratado, incluso el más desfavorable, por el proletariado ruso con la burguesía alemana se justificaba moralmente para ganar tiempo pues no era nada seguro que la revolución en Alemania empezara inmediatamente.

Aislada del mundo en la cárcel, Rosa Luxemburg intervino en ese debate con tres artículos, “La responsabilidad histórica”, “Hacia la catástrofe” y “La tragedia rusa”, redactados respectivamente en enero, junio y septiembre de 1918 (tres de las más importantes entre las conocidas “Cartas de Espartaco”, difundidas clandestinamente durante la guerra). En ellas pone claramente en evidencia que no se puede echar en cara ni al Partido Bolchevique, ni al proletariado ruso el haberse visto obligados a firmar un tratado con el imperialismo alemán. Esta situación era el resultado de la ausencia de revolución en otros lugares y, ante todo, en Alemania. Basándose en esa comprensión, Rosa puso de relieve la trágica paradoja siguiente: aunque la Revolución Rusa haya sido la cumbre más alta conquistada por la humanidad hasta hoy y, como tal, haya significado un verdadero giro en la historia, su primera consecuencia, en lo inmediato, no fue la de disminuir sino prolongar los horrores de la guerra mundial. Y eso por la sencilla razón de que la revolución libró al imperialismo alemán de la obligación de hacer la guerra en dos frentes.

Trotsky cree en la posibilidad de una paz inmediata bajo la presión de las masas en el Oeste, y Rosa Luxemburg escribe en 1918: “Habrà que echar mucha agua en el vino espumoso de Trotsky”. Y sigue ella: “Primera consecuencia del armisticio en el Este: las tropas alemanas serán sencillamente transferidas del Este al Oeste. Diría más: ya lo han hecho”.²¹ En junio saca una segunda conclusión de esa dinámica: Alemania se ha convertido en el gendarme de la contrarrevolución en Europa oriental, aplastando a las fuerzas revolucionarias desde Finlandia hasta Ucrania. Paralizado por esta evolución, el proletariado “se hacía el muerto”. En septiembre de 1918, explica ella que la guerra mundial amenaza con sepultar a la propia Rusia revolucionaria:

²¹ “Die geschichtliche Verantwortung” (“La responsabilidad histórica”), *Spartakusbrieft* n° 8, enero de 1918.

El grillete de hierro de la guerra mundial que parecía haberse quebrado en el Este se está volviendo a apretar en torno a Rusia y el mundo entero sin la menor grieta: la “Entente” avanza en el Norte y en el Este con los checoslovacos y los japoneses -consecuencia natural e inevitable del avance de Alemania por el Oeste y el Sur. Las llamaradas de la guerra mundial ya están lamiendo el suelo ruso y se concentrarán pronto sobre la Revolución Rusa. En fin de cuentas, se ha revelado como algo imposible para Rusia aislarse de la guerra mundial, incluso a costa de los mayores sacrificios.²²

Para Rosa Luxemburg, estaba claro que la ventaja militar inmediata conseguida por Alemania a causa de la revolución en Rusia iba a permitir durante algunos meses cambiar la relación de fuerzas en Alemania en favor de la burguesía. A pesar de los ánimos que la Revolución Rusa había inspirado en los obreros alemanes y aunque la “paz de bandolero” impuesta por el imperialismo alemán después de Brest les quitara muchas ilusiones, se necesitaría casi un año para que todo volviera a madurar y se transformara en rebelión abierta contra el imperialismo.

Todo ello se debe a lo peculiar de una revolución que surge en un contexto de guerra mundial. La Gran Guerra de 1914 no sólo fue una espantosa carnicería a una escala nunca antes vista. También fue la organización de la más gigantesca operación económica, material y humana que la historia hubiera conocido hasta entonces. Literalmente, millones de seres humanos, así como todos los recursos de la sociedad, se habían transformado en mecanismos de una máquina infernal cuya dimensión misma desafiaba la imaginación más delirante. Eso provocó dos sentimientos de una gran intensidad en el proletariado: el odio a la guerra y un sentimiento de impotencia. En esas circunstancias, tuvieron que pasar sufrimientos y sacrificios desmesurados antes de que la clase obrera reconociera que sólo ella podía poner fin a la guerra. Ese proceso llevó tiempo, se desarrolló con altibajos y fue muy heterogéneo. Dos de sus aspectos más importantes fueron la toma de conciencia de que las verdaderas motivaciones del esfuerzo de guerra imperialista eran motivaciones de bandoleros criminales y que la burguesía misma no controlaba la máquina de guerra, la cual, producto del capitalismo, se había vuelto independiente de la voluntad humana. En Rusia en 1917, como en Alemania y Austria-Hungría en 1918, la comprensión de que la burguesía era incapaz de poner fin a la guerra, incluso yendo a la derrota, fue decisiva.

²² “Die russische Tragödie” (“La tragedia rusa”), *Spartakusbrieft* n° 11, septiembre de 1918.

Lo que Brest-Litovsk y los límites de la huelga de masas en Alemania y en Austria-Hungría en enero de 1918 pusieron, ante todo, de relieve era que la revolución mundial podía comenzar en Rusia pero sólo una acción proletaria decisiva en uno de los principales países protagonistas –Alemania, Gran Bretaña o Francia– podía hacer cesar la guerra.

La carrera por hacer cesar la guerra

Aunque el proletariado alemán “se hubiera hecho el muerto”, como decía Rosa Luxemburg, su conciencia de clase siguió madurando durante la primera mitad de 1918. Además, a partir del verano de 1918, los soldados empezaron por primera vez a verse infectados por el virus de la revolución. Dos factores contribuyeron a ello. En Rusia, los prisioneros alemanes que eran soldados rasos fueron liberados con la opción de quedarse en Rusia, y participar en la revolución, o regresar a Alemania. Quienes optaron por volver fueron obvia e inmediatamente mandados al frente como carne de cañón para los ejércitos alemanes. Pero esos soldados traían noticias de la Revolución Rusa. En Alemania misma, en represalia por su acción, miles de dirigentes de la huelga de masas de enero fueron enviados al frente adonde llevaron las noticias de la creciente revuelta de la clase obrera contra la guerra. Pero lo decisivo en el cambio de atmósfera en el ejército fue la creciente toma de conciencia de la inutilidad de la guerra y de lo inevitable que era la derrota de Alemania.

En otoño se inició algo inimaginable unos cuantos meses antes: una carrera contra reloj entre proletariado consciente y burguesía alemana, para determinar cuál de las dos clases fundamentales de la sociedad moderna pondría fin a la guerra.

Del lado de la clase dominante alemana había primero que resolver dos importantes problemas en sus propias filas. Uno de ellos era la incapacidad total de muchos de sus representantes principales para encarar la posibilidad de la derrota, una derrota que, sin embargo, les saltaba a la vista. El otro era cómo hacer la paz sin desprestigiar el aparato de Estado de manera irreparable. Debemos, en esto, no olvidar que en Alemania, la burguesía llegó al poder y el país se unificó no gracias a una revolución desde abajo sino gracias a los militares, y, sobre todo, del ejército real prusiano. ¿Cómo poner fin a la guerra sin poner en entredicho a ese pilar, a ese símbolo de la fuerza y la unidad nacionales?

15 de septiembre de 1918: las potencias aliadas rompen el frente austrohúngaro en los Balcanes.

27 de septiembre: Bulgaria, importante aliada de Berlín, capitula.

29 de septiembre: el comandante en jefe del ejército alemán, Erich Ludendorff, informa al alto mando que la guerra está perdida, que sólo es cosa de días, de horas incluso, antes de que se desmorone todo el frente.

En realidad, la descripción que hizo Ludendorff de la situación inmediata era más bien exagerada. No se sabe si le entró pánico y describió la realidad más negra todavía de lo que era para que los dirigentes del país aceptaran sus propuestas. Sea como sea, se adoptaron sus propuestas: capitulación e instauración de un gobierno parlamentario.

De ese modo, Ludendorff quería evitar una derrota total de Alemania y hacer que amainaran los vientos de la revolución. Pero también buscaba otro objetivo: quería que la capitulación fuera cosa de un gobierno civil, de modo que los militares pudieran seguir negando la derrota públicamente. Preparaba así el terreno para la *Dolchstosslegende*, “la leyenda de la puñalada por la espalda”, según la cual el ejército alemán victorioso habría sido vencido por los traidores del interior. Pero este enemigo, el proletariado, no podía, evidentemente, ser llamado por su nombre, pues así se habría ensanchado el enorme y creciente abismo que separaba burguesía y clase obrera. Por esa razón, había que encontrar un chivo expiatorio al que echar todas las culpas por haber “engañado” a los obreros. La historia de la civilización occidental desde hacía dos mil años había puesto en bandeja a la víctima más idónea para desempeñar el papel de chivo expiatorio: los judíos. Y así fue como el antisemitismo, cuya influencia había vuelto a aumentar, sobre todo en el Imperio Ruso, durante los años anteriores a la guerra, volvió al centro de la política europea. El camino que lleva a Auschwitz se emprendió entonces.

1° de octubre de 1918: Ludendorff y Hindenburg proponen la paz inmediata a la “Entente”. En ese mismo momento, una conferencia de grupos revolucionarios más intransigentes, la Spartakusbund y la Izquierda de Bremen, llaman a la agitación entre los soldados y a la formación de Consejos Obreros. En el mismo momento también, cientos de miles de desertores huyen del frente. Y, como lo escribiría más tarde el revolucionario Paul Frölich (en su biografía de Rosa Luxemburg), el cambio de actitud de las masas se leía en sus ojos.

En el campo de la burguesía la voluntad de terminar la guerra se retrasaba por dos nuevos factores. Por un lado, ninguno de los despidados

dirigentes del Estado alemán que no habían tenido la menor vacilación en enviar a sus “súbditos” por millones a una muerte segura y absurda tenía ahora el valor de informar al Káiser Guillermo II que tenía que renunciar al trono. Por otra parte, el otro campo imperialista seguía buscando razones para retrasar el armisticio, pues no estaba convencido de que una revolución fuera probable en lo inmediato, ni de que pudiera significar un peligro para su propia dominación. La burguesía perdía tiempo.

Todo eso no le impidió, sin embargo, preparar la represión sangrienta de las fuerzas revolucionarias. Había escogido, en particular, las partes del ejército que, de vuelta del frente, deberían ocupar las ciudades principales. En el campo del proletariado, los revolucionarios preparaban con cada día mayor intensidad el levantamiento armado para acabar con la guerra. Los *Obleute* en Berlín fijaron para el 4 de noviembre, después para el 11, el día de la insurrección.

Pero, mientras tanto, los acontecimientos dieron un giro que ni la burguesía ni el proletariado se esperaban y que iba a tener una influencia determinante en el curso de la revolución.

Amotinamientos en la marina, disolución del ejército

Para cumplir con las condiciones del armisticio impuestas por el campo militar adverso, el gobierno de Berlín puso fin, el 20 de octubre, a toda operación militar naval, especialmente a la guerra submarina. Una semana más tarde, declaraba el alto el fuego sin condiciones.

Ante ese “principio del fin”, los oficiales de la flota de la costa norte de Alemania perdieron el juicio. O más bien les entró la “locura” de su rancia casta militar –y su defensa del “honor”, sus tradiciones del duelo...–, la locura de la guerra imperialista moderna hizo surgir la suya propia. A espaldas de su propio gobierno, decidieron lanzar la armada a la gran batalla naval contra la flota británica a la que habían estado esperando vanamente durante toda la guerra. Preferían morir con honor antes que capitular sin lucha. Y se creían que los marinos y la tripulación –80.000 personas en total– estaban listos para seguirlos bajo su mando.²³

Pero no fue así, ni mucho menos. Las tripulaciones se amotinaron contra el motín de sus jefes. O, al menos, bastantes de ellas. Durante unos momentos dramáticos, los navíos cuya tripulación había tomado el

²³ Las acciones de kamikaze de la aviación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial y los atentados suicidas de los fundamentalistas islámicos tienen precursores europeos.

control y aquellos en donde eso no había ocurrido (todavía) se apuntaron mutuamente sus cañones. Las tripulaciones amotinadas capitularon entonces, sin duda para evitar disparar contra sus hermanos de clase.

Pero eso no fue todavía lo que desencadenó la revolución en Alemania. Lo decisivo fue que las tripulaciones arrestadas fueron llevadas presas a Kiel donde se los iba sin duda a condenar a muerte como traidores. Los marineros que no habían tenido valor para unirse a la primera rebelión en alta mar ahora expresaban sin miedo su solidaridad con esas tripulaciones. Y, sobre todo, la clase obrera entera de Kiel salió de las fábricas, movilizándose en las calles en solidaridad, confraternizando con los marineros. El socialdemócrata Noske, enviado para aplastar sin piedad el levantamiento, llegó a Kiel el 4 de noviembre, encontrándose con la ciudad en manos de obreros, marineros y soldados armados. Además, ya habían salido de Kiel unas delegaciones masivas en todas direcciones para animar a la población a hacer la revolución, a sabiendas de que se había franqueado una línea sin posible retorno: o victoria o muerte segura. Noske quedó totalmente desconcertado tanto por la rapidez de los acontecimientos como por el hecho de que los rebeldes de Kiel lo acogieron como un héroe.²⁴

Bajo los golpes de ariete de esos acontecimientos, el poderoso aparato militar alemán acabó desmoronándose por completo. Las divisiones que volvían de Bélgica y que el gobierno pensaba utilizar para “restablecer el orden” en Colonia desertaron. La noche del 8 de noviembre, todas las miradas convergían hacia Berlín, sede del gobierno, donde estaban concentradas las principales fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Circulaba el rumor de que la batalla decisiva iba a verificarse al día siguiente en la capital.

Richard Müller, dirigente de los *Obleute* en Berlín, referiría más tarde:

El 8 de noviembre, yo estaba en Hallisches Tor.²⁵ En filas interminables avanzaban hacia el centro de la ciudad columnas de infantería fuertemente armadas, ametralladoras y artillería ligera. Los hombres parecían unos golfantes. Tipos de esta calaña ya habían servido, con “éxito”, para aplastar a los obreros y campesinos en Rusia y Finlandia. No cabía la menor duda de que iban a ser utilizados en Berlín para ahogar en sangre la revolución.²⁶

²⁴ Véase el análisis de esos acontecimientos del historiador alemán Sebastian Haffner en *1918/19, Eine deutsche Revolution (1918/19, Una revolución alemana)*.

²⁵ “Puerta de Halle”, estación del metro aéreo de Berlín, al sur del centro de la ciudad.

²⁶ Richard Müller, ob. cit.



Noviembre de 1918: marinos rebeldes manifestándose en Kiel al principio de la sublevación revolucionaria

Müller cuenta después que el Partido Socialista (SPD) mandaba mensajes a todos sus funcionarios, pidiéndoles que se opusieran por todos los medios al estallido de la revolución. Y prosigue:

Yo he estado a la cabeza del movimiento revolucionario desde que estalló la guerra. Nunca, incluso ante los peores contratiempos, he dudado de la victoria del proletariado. Pero ahora que se acerca la hora decisiva, me asalta un sentimiento de aprehensión, una gran inquietud por mis camaradas de clase, por el proletariado. Yo mismo, ante la grandeza del momento, me encontraba vergonzosamente pequeño y débil.²⁷

La revolución de noviembre: el proletariado pone fin a la guerra

Se dice a menudo que el proletariado alemán, modelado por valores culturales tradicionales de obediencia y sumisión que, por razones históricas, le habrían inculcado las clases dominantes de ese país durante varios siglos, era incapaz de hacer una revolución.

El 9 de noviembre de 1918 demostró lo contrario. Por la mañana de ese día, cientos de miles de manifestantes procedentes de los grandes arrabales obreros que rodean los barrios gubernamentales y de negocios por tres costados de la capital, caminaban hacia el centro de Berlín. Habían organizado los itinerarios para pasar delante de los cuarteles principales para ganarse a los soldados a su causa, y ante las cárceles principales para liberar a sus camaradas. Estaban equipados de fusiles y granadas. Y estaban dispuestos a morir por la revolución. La organización se había ido haciendo sobre la marcha, de manera espontánea.

Aquel día sólo murieron 15 personas. La revolución de noviembre de 1918 en Alemania fue tan poco cruenta como la de octubre de 1917 en Rusia. Pero nadie lo sabía de antemano ni podía suponerlo. El proletariado de Berlín mostró ese día una gran valentía y una determinación inquebrantable.

A mediodía, los dirigentes del SPD, Ebert y Scheidemann, estaban comiendo en el Reichstag, sede del Parlamento. Friedrich Ebert estaba de lo más orgulloso, pues acababan de llamarlo representantes de los ricos y la nobleza para formar un gobierno que salvara el capitalismo. Al oír ruido fuera, Ebert, continuó solo su almuerzo sin hacer caso de la muchedumbre; Scheidemann, acompañado de funcionarios armados ante la posibilidad de que el edificio fuera tomado por asalto, salió al balcón

²⁷ *Ibidem.*

para ver lo que estaba pasando. Lo que vio fue algo así como un millón de manifestantes en el césped entre el Reichstag y la Puerta de Brandeburgo. La muchedumbre se calló al ver a Scheidemann asomado al balcón, suponiendo que iba a dar un discurso. Obligado a improvisar, proclamó “la República alemana libre”. Cuando volvió a contarle a Ebert lo que había hecho, éste se puso furioso pues su intención era no sólo salvar el capitalismo sino incluso la monarquía.²⁸

Más o menos en el mismo momento, Karl Liebknecht, que se encontraba en el balcón de un palacio de esa misma monarquía, proclamaba la república socialista y llamaba a la clase obrera de todos los países a la revolución mundial. Unas horas más tarde, los *Obleute* revolucionarios ocupaban una de las principales salas de reunión del Reichstag. Allí se formuló el llamamiento a que se organizaran asambleas generales masivas al día siguiente para elegir a los delegados y formar consejos revolucionarios de obreros y de soldados.

La guerra había terminado, la monarquía había sido derrocada, pero el imperio de la burguesía distaba mucho de haber terminado.

Tras la victoria, la guerra civil

Al principio de este capítulo, recordábamos los retos de la historia tal como los había expuesto Rosa Luxemburg, resumidos en esta pregunta: ¿qué clase podrá poner fin a la guerra? Recordemos los tres guiones posibles para que se terminara la guerra: por la acción del proletariado, por decisión de la burguesía o por el agotamiento mutuo entre los beligerantes. Los acontecimientos demostraron claramente que, a fin de cuentas, fue el proletariado el que desempeñó el papel principal para poner fin a la Gran Guerra. Ese hecho ilustra la fuerza potencial que posee el proletariado revolucionario. Y explica por qué la burguesía, todavía hoy, lo hace todo para que quede en el olvido y el silencio la revolución de noviembre de 1918.

Pero no es esa toda la historia. En cierto modo, los acontecimientos de noviembre combinaron los tres guiones planteados por Rosa Luxemburg,

²⁸ Hay anécdotas de ese estilo, procedentes del interior de la contrarrevolución, en las memorias de los dirigentes de la socialdemocracia. Philipp Scheidemann: *Memoiren eines Sozialdemokraten (Memorias de un socialdemócrata)*, 1928; Gustav Noske: *Von Kiel bis Kapp - Zur Geschichte der deutschen Revolution (De Kiel a Kapp - Sobre la historia de Revolución Alemana)*, 1920.

Esos acontecimientos fueron también, en alguna medida, el resultado de la derrota militar de Alemania. A principios de noviembre del 18, ese país estaba, sin lugar a dudas, en vísperas de una derrota militar total. Irónicamente, sólo el levantamiento proletario evitó a la burguesía alemana la fatalidad de una ocupación militar, al obligar a sus enemigos imperialistas a terminar la guerra e impedir así la extensión de la revolución. Noviembre de 1918 reveló también los elementos de la “ruina mutua” y el agotamiento, sobre todo en Alemania, pero también en Francia y Gran Bretaña. De hecho, fue la intervención de Estados Unidos al lado de los aliados occidentales a partir de 1917 lo que hizo inclinar la balanza a favor de éstos y permitió salir del callejón mortal en que se habían encastrado las potencias europeas.

Si mencionamos el papel de esos otros factores no es, ni mucho menos, para minimizar el del proletariado. Importa, sin embargo, tenerlos en cuenta pues ayudan a comprender la naturaleza de los acontecimientos. La revolución de noviembre obtuvo una victoria como una fuerza contra la cual ninguna verdadera resistencia es posible. Pero también se obtuvo porque el imperialismo alemán ya había perdido la guerra, porque su ejército estaba en plena descomposición y porque no sólo la clase obrera, sino amplios sectores de la pequeña burguesía e incluso de la burguesía querían ahora la paz.

Tras su gran triunfo, la población de Berlín eligió Consejos Obreros y de soldados. Éstos, a su vez, nombraron, al mismo tiempo que su propia organización, lo que se consideraba como una especie de gobierno provisional socialista, formado por el SPD y el USPD, bajo la dirección de Friedrich Ebert. Ese mismo día, Ebert firmaba un acuerdo secreto con el nuevo mando militar para aplastar la revolución.

R. Steinklopper

III - 1918-1919: LA FORMACIÓN DEL PARTIDO, LA AUSENCIA DE LA INTERNACIONAL

Cuando estalla la Primera Guerra Mundial, la noche del 4 de agosto de 1914, se reunieron un puñado de socialistas en Berlín para entablar el combate internacionalista: eran siete en el domicilio de Rosa Luxemburg. De esa reunión, cuya evocación nos recuerda que una de las cualidades más importantes de los revolucionarios es saber ir contracorriente, no debe concluirse que el partido proletario habría desempeñado un papel secundario en los acontecimientos que sacudieron el mundo en aquella época. Es todo lo contrario, como hemos querido demostrarlo en los dos capítulos precedentes. En el primer capítulo defendíamos la tesis de que la crisis de la socialdemocracia, especialmente la del SPD de Alemania –partido líder de la II Internacional– fue uno de los factores más importantes que permitió que el imperialismo alistara al proletariado en la guerra. En el segundo artículo, mostrábamos lo crucial que fue la intervención de los revolucionarios para que la clase obrera volviera a encontrar, en plena guerra, sus principios internacionalistas y lograra poner fin a la carnicería imperialista por medios revolucionarios (la revolución de noviembre de 1918). Y así pusieron los revolucionarios las bases para la fundación de un nuevo partido y de una nueva Internacional.

Subrayábamos que durante esas dos fases, la capacidad de los revolucionarios para comprender cuáles eran las prioridades del momento era la condición previa para poder desempeñar ese papel activo y positivo. Tras el desplome de la Internacional frente a la guerra, la tarea del momento era comprender las razones de ese desastre y sacar sus lecciones. En la lucha contra la guerra, la responsabilidad de los verdaderos socialistas era, ante todo, la de izar los estandartes del internacionalismo y alumbrar el camino hacia la revolución.

Los consejos y el partido de clase

El levantamiento de los obreros del 9 de noviembre de 1918 precipita el fin de la guerra mundial a partir de la mañana del día siguiente. Cae la corona del emperador alemán y, con ella, cantidad de pequeños “tronos” alemanes, a la vez que se iniciaba una nueva fase de la revolución. Aunque el le-

vantamiento de noviembre fue realizado por los obreros, Rosa Luxemburg lo llamó “la Revolución de los soldados”, porque lo que predominaba era una profunda aspiración a la paz. Un deseo que los soldados, tras cuatro largos años en las trincheras, albergaban más que nadie. Fue lo que dio a aquella jornada inolvidable su color particular, su gloria, pero, también, lo que alimentó las ilusiones. Como a algunos sectores de la burguesía también les alivió el fin tan esperado de la guerra, el estado de ánimo del momento era de confraternización general. Incluso los dos protagonistas principales de la lucha social, la burguesía y el proletariado, se vieron arrastrados por las ilusiones del 9 de noviembre. La ilusión de la burguesía era que podría todavía utilizar a los soldados contra los obreros. Esta ilusión se desvaneció en unos cuantos días. Los soldados querían regresar a sus casas y no luchar contra los obreros. La ilusión del proletariado, era que los soldados estaban ya de su lado y que querían la revolución. Durante las primeras sesiones de los Consejos Obreros y de Soldados elegidos en Berlín el 10 de noviembre, los delegados de los soldados estuvieron a punto de linchar a los revolucionarios que defendían la necesidad de proseguir la lucha de la clase y que denunciaban al gobierno socialdemócrata como enemigo del pueblo.

En general, esos consejos de obreros y de soldados se caracterizaron por cierta inercia, una inercia que, curiosamente, marca el principio de las grandes insurrecciones sociales. En gran parte, los soldados eligieron a sus oficiales como delegados, y los obreros nombraron a los candidatos socialdemócratas por los que habían votado antes de la guerra. O sea, que los consejos no tenían otra cosa mejor que hacer que nombrar un gobierno dirigido por los belicistas del SPD y decidir ya su propio suicidio al pedir que se celebraran elecciones generales en un sistema parlamentario.

A pesar de lo totalmente inadaptado de esas primeras medidas, los Consejos Obreros eran el corazón de la revolución de noviembre. Como lo subrayó Rosa Luxemburg, fue el propio surgimiento de esos órganos lo que expresó y encarnó el carácter fundamentalmente proletario de la insurrección. Pero, ahora, una nueva fase de la revolución se abría, y en ella, la cuestión ya no era la de los consejos, sino la del partido de clase. La fase de las ilusiones llegaba a su fin, llegaba el momento de la verdad, se acercaba el estallido de la guerra civil. Los Consejos Obreros, por su función y estructura mismas por ser órganos de las masas, son capaces de renovarse y revolucionarse de un día para otro. Ahora la pregunta clave es: la visión proletaria, revolucionaria ¿acabará imponiéndose en el seno de los Consejos Obreros, en la clase obrera?

Para ganar, la revolución proletaria necesita una vanguardia política centralizada y unida en la que tiene puesta su confianza la clase obrera en su conjunto. Esa era la lección más importante de la revolución de Octubre en Rusia del año anterior. Como lo había desarrollado Rosa Luxemburg en 1906 en su folleto sobre la huelga de masas, la tarea del partido no es organizar a las masas sino darles una dirección política y una confianza real en sus propias capacidades.

Las dificultades del agrupamiento de los revolucionarios

A finales de 1918, en Alemania, sin embargo, no existía un partido de esas características. Los socialistas que se habían opuesto a la política belicista del SPD se encontraban sobre todo en el USPD, la antigua oposición que había sido excluida del SPD. El USPD era un agrupamiento heteróclito de decenas de miles de miembros, desde pacifistas y gente que querían reconciliarse con los belicistas, hasta verdaderos internacionalistas revolucionarios. La organización principal de éstos, Spartakusbund (la Liga Espartaco), era una fracción independiente en el seno del USPD. Otros grupos internacionalistas más pequeños, como los Comunistas Internacionales de Alemania, los IKD (que venían de la oposición de izquierda de Bremen), estaban organizados fuera del USPD. Spartakusbund era muy conocida y respetada entre los obreros. Pero los dirigentes reconocidos de los movimientos de huelga contra la guerra no pertenecían a esos grupos políticos, sino a la estructura informal de los delegados de fábrica, los *Revolutionäre Obleute*. En diciembre de 1918, la situación se vuelve dramática. Ya han habido unas primeras escaramuzas hacia la guerra civil abierta. Pero los diferentes componentes del virtual partido de clase revolucionario –Espartaco, otros elementos de izquierda del USPD, los IKD, los *Obleute*– seguían siendo entidades separadas y muy vacilantes.

Bajo la presión de los acontecimientos, la cuestión de la fundación del partido empezó a plantearse más concretamente. Al final acabó siendo tratada a toda prisa.

El Primer Congreso Nacional de Consejos de Obreros y de Soldados se reúne en Berlín el 16 de diciembre. 250.000 obreros radicales se manifiestan en el exterior para ejercer presión sobre los 489 delegados (entre los cuales sólo había 10 representantes de Espartaco y 10 de los IKD). A Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht no se les permitió intervenir en la reunión, so pretexto de que no tenían mandato. Cuando el Congreso concluye con

la propuesta de entregar el poder en manos de un futuro sistema parlamentario, queda claro que los revolucionarios, ante semejante conclusión, tenían que dar una respuesta unitaria.

El 14 de diciembre de 1918, la Liga Espartaco publica una declaración programática de principios: *¿Qué quiere Espartaco?*. El 17 de diciembre, los IKD celebran una conferencia nacional en Berlín que llama a la dictadura del proletariado y a la formación del partido mediante un proceso de agrupamiento. La conferencia no logra alcanzar un acuerdo sobre si participar o no en las futuras elecciones a una asamblea parlamentaria nacional.

Más o menos al mismo tiempo, dirigentes de izquierda del USPD, como Georg Ledebour, y delegados de fábrica como Richard Müller empiezan a plantearse la necesidad de un partido unido de los obreros.

Por las mismas fechas, se reúnen en Berlín los delegados del movimiento internacional de la juventud, y organizan una secretaría. El 18 de diciembre se celebra una Conferencia Internacional de la Juventud, seguida de un mitin de masas en el barrio Neukölln de Berlín, en el que intervienen Karl Liebknecht y Willi Münzenberg.

Fue en ese contexto cuando, el 29 de diciembre en Berlín, una reunión de delegados de Spartakusbund decide romper con el USPD y formar un partido separado. Tres delegados votaron contra esa decisión. La reunión convocó también una conferencia de Espartaco y de los IKD para el día siguiente, en la que participaron 127 delegados de 56 ciudades y secciones. La conferencia pudo celebrarse en parte gracias a la mediación de Karl Radek, delegado de los bolcheviques. Muchos delegados no habían comprendido, antes de su llegada, que se los había convocado para formar un nuevo partido.²⁹ No se invitó a los delegados de fábrica pues se tenía la impresión de que era todavía prematuro asociarlos a unas posiciones revolucionarias muy resueltas que defendía una mayoría de miembros y simpatizantes, a menudo muy jóvenes, de Espartaco y de los IKD. Lo que sí se esperaba, en cambio, era que los delegados de fábrica se unieran al partido una vez éste constituido.³⁰

Lo que iba a ser el Congreso de Fundación del Partido Comunista de Alemania (KPD) reunió a dirigentes de Bremen (incluido Karl Radek, aun-

²⁹ El orden del día de la invitación era: 1. La crisis del USPD, 2. El programa de Spartakusbund, 3. La Asamblea Nacional, 4. La Conferencia Internacional.

³⁰ Contrariamente a esa posición, parece ser que una de las preocupaciones de Leo Jogiches era asociar a los *Obleute* a la fundación del partido.

que en esa reunión representara a los bolcheviques) que pensaban que la fundación del partido se había retrasado demasiado, y de Spartakusbund como Rosa Luxemburg y, sobre todo, Leo Jogiches, cuya mayor preocupación era que esa etapa era quizás prematura. Paradójicamente, ambas partes tenían buenos argumentos para justificar sus posiciones.

El Partido Comunista de Rusia (Bolchevique) mandó a seis delegados a la Conferencia; a dos de ellos la policía les impidió participar en ella.³¹

Congreso de Fundación: gran avance programático

Dos de las discusiones principales de lo que iba a acabar siendo el Congreso de Fundación del KPD trataron sobre la cuestión de las elecciones parlamentarias y los sindicatos. Esas cuestiones ya habían sido importantes en los debates de antes de 1914, pero habían quedado postergadas durante la guerra. Y ahora volvían a ser centrales. Karl Liebknecht planteó de inmediato la cuestión parlamentaria en su ponencia de apertura sobre “La crisis del USPD”. El Primer Congreso Nacional de Consejos Obreros en Berlín ya había planteado la pregunta que acabaría desembocando inevitablemente en una escisión del USPD: ¿Asamblea Nacional o República de Consejos? Era responsabilidad de todos los revolucionarios denunciar las elecciones burguesas y el sistema parlamentario como contrarrevolucionarios, como el fin y la muerte de los Consejos Obreros. Pero la dirección del USPD se negó a oír los llamamientos de Spartakusbund y los *Obleute* para que se debatiera esa cuestión y se decidiera en un congreso extraordinario.

En su intervención en nombre de la delegación del Partido Ruso, Karl Radek explicó que eran los acontecimientos históricos los que decidían no sólo si era necesario un congreso de fundación sino también su orden del día. Con el fin de la guerra, la lógica de la revolución en Alemania iba a ser necesariamente diferente a la de Rusia. La cuestión central ya no era la paz, sino el abastecimiento de alimentos, los precios y el desempleo.

Al poner la cuestión de la Asamblea Nacional y de las “luchas económicas” al orden del día de los dos primeros días del Congreso, la dirección de Spartakusbund esperaba que se tomara una posición clara sobre los Consejos Obreros contra el sistema burgués parlamentario y contra la forma, superada ya, de la lucha sindical, como sólida base programática del

³¹ Seis militantes presentes en la Conferencia fueron asesinados por las autoridades alemanas en los meses siguientes.

nuevo partido. Pero los debates fueron más lejos. La mayoría de delegados se declaró contra todo tipo de participación en las elecciones burguesas, incluso como medio de agitación contra ellas, y contra el trabajo en los sindicatos. En esto, el Congreso fue uno de los momentos más importantes de la historia del movimiento obrero. Permitted formular, por primera vez en nombre de un partido revolucionario de clase, unas posiciones radicales correspondientes a la nueva época del capitalismo decadente. Esas ideas influirían fuertemente en el *Manifiesto de la Internacional Comunista*, redactado unos meses más tarde por Trotski. Y habrían de ser las posiciones de base de la Izquierda Comunista hasta nuestros días.

Muchas de las intervenciones de los delegados que defendían esas posiciones estaban marcadas por la impaciencia y cierta falta de argumentos; fueron criticadas por los militantes experimentados, incluida Rosa Luxemburg que no compartía las conclusiones más radicales. Pero las actas de la reunión ilustran de sobra que esas nuevas posiciones no eran cosa de unos individuos y sus debilidades, sino el resultado de un movimiento social profundo que implicaba a cientos de miles de obreros conscientes.³² Gelwitzki, delegado de Berlín, animó al Congreso a que, en lugar de participar en las elecciones, fueran a los cuarteles a convencer a los soldados de que “el gobierno del proletariado mundial” es la asamblea de los consejos, y, en cambio, la Asamblea Nacional es el gobierno de la contrarrevolución. Eugen Leviné, delegado del Neukölln (Berlín), insiste en que la participación de los comunistas en las elecciones no haría más que reforzar las ilusiones de las masas.³³ En el debate sobre las luchas económicas, Paul Frölich, delegado de Hamburgo, defendió que la antigua forma sindical de lucha estaba ya superada pues se basaba en una separación entre las dimensiones económica y política de la lucha de la clase obrera.³⁴ Hammer, delegado de Essen, refirió que los mineros del Ruhr tiraban sus carnés sindicales. Y Rosa Luxemburg, que, por su parte, siempre había estado a favor de trabajar en los sindicatos por razones tácticas, declaró que la lucha del proletariado por su liberación implicaba luchar por la liquidación de los sindicatos.

³² Hermann Weber (ed.), *Der Gründungsparteitag der KPD, Protokoll und Materialien (Congreso de Fundación del KPD, actas y documentos)*, Fráncfort, Europäische Verlagsgesellschaft, 1969.

³³ Eugen Leviné fue ejecutado unos meses más tarde por haber sido dirigente de la República de los Consejos de Baviera.

³⁴ Frölich, conocido representante de la izquierda de Bremen, escribiría más tarde una célebre biografía de Rosa Luxemburg.

Huelga de masas e insurrección

Los debates programáticos del Congreso de Fundación tuvieron una gran importancia histórica, más que nada por su proyección hacia el futuro.

Pero en el momento mismo en que se fundó el Partido, Rosa Luxemburg tenía profunda razón cuando decía que la cuestión de las elecciones parlamentarias o la de los sindicatos tenían una importancia secundaria. Por un lado, el problema del papel de esas instituciones en una época que se había convertido en la del imperialismo, de la guerra y de la revolución, era todavía demasiado nuevo para el movimiento obrero. Tanto el debate sobre el tema como la experiencia práctica eran todavía demasiado insuficientes para su plena clarificación. Por el momento, estar de acuerdo en que los órganos unitarios de masas de la clase obrera, los Consejos Obreros y no el parlamento o los sindicatos, eran los medios de la lucha obrera y de la dictadura del proletariado, era suficiente.

Por otro lado, esos debates tendían a que el Congreso se desviara de su tarea *principal*, o sea la de identificar las etapas siguientes de la clase en su camino hacia el poder. Por desgracia, el Congreso no logró esclarecer esto último. La discusión clave de esa cuestión la introdujo Rosa Luxemburg en una ponencia sobre “Nuestro programa” en la tarde del segundo día del Congreso (31 de diciembre de 1918). Rosa explora en esa presentación la naturaleza de lo que ella había nombrado “segunda fase de la revolución”. La primera, decía, había sido política de entrada, pues estaba dirigida contra la guerra. Durante la revolución de noviembre, el problema de las reivindicaciones económicas específicas de los obreros se había dejado de lado. Esto explicaba a su vez el nivel relativamente bajo de conciencia de clase, un nivel que se había plasmado en el deseo de reconciliación y “reunificación” del “campo socialista”. Para Rosa Luxemburg, la característica principal de la segunda fase de la revolución debía ser el retorno de las reivindicaciones económicas al primer plano.

No por eso ella se olvidaba de que la conquista del poder es ante todo un acto político. Pero ponía de relieve otra diferencia entre los procesos revolucionarios en Rusia y en Alemania. En 1917, el proletariado ruso tomó el poder sin haber desplegado demasiado el arma de la huelga. Pero, subrayaba Rosa Luxemburg, eso fue así porque la Revolución Rusa no empezó en 1917 sino en 1905. En otras palabras, el proletariado ruso ya había vivido la experiencia de la huelga de masas antes de 1917.

En el Congreso, no repitió las ideas principales desarrolladas por la izquierda de la socialdemocracia sobre la huelga de masas después de 1905. Suponía, con razón, que los delegados las recordaban perfectamente. Recordémoslas nosotros brevemente: la huelga de masas es la condición previa indispensable a la toma del poder, precisamente porque anula la separación entre lucha económica y lucha política. Y, mientras que los sindicatos, incluso en los momentos más intensos como instrumentos de los obreros, sólo organizaban a minorías de la clase, la huelga de masas, en cambio, moviliza a “la masa compacta de los ilotas” del proletariado, a las masas no organizadas, desprovistas de educación política. La lucha obrera no combate únicamente la miseria material. Es una insurrección contra la propia división del trabajo realizada por sus víctimas principales, los esclavos asalariados. El secreto de la huelga de masas es, sencillamente, el combate de los proletarios para convertirse en seres humanos plenamente. *Last but not least*, la huelga de masas es llevada a cabo por unos Consejos Obreros revitalizados, que dan a la clase los medios para centralizar su lucha por el poder.

Por eso Rosa Luxemburg, en su discurso ante el Congreso, insistió en que la insurrección armada era el último y no el primer acto de la lucha por el poder. La tarea del momento, decía ella, no es derribar al gobierno, sino minarlo. La diferencia principal con la revolución burguesa, defendía, es el carácter masivo de la proletaria, la fuerza que viene “de abajo”.³⁵

La inmadurez del Congreso

Pero eso fue precisamente lo que el Congreso no comprendió. Para muchos delegados, la siguiente fase de la revolución no se caracterizaba por movimientos de huelga de masas, sino por la lucha inmediata por el poder. Otto Rühle³⁶ expresó muy claramente esa confusión al declarar que era posible tomar el poder en dos semanas. Pero no era el único; el propio Karl Liebknecht, aun admitiendo la posibilidad de un curso más largo de

³⁵ Véanse las actas en alemán, ob. cit. (nota 32), p. 196 a 199.

³⁶ Aunque poco después rechazara toda noción de partido de clase como burguesa y desarrollara una visión más bien individual del desarrollo de la conciencia de clase, Otto Rühle se mantuvo fiel al marxismo y a la clase obrera. Ya durante el Congreso, era partidario de los *Einheitorganisationen* (grupos político-económicos) que debían, según él, sustituir a la vez al partido y a los sindicatos. En el debate sobre “las luchas económicas”, Luxemburg contesta a su idea diciendo que la alternativa a los sindicatos son los consejos obreros y los órganos de masas, y no los *Einheitorganisationen*.

la revolución, no quería excluir la posibilidad de “una victoria muy rápida” en “las semanas próximas”.³⁷

Tenemos todos los elementos para creer lo que refirieron los testigos presentes, según los cuales a Rosa Luxemburg, especialmente, la dejaron sorprendida y alarmada los resultados del Congreso. A Leo Jogiches le pasó lo mismo, y se dice que su primera reacción fue aconsejar a Luxemburg y Liebknecht que dejaran Berlín y fueran a hacerse olvidar durante algún tiempo.³⁸ Temía que el partido y el proletariado estuvieran yendo de cabeza a la catástrofe.

Lo que más alarmaba a Rosa Luxemburg no era, ni mucho menos, las posiciones programáticas adoptadas, sino la ceguera de la mayoría de los delegados ante el peligro que representaba la contrarrevolución y la inmadurez general con la que se habían realizado los debates. En muchas intervenciones se tomaban los deseos por la realidad, dando la impresión de que una mayoría de la clase ya estaba detrás del nuevo partido. La ponencia de Rosa Luxemburg fue saludada con gran júbilo y se adoptó inmediatamente una moción presentada por dieciséis delegados; ella pidió que se publicara su ponencia lo antes posible como “folleto de agitación”. Pero el Congreso no la discutió seriamente. Prácticamente ninguna intervención retomó la idea principal de la ponencia de Rosa: la conquista del poder no estaba todavía al orden del día. Una excepción digna de mención fue la contribución de Ernst Meyer, quien habló de su reciente visita a las provincias al este del Elba. Refirió que amplios sectores de la pequeña burguesía hablaban de la necesidad de dar una lección a Berlín. Y proseguía:

Y me chocó más todavía que ni siquiera los obreros de las ciudades habían comprendido las necesidades de la situación. Por eso debemos desarrollar, con toda nuestra capacidad, nuestra agitación no sólo en el campo sino también en las ciudades pequeñas y medianas.

Meyer contestó también a la idea de Paul Frölich de animar a la creación de repúblicas locales de consejos:

Es perfectamente típico de la contrarrevolución el propagar la idea de la posibilidad de repúblicas independientes, lo cual no es sino la expresión del deseo de dividir a Alemania en zonas de diferenciación social, de alejar a las zonas atrasadas de la influencia de las regiones socialmente progresistas.³⁹

³⁷ Véanse las actas en alemán, ob. cit., p. 200.

³⁸ Según Clara Zetkin, Jogiches, en reacción a las discusiones, quería que el Congreso fracasara, o sea que se aplazase la fundación del partido.

³⁹ Véanse las actas en alemán, ob. cit., p. 214.

La intervención de Fränkel, delegado de Königsberg, fue especialmente significativa: propuso que la ponencia no fuera discutida en absoluto: “Creo que una discusión sobre el magnífico discurso de la camarada Luxemburg no haría sino debilitarlo”, declaró.⁴⁰

A esa intervención le siguió la de Bäumer, el cual afirmó que la posición proletaria contra cualquier participación en las elecciones era tan evidente que él incluso “lamentaba amargamente” que se hubiera discutido el tema.⁴¹

Le incumbió a Rosa Luxemburg concluir la discusión. En fin de cuentas no hubo conclusión. El presidente anunció: “La camarada Luxemburg, lamentablemente, no podrá hacer la conclusión, no se encuentra bien”.⁴²

Lo que más tarde Karl Radek describiría como la “inmadurez juvenil” del congreso fundador⁴³ se caracterizaba por la impaciencia y la ingenuidad, pero también por una falta de cultura de debate. Rosa Luxemburg había mencionado ese problema el día anterior:

Tengo la impresión de que os tomáis vuestro radicalismo demasiado a la ligera. El llamamiento a “votar rápidamente” lo demuestra. No es la madurez ni la seriedad lo que predomina en esta sala... Estamos llamados a cumplir las mayores tareas de la historia universal, y nunca seremos lo suficientemente maduros, lo suficientemente profundos cuando uno piensa en las etapas que nos esperan para alcanzar nuestras metas sin riesgos. Unas decisiones de tal importancia no deben tomarse a la ligera. Lo que aquí falta es una actitud reflexiva, una seriedad que en absoluto excluye el ímpetu revolucionario, sino que ambos deben ir emparejados.⁴⁴

⁴⁰ Según las actas, esa sugestión fue acogida con exclamaciones como “¡Muy justo!”. Felizmente no se adoptó la moción de Fränkel.

⁴¹ Actas en alemán, ob. cit., p. 209. El día anterior, por la misma razón, Gelwitzki, había dicho que se sentía “avergonzado” de haber discutido esa cuestión. Y cuando Fritz Heckert, que no tenía la misma fama revolucionaria que Luxemburg y Liebknecht, intentó defender la posición del comité central sobre la participación en las elecciones, fue interrumpido por una exclamación de Jakob: “¡Quién habla aquí es el espíritu de Noske!” (ob.cit., p. 117). Noske, ministro del ejército socialdemócrata del gobierno burgués del momento entró en la historia con el mote de “perro sangriento de la contrarrevolución”.

⁴² Actas en alemán, ob. cit., p. 224.

⁴³ “El Congreso ha demostrado con fuerza la juventud e inexperiencia del Partido. El vínculo con las masas era muy tenue. El Congreso ha adoptado una actitud irónica hacia los independientes de izquierda. No he tenido la impresión de tener un Partido ante mí” (*Ibidem*, p. 47).

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 99-100.

Las negociaciones con los “delegados de fábrica”

Los *Revolutionäre Obleute* de Berlín mandaron una delegación al Congreso para negociar la posibilidad de adherirse al Partido. Una particularidad de esas negociaciones era que la mayoría de los siete delegados se consideraba representante de las fábricas en las que trabajaban y votaba sobre cuestiones específicas sobre la base de una especie de sistema proporcional, únicamente tras haber consultado a “su” fuerza de trabajo, que parecía haberse reunido para ello. Liebknecht, que llevaba las negociaciones en nombre de la Liga Espartaco, refirió al Congreso que, por ejemplo, sobre la cuestión de participar en las elecciones para la Asamblea Nacional, había 26 votos a favor y 16 en contra. Liebknecht añadía: “Pero en la minoría hay representantes de fábricas muy importantes en Spandau que tienen 60.000 obreros tras ellos”. Däumig y Ledebour, que representaban a la izquierda del USPD, y no a los *Obleute*, no participaron en la votación.

Otro litigio fue la demanda de los *Obleute* de una paridad en las comisiones para el programa y la organización nombradas por el Congreso. Esa demanda fue rechazada por el hecho de que si bien los delegados representaban a una gran parte de la clase obrera berlinesa, el KPD representaba a la clase en todo el país.

Pero la discrepancia principal que parece haber envenenado la atmósfera de unas negociaciones que habían empezado con ánimo muy constructivo, concernía la estrategia y la táctica en el período venidero, o sea la cuestión que debería haber sido central en las deliberaciones del Congreso. Richard Müller pidió que Spartakusbund abandonara lo que él llamaba su táctica golpista. Parece ahí referirse en particular a la táctica de las manifestaciones armadas cotidianas en Berlín, organizadas por Spartakusbund, en un momento en que, según Müller, la burguesía buscaba provocar un enfrentamiento prematuro con la vanguardia política en la capital. A lo que Liebknecht contestó: “Diríase un portavoz del *Vorwärts*” (diario contrarrevolucionario del SPD).⁴⁵

Según el relato que de esas negociaciones hizo Liebknecht ante el Congreso, fue entonces cuando parece haberse producido el giro negativo de aquéllas. Los *Obleute* que hasta entonces parecían estar satisfechos con cinco representantes en las comisiones mencionadas, empezaron a exigir ocho, y así. Los delegados de fábrica amenazaron incluso con formar su propio partido.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 271.

El Congreso prosiguió adoptando una resolución de censura a “los elementos pseudorradicales del USPD en quiebra” por el fracaso de las negociaciones. Con diferentes “pretextos”, esos elementos intentaban “capitalizar la influencia que tenían sobre los obreros revolucionarios”.⁴⁶

El artículo sobre el Congreso, aparecido en el *Rote Fahne* el 3 de enero de 1919 y escrito por Rosa Luxemburg, expresaba un estado de ánimo diferente. El artículo habla de inicio de negociaciones hacia la unificación con los *Obleute* y los delegados de las grandes fábricas de Berlín, comienzo de un proceso que:

[...] con toda evidencia llevará irresistiblemente a un proceso de unificación de todos los elementos verdaderamente proletarios y revolucionarios en un marco organizativo único. El que los *Obleute* revolucionarios del gran Berlín, representantes morales de la vanguardia del proletariado berlinés, se aliarán con Spartakusbund es algo de lo que han dado prueba ambas partes por su cooperación en todas las acciones revolucionarias de la clase obrera en Berlín hasta hoy.⁴⁷

El pretendido “luxemburguismo” del joven KPD

¿Cómo explicar esas debilidades en el nacimiento del KPD?

Tras la derrota de la revolución en Alemania, se dieron toda una serie de explicaciones tanto en el KPD como en la Internacional Comunista, que insistían en las debilidades específicas del movimiento en Alemania, sobre todo al compararlo con el de Rusia. A Spartakusbund se lo acusaba de defender una teoría “espontaneísta” y pretendidamente *luxemburguista* de la formación del partido. Ahí se encontraba el origen de todo, desde las pretendidas vacilaciones de los espartaquistas para romper con los belicistas del SPD hasta la pretendida indulgencia de Rosa Luxemburg hacia los jóvenes “radicales” del partido.

Esa supuesta “teoría espontaneísta” sobre el partido de parte de Rosa Luxemburg suele remontarse al folleto que ella escribió sobre la revolución de 1905 en Rusia –*Huelga de masas, partido y sindicatos*–, en la que habría presentado y llamado a la intervención de las masas contra el oportunismo y el reformismo de la Socialdemocracia, como una alternativa a la lucha política y organizativa en el partido mismo. En realidad, la tesis

⁴⁶ *Ibidem*, p. 290.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 302.

fundamental del movimiento marxista que considera que la progresión del partido de clase depende de una serie de factores “objetivos” y “subjetivos” de los cuales uno de los más importantes es la evolución de la lucha de la clase, es muy anterior a Rosa Luxemburg.⁴⁸

Además, Rosa Luxemburg propuso una lucha muy concreta en el seno del partido. La lucha para restablecer el control político del partido sobre los sindicatos socialdemócratas. Era una opinión común, entre los sindicalistas especialmente, que la forma organizativa del partido político estaba más predispuesta a capitular ante la lógica del capitalismo que los sindicatos que organizaban directamente a los obreros en lucha. Rosa Luxemburg había comprendido que lo cierto era lo contrario, pues los sindicatos reflejan la división del trabajo reinante, base principal de la sociedad de clases. Había comprendido que los sindicatos, y no el SPD, eran los portadores principales de la ideología oportunista y reformista en la socialdemocracia de antes de la guerra y que, so pretexto de la consigna a favor de su “autonomía”, los sindicatos, en realidad, estaban ocupando el lugar del partido político de los obreros. Es cierto que la estrategia propuesta por Rosa Luxemburg apareció insuficiente. Pero eso no significa que sea una teoría “espontaneísta” o, incluso, anarcosindicalista, como se ha llegado a pretender. Y la orientación de Espartaco durante la guerra de formar una oposición en el SPD primero y en USPD después, tampoco era la expresión de una subestimación del partido, sino, al contrario, de la determinación sin fisuras de luchar por el partido, de impedir que sus mejores elementos cayeran en manos de la burguesía.

En una intervención durante el IV Congreso del KPD, en abril de 1920, Clara Zetkin dijo que en la última carta que recibió de Rosa Luxemburg, ésta le escribió que el Congreso no había tenido razón al no haber hecho de la aceptación de participar en las elecciones una condición de pertenencia al nuevo partido. No hay razón alguna para dudar de la sinceridad de Clara Zetkin en esa declaración. La capacidad de leer lo que los demás escriben, y no lo que uno desearía ver escrito es, sin duda, más escasa de lo que suele creerse. La carta de Luxemburg a Zetkin, fechada el 11 de enero de 1919, sería publicada más tarde. Esto es lo que Rosa Luxemburg escribió:

⁴⁸ Véanse los argumentos de Marx y Engels en el seno de la Liga de los Comunistas, tras la derrota de la Revolución de 1848-1849.

Pero, sobre todo, por lo que se refiere al tema de la no participación en las elecciones: tú le das demasiada importancia a esa decisión. Ningún “pro Rühle” estaba presente, Rühle no era un líder en la Conferencia. Nuestra “derrota” no fue más que el triunfo de un radicalismo indefectible un tanto inmaduro y pueril... Todos nosotros decidimos unánimemente no hacer de esa cuestión un asunto de más importancia, de no tomárnoslo en plan trágico. En realidad, la cuestión de la Asamblea Nacional acabará directamente relegada a un segundo plano por la evolución tumultuosa y si las cosas siguen como ahora, parece muy dudoso que haya algún día elecciones a la Asamblea Nacional.⁴⁹

El hecho de que fueran los delegados que mostraban más impaciencia e inmadurez los que solían defender las posiciones radicales dio la impresión de que esa inmadurez era el producto del rechazo a participar en las elecciones burguesas o en los sindicatos. Esa impresión tendría consecuencias trágicas un año más tarde cuando la dirección del KPD, en la Conferencia de Heidelberg, excluyó a la mayoría a causa de su posición sobre las elecciones y sobre los sindicatos.⁵⁰ No era ésa la comprensión de Rosa Luxemburg. Ella sabía que no había otra alternativa a la necesidad de que los revolucionarios transmitieran su experiencia a la generación siguiente y que no se puede fundar un partido de clase sin la nueva generación.

El pretendido carácter desclasado de los “jóvenes radicales”

Tras haber sido excluidos del KPD los radicales, tras haber sido excluido después el KAPD de la Internacional Comunista, se empezó a teorizar la idea de que el papel de los “radicales” en el seno de la juventud del partido era la expresión del peso de elementos “desarraigados” y “desclasados”. Sin duda será cierto que entre los partidarios de Spartakusbund durante la guerra y, sobre todo, en el seno de los grupos de los “soldados rojos”, de los desertores, de los inválidos, etc., hubiera corrientes que no soñaban sino con destrucciones y “terror revolucionario total”. Algunos de esos elementos eran muy dudosos y los *Obleute* tenían razón en desconfiar de ellos. Otros eran unos cabezas locas o, sencillamente, jóvenes obreros que se habían politizado con la guerra y no conocían otra forma de expresión que la de pelear con fusiles y cuya

⁴⁹ Citado por Hermann Weber, ob.cit., pp. 42-43.

⁵⁰ Una gran parte de los excluidos fundó el KAPD. Así, súbitamente, había dos partidos comunistas en Alemania, ¡una trágica división de las fuerzas revolucionarias!



Obreros y soldados revolucionarios delante de la Estación Central de Colonia



Marinos revolucionarios del Consejo de Soldados con el eslogan "Viva la República Socialista"

aspiración era lanzarse a una especie de “guerrilla” como la que pronto iba a dirigir Max Hoelz.⁵¹

Esa interpretación fue retomada en los años 1970 por autores como Fähnders y Rector, en su obra *Linksradikalismus und Literatur*.⁵² Éstos intentaron ilustrar su tesis sobre el vínculo entre el comunismo de izquierda y la “lumpenización” con el ejemplo de biografías de artistas radicales que, como el joven Máximo Gorki o Jack London, habían rechazado la sociedad existente situándose fuera de ella. A propósito de uno de los miembros más influyentes del KAPD, aquéllos escriben: “Adam Scharrer era uno de los representantes más radicales de la revuelta internacional... lo que lo llevó a la posición extrema y rígida de la Izquierda Comunista”.⁵³

En realidad, muchos jóvenes militantes del KPD y de la Izquierda Comunista se habían politizado en el movimiento de las juventudes socialistas antes de 1914. Políticamente, no eran, ni mucho menos, los productos del “desarraigo” ni de la “lumpenización” causadas por la guerra. Lo que sí es verdad es que su politización giraba en torno al tema de la guerra. Contrariamente a la vieja generación de obreros socialistas que había vivido décadas de rutina política en una época de relativa estabilidad del capitalismo, la juventud socialista se había movilizado de entrada en contra del espectro de la guerra que se anunciaba, desarrollando una fuerte tradición “antimilitarista”⁵⁴. Y aun cuando la izquierda marxista quedó reducida a una minoría aislada en la socialdemocracia, su influencia, en cambio, en el seno de las organizaciones radicales de la juventud era mucho mayor.⁵⁵

⁵¹ Max Hoelz era simpatizante del KPD y del KAPD; él y sus partidarios, armados, estuvieron activos en la “Alemania central” a principios de los años 20.

⁵² Walter Fähnders, Martin Rector, *Linksradikalismus und Literatur, Untersuchungen zur Geschichte der sozialistischen Literatur in der Weimarer Republik (Radicalismo de izquierda y literatura; estudios de historia de la literatura socialista en la república de Weimar)*.

⁵³ Ob. cit., p. 262. Adam Scharrer, gran figura del KAPD, siguió defendiendo la necesidad de un partido de clase revolucionario hasta el aplastamiento de las organizaciones comunistas de izquierda en 1933.

⁵⁴ La primera aparición de un movimiento de jóvenes socialistas radicales ocurrió en Bélgica en los años 1860, cuando los jóvenes militantes hicieron agitación (con cierto éxito) ante los soldados en los cuarteles para impedir que fueran utilizados contra los obreros en huelga.

⁵⁵ Véanse la novela de Scharrer, *Vaterlandslose Gesellen* (que viene a significar algo así como “El granuja antipatriótico”), escrita en 1929, así como la biografía y el comentario de *Arbeitskollektiv proletarisch-revolutionärer Romane*, republicado por Oberbaumverlag.

La acusación, por otro lado, según la cual los “radicales” habrían sido unos vagabundos en su juventud, no tiene en cuenta que esos años de “vagabundeo” fueron, en aquella época, algo bastante normal en la vida de los proletarios. Era, en parte, un vestigio de la vieja tradición del tiempo de aprendizaje del maestro artesano que caracterizó a las primeras organizaciones políticas en Alemania como la Liga de los Comunistas, una tradición que era ante todo el fruto de la lucha de los obreros para que se prohibiera el trabajo de los niños en las fábricas. Muchos jóvenes obreros se marchaban a “ver al mundo” antes de someterse al yugo del trabajo asalariado. Se iban andando a explorar los países de lengua alemana, o a Italia, los Balcanes e incluso Medio Oriente. Los que estaban relacionados con el movimiento obrero encontraban alojamiento barato o gratuito en las casas sindicales de las grandes ciudades, establecían contactos sociales y políticos, apoyaban las organizaciones juveniles locales. Y fue así como, en el mundo obrero, se fueron desarrollando centros internacionales de intercambio sobre cuestiones políticas, culturales, artísticas, científicas.⁵⁶ Otros se embarcaron, aprendieron idiomas y establecieron vínculos socialistas por todo el planeta. ¡No hace falta preguntarse por qué una juventud así se convirtió en la vanguardia del internacionalismo proletario a través de toda Europa!⁵⁷

¿Quiénes eran los “delegados revolucionarios”?

La contrarrevolución acusó a los *Obleute* de ser agentes pagados por gobiernos extranjeros, por la Entente, y después por el “bolchevismo mundial”. Son, en general, conocidos en la historia como una especie de corriente sindicalista de base, localista, centrada en la fábrica, anti-partido. En los círculos *obreristas* se los solía admirar como una especie de conspiradores revolucionarios cuya finalidad era sabotear la guerra imperialista. Es así como se explica la manera con la que “infiltraron” sectores y factorías clave de la industria armamentística alemana.

Examinemos los hechos. Al principio, los *Obleute* eran un pequeño círculo de funcionarios del Partido y de militantes socialdemócratas que se granjearon la confianza de sus colegas por su oposición sin concesiones a la

⁵⁶ Uno de los testigos principales de ese capítulo de la historia es Willi Münzenberg, especialmente en su libro *Die Dritte Front (El tercer frente. Recuerdos de quince años en el movimiento proletario juvenil)*, publicado por primera vez en 1930.

⁵⁷ Los líderes más conocidos del movimiento de la juventud socialista antes de la guerra eran, en Alemania, Karl Liebknecht y en Italia, Amadeo Bordiga.

guerra. Estaban fuertemente arraigados en la capital, Berlín, y en la industria metalúrgica, sobre todo entre los torneros. Pertenecían a los obreros educados, los más capaces, con los salarios más altos. Pero eran conocidos por su comportamiento de apoyo y solidaridad hacia los demás, hacia los sectores más frágiles de la clase obrera como las mujeres movilizadas para sustituir a los hombres enviados al frente. Durante la guerra, hubo toda una red de obreros politizados que creció en torno a ellos. No eran, ni mucho menos, una corriente antipartido, sino que en su práctica totalidad eran antiguos socialdemócratas, ahora miembros o simpatizantes del ala izquierda del USPD, incluido Spartakusbund. Participaron apasionadamente en todos los debates políticos que se produjeron en la clandestinidad durante la guerra.

En gran parte, la forma particular que tuvo esa politización se debió a las condiciones del trabajo clandestino, que hacían que las asambleas de masas clandestinas fueran muy escasas y las discusiones abiertas, imposibles. En las fábricas, los obreros protegían de la represión a sus dirigentes, a menudo con un éxito notable. El estúpido sistema de espionaje de los sindicatos y del SPD solía fracasar cuando querían dar con los nombres de los “cabecillas”. En caso de arresto, cada delegado había nombrado un sustituto que cubría inmediatamente su ausencia.

El “secreto” de su capacidad para “infiltrar” los sectores clave de la industria era, pues, muy sencillo. Formaban parte de los “mejores” obreros, de modo que los capitalistas se los disputaban. De este modo, los propios patronos, sin saberlo, pusieron a esos internacionalistas revolucionarios en puestos neurálgicos de la economía de guerra.

La ausencia de la Internacional

El que las tres fuerzas antes mencionadas desempeñaran un papel crucial en la formación del partido de clase no es algo específico de la situación alemana. Una de las características del bolchevismo durante la revolución en Rusia fue cómo unificó esas mismas tres fuerzas que existían en el seno de la clase obrera: el partido de antes de la guerra que representaba el programa y la experiencia organizativa; los obreros avanzados, con conciencia de clase, de las fábricas y demás lugares de trabajo, que arraigaban al partido en la clase y tuvieron un papel decisivo en la resolución de diferentes crisis en la organización; y la juventud revolucionaria politizada por la lucha contra la guerra.

Lo que llama, comparativamente, la atención en Alemania es la ausencia de la misma unidad y de la misma confianza mutua entre esos componentes esenciales. Es eso, y no una no se sabe qué calidad inferior de esos elementos mismos, lo que era crucial. Los bolcheviques poseían los medios para esclarecer las confusiones de unos y otros a la vez que mantenían y reforzaban su unidad. Y no era lo mismo en Alemania.

A la vanguardia revolucionaria en Alemania le faltaba unidad y confianza en su misión.

Una de las explicaciones principales es que la Revolución Alemana se enfrentaba a un enemigo mucho más poderoso. La burguesía alemana era sin lugar a dudas mucho más despiadada, si cabe, que la burguesía rusa. Además, la fase inaugurada por la guerra mundial le había aportado armas nuevas y poderosas. En efecto, antes de 1914, Alemania era el país con las mayores organizaciones obreras de todo el movimiento obrero mundial. Y cuando en el nuevo periodo, los sindicatos y los partidos socialdemócratas de masas dejaron de servir la causa del proletariado, esos instrumentos se transformaron en obstáculos ingentes. Aquí nos topamos con la dialéctica de la historia. Lo que había sido una fuerza de la clase obrera alemana en una época se convertía ahora en una desventaja.

Se necesita valor para enfrentarse a una fortaleza semejante. Es grande la tentación de ignorar la fuerza enemiga para darse seguridad. Pero el problema no era únicamente la fuerza de la burguesía alemana. Cuando el proletariado ruso acabó con el Estado burgués en 1917, el capitalismo mundial estaba todavía dividido por la guerra imperialista. Es algo bien conocido que los militares alemanes ayudaron de hecho a Lenin y otros dirigentes bolcheviques a volver a Rusia, pues esperaban que eso debilitara la resistencia militar de su adversario en el frente del Este.

Pero, ahora, la guerra había terminado y la burguesía mundial se unía contra el proletariado. Uno de los momentos fuertes del Congreso del KPD fue la adopción de una resolución que identificaba y denunciaba la colaboración del ejército británico y el ejército alemán con los propietarios de tierras de los Estados bálticos para poder entrenar en sus posesiones a unidades paramilitares contrarrevolucionarias dirigidas contra “la Revolución Rusa hoy” y “la Revolución Alemana mañana”.

En tal situación, sólo una nueva Internacional habría podido dar a los revolucionarios y a todo el proletariado de Alemania la confianza, la seguridad y el aplomo necesarios. La revolución podía todavía salir victoriosa en Rusia sin que existiera un partido de clase mundial, porque la

burguesía rusa era relativamente débil y aislada, pero no en Alemania. La Internacional Comunista no se había fundado todavía cuando el enfrentamiento decisivo de la Revolución Alemana ya había ocurrido en Berlín. Sólo una organización así, que reuniera las adquisiciones teóricas y la experiencia del conjunto del proletariado, habría podido encarar la tarea de llevar a cabo una revolución mundial.

Fue el estallido de la Gran Guerra lo que hizo tomar conciencia a los revolucionarios de la necesidad de una oposición de izquierda internacional verdaderamente unida y centralizada. Pero en las condiciones de la guerra, era muy difícil mantener vínculos organizativos, como también esclarecer las divergencias políticas que separaban cada día más a las dos principales corrientes de la izquierda de la preguerra: los bolcheviques en torno a Lenin, y la izquierda alemana y la polaca en torno a Luxemburg. La ausencia de unidad antes de la guerra hizo más difícil todavía el transformar las capacidades políticas de las corrientes de los diferentes países en una herencia común de todos y atenuar las debilidades de cada uno.

El choque del hundimiento de la Internacional Socialista no fue en ningún otro sitio tan fuerte como en Alemania. Aquí, la confianza en cualidades como la formación teórica, la dirección política, la centralización o la disciplina de partido fue duramente zarandeada. Las condiciones de la guerra, la crisis del movimiento obrero no facilitaron la restauración de la confianza.⁵⁸

Conclusión

En este capítulo nos hemos centrado en las debilidades que aparecieron en el momento de la formación del Partido. Es necesario para comprender la derrota de principios de 1919, tema del capítulo siguiente. Sin embargo, a pesar de esas debilidades, quienes se agruparon cuando la fundación del KPD eran los mejores representantes de su clase, de todo lo noble y generoso de la humanidad, los verdaderos representantes de un porvenir mejor. Hacia el final volveremos sobre esto.

⁵⁸ El ejemplo de la maduración de la juventud socialista en Suiza gracias a las discusiones regulares con los bolcheviques durante la guerra mostró que eso era posible. Con una gran capacidad psicológica, Lenin agrupó a los jóvenes en torno a él, participando en sus discusiones por la noche, animándolos, y criticándolos siempre con un espíritu de empatía. Ferdy Böhny lo recordaría más tarde: “La manera con la que discutía con nosotros se parecía a la del diálogo socrático” (Babette Gross, *Willi Münzenberg, Eine politische Biografie*, p. 93).



Milicias de trabajadores y soldados patrullan las calles de Berlín
(1° de noviembre de 1918)

La unificación de las fuerzas revolucionarias, la formación de una dirección del proletariado digna de ese nombre se había vuelto un problema central de la revolución. Nadie comprendió mejor ese problema que la clase social directamente amenazada por ese proceso. A partir de la revolución del 9 de noviembre, el principal objetivo de la vida política de la burguesía fue la “liquidación” de Espartaco. El KPD se fundó en medio de ese ambiente de pogromo en que se preparaban los golpes decisivos contra la revolución que iba llegando.

R. Steinklopper

IV - 1918-1919: LA GUERRA CIVIL EN ALEMANIA

En las tres partes anteriores de esta serie sobre la Revolución Alemana de 1918-19 mostramos cómo, después del hundimiento de la Internacional Socialista ante la Primera Guerra Mundial, se invirtió el curso en favor del proletariado, culminando con la revolución de noviembre de 1918. Al igual que la Revolución de Octubre en Rusia el año anterior, noviembre de 1918 en Alemania fue el desenlace de un proceso de luchas y de revueltas contra la guerra imperialista. Mientras que Octubre había sido el primer golpe fuerte de la clase obrera contra la Gran Guerra, la acción del proletariado alemán fue la que finalmente acabaría con ella.

Según los libros de historia escritos por la clase dominante, ahí se acaba el paralelo entre los movimientos en Rusia y en Alemania. El movimiento revolucionario en Alemania, según esos libros, se limita a los acontecimientos de 1918 contra la guerra. Y contrariamente a Rusia, nunca hubo en Alemania movimiento socialista de masas contra el propio sistema capitalista. Según ellos, los “extremistas” que luchaban para que estallara una revolución “bolchevique” en Alemania pagaron con su vida el hecho de no haberlo entendido. Eso es lo que hoy dicen.

Sin embargo, la clase dominante de aquel entonces no compartía la inconsistencia de los historiadores actuales sobre el carácter indestructible de la dominación capitalista. Para la clase dominante de entonces el programa era ¡la guerra civil!

El “doble poder” y el sistema de consejos

La existencia de una situación de doble poder resultante de la revolución de noviembre explica esa consigna. El principal resultado de la revolución de noviembre fue haber terminado con la guerra imperialista; su principal producto fue la creación de un sistema de consejos de obreros y soldados que, como en Rusia y Austria-Hungría, se extendió por todo el país.

La burguesía alemana, en particular la socialdemocracia, sacando rápidamente conclusiones de lo que había ocurrido en Rusia, intervino inmediatamente para transformar esos órganos en cáscaras vacías. En varios casos impuso la elección de delegados en base a listas de partidos, o sea el partido socialdemócrata (el SPD) y el USPD vacilante y conciliador, excluyendo así de hecho de esos órganos a los revolucionarios. En el Primer

Congreso de Consejos de Obreros y Soldados en Berlín, esa ala izquierda del capital impidió intervenir a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg. Y, sobre todo, hizo adoptar una moción declarando que todo el poder sería devuelto al futuro gobierno parlamentario.

Esos éxitos de la burguesía siguen alimentando el mito según el cual los consejos en Alemania no eran revolucionarios, contrariamente a los de Rusia. Pero con eso se olvida de que al principio de la revolución, tampoco en Rusia los consejos tenían una orientación revolucionaria, que la mayoría de los delegados elegidos no eran revolucionarios y que, allí también, se había animado a los “sóviets” a que abandonaran rápidamente el poder.

Después de la revolución de noviembre, la burguesía alemana no se hacía la menor ilusión sobre el carácter supuestamente inofensivo del sistema de consejos. Éstos, sin dejar de reivindicar el poder para sí mismos, seguían permitiendo coexistir, junto a ellos, al aparato de Estado burgués. Pero, por otra parte, el sistema de consejos, por su naturaleza dinámica y flexible, por su composición, por su actitud, por su método de acción, era capaz de adaptarse a todos los cambios de dirección y radicalizarse. Los espartaquistas, que lo entendieron inmediatamente, empezaron una agitación incesante para que los delegados fueran reelegidos, lo que se habría concretado en un fuerte giro hacia la izquierda del conjunto del movimiento.

Nadie entendía mejor el peligro de esta situación de “doble poder” que la dirección militar alemana. El general Groener, designado para llevar las operaciones de respuesta, activó inmediatamente la conexión telefónica secreta 998 con el nuevo canciller, el socialdemócrata Ebert. Y al igual que el legendario senador Catón, dos mil años antes, que concluía todos sus discursos con las palabras “Cartago (el enemigo mortal de Roma) debe ser destruida”, Groener sólo pensaba en destruir los Consejos Obreros y sobre todo los de soldados. Aunque durante y después de la revolución de noviembre, los Consejos de Soldados habían sido en parte un peso muerto conservador que arrastró hacia atrás a los obreros, Groener sabía que la radicalización de la revolución invertiría esa tendencia y que los obreros comenzarían a llevarse tras ellos a los soldados. Y, sobre todo, la ambición de los consejos de soldados era imponer su mando propio, rompiendo el mando de los oficiales sobre las fuerzas armadas. Eso era, ni más ni menos, armar la revolución. Nunca una clase dominante ha aceptado voluntariamente que se cuestione su

monopolio sobre las fuerzas armadas. Por eso la existencia misma del sistema de consejos ponía la guerra civil a la orden del día.

Es más, la burguesía comprendió que, tras la revolución de noviembre, el tiempo ya no jugaba a su favor. La tendencia espontánea contenida en la situación era la radicalización de la clase obrera, la pérdida de sus ilusiones sobre la socialdemocracia y la “democracia”, el desarrollo de la confianza en sí misma. Sin la menor vacilación, la burguesía alemana se lanzó a una política de provocación sistemática y de choques militares. Quería imponer enfrentamientos decisivos a su enemigo de clase antes de que llegara a madurar la situación revolucionaria; concretamente, “descabezar” al proletariado mediante una derrota sangrienta de los obreros en la capital, Berlín, centro político del movimiento obrero alemán, antes de que las luchas alcanzaran una fase “crítica” en las regiones.

La coexistencia entre dos clases, cada una determinada a imponer su propio poder, teniendo cada una sus propias organizaciones de dominación de clase, no puede ser sino temporal, inestable. Una situación de “doble poder” así desemboca necesariamente en guerra civil.

Las fuerzas de la contrarrevolución

Contrariamente a la situación en Rusia de 1917, la Revolución Alemana se enfrentaba con las fuerzas hostiles del conjunto de la burguesía mundial. La clase dominante ya no estaba dividida por la guerra imperialista en dos campos rivales. Por lo tanto, la revolución no sólo debía enfrentarse a la burguesía alemana, sino también las fuerzas de la Entente⁵⁹ que se habían concentrado en la orilla occidental del Rin, listas para intervenir si el Gobierno alemán perdía el control de la situación social. Estados Unidos, recién llegado, en cierta medida, a la escena política mundial, jugaba las bazas de la “democracia” y del “derecho de los pueblos a la autodeterminación”, presentándose como la única garantía de paz y de prosperidad. Con ello pretendían formular una alternativa política a la Rusia revolucionaria. La burguesía francesa, por su parte, obsesionada por su sed de venganza chauvinista, ardía en deseos de penetrar más adelante en territorio alemán y, de paso, ahogar la revolución en sangre. Fue Gran Bretaña, potencia dominante de entonces, la que asumió la dirección de la alianza contrarrevolucionaria. En vez de suprimir el

⁵⁹ La “Triple Entente” era la coalición de Gran Bretaña, Francia y Rusia, a la que se añadió los Estados Unidos al final de la guerra.

embargo impuesto a Alemania durante la guerra, lo mantuvo e incluso lo reforzó parcialmente. Londres estaba determinado a dejar a la población alemana morir de hambre mientras no se instalase en el país un régimen político aprobado por el Gobierno de su Majestad.

En Alemania, el eje central de la contrarrevolución era la alianza de dos fuerzas principales: la socialdemocracia y el ejército. La socialdemocracia era el caballo de Troya del terror blanco; operaba detrás de las líneas de la clase enemiga de la burguesía, saboteando la revolución desde dentro, utilizando la autoridad que le quedaba por haber sido un antiguo partido obrero (y lo mismo con los sindicatos) para crear un máximo de confusión y desmoralización. Los militares proporcionaban las fuerzas armadas, así como la crueldad, la audacia y la capacidad estratégica que los caracteriza.

¡Ni punto de comparación entre el grupo de socialistas rusos, vacilantes y desanimados, agrupados en torno a Kerensky en 1917, y la sangre fría de los contrarrevolucionarios del SPD alemán! ¡Ni punto de comparación entre el tropel desorganizado de los oficiales rusos, y la siniestra eficacia de la élite militar prusiana!⁶⁰

Durante los días y las semanas que siguieron la revolución de noviembre, esa siniestra alianza se preparó a solucionar dos problemas principales. Ante la disolución de los ejércitos imperiales, debía consolidar en un núcleo duro a una nueva fuerza, un ejército blanco del terror. Extrajo su materia bruta de dos fuentes: del antiguo cuerpo de oficiales y de los soldados derrotados, desarraigados, enloquecidos por la guerra, incapaces de reintegrarse en la vida “civil”. Ellos mismos eran víctimas del imperialismo, pero eran víctimas destrozadas, antiguos soldados en búsqueda de una salida a su odio ciego, y de una paga por esa faena. Fue con esos desesperados con lo que los oficiales de la aristocracia –apoyados políticamente y protegidos por el SPD– reclutaron y adiestraron lo que iban a ser los *Freikorps* (Cuerpos Francos), los mercenarios de la contrarrevolución, el núcleo de lo que sería más tarde el movimiento nazi. Estas fuerzas armadas se completaron con una serie de redes de espías y agentes provocadores coordinados por el SPD y el Estado Mayor del Ejército.

⁶⁰ Esa alianza entre militares y el SPD, decisiva para el triunfo de la contrarrevolución, no hubiese sido posible sin el apoyo de la burguesía británica. Destruir la potencia de la casta militar prusiana era uno de los objetivos de guerra de Londres, pero se abandonó este objetivo para no debilitar las fuerzas de la reacción. En este sentido, no resulta exagerado decir que la alianza entre las burguesías alemana y británica fueron el pilar de la contrarrevolución internacional de aquel entonces. Volveremos sobre esta cuestión en la última parte de la serie.

El segundo problema era cómo justificar ante los obreros el uso del terror blanco. Esto lo solucionó la socialdemocracia. Durante cuatro años, había defendido la guerra imperialista en nombre de la paz. Ahora, predicaba la guerra civil para... impedir la guerra civil. ¡Nadie quiere un baño de sangre!, proclamaba, ¡excepto Spartakusbund!; ¡la Gran Guerra hizo verter demasiada sangre obrera!, pero ¡Espartaco quiere más!

Los medios de comunicación expandieron esas infames mentiras: Espartaco asesina, saquea, recluta a soldados para la contrarrevolución y colabora con la Entente, recibe oro de los capitalistas y prepara una dictadura. ¡En el SPD se acusaba a Espartaco de lo que estaban haciendo ellos!

La primera gran caza al hombre del siglo xx en una de las naciones industriales altamente “civilizadas” de Europa Occidental fue dirigida contra Espartaco. Y mientras que capitalistas y militares de alto rango, guardando el anonimato, ofrecían enormes recompensas para la liquidación de los dirigentes de Espartaco, el SPD llamaba abiertamente en la prensa del partido al asesinato de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg. Contrariamente a sus nuevos amigos burgueses, en esta campaña, el SPD no sólo estaba animado por su instinto de clase (burgués) y por consideraciones estratégicas, sino también por un odio tan furibundo como el de los Cuerpos Francos.

La burguesía no se dejó engañar por la impresión superficial y fugitiva del momento: Espartaco parecía ser un pequeño grupo, marginal. Pero sabía que en él palpitaba el corazón del proletariado y se preparó a darle su golpe mortal.

Diciembre de 1918: las primeras victorias del proletariado

La ofensiva contrarrevolucionaria comenzó el 6 de diciembre en Berlín: un ataque en tres direcciones. Una incursión tuvo lugar sobre el cuartel general de *Rote Fahne* (*Bandera roja*), el periódico de Spartakusbund. Otro grupo de soldados intentó detener a los jefes del órgano ejecutivo de los Consejos Obreros reunido en sesión. La intención de eliminar a los consejos como tales era clara. En la esquina de la calle, otro grupo de soldados llamaba servilmente a Ebert a que prohibiera el Consejo ejecutivo. Y se tendió una emboscada a una manifestación de Espartaco cerca del centro de la ciudad, en Chausseestrasse: 18 muertos, 30 heridos. El valor y la ingeniosidad del proletariado permitieron evitar un drama mayor. Mientras que los jefes del ejecutivo de los consejos conseguían discutir largamente

con los soldados implicados en esa acción, un grupo de presos de guerra rusos, llegando por detrás a lo largo de la Friedrichstrasse, sorprendió y controló a mano desarmada los puestos de ametralladoras.⁶¹

Al día siguiente, Karl Liebknecht escapó a un intento de secuestro y asesinato en los locales de *Rote Fabne*. Su sangre fría le permitió salvar la vida.

Estos actos provocaron las primeras manifestaciones gigantescas de solidaridad con Espartaco por parte del proletariado berlinés. A partir de entonces, todas las manifestaciones de Espartaco fueron armadas, acompañadas por camiones cargados con baterías de ametralladoras. También en el mismo momento, la gigantesca oleada de huelgas, que había estallado a finales de noviembre en las regiones de industria pesada de Alta Silesia y del Ruhr, se intensificó ante esas provocaciones.

El objetivo siguiente de la contrarrevolución era la *Volksmarinedivision* (División de la Marina del Pueblo) compuesta de marinos armados que habían ido desde los puertos de la costa hasta la capital para extender la revolución. Para las autoridades, su presencia era una provocación, sobre todo teniendo en cuenta que, desde entonces, la *Volksmarinedivision* ocupaba el Palacio de los “venerados” reyes de Prusia.⁶²

Esta vez, el SPD preparó el terreno más cuidadosamente. Esperó los resultados del Congreso Nacional de los Consejos que se pronunció a favor de entregar el poder al Gobierno socialdemócrata y de la convocatoria de una Asamblea Nacional. Una campaña mediática acusó a los marinos de latrocinios y saqueos. ¡Eran criminales, eran espartaquistas!

Por la mañana del 24 de diciembre, en vísperas de Navidad, el Gobierno dirigió un ultimátum a los 28 marinos que ocupaban el palacio y a los 80 que estaban en el Marstall (el arsenal):⁶³ rendición sin condiciones. La guarnición mal armada juró que lucharía hasta la muerte. A los diez minutos exactamente (ni siquiera dio tiempo para evacuar

⁶¹ Miles de presos, rusos y otros, seguían detenidos y condenados a trabajos forzados por la burguesía alemana, a pesar de que la guerra se había terminado. Participaron activamente en la revolución junto a sus hermanos de clase alemanes.

⁶² Este monumental edificio barroco, que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial, fue destruido por la República Democrática Alemana y sustituido por el “Palacio de la República” estaliniano. Se le retiró previamente el pórtico desde el cual Karl Liebknecht había declarado la República Socialista cuando la revolución de noviembre, y se integró en la fachada adyacente del “Consejo de Estado de la RDA”. De este modo, el lugar desde el que Liebknecht había llamado a la revolución mundial se transformó en símbolo nacionalista del “socialismo en un solo país”.

⁶³ Este edificio, situado detrás del palacio, sigue en pie.

a mujeres y niños de los edificios), empezó el estruendo de la artillería, despertando a la ciudad.

A pesar de toda la tenacidad de los marinos, no podía ser sino una batalla perdida puesto que estaban muy mal armados, fuera donde fuera la batalla. Pero se hizo en el centro de Berlín. Se sabe que, en las batallas, ríos, colinas y dificultades topográficas desempeñan un papel importante. En Berlín, las dificultades topográficas eran los seres humanos.

Cuando los cañones empezaron a tronar, orgullosos y muy fuerte, los civiles salieron de su sueño y entendieron inmediatamente lo que decían los cañones.⁶⁴

Contrariamente a Gran Bretaña o Francia, Alemania no era una monarquía centralizada desde hacía mucho tiempo. Contrariamente a Londres o París, Berlín no se había convertido en una metrópoli mundial desarrollada siguiendo un plan gubernamental. Como el valle del Ruhr, Berlín había crecido como un cáncer. Por eso los barrios gubernamentales acabaron estando cercados por tres lados por un “cinturón rojo” de gigantescos barrios obreros.⁶⁵ Los obreros armados se precipitaron para defender a los marinos. Mujeres y niños de la clase obrera se interpusieron entre las ametralladoras y sus objetivos, armados con su solo valor, su humor y su capacidad de persuasión. Los soldados tiraron las armas y desarmaron a sus jefes.

Al día siguiente, la manifestación más masiva en la capital desde el 9 de noviembre tomó el centro de la ciudad –esta vez contra el SPD–, para defender la revolución. El mismo día, grupos de obreros ocuparon las oficinas del *Vorwärts*, el diario del SPD. No cabe duda de que esta acción fue el resultado espontáneo de la profunda indignación del proletariado. Durante décadas, el *Vorwärts* había sido el portavoz de la clase obrera, hasta que la dirección del SPD hizo que dejara de serlo durante la guerra mundial. Ahora se había vuelto el órgano más ignominioso y deshonesto de la contrarrevolución.

⁶⁴ Así lo formula el autor, Alfred Döblin, en su libro *Karl und Rosa*, en la última parte de su novela en 4 volúmenes: *November 1918. Eine deutsche Revolution*. Como simpatizante del ala izquierda del USPD, fue el testigo ocular de la revolución en Berlín. Su relato monumental fue escrito en los años treinta y está marcado por la confusión y la desesperación generada por la contrarrevolución triunfante

⁶⁵ Durante la reconstrucción del centro de la ciudad después de la caída del muro de Berlín, salieron a la luz túneles para huir realizados por los distintos gobiernos del siglo xx que no estaban indicados en ningún mapa oficial, son monumentos al miedo de la clase dominante. No se sabe si se han construido nuevos túneles.

El SPD vio inmediatamente la posibilidad de explotar esta situación por otra provocación, comenzando por una campaña contra un supuesto “ataque contra la libertad de prensa”. Pero los delegados revolucionarios, los *Obleute*, fueron corriendo a la sede del *Vorwärts* para convencer a los que lo ocupaban de que, tácticamente, para evitar un enfrentamiento prematuro, sería prudente retirarse temporalmente.

El año se terminó entonces por otra manifestación de determinación revolucionaria: el entierro de los 11 marinos asesinados en la batalla del Marstall. El mismo día, la izquierda del USPD rompió la coalición gubernamental con el SPD. Y, mientras que el Gobierno de Ebert estaba considerando la posible huida de la capital, empezaba el Congreso de fundación del KPD.

El caso Eichhorn y la segunda ocupación del *Vorwärts*

Los acontecimientos de diciembre de 1918 significaron que la revolución comenzaba a consolidarse en profundidad. La clase obrera ganó los primeros enfrentamientos de la nueva fase, tanto por la audacia de sus reacciones como por la sabia prudencia de sus retiradas tácticas. El SPD, finalmente, había comenzado a revelar su carácter contrarrevolucionario ante el conjunto de la clase. Se reveló rápidamente que la estrategia burguesa de provocación era difícil de realizar e incluso peligrosa.

Entre la espada y la pared, la clase dominante sacó lecciones de aquellas primeras escaramuzas con una lucidez impresionante. Tomó conciencia de que apuntar directa y masivamente contra los símbolos y figuras con los que se identificaba la revolución –Espartaco, la dirección de los Consejos Obreros o la división de los marinos– podía resultar contraproducente al provocar la solidaridad del conjunto de la clase obrera. Era preferible atacar a figuras de segundo orden que solamente suscitarían el apoyo de una parte de la clase, lo que permitiría así dividir a los obreros de la capital y aislarlos del resto del país. Emil Eichhorn era una de esas figuras; pertenecía al ala izquierda del USPD. Un capricho del destino, una paradoja como las que ocurren en toda gran revolución, lo había hecho jefe de la policía de Berlín. En esta función, había comenzado a distribuir armas a las milicias trabajadoras. Era una provocación para la clase dominante. Atacar a ese hombre permitiría galvanizar las fuerzas de la contrarrevolución que seguían vacilando tras sus primeros reveses. Y, al mismo tiempo, ¡la defensa de un jefe de la policía no dejaba de ser

una causa ambigua para movilizar a las fuerzas revolucionarias! Pero la contrarrevolución preparaba arteramente otra provocación rastrera, aún más ambigua y que contenía por lo menos tanto potencial para dividir a la clase obrera y hacerla vacilar. La dirección del SPD se había dado cuenta de que la breve ocupación de las oficinas del *Vorwärts* había chocado a los obreros socialdemócratas, cuya mayoría estaba avergonzada por el contenido de ese diario, pero su preocupación era otra: la del espectro de un conflicto militar entre obreros socialdemócratas y obreros comunistas –amenaza utilizada con creces por el SPD– que podría resultar de este tipo de acciones de ocupación. Esta inquietud pesaba tanto más –la dirección del SPD lo sabía– porque estaba motivada por una auténtica preocupación proletaria de defender la unidad de la clase.

Toda la máquina de la provocación se puso de nuevo en marcha.

Un torrente de mentiras: ¡Eichhorn es un corrupto, un criminal pagado por los rusos, está preparando un golpe contrarrevolucionario!

Un ultimátum: ¡Eichhorn debe dimitir inmediatamente o ser forzado a hacerlo!

El alarde de la fuerza bruta: Esta vez, se dispuso a 10.000 soldados en el centro de la ciudad, más 80.000 concentrados en las afueras. Ese dispositivo militar incluía las divisiones de élite muy disciplinadas del general Maercker, tropas de infantería, una “brigada de hierro” en la costa, las milicias de los barrios burgueses y los primeros Cuerpos Francos. Pero también incluía a la “Guardia Republicana”, milicia armada del SPD, e importantes destacamentos de las tropas que simpatizaban con la socialdemocracia.

La trampa estaba lista para cerrarse.

La trampa fatal de enero de 1919

Como preveía la burguesía, el ataque contra Eichhorn no movilizó a las tropas de la capital que simpatizaban con la revolución. Tampoco movilizó a los obreros de las regiones, que ni siquiera conocían el nombre de Eichhorn.⁶⁶

En la nueva situación hubo, sin embargo, un componente que tomó a todo el mundo por sorpresa. Fue la reacción tan masiva e intensa del proletariado de Berlín. El domingo 5 de enero, 150.000 personas

⁶⁶ Hubo huelgas de simpatía y ocupaciones en varias ciudades, entre ellas Stuttgart, Hamburgo y Dusseldorf.

respondieron al llamamiento de los *Obleute* a manifestarse frente a la policía en la Alexanderplatz. Al día siguiente, más de medio millón de obreros dejaron sus herramientas y máquinas y tomaron el centro de la ciudad. Estaban dispuestos a luchar y a morir. Habían entendido inmediatamente que la verdadera cuestión no era Eichhorn, sino la defensa de la revolución.

Aunque desconcertada por el vigor de la respuesta, la contrarrevolución tuvo la suficiente sangre fría como para proseguir sus planes. Los locales del *Vorwärts* fueron ocupados de nuevo, como también los de otras oficinas de prensa de la ciudad. Pero, esta vez, fueron los agentes provocadores de la policía quienes tomaron esa iniciativa.⁶⁷

El joven KPD lanzó inmediatamente una advertencia a la joven clase obrera. En un volante y en artículos de primera plana de *Rote Fahne*, llamaba al proletariado a elegir nuevos delegados en sus consejos y a armarse pero, también, a tomar conciencia de que aún no había llegado el momento de la insurrección armada. Tal insurrección exigía una dirección centralizada en todo el país. Sólo podrían proporcionarla unos Consejos Obreros en los que predominaran los revolucionarios.

Por la mañana del 5 de enero, los jefes revolucionarios se reunieron para consultarse en el cuartel general de Eichhorn. Unos 70 *Obleute* estaban presentes: en líneas generales, el 80% apoyaba a la izquierda del USPD, los demás al KPD. Los miembros del Comité Central de la organización berlinesa del USPD estaban presentes, así como dos miembros del Comité Central del KPD: Karl Liebknecht y Wilhelm Pieck.

Al empezar, los delegados de las organizaciones trabajadoras no estaban convencidos de la forma con la que había que replicar. Luego fue cambiando el ambiente, electrizado por los informes que iban llegando. Éstos se referían a las ocupaciones armadas en el barrio de la prensa y a la supuesta preparación de las diversas guarniciones para unirse a la insurrección armada. Liebknecht declaró entonces que en tales circunstancias, no sólo era necesario rechazar el ataque contra Eichhorn sino también lanzar la insurrección armada.

Los testigos presenciales de aquella dramática reunión indican que la intervención de Liebknecht provocó un giro fatal. Durante toda la guerra,

⁶⁷ Esta cuestión, documentada de sobra por Richard Müller en su *Eine Geschichte der Novemberrevolution.*, escrita en los años veinte, es un hecho hoy aceptado por los historiadores.

él había sido la brújula y la conciencia moral del proletariado alemán e incluso mundial. Ahora, en ese momento crucial de la revolución, perdía la cabeza y sus marcas. Y, sobre todo, dejaba el camino abierto a los *Unabhängigen*, los independientes, que seguían siendo la fuerza principal en aquel momento. Sin principios políticos claramente definidos, sin una perspectiva clara y a largo plazo y sin una confianza profunda en la causa del proletariado, esa corriente “independiente” estaba condenada a la vacilación constante bajo la presión de la situación inmediata y, por lo tanto, a la conciliación con la clase dominante. Y además, la otra cara de ese “centrismo” era su permanente necesidad de participar en cualquier “acción” aunque no correspondiera a las necesidades del momento, aunque sólo fuera para demostrar su propia determinación revolucionaria.

El partido independiente no tenía programa político claro; y tampoco tenía la menor intención de derrocar al Gobierno Ebert-Scheidemann. En esta conferencia, las decisiones estaban en manos de los independientes. Y se vio claramente entonces que las figuras vacilantes que celebraban sesión en el Comité del partido de Berlín, esas figuras a las que ya en tiempo normal no les gustaba correr riesgos pero que querían sin embargo participar en todo, aparecieron como los más chillones, presentándose como los “más revolucionarios” del mundo.⁶⁸

Según Richard Müller, hubo una especie de escalada entre los jefes del USPD y la delegación del KPD:

Ahora los independientes querían demostrar su valor y su seriedad, sobrepujando los objetivos propuestos por Liebknecht. ¿Liebknecht podía retenerse, frente al “ardor revolucionario” de aquellos “elementos que dudaban y vacilaban”? No era ése su carácter.⁶⁹

No se escucharon las advertencias de los delegados de soldados que expresaron dudas sobre la preparación de las tropas para la lucha:

Richard Müller se expresó de la manera más aguda contra el objetivo propuesto, la caída del gobierno. Destacó que no existían ni las condiciones políticas ni las condiciones militares. El movimiento crecía día tras día en el país, por eso se alcanzarían muy rápidamente las condiciones políticas, militares y psicológicas. Una acción prematura y aislada en Berlín podría poner en entredicho esa evolución posterior. Con muchas dificultades logró expresar ese rechazo ante objeciones que venían de todas partes.

⁶⁸ *Eine Geschichte der Novemberrevolution. Der Bürgerkrieg in Deutschland (Historia de la Revolución de noviembre. La guerra civil en Alemania, volumen III).*

⁶⁹ *Ibidem.*

Pieck, como representante del Comité central del KPD, se expresó enérgicamente contra Richard Müller y pidió, en términos muy precisos, un voto inmediato y que se entablara la lucha.⁷⁰

Se sometieron a votación y se adoptaron tres decisiones principales. El llamamiento a la huelga general se adoptó por unanimidad. Las otras dos decisiones, el llamamiento a derrocar el Gobierno y proseguir la ocupación de las oficinas de prensa, fueron adoptadas por una amplia mayoría pero con seis votos en contra.⁷¹

Se constituyó entonces un Comité Provisional de Acción Revolucionaria, compuesto de cincuenta y tres miembros y tres presidentes: Liebknecht, Ledebour y Scholze.

El proletariado había caído en la trampa.

La llamada “Semana de Espartaco”

Ocurrió entonces lo que habría de ser la “Semana Sangrienta” de Berlín. La burguesía la llamó la “Semana de Espartaco”, en la que, según ella, “unos héroes de la libertad y de la democracia” hicieron fracasar un “golpe comunista”. El destino de la revolución mundial se jugó en gran parte entonces, del 5 al 12 de enero de 1919.

La mañana que siguió a la constitución del Comité revolucionario, la huelga era casi total en la ciudad. Un número de obreros aún mayor que la víspera tomó el centro de la ciudad, muchos de entre ellos armados. Pero al mediodía, todas las esperanzas de un apoyo activo de las guarniciones se habían evaporado. Incluso la división de los marinos, leyenda viva, se declaró neutral, y detuvo incluso a su propio delegado, Dorrenbach, por considerar irresponsable su participación en el llamamiento a la insurrección. Esa misma tarde, la misma *Volksmarinedivision* hizo salir al Comité Revolucionario del Marstall, donde se había refugiado. ¡De la misma forma, se neutralizaron o incluso se ignoraron las

⁷⁰ *Ibidem*. Richard Müller era uno de los jefes más lúcidos y experimentados del movimiento. Se puede hacer un determinado paralelo entre el papel desempeñado por Müller en Alemania y el de Trotski en Rusia en 1917. Ambos fueron presidentes del Comité de acción de los consejos obreros en una ciudad central. Ambos iban a convertirse en historiadores de la revolución en la que habían participado directamente. Es lamentable ver con qué desprecio Wilhem Pieck hizo caso omiso de las advertencias de un dirigente tan experimentado y responsable.

⁷¹ Los seis que se opusieron fueron Müller, Däuming, Eckert, Malzahn, Neuendorf y Rusch.

medidas concretas para expulsar al gobierno, puesto que era evidente que ninguna fuerza armada las apoyaba!⁷²

Todo el día estuvieron las masas en las calles, esperando instrucciones de sus dirigentes. Pero éstas no llegaban. El arte de realizar con éxito las acciones de masas estriba en saber concentrar y orientar la energía hacia un objetivo que vaya más allá de la situación inicial, que haga avanzar el movimiento general, que dé a sus participantes el sentimiento de éxito y de fuerza colectivo. En la situación de entonces, no bastaba la simple repetición de la huelga y las manifestaciones masivas de los días anteriores. Un paso adelante habría sido, por ejemplo, poner cerco a los cuarteles y hacer propaganda para ganarse a los soldados para la nueva etapa de la revolución, desarmar a los oficiales y jefes, comenzar a armar más ampliamente a los obreros mismos.⁷³ Pero el Comité Revolucionario autoproclamado no propuso esas medidas, porque ya había lanzado una serie de acciones más radicales pero desgraciadamente irrealistas. Tras haber llamado a nada menos que la insurrección armada, unas medidas más concretas, por poco espectaculares que fueran, habrían aparecido como un revés, una espera decepcionante, un retroceso. El Comité, y el proletariado con él, estaban encerrados en un radicalismo erróneo y vacío.

La dirección del KPD se quedó espantada cuando recibió las noticias de la propuesta de insurrección. Rosa Luxemburg y Leo Jogiches en particular acusaron a Liebknecht y Pieck de haber dejado de lado no sólo las decisiones del Congreso del partido sino el propio programa del partido.⁷⁴

Pero no se podían deshacer esos errores y, como tales, (aún) no era el momento de ocuparse de ellos. El curso de los acontecimientos puso el partido ante un terrible dilema: ¿cómo sacar al proletariado de la trampa donde ya estaba metido?

Esta tarea era mucho más difícil que la que realizaron los bolcheviques durante los famosos “días de julio” del 17 en Rusia, cuando el partido logró ayudar a la clase obrera a evitar la trampa de un choque militar prematuro.

⁷² El caso de Lemmgen, un marino revolucionario, forma parte de la leyenda, pero es desgraciadamente verdad. Después del fracaso de sus tentativas repetidas de confiscar el banco estatal (un funcionario apellidado Hamburger puso en duda la validez de las firmas de esa orden), el pobre Lemmgen se desmoralizó tanto que volvió a su casa y se fue furtivamente a dormir.

⁷³ Es precisamente esta propuesta de acción la que fue presentada públicamente por el KPD en su órgano de prensa el *Rote Fabne*.

⁷⁴ En particular el pasaje del programa que declara que el partido asumiría el poder solamente con el apoyo de las grandes masas del proletariado.

La respuesta asombrosa, paradójica, que dio el partido, bajo el impulso de Rosa Luxemburg, fue la siguiente: el KPD, el opositor más determinado a una revolución armada hasta ahora, debía pasar a ser su protagonista más entusiasta. Por una simple razón: tomar el poder en Berlín era el único medio de impedir la masacre sangrienta que se estaba haciendo inminente, de impedir la decapitación del proletariado alemán. Una vez solucionado ese problema, el proletariado de Berlín podría dedicarse a resistir o retroceder en buen orden hasta que la revolución estuviera madura en el país entero.

Karl Radek, emisario del partido ruso, escondido en Berlín, propuso una orientación alternativa: retirada inmediata guardando las armas pero, si fuera necesario, devolviéndolas. Pero resulta que la clase en su conjunto no tenía armas todavía. El problema era que un “golpe” comunista “no democrático” le daba al Gobierno el pretexto que necesitaba para imponer un baño de sangre. Ningún retroceso de los combatientes podía deshacer eso.

La acción que había propuesto Rosa Luxemburg se basaba en que la relación de fuerzas militar en la capital no era desfavorable al proletariado. Y, realmente, aunque el 6 de enero destruyó las esperanzas que el Comité Revolucionario había puesto en “sus” tropas, resultó rápidamente claro que la contrarrevolución también había calculado mal. La Guardia Republicana y las tropas que simpatizaban con el SPD se negaban ahora a utilizar la fuerza contra los obreros revolucionarios. En sus actas de los acontecimientos, el revolucionario Richard Müller y el contrarrevolucionario Gustav Noske confirmaron ambos posteriormente la exactitud del análisis de Rosa Luxemburg: desde el punto de vista militar, la relación de fuerzas a principios de la semana estaba a favor del proletariado.

Pero la cuestión decisiva no era la relación de fuerzas militar sino la relación de fuerzas política. Y ésta iba contra el proletariado, por la sencilla razón de que la dirección del movimiento estaba todavía en manos de los “centristas”, de los elementos vacilantes, y todavía no en las de los revolucionarios consecuentes. Según “el arte de la insurrección” marxista, la insurrección armada es la *última* etapa del proceso de reforzamiento de la revolución, barriendo las últimas posiciones de resistencia.

Tomando conciencia de la trampa en la que se había metido, el Comité Provisional, en vez de armar al proletariado, comenzó a negociar con ese Gobierno que acababa de declarar caduco y sin siquiera saber lo que que-

ría negociar. Ante esta actitud del Comité, el KPD obligó a Liebknecht y a Pieck a dimitir el 10 de enero. Pero el mal estaba hecho. La política de conciliación paralizó al proletariado, haciendo remontar a la superficie todas sus dudas y vacilaciones. Los obreros de toda una serie de fábricas importantes hicieron declaraciones que condenaban al SPD pero también a Liebknecht y a los espartaquistas, llamando a la reconciliación de los “partidos socialistas”.

En aquel momento en que la contrarrevolución se tambaleaba acudió en su auxilio el socialdemócrata Noske. “Es necesario que alguien desempeñe el papel de perro sangriento. No me asusta esa responsabilidad”, declaró. Tras pretender “negociar” para ganar tiempo, el SPD convocó abiertamente a oficiales, estudiantes y milicias burguesas para ahogar la resistencia obrera en la sangre. Con un proletariado dividido y desmoralizado, la vía estaba ahora abierta al terror blanco más salvaje. Entre las atrocidades cometidas están el bombardeo de edificios por la artillería, el asesinato de los presos e incluso de los delegados que acudían a negociar, el linchamiento de obreros y también de soldados que habían apoyado a los revolucionarios, la persecución de mujeres y niños en los barrios obreros, la profanación de los cadáveres y también la caza sistemática y el asesinato de revolucionarios como Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. Volveremos de nuevo sobre el carácter y el significado de ese terror en el último artículo de esta serie.

La huelga de masas revolucionaria, enero-marzo de 1919

En un famoso artículo publicado en *Rote Fahne* el 27 de noviembre de 1918, “El Aqueronte se ha puesto en movimiento”, Rosa Luxemburg anunciaba el principio de una nueva fase de la revolución: la de la huelga de masas. Eso iba a confirmarse con rapidez y una claridad meridiana. La situación material de la población no había mejorado con el final de la guerra, al contrario. La inflación, los despidos, el desempleo masivo, el trabajo precario y la baja de los salarios reales provocaron más miseria todavía para millones de obreros, de funcionarios y también para amplias capas de las clases medias. Cada vez más, la miseria material y también la amarga decepción con respecto a los resultados de la revolución de noviembre impulsaban a las masas a defenderse. Los estómagos vacíos eran un poderoso argumento contra los supuestos beneficios de la nueva democracia burguesa. Olas de huelgas sucesivas recorrieron el

país, sobre todo durante el primer trimestre de 1919. Alejados de los centros tradicionales del movimiento socialista organizado como Berlín, los puertos de mar o los sectores de ingeniería civil y alta tecnología,⁷⁵ amplios sectores del proletariado con menos experiencia política se implicaron en el proceso revolucionario. Incluían a aquellos a los que Rosa Luxemburg llamaba, en su folleto sobre la huelga de masas, “la masa de los ilotas”. Eran sectores especialmente oprimidos de la clase obrera que no se habían beneficiado de ninguna educación socialista y que, por lo tanto, eran a menudo considerados con desprecio por los funcionarios de la socialdemocracia y los sindicatos antes de la guerra. Rosa Luxemburg predijo que desempeñarían un papel importante en la lucha futura por el socialismo.

Y ahora ahí estaban. Por ejemplo, millones de mineros, siderúrgicos, obreros de la industria textil de las regiones industriales del Bajo Rin y Westfalia.⁷⁶ Ahí, las luchas obreras defensivas se enfrentaron inmediatamente con la alianza brutal de la patronal, los guardias armados de sus fábricas, los sindicatos y los Cuerpos Francos. A partir de esos primeros choques se cristalizaron dos reivindicaciones principales del movimiento de huelga, formuladas en la conferencia de los delegados de toda la región a principios de febrero en Essen: ¡todo el poder a los consejos de obreros y soldados! ¡Socialización de las fábricas y las minas! La situación se agudizó cuando los militares intentaron desarmar y dismantelar los consejos de soldados y mandaron a 30.000 miembros de los Cuerpos Francos a ocupar el Ruhr. El 14 de febrero, los consejos de obreros y soldados llamaron a la huelga general y a la resistencia armada. La determinación y la movilización de los obreros eran tan grandes que el ejército blanco mercenario ni siquiera hizo el menor amago de atacar. La indignación contra el SPD que apoyaba abiertamente a los militares y denunciaba la huelga fue indescriptible. El 25 de febrero, los consejos –apoyados por los delegados comunistas– decidieron acabar la huelga. Los dirigentes temían que los obreros inundasen las minas o atacasen a los obreros socialdemócratas.⁷⁷ En realidad, los obreros mostraron un alto grado de disciplina y una amplia minoría respetó la llamada a la

⁷⁵ Como Turingia, la región de Stuttgart o el valle del Rin, bastiones del viejo movimiento marxista.

⁷⁶ En la región de los ríos Ruhr y Wupper.

⁷⁷ El 22 de febrero, los obreros comunistas de Mülheim en el Ruhr atacaron con pistolas una reunión pública del SPD.

vuelta al trabajo, aunque no estuviesen de acuerdo con esta decisión. ¡Y fue, por desgracia, precisamente entonces cuando la huelga comenzaba en Alemania central!

Una segunda huelga de masas gigantesca estalló a finales de marzo y duró varias semanas a pesar de la represión de los Cuerpos Francos.

Todo indicó claramente que el Partido Socialdemócrata y los dirigentes sindicales habían perdido su influencia sobre las masas. La potencia del movimiento revolucionario de los meses de febrero y marzo no estaba en la posesión ni en la utilización de las armas, sino en la posibilidad de retirar al gobierno socialista burgués su fundamento económico, paralizando las áreas más importantes de producción. [...] Ni la enorme movilización militar, ni el armamento de la burguesía ni la brutalidad de la soldadesca pudieron quebrar esa fuerza, no pudieron forzar a los obreros en huelga a volver al trabajo.⁷⁸

El segundo gran centro de la huelga de masas fue la región llamada Alemania central (*Mitteldeutschland*).⁷⁹ El movimiento de huelgas estalló allí a mediados de febrero, no solamente como respuesta al empobrecimiento y a la represión, sino también en solidaridad con las víctimas de la represión en Berlín y con las huelgas del Rin y del Ruhr. Como en la región precedente, el movimiento sacó sus fuerzas gracias a la dirección que se dio en los consejos de obreros y soldados en los que los socialdemócratas perdieron rápidamente su influencia.

Pero mientras que en la región del Ruhr, los obreros de la industria pesada formaban la parte fundamental de las tropas, aquí el movimiento incorporó no sólo a los mineros, sino a casi todas las profesiones y ramas industriales. Por primera vez desde el principio de la revolución, los ferroviarios se unieron al movimiento. Esto tenía una importancia especial. Una de las primeras medidas del gobierno de Ebert a finales de la guerra fue aumentar sustancialmente el sueldo de los ferroviarios. La burguesía necesitaba “neutralizar” a ese sector para poder transportar a sus brigadas contrarrevolucionarias por toda Alemania. Ahora, por primera vez, esta posibilidad estaba comprometida.

También fue significativo que los soldados de las guarniciones salieran a apoyar a los huelguistas. La Asamblea Nacional, que había huido

⁷⁸ R. Müller, ob. cit., vol. III.

⁷⁹ Las regiones de Sajonia, Turingia y Sajonia-Anhalt. El centro de gravedad era la ciudad de Halle y, cerca de ésta, el cinturón de industrias químicas alrededor de la fábrica gigante de Leuna.

de los obreros de Berlín, se desplazó a Weimar para celebrar su sesión parlamentaria constitutiva. Llegó justo en medio de una lucha de clases aguda y de soldados hostiles, debiendo reunirse detrás de un batería protectora de artillería y de ametralladoras.⁸⁰

La ocupación selectiva de las ciudades por los Cuerpos Francos provocó batallas callejeras en Halle, Merseburg y Zeitz, explosiones de unas masas “furiosas hasta la locura” como lo escribió Richard Müller. Como en el Ruhr, aquellas acciones militares no lograron romper el movimiento de huelgas.

El llamamiento de los delegados de fábricas a la huelga general para el 24 de febrero iba a revelar otro proceso muy significativo. Los delegados apoyaron ese llamamiento unánimemente, incluidos los del SPD. En otros términos, la socialdemocracia perdía el control incluso de sus propios miembros.

Desde el principio, la huelga se extendió al máximo. Ya no era posible una mayor intensidad, sino mediante la insurrección armada algo que los huelguistas rechazaban y parecía injustificado. El único medio de hacer la huelga más eficaz estaba en manos de los obreros de Berlín.⁸¹

Por ello los obreros pidieron al proletariado de Berlín que se uniera, que dirigiera en realidad, el movimiento que abarcaba el centro de Alemania, el Rin y el Ruhr.

Y los obreros de Berlín respondieron lo mejor que pudieron, a pesar de la derrota que acababan de sufrir. El centro de gravedad había pasado de la calle a las asambleas masivas. Los debates que animaban a fábricas, oficinas y cuarteles debilitaban continuamente la influencia del SPD, reduciéndose el número de sus delegados en los Consejos Obreros. Los intentos del partido de Noske para desarmar a los soldados y liquidar sus organizaciones no hicieron más que acelerar ese proceso. Una asamblea general de los Consejos Obreros en Berlín el 28 de febrero llamó a todo el proletariado a defender sus organizaciones y prepararse a la lucha. Los propios delegados del SPD hicieron fracasar el intento de impedir esta resolución por parte de ese partido.

La asamblea reeligió a su Comité de Acción. El SPD perdió la mayoría. En la elección siguiente del Comité, el KPD tuvo casi tantos delegados

⁸⁰ La expresión “República de Weimar”, que abarca el período de la historia alemana que va de 1919 a 1933, tiene su origen en ese episodio.

⁸¹ R. Müller, ob. cit.

como el SPD; en los consejos en Berlín, el curso se orientaba a favor de la revolución.⁸²

Tomando conciencia de que el proletariado no podría vencer sino dirigido por una organización unida y centralizada, comenzó la agitación de masas para la reelección de los consejos de obreros y soldados en todo el país y a favor de la celebración de un nuevo congreso nacional de los consejos. A pesar de la oposición histérica del Gobierno y del SPD a esta propuesta, los consejos de soldados empezaron a declararse a favor de esa propuesta. Plenamente conscientes de las dificultades prácticas para aplicar esos proyectos, los socialdemócratas optaron por dar largas y dejar pasar el tiempo.

Pero el movimiento en Berlín se enfrentaba a otro problema muy urgente: la llamada de apoyo por parte de los obreros de Alemania central. La asamblea general de los Consejos Obreros de Berlín se reunió el 3 de marzo para decidir sobre ese problema. El SPD, sabiendo que la pesadilla de la semana sangrienta de enero seguía atormentando al proletariado de la capital, estaba determinado a impedir una huelga general. Y en realidad, los obreros vacilaron en un primer tiempo. Gracias a su agitación para aportar la solidaridad a la Alemania central, los revolucionarios invirtieron poco a poco las cosas. Mandaron delegaciones de todas las fábricas principales de la ciudad a la asamblea de los consejos para informarle que las asambleas en las factorías y tajos ya habían decidido cesar el trabajo. Resultaba claro que comunistas e independientes de izquierda tenían la mayoría de los obreros detrás de ellos.

La huelga fue casi total también en Berlín. Sólo trabajaban las fábricas designadas por los Consejos Obreros para hacerlo (bomberos, proveedores de agua, electricidad y gas, salud, producción alimenticia). El SPD —y su portavoz, el *Vorwärts*— denunció inmediatamente la huelga, requiriendo a los delegados miembros del partido a que hicieran lo mismo. Y éstos se pronunciaron entonces en contra de la posición de su propio partido. Además, los impresores, que siempre habían estado fuertemente influidos

⁸² Durante los primeros días de la revolución, el USPD y Espartaco juntos sólo tenían tras ellos a una cuarta parte de todos los delegados. El SPD dominaba en masa. A principios de 1919, los delegados miembros de los partidos se distribuían así: el 28 de febrero, 305 USPD, 271 SPD, 99 KPD, 95 demócratas; el 19 de abril: 312 USPD, 164 SPD, 103 KPD, 73 demócratas. Hay que señalar que, durante este período, el KPD no podía actuar sino en la clandestinidad y que un número considerable de delegados nombrados como miembros del USPD simpatizaban, en realidad, con los comunistas e iban rápidamente a unirse a ellos.

por la socialdemocracia y habían sido una de las pocas profesiones que no se habían incorporado al frente huelguista, se unieron entonces a él para protestar contra la actitud del SPD. Así fue como se redujo en gran parte al silencio la campaña de odio.

Pero el traumatismo de enero resultó fatal a pesar de todas esas señales de maduración. La huelga general en Berlín llegó demasiado tarde, cuando estaba acabándose en Alemania central. Peor aún, los comunistas, traumatizados por la derrota de enero, se negaron a participar en la dirección de la huelga junto con los socialdemócratas. La unidad del frente de la huelga empezó a agotarse, se extendieron la división y la desmoralización.

Era el momento para los Cuerpos Francos de invadir Berlín. Sacando las lecciones de los acontecimientos de enero, los obreros se reunieron en las fábricas y no en la calle. Pero en lugar de atacar inmediatamente a los obreros, los Cuerpos Francos atacaron en primer lugar las guarniciones y los consejos de soldados, primero contra los regimientos que habían participado en la represión de los obreros en enero, o sea, contra los que gozaban de menos simpatía entre los trabajadores. Luego se volvieron contra el proletariado. Como en enero, hubo ejecuciones sumarias en las calles, fueron asesinados revolucionarios (entre ellos Leo Jogiches); los cadáveres se tiraban al río. Esta vez, el terror blanco fue todavía más salvaje que en enero y ascendió a más de 1000 muertos. El barrio obrero de Lichtenberg, al este del centro de la ciudad, fue bombardeado por la aviación.

Sobre las luchas de enero-marzo, Richard Müller escribe:

Fue el levantamiento más gigantesco del proletariado alemán, de los obreros, empleados, funcionarios e incluso de partes de las clases medias pequeño-burguesas, a una escala desconocida hasta entonces y que no será alcanzada después, sino una sola vez, durante el golpe de Kapp. Las masas populares estaban en huelga general no sólo en las regiones de Alemania en las cuales nos centramos, sino en Sajonia, Baden, Baviera; por todas partes, las olas de la revolución socialista asaltaban los muros de la producción capitalista y de la propiedad. Las masas trabajadoras avanzaban a grandes pasos por el camino que continuaba la transformación política de noviembre de 1918.⁸³

Sin embargo,

[...] el curso tomado por los acontecimientos de enero seguía siendo un lastre que pesaba sobre el movimiento revolucionario. Su comienzo absurdo y sus consecuencias trágicas habían quebrado a los obreros de Berlín y

⁸³ R. Müller, ob. cit.

se necesitaron semanas de trabajo obstinado para que fueran capaces de entrar de nuevo en lucha. Si el golpe de enero no se hubiese intentado, el proletariado de Berlín habría podido ayudar a tiempo a los combatientes del Rin, Westfalia y Alemania central. La revolución habría continuado y la nueva Alemania tendría un aspecto económico y político muy diferente.⁸⁴

¿Habría podido triunfar la revolución?

La incapacidad del proletariado mundial para impedir la Primera Guerra Mundial había creado condiciones difíciles para la victoria de la revolución. En comparación con una revolución que replicara fundamentalmente a una crisis económica, una revolución contra la guerra mundial acarrearía inconvenientes considerables. En primer lugar, la guerra había matado o herido a millones de obreros; muchos de ellos eran socialistas experimentados con una conciencia de clase. En segundo lugar, la burguesía puede acabar la guerra si ve que su continuación amenaza su sistema, cosa imposible con la crisis económica. Eso fue lo que ocurrió en 1918. Eso creó divisiones entre los obreros de cada país, entre los que se satisfacían con el fin de las hostilidades y los que consideraban que sólo el socialismo podía solucionar el problema. En tercer lugar, el proletariado internacional estaba dividido, para empezar por la propia guerra, y después entre obreros de los países “vencidos” y los de los países “vencedores”. No es ninguna casualidad que una situación revolucionaria se haya desarrollado en los países donde la guerra estaba perdida (Rusia, Austria-Hungría, Alemania) y no en los países de la Entente (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos).

¿Pero quiere decir eso que, en aquellas circunstancias, un triunfo de la revolución proletaria era imposible desde el principio? Recordemos que éste fue uno de los principales argumentos formulados por la socialdemocracia para justificar su papel contrarrevolucionario. Pero en realidad, distaba mucho de ser así.

En primer lugar, aunque la Gran Guerra diezmó físicamente y debilitó psicológicamente al proletariado, eso no impidió que la clase obrera se lanzara con fuerza al asalto contra el capitalismo. La matanza que se le impuso era inmensa, pero menos que la infligida más tarde por la Segunda Guerra Mundial; y no hay comparación posible con la que provocaría una tercera guerra mundial con armas termonucleares.

⁸⁴ R. Müller, ob. cit.

En segundo lugar, aunque la burguesía hubiera podido poner fin a la guerra, eso no significa que pudiera eliminar sus consecuencias materiales y políticas, o sea el agotamiento del aparato productivo, la desorganización de la economía y la sobreexplotación de la clase obrera en Europa. En los países vencidos en particular, el fin de la guerra no permitió una restauración rápida del nivel de vida de anteguerra para las masas de la población. Al contrario. Aunque la reivindicación de la “socialización de la industria” haya contenido el peligro de desviar a la clase obrera de la lucha por el poder hacia una especie de proyecto autogestionario que apoyaban anarquistas y anarcosindicalistas, la fuerza principal de esa reivindicación en 1919 en Alemania era la preocupación de la supervivencia física del proletariado. Los obreros, cada vez más convencidos de la incapacidad del capitalismo para producir los suficientes bienes alimenticios, de carbón y demás, a precios accesibles para que la población pudiera pasar el invierno, empezaron a darse cuenta de que una fuerza de trabajo insuficientemente alimentada y agotada, amenazada por epidemias e infecciones, debía hacerse cargo del problema antes de que fuera demasiado tarde.

En este sentido, las luchas que se habían desarrollado contra la guerra no se terminaron con la propia guerra. Además, el impacto de ésta en la conciencia de clase era profundo. Con la guerra moderna había desaparecido por completo toda imagen de heroísmo.

En tercer lugar, tampoco era insuperable la brecha entre los obreros de los países “vencedores” y “vencidos”. En Gran Bretaña, en particular, hubo fuertes movimientos de clase tanto durante como al final de la guerra. El aspecto más sorprendente de 1919, “año de la revolución” en Europa central, fue la ausencia relativa del proletariado francés. ¿Dónde estaba esta parte de la clase que, desde 1848 hasta la Comuna de París de 1871, había sido la vanguardia de la insurrección proletaria? En cierta medida, fue contaminado por el frenesí chovinista de la burguesía que prometía a “sus” obreros una nueva era de prosperidad gracias a las reparaciones que iba a imponer a Alemania. ¿No había antídoto a ese veneno nacionalista? Sí, había uno. La victoria del proletariado alemán hubiera sido ese antídoto.

En 1919, Alemania era la bisagra indispensable entre la revolución al Este y la adormecida conciencia de clase al Oeste. La clase obrera europea de 1919 se había educado en el socialismo. Su convicción sobre la necesidad y la posibilidad del socialismo aún no estaba socavada por la contrarrevolución estalinista. La victoria de la revolución en Alemania hubiese

socavado las ilusiones sobre la posibilidad de un retorno a la aparente “estabilidad” del mundo de anteguerra. La reanudación por el proletariado alemán con su papel dirigente en la lucha de clase habría reforzado enormemente la confianza en el futuro del socialismo.

¿Pero era una posibilidad realista la victoria de la revolución en Alemania? La revolución de noviembre reveló la fuerza y el heroísmo de la clase, pero también sus enormes ilusiones, sus confusiones y vacilaciones. Sin embargo, había ocurrido lo mismo en febrero de 1917 en Rusia. Durante los meses que siguieron a febrero, el curso de la Revolución Rusa reveló la maduración progresiva del inmenso potencial que condujo a la victoria de Octubre. En Alemania, a partir de noviembre de 1918 –a pesar del final de la guerra– se aprecia una maduración muy similar. Durante el primer trimestre de 1919, ya hemos visto el desarrollo de la huelga de masas, la entrada de toda la clase obrera en la lucha, el papel creciente de los Consejos Obreros y, en ellos, de los revolucionarios, los primeros esfuerzos por crear una organización y una dirección centralizada del movimiento, el descubrimiento progresivo del papel contrarrevolucionario del SPD y de los sindicatos así como los límites de la eficacia de la represión estatal.

Durante 1919, fueron aniquilados levantamientos locales y “Repúblicas de Consejos” en ciudades costeras, en Baviera y en otros lugares. Estos episodios rebosan de ejemplos del heroísmo del proletariado y de lecciones amargas para el futuro. No fueron, sin embargo, decisivos para el desenlace de la revolución en Alemania. No eran los centros determinantes. Éstos eran en primer lugar la enorme concentración industrial de lo que es hoy la región Rin-Westfalia. Para la burguesía, esta región estaba poblada por una especie humana lúgubre que vivía en una especie de submundo, que nunca veía la luz del día, que vivía más allá de las fronteras de la civilización. La burguesía se horrorizó cuando vio a aquel inmenso ejército gris de ciudades tentaculares, donde nunca brillaba el sol y donde la nieve caía negra, salir de las minas y los altos hornos. Horrorizada, todavía más horrorizada cuando supo la inteligencia, el calor humano, el sentido de la disciplina y de la solidaridad de aquel ejército que no era ya la carne de cañón de las guerras imperialistas sino el protagonista de su propia guerra de clase.

Ni en 1919, ni en 1920, la brutalidad combinada de los militares y Cuerpos Francos fue capaz de aplastar a aquel enemigo en su propio terreno. No fue vencido hasta que, tras haber triunfado contra el golpe de

Kapp en 1920, los obreros cometieron el error de mandar su “Ejército Rojo del Ruhr” fuera de las ciudades y de las minas para librar una batalla convencional. Y después le tocó el turno a la Alemania central con su veterana clase obrera, altamente cualificada, inmersa en la tradición socialista.⁸⁵ Antes y durante la guerra, allí se establecieron industrias muy modernas como la química, la aviación, atrayendo a decenas de miles de jóvenes obreros inexpertos pero radicales, combativos, con un gran sentido de la solidaridad. Este sector también iba a comprometerse en las luchas masivas de 1920 (Kapp) y 1921 (Acción de marzo).

Pero si el Rin, el Ruhr y Alemania central eran los pulmones, el corazón y el tubo digestivo de la revolución, Berlín era el cerebro. Tercera ciudad del mundo por su tamaño (después de Nueva York y Londres), Berlín era en aquel entonces el “Silicon Valley” de Europa. La base de su desarrollo económico residía en la ingeniosidad de la fuerza de trabajo, altamente cualificada. Ésta tenía una vieja educación socialista y estaba en el centro del proceso de formación del partido de clase.

En el primer trimestre de 1919, la toma del poder no estaba todavía al orden del día. La tarea era todavía ganar tiempo para que la revolución madurase en el conjunto de la clase, evitando así una derrota decisiva. El tiempo, en ese momento crucial, jugaba a favor del proletariado. La conciencia de clase se profundizaba. El proletariado luchaba para crear los órganos necesarios para su victoria, el partido y los consejos. Los principales batallones de la clase se incorporaban a la lucha.

Pero con la derrota de enero de 1919 en Berlín el factor tiempo cambió de campo, pasando a favor de la burguesía. La derrota de Berlín ocurrió en dos tiempos: enero y marzo-abril de 1919. Pero enero fue determinante, ya que no sólo fue una derrota física sino también una derrota moral. La unificación de los sectores decisivos de la clase en la huelga de masas constituía la fuerza capaz de desbaratar la estrategia de la contrarrevolución y abrir la vía hacia la insurrección. Pero este proceso de unificación –similar al que ocurrió en Rusia a finales del verano de 1917 frente al golpe de Kornilov– dependía sobre todo de dos factores: el partido de clase y los obreros de la capital. La estrategia de la burguesía, consistente en infligir preventivamente lesiones serias a esos elementos decisivos, fue un éxito. El fracaso de la revolución en Alemania frente a sus propias “jornadas de Kornilov” fue, ante todo, el

⁸⁵ No es casualidad si la infancia del movimiento marxista en Alemania se asocia a los nombres de ciudades de Turingia: Eisenach, Gotha, Erfurt.

resultado de su fracaso ante la versión alemana de los “días de julio”.⁸⁶

La diferencia más sorprendente con Rusia es la ausencia de un partido revolucionario capaz de formular y defender una política lúcida y coherente frente a las tempestades inevitables de la revolución y las divergencias en sus filas. Como lo escribimos en el artículo anterior, la revolución pudo triunfar en Rusia sin que previamente se hubiera constituido un partido de clase mundial, pero no en Alemania.

Por eso hemos dedicado un apartado específico de esta serie al Congreso de Fundación del KPD. El Congreso trató muchas cuestiones, pero no las cuestiones candentes del momento. Aunque formalmente adoptara el análisis de la situación presentado por Rosa Luxemburg, demasiados delegados subestimaban en realidad al enemigo de clase. Sin dejar de insistir constantemente en el papel de las masas, su visión de la revolución seguía estando influida por los ejemplos de las revoluciones burguesas. Para la burguesía, la toma del poder es el último acto de su ascenso al poder, preparado desde mucho tiempo antes por el auge de su poder económico. El

⁸⁶ Los días de julio de 1917 fueron uno de los momentos más importantes no sólo de la Revolución Rusa sino de toda la historia del movimiento obrero. El 4 de julio, una manifestación armada de medio millón de participantes asedia la dirección del sóviet de Petrogrado, llamándolo a que tome el poder, pero se dispersa pacíficamente por la tarde, respondiendo a la llamada de los bolcheviques. El 5 de julio, las tropas contrarrevolucionarias reocupan la capital de Rusia, lanzan una caza a los bolcheviques y reprimen a los obreros más combativos. Sin embargo, al evitar una lucha prematura por el poder, el conjunto del proletariado va a mantener intactas sus fuerzas revolucionarias. Es lo que permitirá a la clase obrera sacar lecciones esenciales de aquellos acontecimientos, en particular la comprensión del carácter contrarrevolucionario de la democracia burguesa y de la nueva izquierda del capital: mencheviques y social-revolucionarios (eseristas) que traicionaron la causa de los trabajadores y campesinos pobres, pasándose al campo enemigo. En ningún otro momento de la Revolución Rusa fue tan agudo el peligro de una derrota decisiva del proletariado y la liquidación del Partido Bolchevique como durante aquellas 72 horas dramáticas. En ningún otro momento tuvo tanta importancia la confianza profunda de los batallones más avanzados del proletariado en su partido de clase, en la vanguardia comunista. Con la derrota de julio, la burguesía cree poder terminar con esta pesadilla. Para ello, repartiéndose la faena entre el bloque “democrático” de Kerenski y el bloque abiertamente reaccionario de Kornilov, jefe de los ejércitos, organiza el golpe de Estado que reúne regimientos de cosacos, de caucasianos, etc., que aún parecen fieles al poder burgués y a quienes intenta lanzar contra los sóviets. Pero la tentativa falla de manera estrepitosa. La reacción masiva de los obreros y soldados, su firme organización en el Comité de Defensa de la Revolución –que, bajo el control del sóviet de Petrogrado se transformaría más tarde en Comité Militar Revolucionario, órgano de la insurrección de octubre– hacen que las tropas de Kornilov o permanezcan inmobilizadas y se rindan, o deserten y se unan a los obreros y los soldados, lo que ocurre en la mayoría de los casos.

proletariado, al no poder acumular la menor riqueza porque es una clase explotada, sin propiedad, debe preparar su victoria por otros medios. Debe acumular la conciencia, la experiencia, la organización. Debe ser activo y aprender a tomar su destino en sus propias manos.⁸⁷

El desarrollo de una revolución

El método de producción capitalista determina el carácter de la revolución proletaria. La revolución proletaria revela el secreto del modo de producción capitalista. Al ir pasando por las etapas de la cooperación, de la manufactura y de la industrialización, el capitalismo ha ido desarrollando las fuerzas productivas, condición necesaria para la instauración de una sociedad sin clases. Lo hace estableciendo el trabajo asociado. El “trabajador colectivo”, creador de la riqueza, está sometido a las relaciones de propiedad capitalistas por la apropiación privada, competitiva y anárquica de los frutos del trabajo asociado. La revolución proletaria suprime la propiedad privada, permitiendo al nuevo modo de apropiación estar en acuerdo con el carácter asociado de la producción. Bajo el imperio del capital, el proletariado desde su origen ha creado las condiciones de su propia liberación. Pero los sepultureros de la sociedad capitalista sólo pueden cumplir su misión histórica si la propia revolución proletaria es el producto del “trabajador colectivo”, de los obreros del mundo actuando, por así decirlo, como una única persona. El carácter colectivo del trabajo asalariado debe pasar a ser la asociación colectiva consciente de lucha.

Reunir a la vez en la lucha al conjunto de la clase y sus minorías revolucionarias lleva tiempo. En Rusia, eso tomó una docena de años, desde la lucha por “un nuevo tipo de partido de clase” en 1903, pasando por la huelga de masas de 1905-1906 y la víspera de la Primera Guerra Mundial hasta las apasionantes jornadas de 1917. En Alemania y en el conjunto de los países occidentales, el contexto de guerra mundial y la brutal aceleración de la historia que significó, dieron poco tiempo a esa necesaria maduración. La inteligencia y la determinación de la burguesía después del Armisticio de 1918 redujeron aún más el tiempo necesario para ello.

⁸⁷ Contrariamente a Luxemburg, Jogiches y Marchlewski, que estaban en Polonia (en aquel entonces formaba parte del imperio ruso) durante la revolución de 1905-06, la mayoría de los fundadores del KPD no tenían experiencia directa de la huelga de masas y tenían dificultades para comprender que era algo indispensable para la victoria de la revolución.



Diciembre de 1918: Primer Congreso de los Consejos de Obreros y Soldados de Alemania. Con la apertura de Richard Müller



5 de noviembre de 1918: *Die Rote Fahne* n°1.
Reivindicaciones de los Consejos de Obreros y Soldados en la prensa de la Liga Espartaco

Hemos hablado aquí, varias veces, del golpe a la confianza en sí misma de la clase obrera y de su vanguardia revolucionaria, que causó el naufragio de la Internacional Socialista ante el estallido de la guerra. ¿Qué queríamos decir?

La sociedad burguesa concibe la cuestión de la confianza en sí desde el punto de vista del individuo y sus capacidades. Esta concepción olvida que la humanidad, más que cualquier otra especie conocida, depende de la sociedad para sobrevivir y desarrollarse. Todavía es más verdad para el proletariado, el trabajo asociado, que produce y lucha no individual sino colectivamente y que no hace surgir individuos revolucionarios sino organizaciones revolucionarias. La impotencia del obrero individual –mucho más extrema que la del capitalista o incluso del pequeño propietario individual– se trastoca en la lucha revelándose la fuerza oculta de esta clase. Su dependencia respecto al colectivo prefigura el carácter de la futura sociedad comunista en la cual la afirmación consciente de la comunidad permitirá por primera vez el pleno desarrollo de la individualidad. La confianza en sí del individuo presupone la confianza de sus partes en el todo, la confianza mutua de los miembros de la comunidad de lucha.

Dicho de otra forma, sólo forjando una unidad en la lucha puede la clase obrera desarrollar el valor y la confianza necesarios para su victoria. Sus herramientas teóricas y de análisis no pueden afilarse suficientemente si no es de manera colectiva. Los errores de los delegados del KPD en el momento decisivo en Berlín eran en realidad el producto de una madurez aún insuficiente de esta fuerza colectiva del joven partido de clase en su conjunto.

Nuestra insistencia sobre el carácter colectivo de la lucha proletaria no niega en modo alguno el papel del individuo en la historia. Trotski, en su *Historia de la Revolución Rusa*, escribió que sin Lenin, los bolcheviques en octubre de 1917 habrían comprendido quizás demasiado tarde que había llegado el momento de la insurrección. El partido casi falló “su cita con la historia”. Si el KPD hubiese mandado, la noche del 5 de enero, a Rosa Luxemburg y Leo Jogiches –sus analizadores más claros– en vez de a Karl Liebknecht y Wilhelm Pieck, a la reunión en el cuartel general de Emil Eichhorn, la salida histórica hubiera podido ser diferente.

No negamos la importancia de Lenin o de Rosa Luxemburg en las luchas revolucionarias de aquel entonces. Lo que rechazamos es la idea de que su papel se debería sobre todo a su inteligencia personal. Su importancia se debe sobre todo a su capacidad para ser colectivos, para concentrar

y devolver como un prisma toda la luz irradiada por la clase y el partido en su conjunto. El papel trágico de Rosa Luxemburg en la Revolución Alemana, su influencia limitada en el partido en el momento decisivo se debió a que personificaba la experiencia viva del movimiento internacional en un momento en que el movimiento en Alemania seguía sufriendo de su aislamiento del resto del proletariado mundial.

Queremos insistir en que la historia es un proceso abierto y que la derrota de la primera ola revolucionaria no era una conclusión inevitable. No tenemos la intención de contar la historia de “lo que hubiera podido ser”. No hay vuelta atrás en la historia, sino marcha hacia adelante. Con la distancia, el curso seguido por la historia siempre parece “inevitable”. Pero ahí olvidamos que la determinación –o su ausencia– del proletariado, su capacidad para sacar conclusiones –o la ausencia de esta capacidad– forman parte de la ecuación. Dicho de otra forma, lo que se hace “inevitable” también depende de nosotros. Nuestros esfuerzos activos hacia un objetivo consciente son un componente activo de la ecuación de la historia.

En el próximo y último capítulo, examinaremos las inmensas consecuencias de la derrota de la Revolución Alemana y la validez de estos acontecimientos para hoy y mañana.

R. Steinklopper

V - EL TERROR DIRIGIDO POR LA SOCIALDEMOCRACIA CONTRA LA CLASE OBRERA PREPARÓ EL TERRENO AL FASCISMO

La derrota de la revolución proletaria en Alemania fue el giro decisivo del siglo xx, pues su consecuencia fue la derrota de la revolución mundial. En Alemania, la instauración del régimen nacionalsocialista que se construyó sobre el aplastamiento del proletariado revolucionario abrió el camino a ese país a marchas forzadas hacia la Segunda Guerra Mundial. La barbarie específica del régimen nacionalsocialista iba pronto a servir de coartada a las campañas antifascistas destinadas, por su parte, a alistar en la guerra al proletariado del campo imperialista “democrático”. Según la ideología antifascista, el capitalismo democrático sería un “mal menor” que podría en cierto modo proteger a la población contra lo peor que existe en la sociedad burguesa. Semejante patraña, que sigue hoy siendo dañina en la conciencia de la clase obrera, queda totalmente desmentida por las luchas revolucionarias en Alemania derrotadas por la socialdemocracia la cual desencadenó para ello un terror anticipador del terror fascista. Esa es una de las razones por las que la clase dominante prefiere ocultar aquellos acontecimientos con un tupido velo de silencio.

El orden reina en Berlín

La noche del 15 de enero de 1919, cinco miembros del comité armado de vigilancia burgués del barrio acomodado de Wilmersdorf en Berlín, formado entre otros por dos hombres de negocios y un destilador, entraron en el piso de la familia Marcusson, en el que encontraron a tres miembros del comité central del joven Partido Comunista de Alemania (KPD): Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Wilhelm Pieck. Los manuales “oficiales” de historia siguen contando todavía hoy que los dirigentes del KPD fueron “detenidos”. En realidad, a Liebknecht, Luxemburg y Pieck los raptaron. Para los miembros de la “milicia ciudadana” sus prisioneros eran unos criminales, pero no por eso los entregaron a la policía. Los llevaron a un lujoso hotel, el Edén, en donde esa misma mañana se acababa de instalar la *Garde-Kavallerie-Schützen-Division* (“División de Fusileros de Caballería de la Guardia”, GKSD), estableciendo allí su nuevo cuartel general.

La GKSD había sido una unidad de élite de los ejércitos imperiales (en su origen, era la Guardia de Corps del propio emperador). Igual que los SS, sus herederos durante la Segunda Guerra Mundial, esa división enviaba al frente unidades de choque y disponía además de su propio sistema de seguridad y espionaje. En cuanto llegó la noticia de la revolución al frente occidental, la GKSD regresó a retaguardia para dirigir la contrarrevolución; llegó a la región de Berlín el 30 de noviembre. Allí llevó a cabo el ataque llamado de “vísperas de Navidad” contra los marinos revolucionarios en el palacio imperial, empleando, en plena urbe, artillería, gases y granadas.⁸⁸

En sus memorias, el comandante en jefe de la GKSD, Waldemar Pabst, cuenta que uno de sus oficiales, un aristócrata católico, tras haber escuchado un discurso de Rosa Luxemburg, había declarado entonces que era una “santa” y le pidió que permitiera a Rosa Luxemburg dirigirse a su unidad. Pabst escribe: “Tomé conciencia del peligro que representaba la señora Luxemburg. Era más peligrosa que nadie, incluso que los que estaban armados”.⁸⁹

A su llegada con su botín al “paraíso” del hotel Edén, los cinco intrépidos defensores de la ley y el orden de Wilmersdorf fueron generosamente recompensados por sus servicios. La GKSD era uno de los tres organismos de la capital que ofrecía una recompensa financiera considerable por la captura de Liebknecht y de Luxemburg.⁹⁰

Pabst nos da una breve reseña del interrogatorio de Rosa Luxemburg aquella noche. “¿Es usted la señora Rosa Luxemburg?”, le preguntó. “Decídale usted, por favor”, contestó ella. “Por las fotos, así debe ser.” “Si usted lo dice.” Luego, cogió una aguja y se puso a coser un desgarrón del vestido que le hicieron durante la detención. Después se puso a leer uno de sus libros preferidos, *Fausto* de Goethe, e ignoró la presencia del interrogador.

⁸⁸ Este ataque fue desbaratado por la movilización espontánea de los obreros. Véase el capítulo anterior.

⁸⁹ Citado por Klaus Gietinger: *Eine Leiche im Landwehrkanal. Die Ermordung Rosa Luxemburg (Un cadáver en el canal Landwehr. El asesinato de Rosa Luxemburg)*, Hamburgo, Edition Nautilus, 2008, p. 17. Gietinger, sociólogo, escritor y cineasta, ha dedicado gran parte de su vida a investigar las circunstancias del asesinato de Luxemburg y Liebknecht. Su último libro, *Waldemar Pabst: der Konterrevolutionär*, se beneficia del punto de vista de documentos históricos obtenidos en Moscú y en Berlín-Este que completan las pruebas de la implicación del SPD.

⁹⁰ Los otros eran el “Regimiento Reichstag” monárquico y la organización de espionaje del SPD bajo el mando de Anton Fischer.

En cuanto se supo la noticia de la captura de los espartaquistas, se difundió entre los ocupantes del elegante hotel un ambiente de pogromo. Sin embargo, Pabst tenía sus propios planes. Mandó que acudieran tenientes y oficiales de marina, hombres de honor muy respetados; unos hombres cuyo “honor” había quedado muy agraviado, puesto que sus propios subordinados, los marineros de la flota imperial, habían desertado, integrándose a la revolución. Esos “caballeros” prestaron juramento de guardar silencio para el resto de sus días sobre lo que iba a ocurrir a continuación.

Querían evitar un juicio, una “ejecución según la ley marcial” u otro procedimiento cualquiera que hiciera aparecer a las víctimas como héroes o mártires. Los espartaquistas debían morir de muerte vergonzante. Se pusieron de acuerdo para pretender que a Liebknecht lo trasladaban a la cárcel, fingir una avería en el coche en el parque del centro ciudad, el Tiergarten, y abatirlo “porque había huido”. Puesto que esa “solución” iba a resultar muy poco creíble en el caso de Rosa Luxemburg, cuya lesión física en la cadera que la hacía cojear era conocida por todos, se decidió que debía aparecer como víctima de un linchamiento por la muchedumbre. Del papel de “muchedumbre” se encargó al teniente de marina Herman Souchon, cuyo padre, el almirante Souchon, tuvo que soportar, en noviembre de 1918, como gobernador de Kiel, la afrenta de tener que negociar con los obreros y los marineros revolucionarios. Tenía que esperar fuera del hotel, lanzarse contra el coche que llevaba a Rosa Luxemburg y dispararle en la cabeza.

Pero durante la ejecución de ese plan surgió algo imprevisto: un soldado apellidado Runge que se había entendido con su capitán, un tal Petri, para permanecer en su puesto después de su servicio a las 11 de la noche. Ellos dos querían cobrar la recompensa por la eliminación de los revolucionarios. En el momento en que llevaban a Liebknecht a un coche aparcado delante del hotel, Runge le asestó un culatazo en la cabeza. Esto iba a descalificar la fábula de que a Liebknecht lo habían matado por la “ley deugas”. En medio del desconcierto provocado por tal acción a nadie se le ocurrió mandar a Runge que se alejara del lugar. Y cuando sacaban a Rosa Luxemburg del hotel, el tal Runge, de uniforme, la derribó de la misma manera, dejándola inconsciente. Ya en el suelo, le atizó otro culatazo. La metieron en el coche ya medio muerta y otro soldado, Von Rzewuski, le dio otro golpe. Sólo entonces acudió Souchon corriendo para ejecutarla. Lo ocurrido después es conocido por todos. A Liebknecht lo mataron

en el Tiergarten. El cadáver de Rosa Luxemburg lo tiraron en el cercano canal Landwehr.⁹¹ Al día siguiente los asesinos se hicieron fotografiar en una fiesta para celebrarlo.

Tras haber expresado lo “afectado” que estaba por semejantes “atrocidades” y haberlas condenado, el gobierno socialdemócrata prometió “una encuesta de lo más rigurosa” de la que encargó... a ¡la GKSD! El responsable de la encuesta, Jorns, era un tipo que ya se había ganado una buena fama por ocultación de un genocidio colonial perpetrado por el ejército alemán en el África Suroriental Alemana antes de la guerra. Instaló su despacho en el hotel Edén. Sus ayudantes en las pesquisas eran Pabst y uno de los acusados por el asesinato, Von Pflugk-Hartnung. Sin embargo, un artículo aparecido el 12 de febrero en el *Rote Fahne*, el diario del KPD, acabó dando al traste con el proyecto de dar largas al asunto para después acabar por enterrarlo. Ese artículo, que daba cumplida cuenta de lo que acabó estableciéndose como verdad histórica sobre esos asesinatos, desencadenó un clamor de indignación.⁹²

El juicio empezó el 8 de mayo de 1919. Se puso el tribunal bajo la protección de la GKSD. El juez designado era otro representante de la flota imperial, Wilhelm Canaris, un amigo de Pabst y de Von Pflugk-Hartnung. Llegaría a ser varios años más tarde comandante en jefe de los servicios de espionaje de la Alemania nazi. Una vez más, todo se desarrolló según un plan preestablecido. Pero hubo algo imprevisto: algunos miembros del personal del hotel Edén, a pesar del miedo a perder su empleo y acabar en las listas de personas que debían asesinar las brigadas militares de matones, dieron cabal testimonio de lo que habían visto. La limpiadora Anna Belger contó que había oído hablar a los oficiales de la “acogida” que le estaban preparando a Liebknecht en el Tiergarten. Los camareros Mistelski y Krupp, de 17 años ambos, identificaron a Runge y revelaron sus relaciones con Petri. A pesar de todo, el tribunal aceptó sin el menor empacho la versión de que a Liebknecht lo mataron a tiros porque “se había dado a la fuga”, y absolvieron a los oficiales que habían disparado. En el caso de Rosa Luxemburg, se estipuló que dos soldados habían intentado matarla,

⁹¹ Wilhelm Pieck fue el único en salvar la vida. No se sabe todavía hoy si logró huir él solo o si le dejaron marchar tras haber traicionado a sus camaradas. Pieck llegaría a ser, tras la Segunda Guerra Mundial, presidente de la República Democrática Alemana (RDA).

⁹² Al autor del artículo, Leo Jogiches, lo mataron un mes más tarde también “porque se dio a la fuga”... ¡en la celda de la cárcel en que estaba preso!

pero que se desconocía al asesino. Tampoco se conocían las causas de su muerte, puesto que no se había encontrado su cadáver.

El 31 de mayo de 1919, unos obreros encontraron el cadáver de Rosa Luxemburg en la esclusa del canal. En cuanto se supo que a “ella” la habían encontrado, el ministro de Defensa del SPD, Gustav Noske, ordenó el más absoluto silencio sobre ese tema. Habría que esperar tres días para que se publicara un anuncio oficial diciendo que una patrulla militar, y no unos obreros, había encontrado los restos de Rosa Luxemburg.

En contra de todas las normas, Noske entregó el cadáver a sus amigos militares, o sea a las manos de los propios asesinos. Las autoridades responsables no pudieron ocultar que, en realidad, Noske había robado el cadáver. Es evidente que los socialdemócratas estaban tan aterrorizados por Rosa Luxemburg que hasta su cadáver les daba miedo. El silencio que habían jurado en el hotel Edén lo mantuvieron durante décadas. Pero acabó siendo el propio Pabst quien lo rompiera. No podía soportar por más tiempo que no se le atribuyeran públicamente los méritos de su hazaña. Después de la Segunda Guerra Mundial se puso a hacer alusiones en entrevistas a la prensa (*Spiegel*, *Stern*) y a ser más explícito en las discusiones con historiadores y en sus memorias. En la República Federal de Alemania (la Alemania del Oeste), “el anticomunismo” del período de posguerra ofrecía las circunstancias favorables para que Pabst hiciera alarde de sus proezas: contó que había llamado por teléfono al ministro de Defensa, el socialdemócrata Noske, en la noche del 15 de enero de 1919, para consultarlo sobre el procedimiento a seguir con sus ilustres presos. Se pusieron de acuerdo sobre la necesidad de “poner fin a la guerra civil”. Y sobre cómo hacerlo, Noske declaró: “La decisión la debe tomar vuestro general,⁹³ pues son vuestros prisioneros”. En una carta al doctor Franz, fechada en 1969, Pabst escribe: “Noske y yo estábamos plenamente de acuerdo. Naturalmente, no podía ser Noske quien diera la orden”.

Y en otra carta escribe:

[...] esos idiotas de alemanes deberían postrarse de hinojos y darme las gracias a mí y a Noske también; ¡calles debería haber con nuestros nombres!⁹⁴ Noske fue ejemplar en aquel entonces y el Partido (salvo su ala

⁹³ El general Von Lüttwitz.

⁹⁴ Con ocasión del 90 aniversario de aquellas atrocidades, el Partido Liberal de Alemania (FPD) ha propuesto que se levante un monumento en honor a Noske en Berlín. Pofalla, secretario general de la CDU, el partido de la canciller Angela Merkel, ha descripto

izquierda semicomunista) sin reproche. Es evidente que yo nunca habría podido decidir esa acción sin el acuerdo de Noske (ni de Ebert tras él) y que debía proteger a mis oficiales.⁹⁵

El sistema del asesinato político

La situación de Alemania de 1918 a 1920, en donde se replicó a una tentativa de revolución proletaria con una matanza espantosa que costó la vida a unos 20.000 proletarios, no fue, evidentemente, la primera de la historia. En París, cuando la revolución de julio de 1848, y durante la Comuna de 1871 habían ocurrido hechos similares. Y mientras que durante la Revolución de Octubre en 1917 en Rusia casi no se derramó sangre, la guerra civil que el capital internacional desató para replicar a esa revolución costó millones de vidas. Lo que era nuevo en Alemania fue el uso del sistema del asesinato político, no sólo al final de un proceso revolucionario, sino desde el principio mismo.⁹⁶

Sobre este asunto, después de haber citado a Klaus Gietinger, vamos a referirnos ahora a otro testigo, Emil Julius Gumbel, quien publicó, en 1924, un libro famoso titulado *Vier Jahre politischer Mord (Cuatro años de asesinatos políticos)*.⁹⁷ Ni Gumbel ni Klaus Gietinger eran comunistas revolucionarios. Gumbel era un defensor de la república burguesa de Weimar. Pero era, ante todo, alguien en busca de la verdad y dispuesto a arriesgar su vida por ello.

Para Gumbel, la evolución en Alemania se caracterizó por la transición “del asesinato artesano” a lo que él llamó “un método más industrial”.⁹⁸ Este método se basaba en listas de gente a la que asesinar, establecidas por organismos secretos, asesinatos perpetrados sistemáticamente por

los manejos de Noske como “una defensa valiente de la república” (citado en el diario berlinés *Tagesspiegel*, 11 de enero de 2009).

⁹⁵ Klaus Gietinger, ob. cit. Véase el capítulo “74 Jahre danach” (“74 años más tarde”).

⁹⁶ La importancia de ese hecho en Alemania la pone de relieve el escritor Peter Weiss, un artista alemán de origen judío que huyó a Suecia de la persecución nazi. Su monumental novela *Die Ästhetik des Widerstands (La estética de la resistencia)* cuenta la historia del ministro sueco del Interior que, durante el verano de 1917, envió a un emisario a Petrogrado, para pedir –en vano– a Kerensky, primer ministro del gobierno ruso pro-Entente (Francia e Inglaterra), que mandara asesinar a Lenin. Kerensky se negó considerando que Lenin no representaba un verdadero peligro.

⁹⁷ E. J. Gumbel, *Vier Jahre politischer Mord* (Berlín, Malik-Verlag; reeditado en 1980 por Wuderhorn, Heidelberg)

⁹⁸ Ni que decir tiene que todo esto hace pensar en Auschwitz.

escuadrones de la muerte formados por oficiales y soldados. Esos escuadrones no sólo coexistían sin problemas con los organismos oficiales del Estado democrático; en realidad, colaboraban activamente con él. Los medios de comunicación tenían un papel clave en esa estrategia; preparaban de antemano y justificaban los asesinatos y, después, despojaban a los muertos de todo lo que podía quedarles, su honra.

Comparando el terrorismo, sobre todo individual, del ala izquierda antes de la guerra⁹⁹ con el nuevo terror derechista, Gumbel escribió:

La increíble clemencia de los tribunales para con los autores es de sobras conocida. Se distinguen así los asesinatos políticos actuales en Alemania de los del pasado, comunes a otros países, en dos aspectos: porque son masivos y por el grado de impunidad que tienen. Antes, el asesinato político requería al fin y al cabo una indudable capacidad de decisión. No se les puede negar cierto heroísmo. El autor arriesgaba su vida. Era muy difícil huir. Hoy los culpables no arriesgan nada. Hay organismos poderosos con representantes en todo el país que les ofrecen refugio, protección y apoyo material. Hay funcionarios “comprensivos”, jefes de policía, que obtienen los papeles necesarios para irse al extranjero si hace falta... Alojando a uno en los mejores hoteles en los que puede darse la buena vida. En una palabra, el asesinato político ha pasado de ser un acto heroico a ser prácticamente una fuente de ingresos fácil.¹⁰⁰

Lo que era válido para el asesinato de personas lo fue también para un golpe derechista, utilizado para *matar a gran escala*; lo que Gumbel llama “asesinato semiorganizado”:

Si el golpe tiene éxito, mejor. Si fracasa, los tribunales lo harán todo porque no les ocurra nada a los criminales. Y así se hizo. Ningún asesinato de la derecha ha sido nunca castigado de verdad. Incluso los asesinos que han confesado sus crímenes han sido liberados gracias a la amnistía de Kapp.

En Alemania se formaron cantidad de organizaciones contrarrevolucionarias como respuesta a la revolución proletaria.¹⁰¹ Y cuando fueron prohibidas

⁹⁹ Por ejemplo, el terrorismo de los anarquistas en Europa occidental o de los Narodniki rusos y los socialistas-revolucionarios.

¹⁰⁰ E. J. Gumbel, *ibidem*.

¹⁰¹ Gumbel establece una lista en su libro. Queremos reproducirla aquí (sin intentar traducir sus nombres) para dar una idea de la importancia del fenómeno: *Verband nationalgermanischer Soldaten, Bund der Aufrechten, Deutschvölkische Schutz- und Trutzbund, Stahlhelm, Organisation “C”, Freikorps and Reichsfahne Oberland, Bund der Getreuen, Kleinkaliberschützen, Deutschnationaler Jugendverband, Notwehrverband, Jungsturm, Nationalverband Deutscher Offiziere, Orgesch, Rossbach, Bund der Kaisertreuen, Reichsbund Schwarz-Weiß-Rot, Deutschsoziale Partei, Deutscher Orden, Eos, Verein*

y se abolió la ley marcial y el sistema de tribunales extraordinarios, todo eso se mantuvo en Baviera, haciendo de Munich el “nido” de la extrema derecha alemana y de los exiliados rusos. Lo que se presentó como una “especialidad bávara” era, en realidad, una división del trabajo. Los líderes principales de esa “rebelión bávara” eran Ludendorff y sus secuaces de los antiguos cuarteles generales de los ejércitos, que de bávaros no tenían nada.¹⁰²

La socialdemocracia, los militares y el sistema de terror

Como recordábamos en la segunda parte de esta serie, la *Dolchstosslegende*, “la leyenda de la puñalada a traición”, la inventó en septiembre de 1918 el general Ludendorff. En cuanto se dio cuenta de que la guerra estaba perdida, llamó a que se formara un gobierno civil encargado de pedir la paz. Su idea era que la culpa cayera en los civiles, salvando así la reputación de las fuerzas armadas. La revolución no había estallado todavía. Tras su estallido, la *Dolchstosslegende* cobró mayor importancia todavía. La propaganda de que, a unas gloriosas fuerzas armadas, nunca vencidas en los campos de batalla, la revolución les había robado la victoria en los últimos instantes, debía servir para engendrar en la sociedad, y entre los soldados en especial, un odio implacable contra la revolución.

Al principio, cuando los socialdemócratas se encontraron con que se les ofrecía un lugar en ese gobierno civil del “deshonor”, el inteligente Scheidemann, de la dirección del SPD, se dio cuenta de la trampa y rehusó la oferta.¹⁰³ Su opinión fue inmediatamente puesta en entredicho

ehemaliger Baltikumer, Turnverein Theodor Körner, Allgemeiner deutschvölkischer Turnvereine, Heimatssucher, Alte Kameraden, Unverzagt, Deutscher Eiche, Jungdeutscher Orden, Hermansorden, Nationalverband deutscher Soldaten, Militärorganisation der Deutschsozialen und Nationalsozialisten, Olympia (Bund für Leibesübungen), Bund für Freiheit und Ordnung, Jungdeutschlandbund, Jung-Bismarckbund, Frontbund, Deutscher Waffenring (Studentenkörps), Andreas-Hofer-Bund, Orka, Orzents, Heimatbund der Königstreuen, Knappenschaft, Hochschulring deutscher Art, Deutschvölkische Jugend, Alldeutscher Verband, Christliche Pfadfinder, Deutschnationaler Beamtenbund, Bund der Niederdeutschen, Teja-Bund, Deutschbund, Hermannsbund, Adler und Falke, Deutschland-Bund, Junglehrer-Bund, Jugendwanderriegen-Verband, Wandervögel völkischer Art, Reichsbund ehemaliger Kadetten.

¹⁰² Fue el general Ludendorff, que había sido prácticamente el dictador de Alemania durante la Primera Guerra Mundial, el que organizó el fallido golpe llamado “*Putsch* de la Cervecería” en 1923 junto con Adolf Hitler.

¹⁰³ El propio Scheidemann se convertiría en blanco de un fallido intento de asesinato por parte de la extrema derecha, que le reprochaba haber aceptado el tratado de Versalles

por Ebert, quien defendió la necesidad de poner el bien de la patria “por encima de la política del partido”.¹⁰⁴

Cuando el 10 de diciembre de 1918, el gobierno SPD y el alto mando militar hicieron desfilar, por las calles de Berlín, en masa, a las tropas llegadas del frente, su intención era utilizarlas para aplastar la revolución. Con esta idea, Ebert se dirigió a las tropas en la Puerta de Brandeburgo, saludando a un ejército “nunca derrotado en los campos de batalla”. Fue entonces cuando Ebert hizo de la *Dolchstosslegende* una doctrina oficial del SPD y de su gobierno.¹⁰⁵

Evidentemente, la propaganda de “la puñalada por la espalda” no acusaba explícitamente a la clase obrera de haber sido responsable de la derrota de Alemania. Eso no habría sido muy inteligente en un momento en que la guerra civil estaba iniciándose, o sea, cuando para la burguesía era necesario borrar las divisiones de clase. Había que encontrar a unas minorías que aparecieran como manipuladoras y embaucadoras de las masas y a las que poder señalar como las verdaderas culpables.

Entre esos culpables estaban “los rusos” y su agente, el bolchevismo alemán, representante de una forma salvaje, “asiática”, de socialismo, el socialismo del hambre, un virus que amenazaba a la “civilización europea”. Con palabras diferentes, esos temas estaban en continuidad directa con los de la propaganda antirrusa de los años de guerra. El SPD fue el agente principal y el más rastrero en la propagación de ese veneno. En esto los militares estaban más indecisos, pues algunos de sus representantes más audaces apostaban por la idea de lo que ellos llamaban el “nacional-bolchevismo” (la idea de una alianza militar entre el militarismo prusiano y la Rusia proletaria contra las “potencias de Versalles” podría ser también un buen medio para destruir moralmente la revolución tanto en Alemania como en Rusia).

¿El otro culpable?: los judíos. Ludendorff ya pensaba en ellos desde el principio de la manipulación. A primera vista, el SPD pareció no haber seguido esa orientación. En realidad, lo que hacía su propaganda era recoger las ignominias pregonadas por los oficiales, sustituyendo la

impuesto por las potencias occidentales de la Entente.

¹⁰⁴ Algo muy conocido es la admiración del que fue canciller (durante los años 1970-1980) del SPD de Alemania occidental (RFA), Helmut Schmidt, por “el gran hombre de Estado” Ebert.

¹⁰⁵ “Contaminada”, sin embargo, por el ambiente revolucionario reinante en la capital, la mayoría de los soldados confraternizaron con la población y se dispersaron.

palabra “judío” por “extranjero”, “individuos sin raíces nacionales” o por “intelectuales”, términos que en aquel contexto venían a significar lo mismo. Ese odio antiintelectual hacia las “ratas de biblioteca” es un aspecto muy conocido del antisemitismo. Dos días antes del asesinato de Luxemburg y Liebknecht, el *Vorwärts*, diario del SPD, publicó un “poema” –en realidad un llamamiento al pogromo– titulado “La Morgue”, un poema que lamentaba que sólo hubiera proletarios entre los muertos, mientras que gente “del estilo” de “Karl, Rosa, Radek” se habían librado.

La socialdemocracia sabotó las luchas desde dentro. Organizó el armamento de la contrarrevolución y sus campañas militares contra el proletariado. Al haber aplastado la revolución, creó las condiciones de la victoria posterior del nacionalsocialismo, abriéndole involuntariamente el camino. El SPD fue más allá en el deber que se impuso de defender el capitalismo. En su ayuda para la creación de los ejércitos mercenarios no oficiales, los Cuerpos Francos, con su protección de las organizaciones criminales de oficiales, con su propagación de las ideologías de la reacción y del odio que iban a ser predominantes en la vida política alemana durante el cuarto de siglo siguiente, el SPD participó activamente en el cultivo del terreno que permitió que en él se arraigara el régimen de Hitler.

“Odio a la revolución como al pecado”, declaró con fervorosa compunción Ebert. Su odio no lo causaban los patrones que temían perder sus propiedades o los militares, todos aquellos para quienes el orden existente parecía ser algo tan natural que había que combatir todo lo que apareciera como diferente. Los “pecados” que la socialdemocracia odiaba eran su propio pasado, su compromiso en el movimiento obrero junto con los revolucionarios convencidos y los proletarios internacionalistas, por muy cierto que fuera que muchos miembros de la socialdemocracia nunca habían compartido esas convicciones; es el odio del renegado hacia la causa traicionada. Los jefes del SPD y de los sindicatos creían que el movimiento obrero les pertenecía. Cuando se aliaron con la burguesía imperialista en el momento del estallido de la guerra, pensaban que se había acabado el socialismo, ese capítulo imaginario que ahora estaban decididos a cerrar. Cuando sólo cuatro años más tarde la revolución levantó la cabeza, fue para ellos como un pavoroso fantasma que volvía del pasado. Su odio a la revolución también les venía del miedo que les daba. Proyectaban sus propias turbaciones en sus enemigos,

temían ser linchados por los espartaquistas, el mismo miedo que compartían los oficiales de los escuadrones de la muerte.¹⁰⁶

Ebert estuvo a punto de huir de la capital entre Navidad y Año Nuevo de 1918. Todo se cristalizó en el blanco principal de su odio: Rosa Luxemburg. El SPD se había vuelto un concentrado de todo lo reaccionario del capitalismo en putrefacción. De modo que la existencia misma de Rosa Luxemburg era para el SPD una provocación: su lealtad a los principios, su valentía, su brillantez intelectual, el ser extranjera, de origen judío, y ser mujer. La llamaron “Rosa la roja”, sedienta de sangre y de revancha, una mujer armada con un fusil.

Cuando se estudia la revolución en Alemania, no hay que olvidar uno de los fenómenos más llamativos: el grado inmundo de servilismo de la socialdemocracia hacia los militares, algo que incluso a la casta de oficiales prusianos les parecía repugnante y ridículo. Durante todo el período de colaboración entre el cuerpo de oficiales y el SPD, aquél no dejará nunca de proclamar en público que mandaría a éste a “los infiernos” en cuanto dejara de servirle. Pero nada de eso sirvió para frenar el servilismo del SPD. Ese servilismo no era, evidentemente, nada nuevo. Ya había caracterizado la actitud de los sindicatos y de los políticos reformistas bastante antes de 1914.¹⁰⁷ Pero ahora venía a reforzar la convicción de que sólo los militares podrían salvar al capitalismo y, por lo tanto, al propio SPD.

En marzo de 1920, se alzaron contra el gobierno del SPD unos oficiales de derechas (el golpe militar *-putsch-* de Kapp). Entre los golpistas están todos los colaboradores de Ebert y Noske en el doble asesinato del 15 de enero de 1919: Pabst y su general Von Lüttwitz, el GKSD, los tenientes de marina antes mencionados. Kapp y Lüttwitz prometieron a sus tropas una buena recompensa financiera por el derrocamiento de Ebert. El golpe no lo hizo fracasar el gobierno (que huyó a Stuttgart), ni el mando militar oficial que se declaró “neutral”, sino el proletariado. Las tres partes en conflicto de la clase dominante –el SPD, los “kappistas” y el alto mando militar (tras abandonar su “neutralidad”)– se unieron para vencer a los

¹⁰⁶ Tras el asesinato de Karl y de Rosa, los miembros del GKSD decían que tenían miedo a ser linchados si se los metía en la cárcel.

¹⁰⁷ Durante las huelgas de masas en Berlín de enero de 1918, Scheidemann del SPD participó en una delegación de obreros enviada a negociar a la sede del gobierno. Al ser totalmente ignorados, los obreros decidieron irse. Scheidemann fue a implorar ante los responsables que recibieran a la delegación. Su rostro se “iluminó de gozo” cuando uno de ellos le hizo vagas promesas, pero la delegación no fue recibida. (Referido por Richard Müller, ob. cit.)

obreros. ¡A buen fin no hay mal principio!, excepto una cosa: ¿qué fue de los “pobres” amotinados que esperaban su recompensa por haber intentado echar a Ebert? ¡Ningún problema! ¡El propio gobierno de Ebert, de vuelta al trabajo... les pagó la recompensa!

Buen ejemplo contra el argumento (planteado por Trotski, entre otros, antes de 1933) según el cual la socialdemocracia, aun estando integrada en el capitalismo, podría sin embargo alzarse contra las autoridades e impedir el ascenso del fascismo, aunque sólo fuera para salvar su pellejo.

La dictadura del capital y la socialdemocracia

En realidad, los militares estaban más en contra del conjunto del sistema de los partidos políticos existente y no especialmente contra la socialdemocracia y los sindicatos.¹⁰⁸ Ya antes de la guerra, Alemania no estaba gobernada por los partidos políticos, sino por la casta militar, sistema que era símbolo de la monarquía. La burguesía industrial y financiera cada vez más poderosa se integró poco a poco en ese sistema, pero no en estructuras oficiales, sino, sobre todo, en la *Alldeutscher Verein* (“Asociación Panalemana”) que, de hecho, dirigió el país antes y durante la Primera Guerra Mundial.¹⁰⁹

En cambio, en la Alemania imperial, el Parlamento (el *Reichstag*) casi no tenía poder. Los partidos políticos casi ni tenían experiencia gubernamental verdadera. Eran más bien grupos de influencia de diferentes fracciones económicas o regionales.

Lo que en su origen era el producto del atraso político de Alemania aparecería, cuando estalló la guerra, como una gran ventaja. Para encarar la guerra y enfrentar la revolución que siguió, un control dictatorial del Estado sobre la sociedad entera era una necesidad imperiosa. En las viejas “democracias” occidentales, sobre todo en los países anglosajones con su sofisticado sistema bipartito, el capitalismo de Estado fue evolucionando mediante la fusión gradual de los partidos políticos y de las diferentes fracciones económicas de la burguesía con el Estado. Esta forma de capitalismo de Estado, al menos en Gran Bretaña y en Estados Unidos, se reveló muy eficaz. Pero le llevó un tiempo relativamente largo para acabar de imponerse.

¹⁰⁸ En el fondo, los militares apreciaban mucho a Ebert y a Noske en especial. Stinnes, el hombre más rico de Alemania, después de la Primera Guerra Mundial puso a su yate Legien, nombre del jefe socialdemócrata de la federación sindical.

¹⁰⁹ Según Gumbel, fue también la principal organizadora del golpe de Kapp.



Manifestación con el eslogan “Todo el poder a los Consejos de Obreros y Soldados”



Ejército Rojo en Rheinland-Westfalia después del *putsch* de Kapp

En Alemania, la estructura de la intervención de un Estado dictatorial ya existía. Uno de los “secretos” principales de la capacidad de Alemania para aguantar durante cuatro años de guerra contra casi todas las antiguas y principales potencias del mundo –que además disponían de los recursos de sus imperios coloniales– era la eficacia de ese sistema. Por eso lo único que hicieron los aliados occidentales cuando pidieron que al final de la guerra se liquidara el “militarismo prusiano” era puro teatro para distraer al auditorio.

Como ya vimos en esta serie de artículos, no sólo los militares sino el propio Ebert querían salvaguardar la monarquía al final de la guerra y mantener un *Reichstag* parecido al existente antes de 1914. En otras palabras, querían mantener las estructuras capitalistas de Estado que tan bien les habían servido durante la guerra. Tuvieron que abandonar ese proyecto ante el peligro de la revolución. Todo el arsenal y el espectáculo de la democracia política de los partidos eran necesarios para extraviar a los obreros.

Eso fue lo que produjo el surgimiento de la república de Weimar: un montón de partidos sin experiencia alguna e ineficaces, totalmente incapaces de cooperar e integrarse de manera disciplinada en el régimen capitalista de Estado. ¡No es de extrañar que los militares quisieran quitárselos de en medio! El único partido político burgués existente en Alemania era el SPD.

Y si la revolución hizo imposible el mantenimiento del régimen de guerra capitalista de Estado,¹¹⁰ también hizo imposible la realización del plan de Gran Bretaña y sobre todo de Estados Unidos, de liquidar la base social militar de ese régimen. Las “democracias” occidentales tuvieron que dejar intacto el núcleo de la casta militar y de su poder, para que pudiera aplastar al proletariado. Pero esto acarreó otras consecuencias. Cuando en 1933, los dirigentes tradicionales de Alemania, las fuerzas armadas y la gran industria, abandonaron el régimen de Weimar, volvieron a encontrar su superioridad organizativa respecto a sus rivales imperialistas occidentales en la preparación de la Segunda Guerra Mundial. En cuanto a su composición, la diferencia principal entre el sistema antiguo y el nuevo era que al SPD lo sustituyó el NSDAP, o sea el partido nazi. El SPD había tenido tanto éxito en su victoria sobre el proletariado que sus servicios habían dejado de ser necesarios.

¹¹⁰ O “socialista de Estado” como lo llamaba con entusiasmo Walther Rathenau, presidente del gigantesco complejo eléctrico AEG.

Rusia y Alemania: polos dialécticos de la revolución mundial

En octubre de 1917,¹¹¹ Lenin llamó a los sóviets y al Partido a la insurrección en Rusia. En una resolución para el Comité Central del Partido Bolchevique, “redactada con prisas por Lenin, escrita a lápiz en una hoja de papel escolar cuadrículado”,¹¹² escribió:

El Comité Central reconoce que tanto la situación internacional de la Revolución Rusa (sublevación de la flota alemana, manifestación extrema del progreso de la revolución socialista mundial en toda Europa, y amenaza de una paz imperialista con el fin de sofocar la revolución en Rusia), como la situación militar (la indudable decisión de la burguesía rusa y de Kerenski y compañía, de entregar Petrogrado a los alemanes), la conquista de la mayoría en los sóviets por el partido proletario, el levantamiento campesino y el giro de la confianza popular hacia nuestro Partido (las elecciones de Moscú) y, finalmente, la evidente preparación de una nueva aventura de Kornilov (alejamiento de las tropas de Petrogrado, concentración cerca de Petrogrado de cosacos, cercamiento de Minsk por los cosacos, etc.), coloca a la orden del día la insurrección armada.

En ese escrito está toda la visión marxista de la revolución mundial de aquel entonces y del papel central de Alemania en ese proceso. Por un lado, la insurrección debe realizarse en Rusia como respuesta al comienzo de la revolución en Alemania, que es la señal para toda Europa. Por otro lado, al ser incapaz de aplastar la revolución en su territorio, la burguesía rusa se propone dejar esa tarea al gobierno alemán, gendarme de la contrarrevolución en el continente europeo (entregando Petrogrado). Lenin se indignó contra aquellos que, en el partido, se oponían a la insurrección, que declaraban su solidaridad con la revolución en Alemania y, sin embargo, llamaban a los obreros rusos a esperar que el proletariado alemán tomara la dirección de la revolución.

Recapitad pues: en unas condiciones penosas, infernales, con Liebknecht únicamente (encerrado en presidio, además), sin periódicos, sin libertad de reunión, sin sóviets, en medio de la hostilidad increíble de todas las clases de la población—hasta el último campesino rico— respecto a la idea del internacionalismo, a pesar de la organización superior de la grande, de la media y de la pequeña burguesía imperialista, los alemanes, quiero decir los revolucionarios internacionalistas alemanes, los obreros con uniforme de marinero, han desencadenado un amotinamiento de la flota, y eso que sólo tenían una posibilidad entre cien. Y nosotros que tenemos decenas de

¹¹¹ Sesión del Comité central del P.O.S.D. (B) R. del 10 (23) octubre de 1917.

¹¹² León Trotski, “Lenin llama a la insurrección”, en *Historia de la Revolución Rusa*, tomo II, Buenos Aires, Galerna, 1972, p. 555.

periódicos, libertad de reunión, que tenemos la mayoría en los sóviets, nosotros que somos los internacionalistas proletarios con las posiciones más sólidas del mundo entero, ¿nos negaríamos a apoyar con nuestra insurrección a los revolucionarios alemanes? Razonaríamos como los Scheidemann y los Renaudel: lo más prudente es no sublevarnos, pues si nos fusilan a todos, el mundo perderá a unos internacionalistas de tan elevado temple, de tan buen sentido, ¡tan perfectos!¹¹³

Como lo escribió en su célebre texto *La crisis está madura* (29 de septiembre de 1917), quienes quisieran retrasar la insurrección en Rusia serían unos “traidores a esta causa, pues con su conducta traicionarían a los obreros revolucionarios alemanes que han empezado a sublevarse en la flota”.

Un debate similar se produjo en el Partido Bolchevique en la primera crisis política ocurrida tras la toma del poder: ¿había o no había que firmar el Tratado de Brest-Litovsk con el imperialismo alemán? A primera vista podría parecer que los campos se habían invertido. Ahora era Lenin quien defendía la prudencia: había que aceptar la humillación de ese tratado. En realidad, hay continuidad. En ambos casos en los que el destino de la Revolución Rusa estaba en juego, fue la revolución en Alemania lo que estuvo en el centro del debate. En ambos casos, Lenin insiste en que todo depende de lo que ocurra en Alemania pero también en que, en este país, la revolución necesitará más tiempo y será mucho más difícil que en Rusia. Por eso la Revolución Rusa tenía que ponerse a la cabeza en octubre de 1917. Por eso, en Brest-Litovsk, el bastión ruso debía prepararse para un compromiso. Tenía la responsabilidad de “aguantar” para poder apoyar la Revolución Alemana y mundial.

Desde su inicio, la revolución en Alemania estaba impregnada de sentido de la responsabilidad respecto a la Revolución Rusa. Incumbía a los proletarios alemanes la tarea de liberar a los obreros rusos de su aislamiento internacional. Así lo escribió Rosa Luxemburg desde la cárcel en sus notas sobre la Revolución Rusa, publicadas póstumas en 1922:

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán.¹¹⁴

¹¹³ Vladimir Illich Lenin, *Carta a los camaradas*, escrita el 17 (30) de octubre de 1917.

¹¹⁴ Rosa Luxemburg, *La Revolución Rusa*, “4. La Asamblea constituyente”, disponible en <http://www.marxists.org/espanol/luxem/index.htm>

El honor de los acontecimientos de Rusia es haber iniciado la revolución mundial

Esto es lo esencial y duradero en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al “bolchevismo”.¹¹⁵

La solidaridad práctica del proletariado alemán con el proletariado ruso es, pues, la conquista revolucionaria del poder, la destrucción del baluarte principal de la contrarrevolución militar y socialdemócrata en la Europa continental. Sólo ese paso podía ampliar la brecha abierta en Rusia y permitir que en ella se precipitara el torrente revolucionario mundial.

En otra contribución desde su celda, “La tragedia rusa”, Rosa Luxemburg mostró los dos peligros mortales que amenazaban a la revolución en Rusia. El primero era la posibilidad de una matanza terrible llevada a cabo por el capitalismo mundial, representado, en ese momento, por el militarismo alemán. El segundo sería el de la degeneración política y la quiebra moral del propio bastión ruso, su integración en el sistema imperialista mundial. En el momento en que escribía ese libro (después de Brest-Litovsk), ella barruntaba el peligro en lo que iba a convertirse en la idea pretendidamente nacional bolchevique en el orden militar alemán. Esa idea consistía en ofrecer a la “Rusia bolchevique” una alianza militar como medio de ayudar al imperialismo alemán a establecer su hegemonía mundial sobre sus rivales europeos, y al mismo tiempo, corromper moralmente a la Revolución Rusa, ante todo mediante la destrucción de su principio básico, el internacionalismo proletario.

En realidad, Rosa Luxemburg sobrestimaba la voluntad de la burguesía alemana en aquel momento para lanzarse a semejante aventura. Pero sí tenía básicamente razón al reconocer el segundo peligro y reconocer que si eso ocurriera sería el resultado inmediato de la derrota de la Revolución Alemana y mundial. Y concluía:

¹¹⁵ *Ibidem.*

Una derrota política cualquiera de los bolcheviques en combate leal contra fuerzas demasiado poderosas y en una situación histórica desfavorable, sería preferible a semejante ruina moral.¹¹⁶

La Revolución Rusa y la Revolución Alemana sólo pueden entenderse unidas. Fueron dos momentos de un solo y único proceso histórico. La revolución mundial empezó en la periferia de Europa. Rusia era el eslabón débil de la cadena del imperialismo, porque la burguesía mundial estaba dividida por la guerra imperialista. Y había que asestar un segundo golpe, en el corazón del sistema, para poder echar abajo el capitalismo mundial. Ese segundo golpe fue en Alemania y empezó con la revolución de noviembre de 1918. Pero la burguesía fue capaz de desviar de su corazón el golpe mortal. Y eso selló el destino de la revolución en Rusia. Lo que pasó no corresponde a la primera sino a la segunda hipótesis de Rosa Luxemburg, la que más la preocupaba. Contra lo que se suponía, la Rusia roja venció a las fuerzas blancas contrarrevolucionarias. Eso fue posible gracias a la combinación de tres factores principales: primero, la dirección política y organizativa del proletariado ruso que había pasado por la escuela del marxismo y de la revolución; segundo, la inmensidad del país que ya había permitido vencer a Napoleón e iba a ser un factor importante en la derrota de Hitler y que, también esta vez, iba a ser una desventaja para los invasores contrarrevolucionarios; tercero: la confianza que los campesinos, amplia mayoría de la población rusa, tenían en la dirección revolucionaria proletaria. Fueron los campesinos quienes proporcionaron la mayoría de las tropas del Ejército Rojo dirigido por Trotski.

Lo que vino después en Rusia fue la degeneración capitalista desde dentro de una revolución aislada: una contrarrevolución en nombre de la revolución. Así pudo la burguesía ocultar el “enigma” de la derrota de la Revolución Rusa. Si pudo hacerlo fue porque ha sido capaz de correr un tupido velo sobre un hecho histórico de la primera importancia: que hubo un levantamiento revolucionario en Alemania. El enigma es que la revolución no fue derrotada en Moscú o San Petersburgo, sino en Berlín y en el Ruhr. La derrota de la revolución en Alemania es la clave para comprender la de la revolución en Rusia. La burguesía ha ocultado esa clave, una especie de tabú histórico que respetan todos los responsables políticos de la clase dominante, porque es mejor no remover un pasado cuya comprensión podría servir a las nuevas generaciones de revolucionarios.

¹¹⁶ Rosa Luxemburg, “Die russische Tragödie” (“La tragedia rusa”), *Spartakusbriefe* n° 11, septiembre de 1918.

La existencia de luchas revolucionarias en Alemania aparece menos evidente que las luchas en Rusia, precisamente porque la burguesía derrotó a la Revolución Alemana en una lucha abierta. En gran medida el ocultar los combates en Alemania no sólo sirve para alimentar la mentira de que el estalinismo sería equivalente al comunismo, sino también la de que la democracia burguesa, la socialdemocracia en particular, sería el antagonista del fascismo.

Lo que queda es un malestar difuso, sobre todo a causa de los asesinatos de Luxemburg y Liebknecht, unos asesinatos que son el símbolo mismo de la victoria de la más brutal contrarrevolución.¹¹⁷ Porque ese crimen sintetiza el de decenas de miles de otros, es un concentrado de la crueldad, de la voluntad de la victoria aplastante de la burguesía para defender su sistema. ¿Y ese crimen no fue acaso cometido bajo la dirección y el amparo de la democracia burguesa? ¿No fue el resultado de la labor conjunta entre la socialdemocracia y la extrema derecha? ¿Y no eran sus víctimas, al contrario que sus verdugos, la esencia misma de lo mejor, de lo más humano, los mejores representantes de lo que podría ser el porvenir para la especie humana? ¿Por qué, ya entonces y hoy también, quienes sentimos una responsabilidad respecto al futuro de la sociedad, nos sentimos tan afectados por esos crímenes, tan cerca de quienes fueron sus víctimas? Esos crímenes de la burguesía que le permitieron salvar el sistema hace noventa años, podrán transformarse en un búmeran.

En su estudio sobre el asesinato político en Alemania, realizado en los años 1920, Emil Gumbel establece un vínculo entre esa práctica y la visión “heroica” de los defensores del orden social actual que ven la historia como el resultado de las acciones individuales: “La derecha tiene tendencia a pensar que puede eliminar a la oposición de izquierda que está animada por la esperanza de un orden económico radicalmente diferente, liquidando a sus dirigentes”.¹¹⁸ La historia es un proceso colectivo, conducido y realizado por millones de personas, y no sólo por la clase dominante que quiere monopolizar las lecciones de ese proceso.

En su estudio sobre la Revolución Alemana, escrito en los años 1970, el historiador “liberal” Sebastian Haffner concluía diciendo que esos

¹¹⁷ Los incorregibles liberales del FDP de Berlín han sugerido que se ponga a una plaza de la ciudad el nombre de Noske, como contábamos antes. El SPD, o sea el partido de Noske, rechazó la propuesta, pero sin dar la menor explicación a un gesto de modestia, digamos, atípica.

¹¹⁸ E. J. Gumbel, ob. cit.

crímenes siguen siendo una herida abierta y seguirán teniendo repercusiones a largo plazo:

Hoy nos damos cuenta horrorizados de que ese episodio fue un acontecimiento históricamente determinante del drama de la Revolución Alemana. Al observar aquellos acontecimientos con la distancia de medio siglo, su impacto histórico ha cobrado esa extrañeza de lo impredecible que tuvo lo acontecido en el Golgotha que, en el momento en que ocurrió, parecía que no había cambiado nada.

Y:

El asesinato del 15 de enero de 1919 fue el principio: el principio de miles de asesinatos bajo Noske en los meses siguientes, hasta los millones de asesinatos en las décadas siguientes bajo Hitler. Fueron la señal de lo que iba a ocurrir después.¹¹⁹

¿Podrán las generaciones actuales y futuras de la clase obrera apropiarse esta realidad histórica? ¿Es posible a largo plazo liquidar las ideas revolucionarias matando a quienes las defienden? Las últimas palabras del último artículo de Rosa Luxemburg antes de que la mataran las escribió en nombre de la revolución: “Fui, soy y seré”.

R. Steinklopfer

¹¹⁹ Sebastian Haffner, ob.cit.

EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO EN ALEMANIA*

* Traducción del alemán: Grupo editor de la *Revista Internacional*.

I - LA FVDG SINDICALISTA-REVOLUCIONARIA DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

En otros textos hemos mostrado cómo se formó a partir de los años 1890 una oposición proletaria en los sindicatos alemanes. Ésta, en un inicio, se opuso a que se limitara la lucha obrera a cuestiones puramente económicas, que era lo que defendían las confederaciones generales sindicales. Luego se levantó contra las ilusiones parlamentarias y la fe creciente en el Estado del SPD. Pero sólo será a partir de 1908, tras la ruptura con el SPD, cuando la Unión Libre de Sindicatos Alemanes, la FVDG,¹²⁰ evolucione abiertamente hacia el sindicalismo-revolucionario. El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 puso a los sindicalistas-revolucionarios de Alemania ante la prueba de fuego: o apoyar la política nacionalista de la clase dominante, o defender el internacionalismo proletario. Junto a Liebknecht y Luxemburg, formaron una corriente –desgraciadamente muy olvidada– que resistió a la histeria guerrera.¹²¹

La prueba de fuego: ¿unión sagrada o internacionalismo?

En unión con la socialdemocracia que vota públicamente los créditos de guerra el 4 de agosto de 1914, las direcciones de las grandes centrales sindicales socialdemócratas también se inclinan ante los planes de guerra de la clase dominante. En la Conferencia de los Comités Directores de los sindicatos socialdemócratas del 2 de agosto de 1914, en el que se decidió suspender cualquier huelga o lucha reivindicativa para no perturbar la movilización guerrera, Rudolf Wissell alcanzó el paroxismo del chovinismo que iba invadiendo los sindicatos socialdemócratas:

Si Alemania sale vencida de la lucha actual, cosa que no deseamos, entonces todas las luchas sindicales cuando acabe la guerra estarán destinadas a fracasar. Si triunfa Alemania, entonces se abrirá una coyuntura ascendente y los recursos de la organización no serán tan necesarios.¹²²

¹²⁰ *Freie Vereinigung deutscher Gewerkschaften* (Unión Libre de Sindicatos Alemanes).

¹²¹ Véanse *Revista Internacional* n° 137 y n° 141, disponibles en: <http://es.internationalism.org/revista-internacional/201005/2862/el-sindicalismo-revolucionario-en-alemania-ii-la-union-libre-de-lo>

¹²² H.J. Bieber, *Gewerkschaften in Krieg und Revolution*, tomo I, Hamburgo, Christians, 1981, p. 88 (la traducción es nuestra).

La lógica criminal de los sindicatos vincula directamente el destino de la clase obrera al desenlace de la guerra: si “su nación” y su clase dominante sacan provecho de ella, entonces sus obreros se benefician porque se podrán esperar concesiones de política interior a su favor. Se han de utilizar, por lo tanto, todos los medios para que triunfe militarmente Alemania.

La incapacidad de los sindicatos socialdemócratas y del SPD para defender una postura internacionalista no es sorprendente. Cuando se supepita la defensa de los intereses de la clase obrera al marco nacional, cuando se enaltece el parlamentarismo burgués como panacea, en lugar de adoptar como orientación política el antagonismo internacional entre clase obrera y capitalismo, entonces se va inevitablemente hacia el campo del capital.

Y efectivamente, la clase dominante no pudo desencadenar la guerra ¡sino con la conversión pública del SPD y sus sindicatos! Éstos no sólo desempeñaron un papel de serviles seguidores, sino que, además, desarrollaron una verdadera política de guerra, de propaganda chovinista y fueron el factor esencial de la imposición de una intensa producción de guerra. El “reformismo socialista” se transformó en “socialimperialismo”, tal como lo formuló Trotski en 1914.

Muchos de los obreros que intentaron nadar contra corriente en los primeros tiempos que siguieron la declaración de guerra en Alemania estaban influidos por el sindicalismo revolucionario. La huelga en el trasatlántico “Vaterland”,¹²³ poco antes de que empezara la guerra en mayo-junio del 1914, es un ejemplo del enfrentamiento entre las fracciones combativas de la clase obrera y los sindicatos centrales socialdemócratas defensores de la Unión Sagrada. El trasatlántico mayor del mundo de aquel entonces era el orgulloso emblema del imperialismo alemán. Parte de la tripulación, con una fuerte presencia de obreros de la Federación Industrial Sindicalista Revolucionaria, se declaró en huelga durante el viaje inaugural Hamburgo-Nueva York. La Federación de Obreros Alemanes de Transportes, socialdemócrata, se opuso agresivamente:

En consecuencia, todos los que han participado en esas asambleas de sindicalistas revolucionarios han cometido un crimen contra los marineros. [...] Rechazamos por principio las huelgas salvajes. [...] Con la gravedad de los tiempos presentes, en los que se trata de unir las fuerzas de todos los trabajadores [¿para preparar la guerra?], los sindicalistas revolucionarios

¹²³ “Patria” en alemán.

cumplen un trabajo de división entre los obreros y encima se atreven a reivindicar la consigna de Marx según la cual la emancipación de los obreros sólo puede ser obra de los mismos obreros.¹²⁴

Los llamamientos a la unidad por parte de los sindicatos socialdemócratas no eran sino pura fraseología para asegurarse el control de los movimientos de la clase obrera para que ésta se inclinara hacia la “unión para la guerra” en agosto del 1914.

No se puede reprochar, ni mucho menos, a la corriente sindicalista revolucionaria en Alemania haber abandonado la lucha de clases durante las semanas que precedieron a la declaración de guerra. Muy al contrario, durante un tiempo breve, constituyeron un centro de concentración de los proletarios luchadores:

Allí acudieron obreros que por primera vez oían las palabras “sindicalismo revolucionario” y querían satisfacer sus deseos revolucionarios de la noche a la mañana.¹²⁵

Todas las organizaciones de la clase obrera, incluso la corriente sindicalista revolucionaria, debían sin embargo enfrentarse a otra tarea. No sólo se debía mantener la lucha de clases, sino que era también indispensable desenmascarar el carácter imperialista de la guerra que se estaba acercando.

¿Cuál fue la actitud de la FVDG sindicalista revolucionaria con respecto a la guerra? El 1º de agosto de 1914, en su órgano principal *Die Einigkeit* (*La Unidad*), tomó claramente posición contra la guerra inminente, no como pacifistas ingenuos sino como tantos otros obreros que buscaban la solidaridad con los de los demás países:

¿Quién desea la guerra? No el pueblo trabajador, sino una camarilla militar de canallas, ávidos de gloria marcial en todos los Estados de Europa. ¡Nosotros, los trabajadores, no queremos la guerra! La odiamos, asesina nuestra cultura, viola la humanidad y aumenta hasta lo monstruoso el número de lisiados de la guerra económica actual. Nosotros, trabajadores, queremos la paz, ¡la paz íntegra! No conocemos a austriacos, serbios, rusos, italianos, franceses, etc. Hermanos de trabajo, ¡así nos llamamos! Tendemos la mano a los trabajadores de todos los países para impedir un crimen horrible que provocará torrentes de lágrimas en los ojos de las madres y de los niños. Los bárbaros y los individuos hostiles

¹²⁴ Folkert Mohrhof, “Der syndikalistische Streik auf dem Ozean-Dampfer ‘Vaterland’ 1914”, Archiv Karl Roche, Hamburgo, 2008 (traducción nuestra).

¹²⁵ *Die Einigkeit*, principal órgano de la FVDG, 27 junio de 1914. Ver artículo de Karl Roche, “Ein Gewerkschaftsführer als Gehilfe des Staatsanwalts” (traducción nuestra).

a cualquier tipo de civilización pueden ver en la guerra una sublime y hasta santa expresión, los hombres con corazón sensible, los socialistas, animados por una concepción del mundo hecha de justicia, de humanidad y de amor por los hombres, ¡desprecian la guerra! Así que, trabajadores, camaradas, ¡levanten la voz en todas partes en protesta contra ese crimen que se prepara contra la humanidad! A los pobres les cuesta sus bienes y su sangre, a los ricos les da riqueza y gloria y honor a los representantes del militarismo. ¡Abajo la guerra!

Las tropas alemanas atacaron Bélgica el 6 de agosto de 1914. Franz Jung, un simpatizante sindicalista-revolucionario de la FVDG que más tarde fue miembro del KAPD, da un retrato de sus sobrecogedoras experiencias en el Berlín de aquel entonces, ebrio de propaganda guerrera:

Una multitud se lanzó contra las pocas docenas de manifestantes por la paz a los que me había sumado. Creo recordar que esa manifestación había sido organizada por los sindicalistas-revolucionarios en torno a Kater y Rocker. Se tendió una pancarta entre dos palos, una bandera roja desplegada y la manifestación contra la guerra empezó a ordenarse. No pudimos ir muy lejos.¹²⁶

Dejemos expresarse a otra revolucionaria de aquel entonces, la anarquista internacionalista Emma Goldman:

En Alemania, Gustav Landauer, Erich Mühsam, Fritz Oerter, Fritz Kater y muchos otros compañeros seguían en contacto. Es evidente que no éramos más que un puñado comparados con los millones de ebrios por la guerra, y, sin embargo, logramos difundir por el mundo entero un manifiesto de nuestro Buró Internacional y seguíamos denunciando con la máxima energía el verdadero carácter de la guerra.¹²⁷

Oerter y Kater eran los principales miembros experimentados de la FVDG. Ésta se mantuvo firmemente en su posición contra la guerra durante todo el conflicto. Esto es incontestablemente la mayor fuerza de la FVDG, y, sin embargo, es la parte de su historia menos documentada.

Con el comienzo de la guerra se prohibió inmediatamente a la FVDG. Muchos de sus miembros –eran unos 6000 en 1914– fueron encarcelados

¹²⁶ Franz Jung, *Der Weg nach unten*, Hamburgo, Edition Nautilus, 2000, p. 89 (traducción nuestra).

¹²⁷ Emma Goldman, *Living My Life*, Nueva York, Alfred Knopf, 1931, p. 656 (traducción nuestra). En febrero de 1915, Emma Goldman se pronunció públicamente, junto con otros anarquistas internacionalistas como Berkman y Malatesta, contra el apoyo a la guerra por la figura principal del anarquismo, Kropotkin y otros. La FVDG saludó en la *Mitteilungsblatt* del 20 de febrero de 1915 esa defensa del internacionalismo por parte de los anarquistas revolucionarios contra Kropotkin.

o mandados al frente. En la revista *Der Pionier*, otro de sus órganos, la FVDG escribe en su editorial “El proletariado internacional y la guerra mundial inminente”, del 5 de agosto de 1914:

Todos sabemos que la guerra entre Serbia y Austria no es sino la expresión visible de una fiebre guerrera crónica...

Describe cómo los gobiernos tanto en Serbia, en Austria como en Alemania han logrado ganarse a la clase obrera para la “furia guerrera” y, sobre ese tema, denuncia al SPD y a la mentira de la pretendida “guerra defensiva”:

Nunca será Alemania el agresor, esa es la idea que esos señoritos quieren inculcarnos, y por eso los socialdemócratas alemanes, tanto su prensa como sus oradores, ya se lo han propuesto como perspectiva, y acabarán alistándose como un solo hombre en las filas del ejército alemán.

El número 32 del 8 de agosto de 1914 fue el último de la publicación.

Un antimilitarismo internacionalista

En la introducción de esta serie de artículos sobre el sindicalismo revolucionario, diferenciábamos antimilitarismo e internacionalismo:

El internacionalismo se basa en la comprensión de que a pesar de ser el capitalismo un sistema mundial, es incapaz, no obstante, de sobrepasar el marco nacional y la competencia cada vez más desenfrenada entre naciones. [...] Como tal, genera un movimiento que tiende a echar abajo a la sociedad capitalista a nivel mundial, por una clase obrera unida ella también a nivel internacional. [...] El antimilitarismo, en cambio, no es necesariamente internacionalista puesto que tiene tendencia a considerar que el enemigo principal no es el capitalismo como tal sino solamente un aspecto de éste.¹²⁸

¿En qué campo se alistó la FVDG? ¿Sólo las organizaciones con un análisis teórico verdaderamente profundo que habrían formulado claramente el lazo entre guerra y capitalismo eran capaces de adoptar una posición verdaderamente internacionalista?

Sin la menor duda, en la prensa de la FVDG de aquel entonces existen pocos análisis políticos detallados o desarrollados en lo que se refiere a las causas de la guerra o a las relaciones entre las potencias imperialistas. Esa ausencia se debe a la visión sindicalista de la FVDG. Ésta

¹²⁸ “¿Qué distingue al movimiento sindicalista revolucionario?”, *Revista Internacional* n° 118, http://es.internationalism.org/rint/2004/118_sr.html.

se concebía, sobre todo en aquel entonces, como una organización de lucha en el plano económico, a pesar de que más que un sindicato era en realidad una coordinación de grupos que defendían ideas sindicalistas, contradicción que los grupos sindicalistas siguen arrastrando hoy. Las ásperas confrontaciones con el SPD, que acabaron con su expulsión a finales de 1908, provocaron en las filas de la FVDG una aversión exacerbada hacia la “política”, con la consecuencia añadida de la pérdida de la herencia de las luchas pasadas contra la separación de lo económico y de lo político, idea ésta transmitida por los grandes sindicatos de la socialdemocracia. A pesar de que su comprensión del marco de las tensiones imperialistas no alcanzó realmente el nivel de lo necesario, esa organización se vio inevitablemente llevada por la guerra a adoptar posturas muy políticas.

La historia del sindicalismo revolucionario en Alemania muestra, y es un buen ejemplo de ello la FVDG, que los análisis teóricos sobre el imperialismo no bastan para adoptar una posición realmente internacionalista. Un instinto proletario sano, un profundo sentimiento de solidaridad con la clase obrera internacional, también son indispensables, y eso era precisamente lo que formaba la espina dorsal de la FVDG en 1914.

Generalmente, la FVDG se califica a sí misma de “antimilitarista” en sus publicaciones; apenas si menciona el internacionalismo. Pero para hacerles plenamente justicia a los sindicalistas-revolucionarios de la FVDG, es necesario abandonar todo tipo de prejuicios y tomar en consideración el verdadero carácter de su labor de oposición a la guerra. El enfoque de la FVDG sobre la cuestión de la guerra no formaba parte de los que se limitaban a las fronteras nacionales como tampoco de los que se dejaban ilusionar por los sueños pacifistas de un posible capitalismo pacífico. Contrariamente a la gran mayoría de pacifistas que acabaron, tras la declaración de guerra, uniéndose a las filas de la defensa de la nación contra el militarismo “extranjero”, pretendidamente más bárbaro, la FVDG, el 8 de agosto de 1914, puso claramente en guardia a la clase obrera contra cualquier cooperación con la burguesía nacional:

Los trabajadores no deben ingenuamente darle confianza a la momentánea humanidad de los capitalistas y patronos. El furor guerrero actual no ha de entorpecer la conciencia de los antagonismos de clase existentes entre el Capital y el Trabajo.¹²⁹

¹²⁹ *Die Einigkeit*, n° 32, 8 de agosto de 1914.

No se trataba, para los compañeros de la FVDG, de combatir únicamente un aspecto del capitalismo, el militarismo, sino de integrar la lucha contra la guerra a la lucha general de la clase obrera para el derrocamiento del capitalismo a escala mundial, como ya lo había formulado Karl Liebknecht en 1906 en su folleto *Militarismo y antimilitarismo*. En 1915, en el artículo “¡Antimilitarismo!”, él había criticado, con razón, las formas heroicas y aparentemente radicales del antimilitarismo tales como la desertión, que entrega aún más el ejército a los militaristas por la eliminación de los mejores antimilitaristas, y, consecuentemente, “cualquier método operado únicamente a nivel individual o hecho individualmente debe rechazarse por principio”.

En el movimiento sindicalista-revolucionario internacional, hubo opiniones diferentes sobre la lucha antimilitarista. Domela Nieuwenhuis, un representante histórico de la idea de huelga general, definió sus medios en 1901 en su folleto *El militarismo*, mezcla curiosa de reformas y de objeción individual. No es para nada el caso de la FVDG; esta comparte la preocupación de Liebknecht, o sea que es la acción de clase de todos los trabajadores colectivamente –y no la acción individual– el único medio contra la guerra.

La prensa de la FVDG, que estaba a cargo del Secretariado (*Geschäftscommission*) en Berlín, compuesto de cinco compañeros en torno a Fritz Kater, expresaba con fuerza las posiciones políticas propias de los redactores debido a la floja cohesión organizativa de la FVDG. El internacionalismo en la FVDG no se limitaba, sin embargo, a una minoría de la organización, como así fue en la CGT sindicalista-revolucionaria en Francia. No hubo escisión en sus filas debido a la guerra. El que sólo una minoría pudiese mantener una actividad permanente se debió más bien a la represión y a las incorporaciones forzadas en el frente. Grupos sindicalistas-revolucionarios seguían activos en Berlín y en otras dieciocho localidades. Tras la prohibición de *Die Einigkeit* en agosto de 1914, siguieron en contacto mediante un *Mitteilungsblatt* (boletín de información) y, cuando fue prohibido en enero de 1915, a través de las *Rundschreiben* (circulares), hasta que también se prohibieron en mayo del 1917. La fuerte represión contra los sindicalistas-revolucionarios internacionalistas en Alemania hizo que sus publicaciones, en cuanto empezó la guerra, fueran más boletines internos que revistas públicas:

Los comités directores, o las personas de confianza, deben inmediatamente editar únicamente el número necesario de ejemplares para sus miembros existentes y sólo distribuirles el boletín a éstos.¹³⁰

Los compañeros de la FVDG también tuvieron el valor de oponerse a la movilización de la mayoría de la CGT sindicalista-revolucionaria en Francia a favor de la participación en la guerra. Cuando capitula la mayoría de la CGT, escriben:

Toda esa excitación por la guerra por parte de socialistas, de sindicalistas y de antimilitaristas internacionales no hará en absoluto que se tambaleen nuestros principios.¹³¹

¡La cuestión de la guerra se había vuelto la clave del movimiento sindicalista-revolucionario internacional! Oponerse a la gran hermana sindicalista-revolucionaria de Francia exigía una sólida fidelidad a la clase obrera, habida cuenta de que la CGT y sus teorías habían sido durante años una referencia importante en la evolución hacia el sindicalismo-revolucionario. Durante la guerra, los compañeros de la FVDG apoyaron a la minoría internacionalista salida de la CGT en torno a Pierre Monatte.

¿Por qué la FVDG siguió siendo internacionalista?

Todos los sindicatos en Alemania en 1914 sucumbieron a la fiebre nacionalista de la guerra. ¿Por qué fue una excepción la FVDG? Es imposible contestar a esa pregunta invocando únicamente la “suerte” de haber tenido, como así fue sin embargo, un secretariado (*Geschäftskommission*) firme e internacionalista. Del mismo modo tampoco se puede explicar la capitulación de los sindicatos socialdemócratas por la “desgracia” de haber estado dirigidos por traidores.

Tampoco basta con decir que la FVDG tenía una solidez internacionalista debido a su clara evolución hacia el sindicalismo-revolucionario a partir de 1908. El ejemplo de la CGT en Francia muestra que el sindicalismo-revolucionario en aquel entonces no era por sí solo una garantía de internacionalismo. Se puede afirmar en general que ni la profesión de fe

¹³⁰ *Mitteilungsblatt*, 15 de agosto de 1914.

¹³¹ *Mitteilungsblatt*, 10 de octubre de 1914. Citado por Wayne Thorpe, *Keeping the faith: The German Syndicalists in the First World War*. Con los documentos originales de la FVDG, ese libro es la única (y muy valiosa) fuente sobre el sindicalismo revolucionario alemán durante la Primera Guerra Mundial.

de marxismo, de anarquismo o de sindicalismo-revolucionario da, de por sí, la menor garantía de ser internacionalista.

La FVDG rechazó la mentira patrioter de la clase dominante, incluida la socialdemocracia, de una “guerra defensiva” (trampa en la que cayó trágicamente Kropotkin). Denunció en su prensa la lógica en la que cada nación se presenta como “agredida”: Alemania por el zarismo ruso, Francia por el militarismo prusiano, etc.¹³² Esa claridad no podía desarrollarse sino basándose en la idea de que desde entonces era imposible distinguir, en el capitalismo, naciones más modernas o naciones más atrasadas, y que el capitalismo, como un todo, se había vuelto destructor para la humanidad. En la época de la Primera Guerra Mundial, la posición internacionalista se distingue en particular por la denuncia política de la “guerra defensiva”. No es una casualidad si Trotski dedicó un folleto entero al tema en el otoño de 1914.¹³³ Unos años después, durante la Segunda Guerra Mundial, el internacionalismo dependerá mucho más del rechazo consecuente de la “defensa de la democracia contra el fascismo”, del antifascismo, cuestión con la que la corriente sindicalista-revolucionaria tendrá muchas más dificultades que en 1914.

La FVDG argumentaba a menudo recurriendo a principios humanos y emocionales:

El socialismo pone los principios humanos por encima de los principios nacionales. [...] Resulta [...] difícil situarse del lado de la humanidad hundida en la aflicción, pero si queremos ser socialistas ahí hemos de estar.¹³⁴

Pensamos sin embargo que sería un error burlarse del internacionalismo de la FVDG por ser “idealista”. La cuestión de la solidaridad y de la relación humana con los demás trabajadores del mundo entero era en aquel entonces una base para el internacionalismo, ¡y sigue siéndolo! No cabe duda que efectivamente una tendencia idealista nació a finales de los años 1920 en el movimiento sindicalista-revolucionario de la FAUD en Alemania, el movimiento por las comunas. Éste era, sin embargo, más bien la expresión de un retroceso tras la derrota de la Revolución Alemana a partir de 1923. El internacionalismo de la FVDG expresado en 1914 de forma emocional y proletaria en contra de la guerra era en aquel entonces,

¹³² Véanse entre otros *Mitteilungsblatt*, noviembre de 1914 y *Rundschreiben*, agosto de 1916.

¹³³ *La Guerra y la Internacional*.

¹³⁴ *Mitteilungsblatt*, 21 de noviembre de 1914.

sin embargo, un rasgo de la fuerza del movimiento sindicalista-revolucionario en Alemania con respecto a la cuestión tan decisiva de la guerra.

Las raíces fundamentales del internacionalismo de la FVDG están, no obstante, esencialmente en la historia de su larga oposición al reformismo que iba insinuándose en el SPD y los sindicatos socialdemócratas. Su aversión hacia la panacea universal del parlamentarismo del SPD tuvo un papel esencial pues impidió, contrariamente a los sindicatos socialdemócratas, su integración ideológica en el Estado capitalista.

Durante los años que preceden al estallido de la Primera Guerra Mundial, aparece una oposición entre tres tendencias en la FVDG: una expresaba la identidad sindical, otra la resistencia a la “política” (del SPD) y la tercera la propia realidad de la FVDG como conjunto de grupos de propaganda (realidad que, como ya lo explicamos, también frenó su capacidad de tener análisis claros sobre el imperialismo). Esa confrontación no produjo únicamente debilidades. Ante la política abiertamente chovinista del SPD y de los demás sindicatos, el antiguo reflejo de resistencia contra la despolitización de las luchas obreras, bastante fuerte hasta la huelga de masas de 1914, se reanimó. Más allá de su tradición internacionalista bien asentada, las partes decisivas más políticas de la FVDG no podían obviamente, sin perder su identidad histórica, alinearse en la línea política belicista de los jefes de los sindicatos socialdemócratas a los que habían combatido durante años.

Aunque la resistencia al reformismo acarrea debilidades extrañas como la aversión hacia la “política”,¹³⁵ la actitud con respecto a la guerra fue lo determinante en 1914. ¡La contribución internacionalista de la FVDG fue en aquel entonces mucho más importante para la clase obrera que sus debilidades!

La sana reacción de no replegarse en Alemania a pesar de unas condiciones particularmente difíciles fue decisiva para mantener una firmeza internacionalista. La FVDG buscó el contacto no sólo con la minoría internacionalista de Monatte en la CGT, sino también con otros sindicalistas-revolucionarios en Dinamarca, Suecia, España, Holanda (*Nationaal Arbeids Secretariaat*) e Italia (*Unione Sindacale Italiana*) que se oponían también a la guerra.

Una cooperación insuficiente con los demás internacionalistas en Alemania

¹³⁵ Véase “El sindicalismo revolucionario en Alemania (II) – La Unión Libre de los Sindicatos alemanes en marcha hacia el sindicalismo revolucionario”, *Revista Internacional*, nº 141, disponible en: <https://es.internationalism.org/rint141-sindicatos+alemanes2>.

¿Con qué fuerza podía hacerse oír en la clase obrera la voz internacionalista de la FVDG durante la guerra? Se opuso con vigor a los pérfidos órganos de integración en la Unión Sagrada. Como lo formuló muy claramente su publicación interna, *Rundschreiben*, su oposición a la participación en los Comités de Guerra¹³⁶ fue muy consecuente:

¡Ni hablar! Semejantes funciones no son nada para nuestros miembros o funcionarios. [...] Nadie puede exigir eso de ellos.¹³⁷

Pero durante los años 1914-1917 se dirige casi exclusivamente a sus propios miembros. Con una estimación realista de la impotencia momentánea y de la imposibilidad de poder realmente ser un obstáculo a la guerra, pero sobre todo con un temor legítimo de la destrucción de la organización, Fritz Kater, en nombre del Secretariado (*Geschäftskommission*) se dirigió el 15 de agosto de 1914 en la *Mitteilungsblatt* a sus compañeros de la FVDG:

Nuestros puntos de vista sobre el militarismo y la guerra, tal como los defendimos y propagamos durante decenios, de los que responderemos hasta la muerte, no son admisibles en una época de entusiasmo desenfrenado a favor de la guerra, estamos condenados al silencio. Era previsible, y la prohibición no es en nada una sorpresa para nosotros. Hemos de resignarnos al silencio, así como los demás compañeros del sindicato.

De forma contradictoria, Kater expresa por un lado la esperanza de mantener las actividades como antes de la guerra (¡lo que era sin embargo imposible debido a la represión!) y por el otro el objetivo mínimo de salvar la organización:

El secretariado (*Geschäftskommission*) piensa sin embargo que actuaría olvidándose de sus deberes si con la prohibición de la prensa dejase

¹³⁶ Primero en la industria metalúrgica de Berlín, esos Comités de Guerra (*Kriegsausschüsse*) fueron fundados después de febrero de 1915 entre representantes de las asociaciones patronales de la metalurgia y los grandes sindicatos. Su objetivo era atajar la tendencia creciente de los obreros a cambiar de lugar de trabajo en búsqueda de sueldos más altos, pues las matanzas bélicas habían provocado una penuria de mano de obra. Esa fluctuación “incontrolada” era, para el gobierno como para los sindicatos, nefasta para la eficacia de la producción de guerra. La instauración de esos comités se basaba en un intento precedente –propuesto desde agosto de 1914 por el líder sindical socialdemócrata Theodor Leipart– de lanzar la formación de *Kriegsarbeitsgemeinschaften* (colectivos de guerra con la patronal) los cuales, bajo el falso pretexto de actuar a favor de la clase obrera para luchar contra el desempleo y regular el mercado del trabajo, ¡tenían como objetivo real hacerlo todo por reforzar lo más posible la producción para la guerra!

¹³⁷ Citado por W. Thorpe, ob. cit.

todas las demás actividades. Eso, no lo hará. [...] Mantendrá el lazo entre las diferentes organizaciones y hará todo lo necesario para impedir su descomposición.

La FVDG sobrevivió efectivamente a la guerra, no en base a una estrategia de supervivencia particularmente hábil o de llamadas repetidas a no abandonar la organización. Fue claramente su internacionalismo lo que, durante toda la guerra, sirvió de referencia a sus miembros.

Cuando el “Llamamiento internacional contra la guerra” del Manifiesto de Zimmerwald resonó en septiembre de 1915, fue saludado solidariamente por la FVDG. Eso se debió sobre todo a su proximidad con la minoría internacionalista de la CGT presente en Zimmerwald. Pero la FVDG desconfiaba mucho de gran parte de los grupos presentes en la Conferencia, por estar demasiado ligados a la tradición del parlamentarismo. Eso estaba en gran parte justificado. Seis de los presentes, Lenin entre ellos, habían declarado: “El Manifiesto aceptado no nos satisface completamente. [...] Éste no contiene ninguna definición clara de los medios para combatir la guerra”.¹³⁸ La FVDG tampoco tenía, contrariamente a Lenin, la claridad necesaria sobre los medios para luchar contra la guerra. Su desconfianza expresaba más bien una ausencia de apertura con respecto a los demás internacionalistas, como lo demuestran claramente sus relaciones con los de Alemania.

¿Por qué no hubo cooperación en la misma Alemania entre la oposición internacionalista del Spartakusbund y los sindicalistas-revolucionarios de la FVDG? Durante mucho tiempo, existió entre ellos un abismo que no pudo ser colmado. Diez años antes, cuando el debate sobre la huelga de masas, Karl Liebknecht había generalizado exageradamente al conjunto de la FVDG las debilidades individualistas de uno de sus portavoces del momento, Rafael Friedeberg. Por lo que sabemos, los revolucionarios en torno a Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht tampoco buscaron el contacto con la FVDG durante los primeros años de la guerra, debido probablemente a una subestimación de las capacidades internacionalistas de los sindicalistas-revolucionarios.

La misma FVDG tuvo, con respecto a Liebknecht, figura simbólica del movimiento contra la guerra en Alemania, una actitud muy fluctuante que impedía cualquier acercamiento. Por un lado nunca le perdonó

¹³⁸ Declaración de Lenin, Zinóviev, Radek, Nerman, Högluend y Berzin en la Conferencia de Zimmerwald, citado por J. Humbert-Droz, *El origen de la Internacional Comunista*, p. 144, edición en francés (la traducción es nuestra).

la aprobación de los créditos de guerra en agosto de 1914, que él había votado no por convicción sino en base a una falsa concepción de la disciplina de fracción que criticó más adelante. Sin embargo, la FVDG siempre tomó su defensa en su prensa cuando fue víctima de la represión. La FVDG no pensaba que la oposición en el SPD sería capaz de librarse del parlamentarismo, paso que ella misma no había dado hasta que se separó del SPD en 1908. Existía una profunda desconfianza. Sólo a finales de 1918, cuando el movimiento revolucionario se extendió por toda Alemania, la FVDG llamó a sus miembros a afiliarse temporalmente a Spartakusbund, en doble afiliación.

Retrospectivamente, ni la FVDG ni los espartaquistas intentaron tomar contacto entre ellos en base a su posición internacionalista durante la guerra. La burguesía reconoció el punto común internacionalista entre ambas organizaciones mejor que ellas mismas: la prensa controlada por la dirección del SPD intentó varias veces denigrar a los espartaquistas diciendo que eran próximos a la tendencia “Kater”.¹³⁹

Si podemos sacar lecciones para hoy y para el futuro de la FVDG durante la Primera Guerra Mundial, es precisamente la de la necesidad de buscar contactos con los demás internacionalistas, a pesar de las diferencias que puedan existir sobre otras cuestiones políticas. Esto no tiene nada que ver con un “frente único” (que a causa de alguna debilidad en los principios busca la cooperación hasta con organizaciones del campo enemigo) como el que se conoció en la historia durante los años 1920-1930, sino, al contrario con el reconocimiento del punto común proletario más importante.

Mario Schimmel

¹³⁹ Por ejemplo, véase *Vorwärts*, 9 de enero de 1917.

II - EL MOVIMIENTO SINDICALISTA REVOLUCIONARIO EN LA REVOLUCIÓN ALEMANA DE 1918-19

El capítulo precedente daba una idea de los esfuerzos de la corriente sindicalista revolucionaria en Alemania por defender una posición internacionalista contra la guerra de 1914-18. La Unión Libre de los Sindicatos Alemanes (*Freie Vereinigung Deutscher Gewerkschaften* – FVDG) había sobrevivido a la guerra con unos cuantos cientos de miembros en la clandestinidad y, en las tremendas condiciones de represión brutal durante la guerra, quedaron casi siempre condenados al silencio. A finales de 1918, se precipitan los acontecimientos en Alemania. Con la activación de las luchas en noviembre de 1918, el estallido de la Revolución Rusa de Octubre de 1917 acabó prendiendo en el proletariado de Alemania.

La reorganización de la FVDG en 1918

Durante la primera semana de noviembre de 1918, la revuelta de los marinos de la flota de Kiel pone de rodillas al militarismo alemán. La FVDG escribe:

El gobierno imperial ha sido derribado, no por la vía parlamentaria y legal, sino por la acción directa; no por la papeleta sino por la fuerza de las armas de los obreros en huelga y de los soldados amotinados. Sin esperar las consignas de los jefes, han aparecido Consejos Obreros y Consejos de Soldados por doquier espontáneamente y de inmediato han empezado a quitar de en medio a las antiguas autoridades. ¡Todo el poder a los consejos de obreros y de soldados! Esta es ahora la consigna.¹⁴⁰

Con el estallido de la oleada revolucionaria se abre para el movimiento sindicalista alemán un periodo turbulento de afluencia rápida de militantes. Eran unos 60.000 entre la revolución de noviembre de 1918 y, a mediados de 1919, pero son más de 110.000 al acabar el año. La gran radicalización política de la clase obrera a finales de la guerra empuja hacia el movimiento sindicalista revolucionario a muchos obreros que se separan de los grandes sindicatos socialdemócratas por el apoyo que éstos dieron a la política de guerra. El movimiento sindicalista revolucionario es incontestablemente el lugar de agrupación de los trabajadores íntegros y combativos.

¹⁴⁰ “Was wollen die Syndikalisten? Der Syndikalismus lebt!”, *Der Syndikalist*, nº 1, 14 de diciembre de 1918.

La FVDG hace de nuevo oír su voz con la publicación de su nuevo periódico, *Der Syndikalist*, a partir del 14 de diciembre de 1918:

Desde primeros de agosto [de 1914] nuestra prensa fue prohibida, nuestros compañeros más destacados puestos “en detención preventiva”, fue imposible para los agitadores y uniones locales tener cualquier tipo de actividad pública. Y sin embargo, las armas del sindicalismo revolucionario son utilizadas hoy en cualquier rincón del Imperio alemán, las masas sienten instintivamente que se acabaron los tiempos de las reivindicaciones y de las peticiones para dejar paso a los tiempos en los que nosotros somos los que arrebatamos.¹⁴¹

Los días 26 y 27 de diciembre, Fritz Kater organiza en Berlín una conferencia en la que participan 43 sindicatos locales de la FVDG que se reorganizan tras el periodo de clandestinidad de la guerra.

La FVDG conoce su crecimiento numérico más importante en las aglomeraciones industriales y mineras de la región del Ruhr. La influencia de los sindicalistas revolucionarios es particularmente fuerte en Mülheim, obligando a los sindicatos socialdemócratas a retirarse de los consejos de obreros y de soldados el 13 de diciembre de 1918, cuando éstos rechazaron claramente su papel de representantes de los obreros para tomarlo directamente en sus manos. Partiendo de las minas de la región de Hamborn, estallan huelgas masivas de mineros dirigidas por el movimiento sindicalista revolucionario entre noviembre de 1918 y febrero de 1919.¹⁴²

¿Consejos Obreros o sindicatos?

Frente a la guerra de 1914, el movimiento sindicalista revolucionario en Alemania pasó la prueba histórica: defender el internacionalismo contra la guerra a la inversa de la gran mayoría de los sindicatos que se alistaron tras los objetivos bélicos de la clase dirigente. El estallido de la revolución en 1918 plantea entonces un reto enorme: ¿cómo se organiza la clase obrera para echar abajo a la burguesía y pasar a la acción revolucionaria?

Como ya lo había hecho en Rusia en 1905 y en 1917, la clase obrera hace surgir los Consejos Obreros en Alemania en noviembre de 1918,

¹⁴¹ *Ibidem.*

¹⁴² Véase Ulrich Klan y Dieter Nelles, *Es lebt noch eine Flamme: rheinische Anarcho-SyndikalistInnen in der Weimarer Republik und im Faschismus*, Grafenau-Döffingen, Trotzdem Verlag, 1986, p. 70

marcando el nacimiento de una situación revolucionaria. El periodo que va desde la constitución de los “Localistas” en 1892 y la fundación formal de la FVDG en 1901 no se caracterizó por levantamientos revolucionarios. Contrariamente a Rusia, en donde nacieron los primeros Consejos Obreros en 1905, la reflexión sobre los consejos fue muy abstracta en Alemania hasta 1918. Durante el entusiasmante pero breve “invierno de los consejos” de 1918-1919 en Alemania, la FVDG seguía considerándose como un sindicato y como sindicato aparece en la escena de la historia. La FVDG responde sin embargo con gran entusiasmo a la situación inédita de surgimiento de los consejos. El corazón revolucionario de la mayoría de los miembros de la FVDG palpita por los Consejos Obreros, hasta tal punto que el número 2 de *Der Syndikalist*, el 21 de diciembre de 1928, reivindica claramente: “¡Todo el poder a los Consejos Obreros y de Soldados Revolucionarios!”.

Pero a menudo la conciencia teórica va atrasada respecto a la intuición proletaria. A pesar de la emergencia de los Consejos Obreros y como si nada nuevo hubiera ocurrido, en el número 4 de *Der Syndikalist* se escribe que la FVDG es la única organización obrera “cuyos representantes y órganos no necesitan ponerse al día”, expresión que resume la presunción de la conferencia de reorganización de la FVDG en diciembre de 1918 y que se convirtió en lema de la corriente sindicalista revolucionaria en Alemania. Se había abierto sin embargo una era de grandes cambios en la que precisamente había muchas cosas que poner al día, ¡particularmente en lo que se refiere a las formas de organización!

Para explicar las vergonzosas políticas de los principales sindicatos en apoyo a la guerra y de oposición a los Consejos Obreros, la FVDG tenía tendencia a satisfacerse con una media verdad y a ignorar la otra mitad. Sólo se cuestionaba la “educación socialdemócrata”. En cambio, se dejaban de lado las diferencias fundamentales entre la forma sindical y la de los Consejos Obreros.

Sin la menor duda, la FVDG y la organización que la sucedió, la FAUD, fueron organizaciones revolucionarias. Pero no veían que su organización procedía de gérmenes idénticos a los de los Consejos Obreros: la espontaneidad, la aspiración a la extensión y el espíritu revolucionario, características que van mucho más allá de la tradición sindical.

En las publicaciones de 1919 de la FVDG, resulta imposible encontrar un intento de tratar la contradicción fundamental entre tradición sindical y Consejos Obreros, instrumentos de la revolución. Por el contrario, veía los “sindicatos revolucionarios” como la base del movimiento de consejos:

Los sindicatos revolucionarios han de expropiar a los expropiadores. [...] Los consejos de obreros y los consejos de fábrica han de hacerse cargo de la dirección socialista de la producción. El poder a los Consejos Obreros; los medios de producción y los bienes producidos al cuerpo social. Ese es el objetivo de la revolución proletaria: el movimiento sindicalista revolucionario es el medio para lograrlo.

Pero ¿surgía efectivamente el movimiento de los consejos en Alemania del movimiento sindical?

Eran obreros que se habían reunido en “comités de fábrica” que actuaban como los comités de fábrica de las grandes empresas de Petrogrado en 1905, sin conocer la actividad de éstos. En julio de 1916, la lucha política no podía hacerse con los partidos políticos ni los sindicatos. Los dirigentes de esos aparatos eran enemigos de esa lucha; tras la lucha, incluso contribuyeron en la entrega a la represión de las autoridades militares de los líderes de esa huelga política. Esos “comités de fábrica”, aunque el término no sea totalmente exacto, pueden ser considerados como los precursores de los Consejos Obreros revolucionarios actuales en Alemania. [...] Esas luchas no fueron apoyadas ni dirigidas por los partidos y sindicatos existentes. Ahí estaban las primicias de un tercer tipo de organización, los Consejos Obreros.¹⁴³

Así describe Richard Müller, miembro de los *Revolutionäre Obleute* el “medio para lograrlo”.

Los sindicalistas de la FVDG no eran los únicos en no cuestionar la forma sindical de organización. En aquel entonces resultaba muy difícil para la clase obrera sacar, plenamente y con toda claridad, todas las consecuencias que implicaba la irrupción del periodo de guerras y revoluciones. Las ilusiones sobre la forma de organización sindical, su descalabro ante la revolución habrían de ser todavía inevitables, dolorosa y concretamente sometidas a la experiencia práctica. Richard Müller, que acabamos de citar, escribía poco después, cuando los Consejos Obreros fueron desposeídos de su poder:

Si reconocemos la necesidad de la lucha reivindicativa cotidiana –y nadie puede ponerla en entredicho– entonces también tenemos que reconocer la necesidad de preservar a las organizaciones cuya función es llevar a cabo esas luchas, los sindicatos. [...] Si reconocemos la necesidad de los sindicatos existentes [...] entonces hemos de examinar más adelante si los sindicatos pueden ocupar un lugar en el sistema de los consejos.

¹⁴³ Richard Müller, *Räte in Deutschland*, 1918.

En el periodo en que se pone en marcha el sistema de consejos, se ha de responder incondicional y positivamente a esa pregunta.¹⁴⁴

Los sindicatos socialdemócratas se habían desprestigiado ante amplias masas de trabajadores y crecían las dudas sobre si podían seguir representando los intereses de la clase obrera. En la lógica de la FVDG, el dilema de la capitulación y de la quiebra histórica de la vieja forma de organización sindical se resolvía en la perspectiva de un “sindicalismo revolucionario”.

Al iniciarse la era de la decadencia del capitalismo, la imposibilidad de la lucha por reformas acaba planteando la siguiente alternativa a las organizaciones permanentes de masas de la clase obrera: o el capitalismo de Estado las integra en su aparato (como así fue tanto para las organizaciones socialdemócratas como también para sindicatos sindicalistas revolucionarios, como la CGT en Francia) o las destruye (como así fue para la FAUD sindicalista revolucionaria). Entonces se plantea la cuestión de saber si la revolución proletaria no exige otras formas de organización. Con la experiencia de que hoy disponemos, sabemos que es imposible dar nuevos contenidos a formas antiguas como los sindicatos. La revolución no es únicamente una cuestión de contenido, sino también de forma. Es lo que formulaba muy justamente en diciembre de 1919 el teórico de la FAUD, Rudolf Rocker, en su aproximación contra las falsas visiones del “Estado revolucionario”:

La expresión “Estado revolucionario” no puede satisfacernos. El Estado siempre es reaccionario y quien no lo entiende no ha entendido la profundidad del principio revolucionario. Cada instrumento posee una forma adaptada al fin que contiene, y así es también para las instituciones. Las pinzas del herrero no sirven para arrancar dientes y con las pinzas del dentista no se pueden fabricar herraduras.¹⁴⁵

Es exactamente lo que, por desgracia, no puso en práctica de forma consecuente el movimiento sindicalista revolucionario sobre la forma de organización.

Contra la trampa de los “comités de fábrica”

Para castrar políticamente el espíritu del sistema de los Consejos Obreros, los socialdemócratas y sus sindicatos al servicio de la burguesía

¹⁴⁴ Richard Müller, *Hie Gewerkschaft, hie Betriebsorganisation!*, 1919.

¹⁴⁵ R. Rocker, Discurso de presentación de la Declaración de Principios de la FAUD.

empezaron hábilmente a socavar desde el interior los principios de organización autónoma de la clase obrera. Eso fue posible porque los Consejos Obreros, que habían surgido de las luchas de noviembre de 1918, ya habían perdido su fuerza y su dinamismo con el primer reflujo de la revolución. El Primer Congreso de los Consejos del 16 al 20 de diciembre de 1918, influenciado hábilmente por el SPD que se apoyaba en las ilusiones persistentes de la clase obrera sobre la democracia, se desarmó totalmente al abandonar su poder proponiendo la elección de una Asamblea Nacional.

Tras la oleada de huelgas en el Ruhr durante la primavera de 1919, se propuso, a iniciativa del gobierno SPD, instaurar “comités de empresa” en las fábricas –representantes de hecho de la mano de obra que cumplían ni más ni menos las misma función de negociación y de colaboración con el Capital que los sindicatos tradicionales–. Con el apoyo de los responsables del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos, Gustav Bauer y Alexander Schlicke, los comités de empresa fueron definitivamente legalizados por la constitución burguesa del Estado alemán en febrero de 1920.

Había que inculcar en la clase obrera la ilusión de que su espíritu combativo dirigido hacia los consejos se podía encarnar en esa forma de representación directa de los intereses obreros.

Los comités de empresa están concebidos para gestionar cualquier problema relacionado con el empleo y los asalariados. Les incumbe asegurar el crecimiento de la producción en la empresa y eliminar cualquier obstáculo que pueda impedirlo. [...] Los comités de distrito, en colaboración con las direcciones, rigen y supervisan la productividad del trabajo en el distrito, así como el reparto de las materias primas.¹⁴⁶

Después de la represión sangrienta contra la clase, la integración democrática en el Estado debía rematar la faena de la contrarrevolución. De forma aún más directa que con los sindicatos y vinculados más estrechamente a las empresas, esos comités venían a completar *in situ* la colaboración con el Capital.

Durante la primavera de 1919, la prensa de la FVDG tomó posición con valentía y claridad contra esa maniobra de comités de empresa:

El Capital y el Estado ya sólo admiten a los comités obreros que ahora se llaman comités de empresa. El comité de empresa no pretende representar únicamente los intereses de los trabajadores, sino también los de la

¹⁴⁶ *Protokoll der Ersten Generalversammlung des Deutschen Eisenbahnverbandes*, en Jena, 25-31 de mayo de 1919, p. 244.

empresa. Y como esas empresas son la propiedad de capital privado o de Estado, los intereses de los trabajadores deben someterse a los intereses de los explotadores. O sea que el comité de empresa defiende la explotación de los trabajadores, los anima a proseguir dócilmente el trabajo como esclavos asalariados. [...] Los medios de lucha de los sindicalistas revolucionarios son incompatibles con las funciones de los comités de empresa.¹⁴⁷

Esa actitud la comparten ampliamente los sindicalistas revolucionarios, porque por un lado los comités de empresa aparecen de forma evidente por lo que son, o sea instrumentos de la socialdemocracia, y por otra parte porque la combatividad del movimiento sindicalista revolucionario en Alemania todavía no había sido quebrantada. La ilusión de “haber ganado algo” y de “haber superado una etapa concreta” tenía poco peso en 1919 en las fracciones más determinadas del proletariado, ya que la clase obrera todavía no había sido derrotada.¹⁴⁸

Más adelante, tras el declive del movimiento revolucionario a partir de 1921, no es sorprendente, por lo tanto, que surgieran, en la FAUD sindicalista revolucionaria, debates animados durante todo un año sobre la participación en las elecciones de los comités de empresa. Una minoría defendió que ya era hora de establecer “un vínculo con las masas laboriosas para provocar luchas masivas en las situaciones más favorables”,¹⁴⁹ participando en los comités de empresa legalizados. La FVDG, como organización, se negó a comprometerse en “la vía muerta de los comités de empresa destinados a neutralizar la idea revolucionaria de los consejos”, según la expresión del militante August Beil. Es la posición que predominó hasta noviembre de 1922 cuando, debido a la impotencia nacida de la derrota de la revolución, el XIV Congreso de la FAUD la atenuó, dándoles a sus miembros el derecho de participar en las elecciones de los comités de empresa.

¹⁴⁷ “Betriebsräte und Syndikalismus”, *Der Syndikalist*, n° 36, 1919.

¹⁴⁸ Además de que seguía existiendo la ilusión de que los comités de fábrica podían ser “socios de negociación” con el capital, también existía la de la posibilidad de “socialización” inmediata, o sea la nacionalización de las minas y de las fábricas, que emanaba del Ruhr en Essen y que también estaba presente en las filas de los sindicalistas revolucionarios. Esa debilidad, común en el conjunto de la clase obrera en Alemania, era ante todo la expresión de su impaciencia. El gobierno de Ebert creó a nivel nacional el 4 de diciembre 1918 una comisión para la socialización compuesta por representantes del Capital y conocidos socialdemócratas como Kautsky e Hilferding. Su objetivo declarado era el mantenimiento de la producción mediante las nacionalizaciones.

¹⁴⁹ Véanse sobre el tema los debates del XV Congreso de la FAUD en 1915.

La dinámica de la revolución acerca a los sindicalistas revolucionarios a la Liga Espartaco

El levantamiento de la clase obrera en Alemania provocó espontáneamente un impulso solidario en la clase obrera, como en Octubre de 1917. La solidaridad con la lucha de la clase obrera en Rusia había sido, sin lugar a dudas, una referencia importante para el movimiento sindicalista revolucionario en Alemania, compartida internacionalmente con otros revolucionarios. La Revolución Rusa, debido a los levantamientos revolucionarios en otros países, todavía contenía una perspectiva revolucionaria en 1918-1919 y no había sucumbido a su degeneración interior. Para defender a sus hermanos de clase en Rusia y en contra de la política del SPD y de los sindicatos socialdemócratas, la FVDG denunció en su segundo número de *Der Syndikalist*, “que ningún medio les era demasiado asqueroso, ningún arma demasiado innoble para seguir calumniando a la Revolución Rusa y sus consejos de obreros y de soldados”.¹⁵⁰

A pesar de las muchas reservas sobre las ideas de los bolcheviques, muchas de ellas con fundamento, los sindicalistas revolucionarios seguían siendo solidarios con la Revolución Rusa. Hasta el mismo Rudolf Rocker, teórico influyente en la FVDG y crítico vehemente de los bolcheviques, llamó en diciembre de 1919, en su famoso discurso pronunciado cuando la presentación de la declaración de principios de la FAUD, a manifestar la solidaridad con la Revolución Rusa:

Apoyamos unánimes a la Rusia soviética en su defensa heroica contra las potencias Aliadas y los contrarrevolucionarios, y eso no porque seamos bolcheviques, sino porque somos revolucionarios.

A pesar de que los sindicalistas revolucionarios en Alemania tuvieron sus reservas tradicionales con respecto al “marxismo” que “quiere conquistar el poder político”, cosa que también sospechaban de la Liga Espartaco, defendían claramente, sin embargo, la acción común con todas las organizaciones revolucionarias:

El sindicalismo revolucionario considera entonces inútil la división del movimiento obrero, quiere la concentración de las fuerzas. De momento, recomendamos a nuestros miembros actuar en común sobre las cuestiones económicas y políticas con los grupos más de izquierdas del movimiento

¹⁵⁰ “Verschandelung der Revolution”, *Der Syndikalist*, nº 2, 21 de diciembre de 1918.

obrero: los Independientes y la Liga Espartaco. Advertimos sin embargo contra cualquier tipo de participación en el circo de las elecciones en la Asamblea Nacional.¹⁵¹

La revolución de noviembre de 1918 no fue obra de una organización política particular, como la Liga Espartaco o los *Revolutionäre Obleute* (los delgados sindicales revolucionarios), a pesar de que éstos adoptaron en las jornadas de noviembre la posición más clara y la mayor voluntad de acción. Fue un levantamiento del conjunto de la clase obrera que expresó, durante un corto tiempo, su unidad potencial. Una de las expresiones de esa unidad fue el fenómeno bastante corriente de la doble afiliación a la Liga Espartaco y a la FVDG:

En Wuppertal, los militantes de la FVDG se afiliaron en un primer tiempo al Partido Comunista. Una lista hecha en abril 1919 por la policía sobre los comunistas de Wuppertal contiene los apellidos de todos los futuros miembros principales de la FAUD.¹⁵²

En Mülheim se publicó, a partir del primero de diciembre de 1918, el periódico *Die Freheit*, “Órgano de defensa de los intereses del conjunto del pueblo del trabajo. Órgano de publicación de los Consejos de obreros y de soldados”, editado en común por sindicalistas revolucionarios y miembros de la Liga Espartaco.

En el movimiento sindicalista revolucionario existía desde principios de 1919 una tendencia pronunciada a la unión con otras organizaciones de la clase obrera:

No están siempre unidos, siguen divididos, no son todos todavía verdaderos socialistas en pensamiento y actitud honrada y siguen sin estar unitaria e indisolublemente asociados por la maravillosa cadena de solidaridad proletaria. Siguen divididos entre socialistas de derechas y de izquierdas, espartaquistas y demás. La clase obrera ha de acabar con la grosera absurdidad del particularismo político.¹⁵³

Esta amplitud de miras reflejaba la situación de gran heterogeneidad política, cuando no de confusión, que reinaba en una FVDG que acababa de conocer un crecimiento numérico muy rápido. Su cohesión interna reposaba más sobre las bases de la solidaridad obrera, como lo ilustra

¹⁵¹ “Was wollen die Syndikalisten? Der Syndikalismus lebt!”, *Der Syndikalist*, n° 1, 14 de diciembre de 1918.

¹⁵² Ulrich Klan y Dieter Nelles, ob.cit., p. 70.

¹⁵³ Karl Roche, “Syndikalismus und Revolution”, en *Der Syndikalist*, n° 13, 29 de marzo de 1919.

la caracterización que hace sin discriminación de todos los “socialistas”, que sobre una clarificación programática o una demarcación con respecto a las demás organizaciones proletarias.

La actitud solidaria con la Liga Espartaco se desarrolló en las filas de los sindicalistas revolucionarios tras el asesinato de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburg durante la guerra y prosiguió hasta el otoño de 1919. Pero no permitió sin embargo asentar una historia común. Más bien predominó una desconfianza recíproca hasta el periodo de la Conferencia de Zimmerwald en 1915. Lo que favoreció principalmente el acercamiento fue la clarificación política, madurada en el seno de la clase obrera en su conjunto y en sus organizaciones revolucionarias durante la revolución de noviembre, sobre el rechazo de la democracia burguesa y del parlamentarismo. El movimiento sindicalista revolucionario en Alemania, que ya había rechazado desde hacía mucho tiempo el sistema parlamentario, consideraba esa posición como su patrimonio propio. La Liga Espartaco, que tomó muy claramente posición contra las ilusiones de la democracia, consideraba por su parte a la FVDG como la organización más cercana a ella en Alemania.

De vuelta del internamiento en Inglaterra durante la guerra, Rudolf Rocker, anarquista sindicalista revolucionario fuertemente influido por las ideas de Kropotkin, se afilió a la FVDG en marzo de 1919. Él fue quien iba a encargarse de la orientación política del movimiento sindicalista revolucionario en Alemania después de diciembre de 1919, y desde un principio

[...] no compartía los llamamientos lanzados a los camaradas para apoyar el ala izquierda del movimiento socialista, los independientes, los espartaquistas, como tampoco la intervención del periódico en favor de la “dictadura del proletariado”.¹⁵⁴

A pesar de las divergencias respecto a la Liga Espartaco entre Rocker y la tendencia en torno a Fritz Kater, Carl Windhoff y Karl Roche (tendencia que tenía la mayor influencia en la FVDG durante los primeros meses de la Revolución de 1918-19), no sería exacto hablar de lucha de tendencias en la FVDG en aquel entonces, como sí las habrá en el futuro, particularmente en la FAUD a partir de 1920, como síntoma de la derrota de la Revolución Alemana. En aquel entonces no existía

¹⁵⁴ Rudolf Rocker, *Aus den Memoiren eines deutschen Anarchisten*, Fráncfort, Suhrkamp, 1974, p. 287.

ninguna tendencia significativa entre los sindicalistas revolucionarios que quisiera *a priori* desmarcarse del KPD. Al contrario, la búsqueda de una unidad de acción con los espartaquistas es el fruto de la dinámica hacia la unidad de las luchas obreras y de la “presión de la base” de ambas corrientes durante las semanas y los meses durante los cuales la revolución parecía estar al alcance de la mano. Fueron las dolorosas derrotas del levantamiento prematuro de enero de 1919 en Berlín y el aplastamiento consecutivo de la oleada de huelgas de abril en el Ruhr, apoyada por los sindicalistas revolucionarios, el KPD y el USPD que, debido al sentimiento inducido de frustración, provocó recriminaciones mutuas y emocionales que expresaban la inmadurez en ambos lados.

La “alianza formal” con Espartaco y el Partido Comunista acabaría pues rompiéndose a partir del verano de 1919. La responsabilidad la tuvo menos la FVDG que la actitud agresiva que empezó a adoptar el KPD con respecto a los sindicalistas revolucionarios.

El “programa provisional” de los sindicalistas revolucionarios durante la primavera de 1919

La FVDG publicó durante la primavera de 1919 un folleto redactado por Karl Roche, *¿Qué quieren los sindicalistas revolucionarios?*, que sirvió de programa y de texto de orientación hasta diciembre. Resulta difícil juzgar el movimiento sindicalista revolucionario considerando un solo texto, debido a la coexistencia de ideas diferentes en su seno. No obstante, ese programa es de por sí un jalón y, en varios aspectos, una de las tomas de posición más acabadas del movimiento sindicalista revolucionario en Alemania. A pesar de las dolorosas experiencias pasadas en su historia con los socialdemócratas y de la consiguiente y permanente demonización de la política,¹⁵⁵ acaba concluyendo: “La clase obrera ha de hacerse dueña de la economía y de la política”.¹⁵⁶

¹⁵⁵ Roche escribe: “La política de partido es el método burgués de lucha para acapararse el producto del trabajo arrebatado a los obreros. [...] Los partidos políticos burgueses y los parlamentos son complementarios, ambos son una traba para la lucha de clase del proletariado y generan confusión”, como si no fuera posible la existencia de partidos revolucionarios de la clase obrera. ¿Qué pasa entonces con el compañero de lucha, la Liga Espartaco, que era un partido político?

¹⁵⁶ *Was wollen die Syndikalisten? Programm, Ziele und Wege der “Freien Vereinigung deutscher Gewerkschaften”*, marzo de 1919.

La fuerza de las posiciones defendidas por la FVDG con ese programa en la clase obrera de Alemania durante esa primavera está en otro aspecto: su actitud respecto al Estado, a la democracia burguesa y al parlamentarismo. Hace específicamente referencia a la descripción que hace Friedrich Engels del Estado como producto de la sociedad dividida en clases:

Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; [...] es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables. [...]. Así pues, el Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera de la sociedad, ni un instrumento de la clase dirigente creado arbitrariamente por ella.

La FVDG llama consecuentemente a la destrucción del Estado burgués.

Al tomar esa posición en una época en que la socialdemocracia era el arma más insidiosa de la contrarrevolución, la FVDG ponía el dedo en un punto neurálgico. En contra de la farsa del SPD que quería someter a los Consejos Obreros integrándolos en el parlamento burgués, su programa afirmaba:

El socialismo socialdemócrata sí necesita un Estado. Y un Estado que podría utilizar otros medios contra la clase obrera que los del Estado capitalista. [...] Será fruto de una revolución proletaria hecha a medias y el blanco de la revolución proletaria total. Porque hemos entendido el carácter del Estado y porque sabemos que la dominación política de las clases poseedoras tiene sus raíces en su potencia económica también sabemos que no hemos de luchar para conquistar el Estado, sino para eliminarlo.

Karl Roche también intentó formular en el programa de la FVDG las lecciones fundamentales de las jornadas de noviembre y diciembre de 1918, que fueron mucho más lejos que el rechazo rebelde o individualista del Estado que se atribuye equivocadamente a los sindicalistas revolucionarios, desenmascarando claramente en su esencia el sistema de la democracia burguesa:

La democracia no es la igualdad, sino la utilización demagógica de una comedia de igualdad. [...] Cuando enfrentan a los obreros, los poseedores siempre tienen los mismos intereses. [...] Los trabajadores sólo tienen intereses comunes entre ellos, nunca con la burguesía. En eso, la democracia es un absurdo total. [...] La democracia es una de las consignas más peligrosas en boca de los demagogos que cuentan con la pereza y la ignorancia de los asalariados. [...] Las democracias modernas en Suiza, Francia y Norteamérica no son sino una hipocresía capitalista democrática bajo su forma más repugnante.

Frente a las trampas de la democracia, esa formulación sigue siendo tan pertinente hoy como entonces.

Podemos hacer muchas críticas al programa del FVDG de la primavera de 1919, en particular varias ideas sindicalistas revolucionarias clásicas que no compartimos tales como “la autodeterminación entera” o “el federalismo”. Pero en cuanto a puntos que en aquel entonces fueron cruciales, como el rechazo del parlamentarismo, el programa redactado por Roche fue sin concesiones:

Pasa con el parlamentarismo lo mismo que con la socialdemocracia: si la clase obrera quiere luchar por el socialismo, ha de rechazar la burguesía como clase. No ha de dejarle ningún derecho al poder, no ha de votar ni tratar con ella. Los Consejos Obreros son los parlamentos de la clase obrera. [...] No son parlamentos burgueses, sino la dictadura del proletariado que impondrá el socialismo.

Y era en aquel momento en que el Partido Comunista retrocedía en sus claras posiciones iniciales contra el parlamentarismo y el trabajo en los sindicatos socialdemócratas, empezando a irse dramáticamente hacia posiciones anteriores a su congreso fundador.

Unos meses después, en diciembre de 1919, la declaración de principios de la FAUD insistía en puntos diferentes. Karl Roche, que había influido determinadamente en el programa de la FVDG desde principios de la guerra, se afiliaba a la AAU en diciembre de 1919.

La ruptura con el Partido Comunista (KPD)

Durante la revolución de noviembre de 1918, muchos puntos comunes acercaron a los revolucionarios de la FVDG sindicalista revolucionaria con la Liga Espartaco: la referencia al levantamiento de la clase obrera en Rusia de 1917, la reivindicación de todo el poder a los Consejos Obreros, el rechazo de la democracia y el parlamentarismo, así como un evidente rechazo de la socialdemocracia y de sus sindicatos. ¿Cómo explicar entonces que durante el verano de 1919 empezara un ajuste de cuentas entre ambas corrientes que habían compartido tantas cosas?

Varios factores pueden determinar el fracaso de una revolución: la debilidad de la clase obrera y el peso de sus ilusiones o el aislamiento de la revolución. En Alemania de 1918-1919, fue sobre todo su experiencia lo que permitió a la burguesía, mediante la socialdemocracia, sabotear el movimiento desde el interior, fomentar ilusiones democráticas, precipitar a la clase obrera en la trampa de sublevaciones aisladas y prematuras

como en enero de 1919 y eliminar, asesinandolos, tanto a sus revolucionarios más esclarecidos como a miles de sus miembros más comprometidos.

Tras el aplastamiento de la huelga de abril de 1919 en el Ruhr, las polémicas entre sindicalistas revolucionarios y KPD muestran de ambos lados el mismo intento de buscar las razones del fracaso de la revolución en los demás revolucionarios. Roche ya había caído en esa tendencia desde abril cuando, en la conclusión del programa de la FVDG, afirmaba “no dejar a los espartaquistas dividir a la clase obrera”, metiéndolos confusamente en el mismo saco que los “socialistas de derechas”. A partir del verano de 1919, en un ambiente de frustración debido a los fracasos de la lucha de clases, se vuelve de moda en la FVDG hablar de los “tres partidos socialdemócratas” –o sea el SPD, el USPD y el KPD–, ataque polémico que ya no hacía la menor distinción entre las organizaciones contrarrevolucionarias y las organizaciones proletarias.

El Partido Comunista (KPD) publicó en agosto un folleto sobre los sindicalistas revolucionarios cuya argumentación es igual de lamentable. Ahora consideraba la presencia de sindicalistas revolucionarios en sus filas como una amenaza para la revolución:

Los sindicalistas-revolucionarios empedernidos han de entender por fin que no comparten con nosotros lo fundamental. Ya no podemos consentir que nuestro partido se convierta en campo de juego para gente que propaga todo tipo de ideas ajenas a las del partido.¹⁵⁷

La crítica del Partido Comunista de los sindicalistas revolucionarios tiene tres ejes: la cuestión del Estado y de la organización económica tras la revolución, la táctica y la forma de organización –o sea, retoma los debates clásicos con la corriente sindicalista revolucionaria–. Aunque el Partido Comunista tenga razón cuando concluye:

Durante la revolución, la importancia de los sindicatos para la lucha de clases va decayendo. Los Consejos Obreros y los partidos políticos se convierten en los protagonistas y dirigentes exclusivos de la lucha.

La polémica con los sindicalistas revolucionarios saca sobre todo a la luz las debilidades del Partido Comunista dirigido por Levi, o sea tanto una fijación sobre la conquista del Estado: “Pensamos que necesariamente utilizaremos el Estado tras la revolución. La revolución significa precisamente en primer lugar la toma de poder en el Estado”, como la idea errónea que la coerción puede ser un medio para llevar a cabo la revolución:

¹⁵⁷ *Syndikalismus und Kommunismus*, F. Brandt, KPD-Spartakusbund, agosto de 1919.

“Repitamos con la Biblia y los rusos: quienes no trabajan no comen. Los que no trabajan sólo recibirán lo que los activos no necesiten”, el coqueteo con la actividad parlamentaria: “Nuestra actitud hacia el parlamentarismo demuestra que planteamos la cuestión de la táctica de forma diferente que los sindicalistas revolucionarios. [...] Y como la vida del pueblo existe, cambia, o sea que es un proceso que toma en permanencia nuevas formas, toda nuestra estrategia también ha de adaptarse permanentemente a las nuevas condiciones”, para acabar considerando el debate político permanente, en particular sobre cuestiones fundamentales, como algo que no tiene nada de positivo:

Hemos de tomar medidas contra los que dificultan la planificación de la vida del partido. El partido es una comunidad unida de lucha y no un club de discusiones. No podemos continuamente tener discusiones sobre las formas de organización y demás.

El Partido Comunista intentaba de esta forma librarse de los sindicalistas revolucionarios miembros de sus filas. En junio de 1919, en su “¡Llamamiento a los sindicalistas revolucionarios del Partido Comunista!”, a pesar de presentarlos como gente “con aspiraciones revolucionarias honradas”, define sin embargo su combatividad como un peligro de tendencia al golphismo y les plantea un ultimátum: o se organizan en partido estrictamente centralizado, o “el Partido Comunista de Alemania –que no puede tolerar en sus filas miembros que, en su propaganda por la palabra, lo escrito y la acción, actúan contrariamente a sus principios– se verá obligado de excluirlos”. Habida cuenta que las confusiones y la dilución de las posiciones del Congreso de fundación del Partido Comunista se estaban abriendo paso en su seno, ese ultimátum sectario revela más bien la impotencia ante el reflujo de la oleada revolucionaria en Alemania, un ultimátum que alejó al Partido Comunista del contacto vivo con las partes más combativas del proletariado. La pugna entre el KPD y los sindicalistas revolucionarios durante el verano de 1919 también pone de relieve que la atmosfera de derrota y las tendencias reforzadas al activismo forman una mezcla desfavorable para la clarificación política.

Una breve andadura común con las Uniones

El ambiente del verano de 1919 en Alemania se caracterizaba tanto por la gran desilusión debida a la derrota como por la radicalización de



1921: Delegados en el Congreso de la FAUD en Erfurt

Der Syndikalist

Organ der Freien Arbeiter-Union Deutschlands

„Der Syndikalist“
 Organorgan der „Einheitsfront“, die ein
 5. August über auch die deutsche Arbeiter-
 bewegung enthält.
 ———
 Verlag und Expedition:
Fritz Kater, Berlin O. 24,
 Rosenstraße 45, II

Abonnementpreise
 Für die ungetrockneten Einzelhefte pro
 Nummer 20 Pf., durch die Post ohne Sonstiges
 25—30 Pf., einschließlich durch die Expedition
 unter Einschluß 12—15 Pf., Ausland 15—20 Pf.
 —————
 Vierteljahrspreis für ungetrocknete Einzelhefte
 60—70 Pf., für die getrockneten Einzelhefte mit
 dem Postzuschlag

Nr. 4 - 1922 IV. Jahrgang

Die Einheitsfront mit den „Kommunisten“.

Eine Warnung!

Advertencia ante la unión con los “comunistas”

ciertas partes de la clase obrera. Los sindicatos socialdemócratas sufrieron la desertión de masas de obreros que iban hacia la FVDG, que por su parte duplicó el número de sus miembros.

También empezó a desarrollarse, además del sindicalismo revolucionario, otra corriente en contra de los sindicatos tradicionales. En la región del Ruhr nacieron la *Allgemeine Arbeiter Union-Essen* (AAU-E: Unión General de Trabajadores de Essen) y la *Allgemeine Bergarbeiter Union* (Unión General de Mineros), influidos por fracciones de radicales de izquierda del Partido Comunista de Hamburgo, y apoyados por la propaganda activa de grupos cercanos a los *International Workers of the World* (IWW) norteamericanos en torno a Karl Dannenberg, en Brunswick. Contrariamente a la FVDG sindicalista revolucionaria, las Uniones querían abandonar el principio mismo de organización sindical por ramas de industria para agrupar a la clase obrera por empresas enteras en “organizaciones de lucha”. Desde su punto de vista, eran ahora las empresas las que ejercían su fuerza y poseían un poder en la sociedad, de modo que era de las fábricas de donde podía sacar la clase obrera su fuerza cuando se organiza adecuadamente según esa realidad. Las Uniones buscaban entonces una mayor unidad y consideraban a los sindicatos como una forma históricamente obsoleta de la organización de la clase obrera. Se puede decir que las Uniones eran, en cierto modo, una respuesta de la clase obrera a la pregunta sobre las nuevas formas de organización: precisamente la misma pregunta que la corriente sindicalista revolucionaria en Alemania procuraba y sigue procurando no hacerse hoy.¹⁵⁸

Resulta imposible en este texto desarrollar debidamente la naturaleza de las Uniones, que no eran ni Consejos Obreros, ni sindicatos, ni partidos. Habrá que hacer un texto específico sobre el tema.

Durante esa fase, resulta a menudo difícil distinguir precisamente las corrientes unionista y sindicalista revolucionaria. En ambas corrientes existen reticencias con respecto a los “partidos políticos”, a pesar de que las Uniones estaban, en resumidas cuentas, mucho más cerca del Partido Comunista. Ambas tendencias eran expresión directa de las fracciones más combativas de la clase obrera en Alemania, luchaban contra la social-

¹⁵⁸ En realidad, las secciones de la FAU en Alemania tal como existen hoy desempeñan más bien desde hace décadas un papel de grupo político que de sindicato, expresándose sobre cantidad de cuestiones políticas sin limitarse para nada a la “lucha económica”, lo que nos parece muy positivo más allá de saber si estamos o no de acuerdo con el contenido de sus tomas de posición.

democracia y preconizaron, por lo menos hasta finales de 1919, el sistema de Consejos Obreros.

Durante la primera fase, que va desde el invierno 1919-1920, la corriente unionista en la región del Ruhr se incorporó al movimiento sindicalista revolucionario, más potente, en la Conferencia “de fusión” del 15 y 16 de septiembre en Dusseldorf. Fue así cómo los Unionistas participaron en la fundación de la *Freie Arbeiter Union* (FAU) de Renania-Westfalia. Esa Conferencia fue la primera etapa hacia la creación de la FAUD, que se concretó tres meses después. La FAU Renania-Westfalia, en su contenido, era una mezcla de sindicalismo revolucionario y de unionismo. Las líneas directrices adoptadas afirmaban que “la lucha económica y política ha de ser asumida con firmeza y decisión por los trabajadores” y que “como organización económica, la FAU no tolera la menor política de partido en sus reuniones, dejando a cada uno de sus miembros la apreciación de alistarse en los partidos de izquierdas y de comprometerse en ellos si lo consideran necesario”.

La *Allgemeine Arbeiter Union-Essen* y la *Allgemeine Bergarbeiter Union* en gran parte abandonarán la alianza con los sindicalistas revolucionarios poco antes de la fundación de la FAUD en diciembre.

La fundación de la FAUD y su Declaración de Principios

El crecimiento rápido de la FVDG durante el verano y el otoño de 1919, la propagación del movimiento sindicalista revolucionario por Turingia, Sajonia, Silesia, Sur de Alemania, las regiones costeras de los mares del Norte y Báltico, exigían una estructuración del movimiento a nivel nacional. El XII Congreso de la FVDG, que se celebró del 27 al 30 de diciembre en Berlín y en el que participaron 109 delegados, se transformó en el congreso de fundación de la FAUD.

Ese Congreso es a menudo citado como el Congreso del “giro” del sindicalismo revolucionario alemán hacia el anarcosindicalismo, o como el inicio de la era Rudolf Rocker –etiqueta que utilizan en particular los adversarios categóricos del sindicalismo revolucionario que ven en él un “paso adelante en sentido negativo”–. Se tiende a señalar con el dedo ese Congreso de fundación de la FAUD como el de la apología del federalismo, de la despedida a la política, del rechazo de la dictadura del proletariado y del retorno al pacifismo. Esa visión no hace, sin embargo, justicia a la FAUD de diciembre del 19. “Alemania es El Dorado de las consignas

políticas. Se echan discursos a bombo y platillo, emborrachándose con el ruido sin darse cuenta de lo que significan”, comenta Rocker (que citamos más abajo) en su discurso sobre la Declaración de Principios, hablando de las acusaciones contra los sindicalistas revolucionarios.

Es evidente que las ideas de Rocker, anarquista que se mantuvo en su internacionalismo durante la guerra y fue redactor de la Declaración de Principios, tuvieron una notable influencia en la FAUD, reforzadas por su presencia física en sus filas. Pero la fundación de la FAUD expresa ante todo la popularidad de las ideas sindicalistas revolucionarias en la clase obrera en Alemania e indican una clara demarcación con respecto al Partido Comunista y al unionismo recién nacido. Las posiciones fuertes que había propagado la FVDG desde finales de la guerra, la expresión de su solidaridad con la Revolución Rusa, el rechazo explícito de la democracia burguesa y de cualquier forma de actividad parlamentaria, el rechazo de todas “las fronteras políticas y nacionales trazadas arbitrariamente”, estaban reafirmadas en la Declaración de Principios. La FAUD se situaba así en el terreno de las posiciones revolucionarias.

Si se compara con el programa de la FVDG de la primavera de 1919, el Congreso toma más distancia crítica respecto al entusiasmo de la perspectiva de los Consejos Obreros. El debilitamiento de los Consejos Obreros en Rusia era para el Congreso la marca del peligro global latente contenido en los “partidos políticos” y era la prueba de que la forma de organización sindical era más resistente y defendía mejor la idea de los consejos.¹⁵⁹ La pérdida de su poder por parte de los Consejos Obreros en Rusia en aquel entonces era efectivamente una realidad y los bolcheviques habían contribuido trágicamente en ello. Pero lo que no veía la FAUD en su análisis era sencillamente el obstáculo del aislamiento internacional de Rusia que iba a conducir inevitablemente a la asfixia de la vida de la clase obrera.

“Se nos combate principalmente, a nosotros los sindicalistas revolucionarios, porque somos partidarios declarados del federalismo. Se nos dice

¹⁵⁹ A pesar de su desconfianza con respecto a los partidos políticos existentes, Rocker afirmaba claramente que “la lucha no es únicamente económica, sino que ha de ser una lucha política. Decimos lo mismo. Sólo rechazamos la actividad parlamentaria, de ninguna forma la lucha política en general. [...] Hasta la huelga general es una arma política así como la propaganda antimilitarista de los sindicalistas revolucionarios, etc.”. El rechazo teorizado de la lucha política no predominaba en la FAUD de entonces, a pesar de que su forma de organización estuviese claramente concebida para la lucha económica.

que los federalistas crean división en las luchas obreras”, dice Rocker. La aversión de la FAUD al centralismo y su compromiso en favor del federalismo no se fundaban en una visión fragmentada de la lucha de clases. La realidad y la vida del movimiento sindicalista revolucionario tras la guerra muestran con creces su compromiso en favor de la unidad y la coordinación de la lucha. El rechazo exagerado de la centralización tenía sus raíces en el traumatismo provocado por la capitulación de la socialdemocracia:

Los comités centrales mandaban desde arriba, las masas obedecían. Luego vino la guerra. El partido y los sindicatos se confrontaron a un hecho consumado: debían defender la guerra para salvar a la patria. Desde entonces, la defensa de la patria fue un deber socialista, y las mismas masas que protestaban contra la guerra una semana antes estaban ahora a favor de la guerra, obedeciendo a sus comités centrales. Eso demuestra las consecuencias morales del sistema de la centralización. La centralización es la extirpación de la conciencia del cerebro del hombre, y nada más. Es la muerte del sentimiento de independencia.

Para muchos compañeros de la FAUD, el centralismo era en su esencia un método heredado de la burguesía en “la organización de la sociedad de arriba hacia abajo, para mantener los intereses de la clase dominante”. Estamos totalmente de acuerdo con la FAUD de 1919 cuando dice que son la vida política y la iniciativa de la clase obrera “desde abajo” las portadoras de la revolución proletaria. La lucha de la clase obrera ha de ser llevada de forma solidaria, y en ese sentido siempre engendra espontáneamente una dinámica a la unificación del movimiento, o sea a su centralización por medio de delegados elegidos y revocables. “El Dorado de las consignas políticas” llevó a la mayoría de los sindicalistas revolucionarios de la FAUD a adoptar la consigna del federalismo, una etiqueta que no representaba la verdadera tendencia existente cuando se fundó.

¿Rechazó efectivamente el Congreso de fundación de la FAUD la idea de “dictadura del proletariado”?:

Si cuando se habla de dictadura del proletariado se entiende el control de la máquina estatal por un partido, si sólo se entiende la aparición de un nuevo Estado, entonces los sindicalistas revolucionarios son los enemigos declarados de semejante dictadura. Si al contrario significa que la clase obrera va a obligar a las clases dominantes a renunciar a sus privilegios, si no se trata de una dictadura de arriba abajo sino de la repercusión de la revolución de abajo hacia arriba, entonces los sindicalistas revolucionarios son partidarios y representantes de la dictadura del proletariado.¹⁶⁰

¹⁶⁰ Rocker, *Der Syndikalist*, n° 2, 1920.

¡Estamos totalmente de acuerdo! La reflexión crítica sobre la dictadura del proletariado, asociada entonces a la situación dramática en Rusia, era una cuestión legítima a causa de los riesgos de degeneración interna de la revolución en Rusia. Todavía no era posible sacar el balance de la Revolución Rusa en diciembre de 1919. Las aserciones de Rocker fueron como un indicador de las contradicciones ya perceptibles y el inicio de un debate que durará años en el movimiento obrero sobre las razones del fracaso de la oleada revolucionaria mundial tras la Primera Guerra Mundial. Esas dudas no aparecieron por casualidad en una organización como la FAUD, que iba a fluctuar con los altibajos de la vida misma “en la base” de la clase obrera.

Tampoco corresponde a la realidad la acusación que se hace del Congreso de fundación de la FAUD como “etapa hacia el pacifismo”, lo que sí hubiera significado sin duda alguna un sabotaje de la determinación de la clase obrera. Al igual que en la discusión sobre la dictadura del proletariado, los debates sobre la violencia en la lucha de clases fueron más bien el indicador de un verdadero problema al que se enfrentaba la clase obrera a nivel internacional. ¿Cómo se puede mantener el impulso de la oleada revolucionaria cuando ésta marca el paso y cómo romper el aislamiento de la clase obrera en Rusia? Tanto en Rusia como en Alemania, fue inevitable para la clase obrera la necesidad de tomar las armas para defenderse contra los ataques de la clase dominante. Pero la extensión de la revolución por medios militares, incluso la famosa “guerra revolucionaria” era imposible, si no absurda. En Alemania particularmente, la burguesía intentaba con perfidia provocar militarmente al proletariado. Rocker argumenta, contra Krohn, un defensor del Partido Comunista:

La esencia de la revolución no reside en la utilización de la violencia, sino en la transformación de las instituciones económicas y políticas. En sí, la violencia no tiene nada de revolucionario sino que es reaccionaria al grado más álgido. [...] Las revoluciones son la consecuencia de una gran transformación espiritual en las opiniones de los seres humanos. No pueden realizarse arbitrariamente por la fuerza de las armas. [...] Sin embargo se ha de reconocer que la violencia es un medio de defensa, cuando las mismas condiciones nos niegan las demás posibilidades.

Los acontecimientos trágicos de Kronstadt en 1921 confirmaron que la actitud crítica contra la idea de que las armas podrían salvar la revolución no tiene nada que ver con el pacifismo. La FAUD, tras su Congreso

fundador, no tuvo nada que ver con el pacifismo. Los sindicalistas revolucionarios componían una gran parte del Ejército Rojo del Ruhr que se levantó contra el golpe de Kapp durante la primavera de 1920.

Hemos hecho resaltar en este artículo los puntos fuertes de los sindicalistas revolucionarios en Alemania en 1918-1919 dejando de lado deliberadamente las críticas. La historia del movimiento sindicalista revolucionario durante la Revolución Alemana muestra que el destino de las organizaciones proletarias no depende fundamentalmente de la influencia de miembros carismáticos, sino del curso de la lucha de clases del que es producto. Es lo que nos mostrará el periodo que va desde finales de los años 20 hasta el triunfo de Hitler en 1933 y la destrucción de la FAUD.

Mario Schimmel

SEGUNDA PARTE

1919

CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN
EN HUNGRÍA

INTRODUCCIÓN

La década que se extiende entre 1914 y 1923 es una de las más intensas de la historia de la humanidad. En ese corto lapso de tiempo se vivió una guerra terrible, la Primera Guerra Mundial, que puso fin a treinta años de prosperidad y progreso ininterrumpido de la economía capitalista y del conjunto de la vida social; frente a dicha hecatombe se levantó el proletariado internacional encabezado por los obreros rusos en 1917, y hacia 1923 los ecos de aquella oleada revolucionaria empezaron a apagarse, aplastados por la reacción burguesa.

En diez años se vivió la guerra mundial que abría la decadencia del capitalismo, la revolución en Rusia y las tentativas revolucionarias a escala mundial y finalmente el comienzo de una bárbara contrarrevolución burguesa. Decadencia del capitalismo, guerra mundial, revolución y contrarrevolución, hechos que han marcado la vida económica, social, cultural, psicológica, de la humanidad durante casi un siglo, se concentran apretada e intensamente en el corto lapso de diez años.

Es vital para las generaciones actuales conocer aquella década, comprenderla, reflexionar sobre lo que representa, sacar las lecciones que aporta. Es vital, sobre todo, por el enorme desconocimiento que hoy existe de lo que significó realmente, producto tanto de la montaña de mentiras con el que la ideología dominante ha tratado de sepultarla como de la actitud que dicha ideología propicia –tanto deliberada como inconscientemente– de vivir atados a lo inmediato y lo presente olvidando el pasado y la perspectiva de futuro.¹⁶¹

Esta atadura a lo inmediato y circunstancial, este “vivir el momento” sin reflexión, sin comprensión de sus raíces, sin inscribirlo en una perspectiva hacia el futuro, dificulta conocer los rasgos concretos de aquellos diez años increíbles cuyo estudio crítico nos aportaría muchas luces sobre la situación actual.

¹⁶¹ Un historiador que en algunos aspectos es razonablemente penetrante, Eric Hobsbawm, reconoce en *Historia del siglo xx* que “la destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo xx. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica con el pasado del tiempo en el que viven” (Buenos Aires, Crítica, 2003, p. 13).

Hoy apenas se conoce y se reflexiona sobre el enorme shock que significó para los contemporáneos el estallido de la Primera Guerra Mundial y el salto cualitativo en la barbarie que constituyó.¹⁶² Hoy, a fuerza de haber vivido casi un siglo de guerras imperialistas con todo su lote de terror, destrucción y especialmente de la más terrible barbarie ideológica y moral, todo eso parece como “lo más normal del mundo”, como algo que no nos sacudiría ni nos produciría indignación y rebeldía. ¡Pero esa no era ni mucho menos la actitud de los contemporáneos que se vieron profundamente sacudidos por una guerra cuyo salvajismo marcó un jalón jamás alcanzado hasta entonces!

Menos todavía se sabe que esa tremenda carnicería se terminó gracias a la rebelión generalizada del proletariado internacional con sus hermanos rusos a la cabeza.¹⁶³ Apenas se conoce la enorme simpatía que la Revolución Rusa suscitó entre los explotados del mundo entero.¹⁶⁴ Sobre

¹⁶² Un testimonio de cómo la guerra mundial conmovió a los contemporáneos es el artículo de Sigmund Freud aparecido en 1915 titulado “Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte”, donde señala: “Arrastrados por el torbellino de esta época de guerra, sólo unilateralmente informados, a distancia insuficiente de las grandes transformaciones que se han cumplido ya o empiezan a cumplirse y sin atisbo alguno del futuro que se está estructurando, andamos descaminados en la significación que atribuimos a las impresiones que nos agobian y en la valoración de los juicios que formamos. Quiere parecernos como si jamás acontecimiento alguno hubiera destruido tantos preciados bienes comunes a la Humanidad, trastornado tantas inteligencias, entre las más claras, y rebajado tan fundamentalmente las cosas más elevadas. ¡Hasta la ciencia misma ha perdido su imparcialidad desapasionada! Sus servidores, profundamente irritados, procuran extraer de ella armas con que contribuir a combatir al enemigo. El antropólogo declara inferior y degenerado al adversario, y el psiquiatra proclama el diagnóstico de su perturbación psíquica o mental”.

¹⁶³ Los manuales de historia hacen un estudio militar de la evolución de la guerra y cuando llegan a 1917 y 1918 intercalan de repente, como si fueran acontecimientos procedentes de otro planeta, la Revolución Rusa o el movimiento insurreccional alemán del 18. Véase, por ejemplo, el artículo sobre la Primera Guerra Mundial de Wikipedia, que tiene reputación de ser una enciclopedia alternativa, disponible en: http://es.wikipedia.org/wiki/Primera_Guerra_Mundial.

¹⁶⁴ Hoy, la inmensa mayoría de los ideólogos del anarquismo cuestiona severamente el papel de los bolcheviques en la revolución de 1917. Sin embargo, eso no era así en 1917-21. En el artículo “La CNT ante la guerra y la revolución” (*Revista internacional*, n° 129 <http://es.internationalism.org/rint129cnt>), mostramos cómo muchos anarquistas españoles –aun manteniendo su propio criterio y con espíritu crítico– apoyaron con entusiasmo la Revolución Rusa y en una editorial de *Solidaridad Obrera*, el periódico de la CNT, se decía: “Los rusos nos indican el camino a seguir. El pueblo ruso triunfa: aprendamos de su actuación para triunfar a nuestra vez, arrancando a la fuerza lo que se nos niega”. Por otra parte, Manuel Buenacasa, anarquista muy reputado, pregunta en

los numerosos episodios de solidaridad con los trabajadores rusos y sobre las tentativas de seguir su ejemplo extendiendo la revolución a nivel internacional, se cierne un espeso manto de silencio y deformación. Tampoco es del dominio del gran público las atrocidades que numerosos gobiernos democráticos, empezando por el alemán, cometieron para aplastar el ímpetu revolucionario de las masas.

La mayor y la peor deformación se la lleva la Revolución de Octubre de 1917. Se la presenta sistemáticamente como un fenómeno ruso, con lo cual aparece completamente aislada del marco histórico que acabamos de enunciar, y partiendo de esas premisas se da rienda suelta a las peores mentiras y las más absurdas especulaciones: que si fue la obra –genial según el estalinismo, diabólica según sus adversarios– de Lenin y los bolcheviques, que si fue una revolución burguesa en respuesta al atraso zarista, que si allí la revolución socialista era imposible y sólo el empeño fanático de los bolcheviques la llevó por un derrotero que no podía acabar sino donde terminó.

Desde esa premisa, la repercusión internacional de la Revolución de Octubre de 1917 se ha reducido a verla como un modelo que se podrá

sus memorias “¿Quién en España –siendo anarquista– desdeñó el motejarse a sí mismo de bolchevique?”. Emma Goldman, la conocida anarquista norteamericana, señala en su libro *Viviendo mi vida*: “La prensa americana, siempre incapaz de ir más allá de la superficie, denunció que el levantamiento de octubre era propaganda alemana y sus protagonistas, *Lenin, Trotski y sus colaboradores, secuaces del Káiser. Durante meses, los escribas fabricaron historias fantásticas sobre la Rusia bolchevique. Su ignorancia de las fuerzas que habían conducido a la Revolución de Octubre era tan espantosa como sus pueriles intentos de interpretar el movimiento liderado por Lenin. Apenas si hubo un periódico que diera las menores muestras de comprender que el bolchevismo era una concepción social abrigada por brillantes mentes que poseían el fervor y el coraje de los mártires [...] Era, pues, de lo más urgente que los anarquistas y otros verdaderos revolucionarios dieran la cara por esos hombres vilipendiados y por sus intervenciones en los apresurados sucesos de Rusia.*” (tomo II, Madrid, Capitán Swing, 2014, p. 154, los subrayados son nuestros). Queremos añadir un hecho muy revelador de cómo se manipula hoy lo que entonces se escribió. En la edición francesa, el libro se tituló *La epopeya de una anarquista*, fue publicado por Hachette en 1979 y republicado por ediciones Complexe en 1984 y 2002. Se trata de una traducción-adaptación cometida por Cathy Berheim y Annette Lévy-Willard, que son bien conscientes de su traición cuando escriben: “Si nosotras la encontráramos hoy, ella echaría probablemente una mirada de desprecio a nuestra *adaptación*. [...] Tal hubiera sido sin duda su apreciación sobre nuestro trabajo. Pero lo único que Emma Goldman, fanática de la libertad, no habría podido reprocharnos es haber hecho de sus memorias una adaptación libre”. Como prueba de esta “traición libre”, podemos señalar que el pasaje subrayado figura en el libro de estas damas de una forma muy edulcorada.

exportar a los demás países. Tal es la deformación más insistente del estalinismo. Este método del “modelo” es doblemente erróneo y pernicioso. En primer lugar, ve la Revolución Rusa como un fenómeno nacional y, en segundo lugar, la concibe como un “experimento social” que puede ser activado a voluntad por un grupo suficientemente decidido y entrenado.

Este procedimiento deforma escandalosamente la realidad de ese período histórico. La Revolución Rusa no fue un experimento de laboratorio que se produjo dentro de las cuatro paredes de su inmenso territorio. Fue un pedazo vivo y activo de un proceso mundial de respuesta proletaria desatado por la entrada en guerra del capitalismo y los tremendos sufrimientos que causó. Los bolcheviques no tenían la menor intención de imponer un modelo fanático en el que el pueblo ruso fuera el conejillo de Indias. En una resolución adoptada por el partido en abril de 1917 se dice:

Las condiciones objetivas de la revolución socialista, presentes sin duda en los países más avanzados antes de la guerra, han madurado todavía más y continúan madurando con extremada rapidez como consecuencia de la guerra. La Revolución Rusa es sólo la primera etapa de la primera de las revoluciones proletarias que surgirán como consecuencia de la guerra, la acción común de los obreros de los diferentes países es la única vía para garantizar el desarrollo más regular y el éxito más seguro de la revolución socialista mundial.¹⁶⁵

Es importante comprender que la historiografía burguesa subestima –cuando no deforma completamente– la oleada revolucionaria mundial de 1917-1923. En esto participa igualmente el estalinismo. Por ejemplo, en el pleno ampliado del Comité ejecutivo de la IC de 1925, es decir, cuando la estalinización comenzaba, se calificó a la revolución en Alemania como “revolución burguesa”, echando al tacho de la basura todo lo que habían defendido los bolcheviques entre 1917 y 1923.¹⁶⁶

Esta “opinión” que hoy preconizan masivamente tanto historiadores como políticos sobre aquella época no era ni mucho menos compartida por sus colegas de entonces. Lloyd George, un político británico, decía en 1919:

¹⁶⁵ Citado por E. H. Carr en *La revolución bolchevique: (1917-1923)*, tomo I, Madrid, Alianza, 1985, p. 100.

¹⁶⁶ En *El Movimiento Obrero Internacional*, tomo IV, producido por Ediciones Progreso de Moscú, en una nota se señala: “A raíz de la II Guerra Mundial, como resultado de largas discusiones en la historiografía marxista, se afirmó la característica de las revoluciones de 1918-19 en los países de Europa central como revoluciones democrático-burguesas (o democrático-nacionales)”, p. 277.



Proclamación de la República Soviética Húngara
(21 de marzo de 1919)



Tibor Szamuely y Béla Kun (1° de mayo de 1919)

Europa entera rebosa de espíritu revolucionario. Existe un profundo sentimiento no solamente de descontento sino de cólera y revuelta de los trabajadores contra sus condiciones de vida tras la guerra. El conjunto del orden social existente, en sus aspectos políticos, sociales y económicos, es puesto en cuestión por las masas de la población de uno a otro extremo de Europa.¹⁶⁷

La Revolución Rusa sólo puede ser comprendida como parte de una tentativa revolucionaria mundial del conjunto del proletariado internacional, pero –simultáneamente– ello exige ver la época histórica en la que se produce: el estallido de la Primera Guerra Mundial, y comprender el significado profundo de ésta, que es el de la entrada del capitalismo en su declive histórico, su decadencia. De otra manera, los fundamentos de una comprensión se derrumban y todo carece de sentido. Pero, simultáneamente, la guerra mundial y toda la cadena de acontecimientos que le han seguido desde entonces, pierden toda su significación, pues o bien aparecen como algo excepcional sin repercusiones posteriores o bien son el resultado de una coyuntura aciaga que hoy estaría superada de tal forma que los acontecimientos actuales no tendrían ninguna relación con lo que entonces ocurrió.

Numerosos artículos han polemizado ampliamente contra esas visiones y han procurado hacerlo desde el punto de vista histórico y mundial que es el propio del marxismo. Creemos que es la manera de dar una explicación coherente de aquella época histórica que sirva de orientación y materia de comprensión para entender la época actual y contribuir a la causa de la liberación de la humanidad del yugo del capitalismo. De otra forma, tanto la situación de entonces como la situación actual carecen de sentido y perspectiva, y la actividad de todos aquellos que quieren contribuir a un cambio revolucionario mundial se condena al empirismo más absoluto, a extenuarse dando palos de ciego.

La aportación que se propone dentro de esta rúbrica temática es tratar de reconstruir aquella época mediante un estudio de los testimonios y relatos directos de los protagonistas de los hechos.¹⁶⁸ Se han dedicado

¹⁶⁷ Citado por E. H. Carr, ob. cit., tomo III, p. 142.

¹⁶⁸ En la antes citada *Historia de la Revolución Rusa* de Trotski, éste reflexiona en el prólogo del libro sobre el método con el cual analizar los hechos históricos. Criticando un supuesto prisma “neutral y objetivo” preconizado por un historiador francés que afirma que “el historiador debe colocarse en lo alto de las murallas de la ciudad sitiada, abrazando con su mirada a sitiados y sitiadores”, Trotski responde: “El lector serio y dotado de espíritu crítico no necesita de esa solapada imparcialidad que le brinda la copa de la

muchas páginas a la Revolución en Rusia y en Alemania,¹⁶⁹ por ello, publicamos este trabajo sobre una experiencia menos conocida, pues cuando se conoce un poco aquella época resulta sorprendente la multitud de luchas, el eco tan amplio que tuvo la Revolución de 1917.¹⁷⁰

conciliación llena de posos de veneno reaccionario, sino de la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados, apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías disfrazadas, al contraste de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen. Ésta es la única objetividad histórica que cabe, y con ella basta, pues se halla contrastada y confirmada, no por las buenas intenciones del historiador de que él mismo responde, sino por las leyes que rigen el proceso histórico y que él se limita a revelar”.

¹⁶⁹ Para conocer la Revolución Rusa hay dos libros clásicos en el movimiento obrero: *Historia de la Revolución Rusa*, de León Trotski, disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/histrev/histrev0.htm>, y el famoso libro de John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, disponible en: <http://www.marx.org/espanol/reed/diezdias/index.htm>.

¹⁷⁰ El libro antes mencionado de E. H. Carr (p. 140) cita de nuevo una declaración de Lloyd George en 1919: “Si se iniciase una acción militar contra los bolcheviques, Inglaterra se volvería bolchevique y habría un sóviet en Londres”, a lo que añade: “Lloyd George hablaba, como era su costumbre, para causar efecto, pero su mente perceptiva había diagnosticado correctamente los síntomas”.

I - EL EJEMPLO DE RUSIA DE 1917 INSPIRA A LOS OBREROS HÚNGAROS*

La tentativa revolucionaria del proletariado húngaro tuvo una fuerte motivación internacional. Fue el fruto de dos factores: la situación insostenible provocada por la guerra y el ejemplo arrebatador de la Revolución de Octubre de 1917.

Como dijimos en la Introducción, la Primera Guerra Mundial fue una explosión de barbarie. Pero más tremenda fue la “paz” que se firmó a toda prisa por parte de las grandes potencias capitalistas cuando en noviembre de 1918 estalló la revolución en Alemania.¹⁷¹ No aportó el más mínimo alivio ni a los sufrimientos de las masas ni tampoco una disminución del caos y la desorganización de la vida social que habían provocado la guerra. El invierno de 1918 y la primavera de 1919 fueron de pesadilla: hambre, parálisis de los transportes, conflictos demenciales entre políticos, acciones de ocupación de los ejércitos sobre países vencidos, guerra contra la Rusia soviética, desorden extremo en todos los niveles de la vida social, estallido y propagación fulminante de una epidemia, la llamada “gripe española”, que causó casi tantos muertos como la guerra... A los ojos de las poblaciones europeas la “paz” era peor incluso que la guerra.

La máquina económica había sido explotada al límite, hasta el extremo de generarse un fenómeno insólito de subproducción, como lo subraya Béla Szántó¹⁷² respecto a Hungría:

A consecuencia del esfuerzo de trabajo de las industrias de guerra, estimulado por la búsqueda de sobrebeneficios, los medios de producción habían quedado completamente consumidos y la maquinaria echada a perder. Su reposición habría exigido enormes inversiones, mientras no hubiera probabilidad alguna de amortización. No había materias primas. Las fábricas estaban paradas. A consecuencia de la desmovilización pero también del cierre de fábricas, había un desempleo enorme.¹⁷³

* Traducción del alemán: Grupo editor de la *Revista Internacional*.

¹⁷¹ El armisticio generalizado se produjo el 11 de noviembre de 1918, apenas unos días después del estallido de la revolución en Kiel –norte de Alemania– y de la abdicación del Káiser Guillermo, el emperador alemán.

¹⁷² Béla Szántó, *La Revolución Húngara de 1919*, Barcelona, Grijalbo, 1977, p. 40.

¹⁷³ Este fenómeno de subproducción generada por la movilización total y extrema de todos los recursos para el armamento y la guerra también lo constata un autor –Gerd Hardach,

El *Times* de Londres afirmaba (el 19 de julio de 1919):

El espíritu de desorden reina en todo el mundo, desde la América occidental hasta la China, desde el Mar Negro al Báltico; no hay ninguna sociedad, ninguna civilización tan sólida, ni ninguna constitución tan democrática que puedan sustraerse a este influjo maligno. En todas partes aparecen indicios de que los vínculos sociales más elementales se desgarran a causa de la prolongada tensión.¹⁷⁴

Contra esta situación, el ejemplo ruso despertó una ola de entusiasmo y de esperanza en todo el proletariado mundial. Contra el virus mortal del capitalismo sumergido en el caos, los obreros tenían un antídoto liberador: la lucha revolucionaria mundial siguiendo el ejemplo de octubre de 1917.

La República democrática de octubre de 1918

Hungría, que todavía pertenecía al Imperio Austrohúngaro y figuraba dentro del bando perdedor de la guerra, padecía esa situación de forma extrema pero, al mismo tiempo, el proletariado, fuertemente concentrado en Budapest, que poseía la séptima parte de la población del país y casi el 80% de su industria, se manifestó enormemente combativo.

Tras los motines de 1915, reprimidos con el apoyo descarado del partido socialdemócrata, se sucede una fase de apatía con tímidos movimientos en 1916 y 1917. Pero en enero de 1918, la agitación social desemboca en lo que probablemente fue la primera huelga de masas internacional de la historia, que se extendió a numerosos países de la Europa central y tuvo como epicentro a Budapest y Viena. Comenzó en Budapest el 14, el 16 ganaba la Baja Austria y Estiria, el 17 Viena y el 23 las grandes fábricas de armamento de Berlín, teniendo numerosos ecos en Eslovenia, Checoslovaquia, Polonia y Croacia.¹⁷⁵ La lucha se polarizó alrededor de

La Primera Guerra Mundial, Barcelona, Crítica, 1986, p.86– respecto a Alemania, que desde 1917 muestra signos de hundimiento de todo el aparato económico, desabastecimiento y caos, lo cual acaba bloqueando la propia producción de guerra.

¹⁷⁴ Citado por Kart Radek en el prólogo al libro antes citado, *ibidem*, p. 10.

¹⁷⁵ El austríaco Franz Borkenau, antiguo militante comunista, dice de este acontecimiento en su obra *World communism*: “En más de un sentido esta huelga ha sido el mayor movimiento revolucionario de origen realmente proletario que el mundo entero jamás haya vivido. [...] La coordinación internacional que la Komintern intentó realizar en reiteradas ocasiones se produjo aquí automáticamente, al interior de las fronteras de las potencias centrales, por la comunidad de interés en todos los países concernidos y por la preeminencia en todas partes de dos problemas principales, el pan y las negociaciones de

tres objetivos: contra la guerra, contra la penuria y en solidaridad con la Revolución Rusa. Dos gritos se repitieron en numerosos idiomas: “Abajo la guerra” y “Viva el proletariado ruso”.

En Budapest la huelga estalló al margen de los dirigentes socialdemócratas y de los sindicatos, y en numerosas fábricas, animadas por el ejemplo ruso, se habían votado resoluciones a favor de los Consejos Obreros... sin llegar a constituirlos efectivamente. El movimiento no se dio ninguna organización, lo cual fue aprovechado por los sindicatos para ponerse a la cabeza e imponer reivindicaciones que no tenían nada que ver con las preocupaciones de las masas, en particular, la del sufragio universal. El Gobierno intentó aplastar la huelga mediante una exhibición de tropas armadas de cañones y ametralladoras. El poco éxito que tuvo la demostración y las dudas crecientes de los soldados que no querían ni luchar en el frente ni menos aún enfrentarse a los obreros, disuadió al gobierno que en 24 horas cambió de postura y “concedió” la reivindicación –que nadie había pedido, excepto sindicatos y socialdemocracia– del sufragio universal.

Con esa baza en el bolsillo, delegaciones de sindicatos y socialdemócratas visitaron las fábricas para detener la huelga. Fueron recibidos muy fríamente. No obstante, el cansancio, la falta de noticias de Austria y de Alemania y la progresiva vuelta al trabajo de los sectores más débiles acabaron por mermar la moral de los trabajadores de las grandes empresas metalúrgicas, que finalmente decidieron la vuelta al trabajo.

Fortalecida por ese triunfo, la socialdemocracia

[...] llevó a cabo una campaña de represalias contra todos los que se esforzaban por despertar en las masas la lucha revolucionaria de clase. En Népszava –órgano central del partido– aparecieron artículos difamatorios e incluso de delación que dieron abundante material para las persecuciones políticas iniciadas por el gobierno reaccionario de Wkerle-Vászonyi.¹⁷⁶

Pese a la represión, la agitación siguió su curso. En mayo, los soldados del regimiento de Ojvideck se amotinan contra su envío al frente. Se hacen dueños de la central telefónica y de la estación de tren. Los obreros de la ciudad los secundan. El gobierno envía dos regimientos especiales que

Brest [se refiere a las negociaciones de paz entre el gobierno soviético y el imperio alemán en enero-marzo de 1918]. Por todas partes, las consignas reivindicaban la paz en Rusia sin anexiones ni compensaciones, raciones más grandes y democracia política” (p. 92, traducción nuestra).

¹⁷⁶ Béla Szántó, ob. cit, p. 21.

necesitarán tres días de salvajes bombardeos para tomar la ciudad. La represión es inmisericorde: uno de cada diez soldados –fuera o no participante activo en el motín– es fusilado, miles de personas son encarceladas.

En junio, la gendarmería disparó contra los obreros en huelga de una fábrica metalúrgica de la capital ocasionando varios muertos y heridos. Los obreros se dirigieron rápidamente a las fábricas vecinas que detuvieron inmediatamente la producción, y salieron a su vez a la calle. En pocas horas, toda Budapest estaba paralizada. Al día siguiente, la huelga se extendió a todo el país. Asambleas improvisadas, en medio de una atmósfera revolucionaria, decidían las medidas. El gobierno detuvo a los delegados, envió al frente a los obreros más significados, los tranvías fueron puestos en funcionamiento mediante rompehuelgas escoltados por cuatro soldados con la bayoneta calada. Tras ocho días de lucha, la huelga acabó en derrota.

Sin embargo, en la clase se desarrollaba una toma de conciencia:

[...] entre los más amplios círculos obreros poco a poco empezó a abrirse camino la convicción de que la política del partido socialdemócrata y la conducta de los dirigentes del partido no eran apropiados para asumir una orientación revolucionaria [...]. Las fuerzas revolucionarias habían empezado a cohesionarse, los obreros de las grandes fábricas establecieron contactos directos entre ellos. Las reuniones y deliberaciones secretas se hicieron casi permanentes y empezaron a dibujarse los contornos de una política proletaria independiente.¹⁷⁷

Estos círculos obreros empiezan a ser conocidos como el Grupo Revolucionario.

Los motines de soldados se hacen cada vez más frecuentes pese a la represión. Las huelgas se vuelven cotidianas. El gobierno –incapaz de conducir una guerra perdida, con el ejército cada vez más descompuesto, la economía paralizada y un completo desabastecimiento– se desmorona. Para evitar tan peligroso vacío de poder, el Partido Socialdemócrata, demostrando una vez más en qué bando militaba, decidió aglutinar los partidos burgueses democráticos en un Consejo Nacional.

El 28 de octubre se había constituido el Consejo de Soldados que se coordinó con el Grupo Revolucionario, ambos convocaron una gran manifestación en Budapest que se propuso llegar hasta la Ciudadela con objeto de entregar una carta al delegado real. Delante había un enorme cordón de soldados y policías. Los primeros se hicieron a un lado y dejaron pasar a la muchedumbre pero la policía disparó causando numerosos muertos.

¹⁷⁷ Béla Szántó, *ibidem*, p. 24.

La indignación de la masa contra la policía fue indescriptible. Al día siguiente los obreros de la fábrica de armas forzaron los depósitos y se armaron.¹⁷⁸

La tentativa del Gobierno de enviar fuera de Budapest a los batallones militares que habían estado a la vanguardia de la formación del Consejo de Soldados provocó la indignación general: miles de trabajadores y soldados se congregaron en la calle Rácóczi –la principal de la ciudad– para impedir su salida. Una compañía de soldados que había recibido la orden de partir se negó y a la altura del hotel Astoria se unió a la multitud. Hacia la medianoche las dos centrales telefónicas fueron tomadas.

En la madrugada y durante el día siguiente edificios públicos, cuarteles, la estación ferroviaria central, los almacenes de suministros, son ocupados por batallones de soldados y obreros armados. Manifestaciones masivas van a las cárceles y liberan a los presos políticos. Los sindicatos –haciéndose portavoces de las masas– reclaman el poder para el Consejo Nacional. El 31 de octubre a media mañana, el conde Hadik –jefe del gobierno– entrega el poder a otro conde, Károlyi, jefe del Partido de la Independencia y presidente del Consejo Nacional.

Sin haber movido un dedo, éste se encontraba con el poder total, aunque no le correspondía puesto que había sido resultado del impulso todavía desorganizado e inconsciente de las masas obreras. Por eso, lo primero que hizo fue rechazar semejante legitimidad revolucionaria e ir a buscarla en la monarquía húngara, que a su vez pertenecía al fantasmal “Imperio austrohúngaro”. Ausente el rey, los miembros del Consejo Nacional, con la socialdemocracia a la cabeza, fueron a visitar al plenipotenciario del emperador, el archiduque José, quien autorizó el nuevo gobierno.

La noticia indignó a muchos trabajadores. Se convocó una concentración en el Tisza Calman-Tér. Pese a una lluvia torrencial, una gran multitud se reunió y decidió ir a la sede del Partido Socialdemócrata para exigir la proclamación de la República.

La reivindicación de la República había sido durante el siglo XIX una consigna del movimiento obrero, que juzgaba esta forma de gobierno más abierta y favorable a sus intereses que la monarquía constitucional. Sin embargo, ante la nueva situación, donde no había más alternativa que poder burgués o poder proletario, la República se erigía como el último

¹⁷⁸ *Ibidem*, p. 28.

recurso del capital. De hecho, la república nacía con la bendición de la monarquía y del alto clero, cuyo jefe –el príncipe arzobispo de Hungría– fue visitado por el Consejo Nacional en pleno. El socialdemócrata Kunfi pronunció un celebrado discurso:

Me corresponde la agobiante obligación de decir, a mí, socialdemócrata convencido, que nosotros no queremos actuar con el método del odio de clase y de la lucha de clases. Y nosotros hacemos un llamamiento para que todos, eliminando los intereses de clase, colocando en segunda línea los puntos de vista confesionales, nos ayuden en las graves tareas que pesan sobre nosotros.¹⁷⁹

Toda la Hungría burguesa se había agrupado en torno a su nuevo salvador: el Consejo Nacional, cuyo motor era el Partido Socialdemócrata. El 16 de noviembre la nueva República era solemnemente proclamada.

La constitución del Partido Comunista

La clase obrera no puede culminar su tentativa revolucionaria si no crea en su seno la herramienta vital del Partido Comunista. Pero a éste no le basta con tener unas posiciones programáticas internacionalistas, es preciso hacerlas vivir en las propuestas concretas al proletariado, en la capacidad para analizar concienzudamente con un prisma amplio los acontecimientos y las líneas a seguir, y ahí es decisivo que el Partido sea internacional y no una mera suma de partidos nacionales: para combatir el peso asfixiante y desorientador de lo inmediato y lo local, de los particularismos nacionales, pero también proporcionando solidaridad, debate común, visión global y en perspectiva.

El drama de las tentativas revolucionarias en Alemania y en Hungría fue la ausencia de la Internacional. Ésta se formó demasiado tarde, en marzo de 1919, cuando ya la insurrección de Berlín había sido aplastada y la tentativa revolucionaria en Hungría apenas comenzaba.¹⁸⁰

El Partido Comunista húngaro sufrió esa dificultad con particular crudeza. Ya vimos que uno de sus fundadores fue el Grupo Revolucionario, que se había formado entre delegados y elementos activos de los obreros de las grandes fábricas de Budapest,¹⁸¹ a éste se unieron los elementos

¹⁷⁹ *Ibidem*, p. 35.

¹⁸⁰ Véase “1918-1919: La formación del partido, la ausencia de la Internacional”, *Revista Internacional*, nº 135, disponible en: <http://es.internationalism.org/rint135alemania>.

¹⁸¹ Muy similares a los Delegados Revolucionarios en Alemania. En realidad, hay una coincidencia significativa en los componentes que convergen en la formación del Partido

venidos desde Rusia –en noviembre de 1918– y que habían formado el Grupo Comunista, conducidos por Béla Kun, la Unión Socialista Revolucionaria de tendencia anarquista y los miembros de la Oposición Socialista, núcleo formado dentro del Partido Socialdemócrata húngaro desde el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Antes de la llegada de Béla Kun y sus compañeros, los miembros del Grupo Revolucionario habían considerado la posibilidad de formar un Partido Comunista. El debate sobre esta cuestión llevó a un bloqueo, pues había dos tendencias que no lograron ponerse de acuerdo: por un lado, los partidarios de formar una Fracción Internacionalista en el interior del Partido Socialdemócrata y, por otra parte, los que veían urgente la formación de un nuevo partido. Finalmente, para salir del atasco se decidió constituir una Unión que tomó el nombre de Ervin Szabó¹⁸² y que decidió proseguir la discusión. La llegada de los militantes procedentes de Rusia cambió radicalmente la situación. El prestigio de la Revolución Rusa y la capacidad persuasiva de Béla Kun inclinaron la balanza del lado de la formación inmediata del Partido Comunista. Éste se constituyó el 24 de noviembre. El documento programático adoptado contenía apreciaciones muy válidas:¹⁸³

–Así como el Partido Socialdemócrata trataba de poner a la clase obrera al servicio de la reconstrucción del capitalismo, el nuevo partido tenía por tarea mostrar a los trabajadores cómo el capitalismo había sufrido ya una sacudida mortal y había llegado a una maduración, no sólo en el plano moral sino también en lo económico, que lo ponía al borde la ruina.

Bolchevique en Rusia, en la del KPD en Alemania y en la del PC húngaro: “El que las tres fuerzas antes mencionadas desempeñaran un papel crucial en la formación del partido de clase no es algo específico de la situación alemana. Una de las características del bolchevismo durante la revolución en Rusia fue cómo unificó esas mismas tres fuerzas que existían en el seno de la clase obrera: el partido de antes de la guerra que representaba el programa y la experiencia organizativa; los obreros avanzados, con conciencia de clase, de las fábricas y demás lugares de trabajo, que arraigaban al partido en la clase y tuvieron un papel decisivo en la resolución de diferentes crisis en la organización; y la juventud revolucionaria politizada por la lucha contra la guerra” Véase *Revista Internacional*, nº 135 (artículo citado).

¹⁸² Militante de izquierda de la socialdemocracia que en 1910 abandonó el partido y evolucionó hacia posturas anarquistas. Muerto en 1918, había combatido enérgicamente la guerra desde una posición internacionalista.

¹⁸³ Citamos el resumen de sus principios realizado por Béla Szántó en el libro *La Revolución Húngara de 1919*, ob. cit.

–Huelga de masas e insurrección armada: he aquí los medios deseados por los comunistas para la conquista del poder. No aspiraban a una República burguesa [...] sino a la dictadura del proletariado organizado en Consejos.

Los medios que se daban eran:

–Mantener viva la conciencia del proletariado húngaro, apartarlo del anterior acoplamiento con la deshonesto, ignorante y corrompida clase dominante húngara [...] despertar en él el sentimiento de la solidaridad internacional, antes sistemáticamente sofocado, [ligar al proletariado húngaro] a la dictadura rusa de los Consejos y potencialmente también con cualquier otro país en que pueda estallar revolución semejante.

Se creó un periódico –*Vörös Ujság (Gaceta roja)*– y el Partido se lanzó a una febril agitación que, desde luego, era necesaria dado el carácter decisivo del momento que se estaba viviendo.¹⁸⁴ Sin embargo, esta agitación no se vio respaldada por un debate programático profundo, por un análisis colectivo metódico de los acontecimientos. El Partido era en realidad demasiado joven e inexperto y estaba poco cohesionado, todo lo cual –como veremos en el próximo artículo– lo llevó a cometer graves errores.

¿Sindicatos o Consejos Obreros?

En el periodo histórico de 1914-1923 se planteaba al proletariado una cuestión muy complicada. Por un lado, los sindicatos se habían comportado como sargentos reclutadores del capital durante la guerra imperialista y el surgimiento de las respuestas obreras se hizo fuera de su iniciativa. Pero, al mismo tiempo, estaban muy cerca los tiempos heroicos en los que las luchas obreras se habían organizado mediante los sindicatos, éstos habían costado muchos esfuerzos económicos, mucha represión, muchas horas de reuniones colectivas. Los obreros todavía los veían como propios y aún confiaban en poder recuperarlos.

Simultáneamente, había un entusiasmo enorme por el ejemplo ruso de los Consejos Obreros que habían tomado el poder en 1917. En Hungría y en Austria, en Alemania, las luchas tendían a la formación de Consejos Obreros. Sin embargo, mientras en Rusia los obreros acumularon una gran experiencia sobre lo que son, cómo funcionan, qué obstáculos los

¹⁸⁴ El Partido demostró una gran eficacia en la agitación y la captación de militantes. En 4 meses pasó de 4000 a 70.000 militantes.

debilitan, cómo intenta sabotearlos la clase enemiga, tanto en Hungría como en Alemania esa experiencia era muy limitada.

Ese conjunto de factores históricos producía una situación híbrida, que fue hábilmente aprovechada por el Partido Socialdemócrata y los sindicatos para constituir el 2 de noviembre el Consejo Obrero de Budapest, formado por una extraña mezcla de jefes sindicales, líderes socialdemócratas junto con delegados elegidos en algunas grandes fábricas. En los días siguientes se multiplicaron todo tipo de “consejos” que no eran otra cosa que organizaciones sindicales y corporativas que se habían puesto la etiqueta de moda: Consejo de Policías (formado el 2 de noviembre y completamente controlado por la socialdemocracia), Consejo de Funcionarios, Consejo de Estudiantes, ¡hasta se formó un Consejo de Sacerdotes el 8 de noviembre! Esta proliferación de “consejos” tenía como fin cortocircuitar su formación por los obreros.

La economía estaba paralizada. El Estado no podía recaudar gran cosa y, como todo el mundo le pedía ayuda, su única respuesta era la impresión de papel moneda para subvenciones, pago de los salarios de los empleados estatales, gastos corrientes... En diciembre de 1918 el ministro de Finanzas se reunió con los sindicatos para pedirles detener las reivindicaciones salariales, cooperar con el gobierno para relanzar la economía y tomar, si necesario fuera, las riendas de la gestión de las empresas. Los sindicatos se mostraron muy receptivos.

Pero esto provocó la indignación de los trabajadores. Volvieron a celebrarse reuniones masivas. El Partido Comunista recién constituido encabezó la protesta. Había decidido participar dentro de los sindicatos y pronto obtuvo una mayoría en varias organizaciones de las grandes fábricas. En su programa estaba la formación de Consejos Obreros, pero los consideraba compatibles con los sindicatos.¹⁸⁵ Esta situación producía un continuo vaivén. El Consejo Obrero de Budapest, creado preventivamente por los socialdemócratas, se había convertido en un órgano sin vida. En ese momento, hubo algunos esfuerzos de organización y de toma de conciencia dentro del terreno cada vez más inservible de los sindicatos, como por ejemplo la asamblea masiva del sindicato metalúrgico en respuesta a los planes del ministro que tras dos días de debate adoptó acuerdos muy profundos:

¹⁸⁵ Esta misma posición prevaleció en el proletariado ruso y en los bolcheviques. Sin embargo, mientras en Rusia los sindicatos eran muy débiles, en Hungría y otros países su fuerza era mucho mayor.

Desde el punto de vista de la clase trabajadora, el control estatal sobre la producción no puede desembocar en ningún resultado, ya que la república popular no es más que una forma modificada de la dominación capitalista, y el Estado, en ella, sigue siendo lo que era antes: simplemente el órgano colectivo de la clase detentadora de la propiedad para la opresión de la clase trabajadora.¹⁸⁶

La radicalización de las luchas obreras

La desorganización y parálisis de la economía puso a los trabajadores y a la gran mayoría de la población al borde del hambre. En tales condiciones la asamblea decidió que:

[...] en todas las grandes empresas deben organizarse Consejos de control de fábrica, que en calidad de órganos de poder obrero, controlen la producción de las fábricas, el suministro de materias primas y también el funcionamiento y toda la marcha de los negocios.¹⁸⁷

Pero no se veían como organizaciones paritarias de cooperación con el Estado ni como órganos de “autogestión” sino como palancas y complementos de la lucha por el poder político:

[...] el control obrero representa únicamente una fase de transición hacia el sistema de gestión obrera, para la cual es necesaria como condición previa la toma del poder político. [...] En consideración a todo ello, la asamblea de delegados y de miembros de la organización condena cualquier suspensión, aunque sólo sea provisional, de la lucha de clase, cualquier adhesión a los principios constitucionales, y considera tarea inmediata de la clase trabajadora la organización de los Consejos de obreros, soldados y campesinos como factores de la dictadura del proletariado.¹⁸⁸

El 17 de diciembre, el Consejo Obrero de Szeged –la segunda ciudad del país– decidió disolver la municipalidad y “tomar el poder”. Fue un acto aislado que expresaba el nerviosismo ante el deterioro de la situación. El gobierno reaccionó con prudencia y estableció negociaciones que acabaron en un restablecimiento del ayuntamiento con “mayoría socialdemócrata”. En la Navidad de 1918, los obreros de una fábrica de Budapest reclamaron una paga extra. Inmediatamente, sus compañeros de fábricas vecinas retomaron la misma demanda. En un par de días todo Budapest hacía suya la reivindicación que empezaba a extenderse a las provincias.

¹⁸⁶ Béla Szántó, ob. cit.

¹⁸⁷ *Ibidem.*

¹⁸⁸ *Ibidem.*

Los empresarios no tuvieron más remedio que ceder.¹⁸⁹

A principios de enero, los mineros de Salgótarján formaron un Consejo Obrero que decidió la toma del poder y la organización de una milicia. Esto asustó al gobierno central, que envió inmediatamente tropas de élite que ocuparon militarmente el distrito y causaron 18 muertos y 50 heridos. Dos días después, los obreros del área de Sátoralja-Llilyehly toman la misma decisión con una idéntica respuesta gubernamental que provoca un nuevo baño de sangre. En Kiskunfélegyhaza, las mujeres organizan una manifestación contra la carestía de alimentos y los precios caros, la policía dispara contra la multitud provocando 10 muertos y 30 heridos. Dos días más tarde, es el turno de los obreros de Pozsony, cuyo Consejo proclama la dictadura del proletariado. El Gobierno, falto de fuerzas, pide al Gobierno checoslovaco que ocupe militarmente la ciudad (ya que se trata de un área fronteriza).¹⁹⁰

El problema campesino se agudiza. Los soldados desmovilizados vuelven a sus aldeas y extienden la agitación. Se celebraban reuniones reclamando el reparto de tierras. En el Consejo Obrero de Budapest¹⁹¹ se manifestó una fuerte solidaridad con los campesinos que desembocó en la propuesta de celebrar una reunión para “imponer al gobierno una solución al problema agrario”. La primera sesión no llegó a ningún acuerdo y hubo que celebrar una segunda en la cual acabó aceptando la propuesta socialdemócrata que preveía la formación de unas “explotaciones agrarias individuales con indemnización a los antiguos propietarios”. Esta medida logró calmar momentáneamente la situación pero, como veremos en el próximo capítulo, apenas duró unas semanas. De hecho, en Arad –cerca de Rumania– a finales de enero los campesinos ocuparon las tierras y el gobierno tuvo que acallarlos mediante un numeroso dispositivo de tropas que ejecutó la enésima matanza.

¹⁸⁹ Para compensarlos, el ministro socialdemócrata Garami propuso concederles un crédito de 15 millones de coronas. Es decir, que la mejora que los trabajadores habían recibido se evaporaría en unos días con la inflación que semejante préstamo iría a provocar. La subvención fue aprobada incluso con la oposición de los ministros oficialmente burgueses del gabinete

¹⁹⁰ Esta zona se mantendrá bajo dominio checoslovaco hasta el aplastamiento de la revolución en agosto de 1919.

¹⁹¹ Desde enero había empezado a revivir en uno de esos vaivenes que hablábamos antes. Las grandes fábricas habían enviado delegados –muchos de ellos comunistas–, los cuales habían exigido la reanudación de sus reuniones.

Febrero de 1919: el ataque represivo contra los comunistas

En enero la Unión de Periodistas se constituye en Consejo y pide la censura de todos los artículos hostiles a la revolución. Se multiplican las asambleas de tipógrafos y otros sectores relacionados que se suman a esta medida. Los trabajadores de la metalurgia participan en esta actividad que desemboca en la toma del control por parte de los trabajadores de la mayoría de periódicos. Desde ese momento, la publicación de noticias y artículos es sometida a la decisión colectiva de los obreros.

Budapest se había convertido en una gigantesca escuela de debate.¹⁹² Todos los días, a todas horas, se celebraban discusiones sobre los temas más variados. Se ocupaban locales por doquier. Únicamente los generales y los grandes empresarios estaban privados del derecho de reunión, pues cada vez que intentaban hacerlo eran dispersados por grupos de trabajadores metalúrgicos y de soldados que acabaron tomando sus lujos locales.

En paralelo al desarrollo de los Consejos Obreros y ante el problema antes planteado del caos y la desorganización en la producción, en las empresas se multiplica un segundo tipo de organismos –los Consejos de Fábrica– que asumen el control de los abastecimientos y la producción de los bienes y servicios esenciales con objeto de evitar la carestía de los artículos más básicos. A finales de enero el Consejo Obrero de Budapest decide una audaz iniciativa centralizadora: asumir el control de la fábrica de gas, de las manufacturas de armas, de las principales obras de construcción, del periódico *Deli Hirlap* y del hotel Hungría.

Esta decisión supone un desafío al gobierno y es respondida por el socialista Garami proponiendo un proyecto de ley que reducía los Consejos de Fábrica a meros colaboradores de los patrones a los que se restablecía la entera autoridad sobre los asuntos de producción, organización empresarial, etc. Se multiplican las reuniones masivas protestando contra esta medida. En el Consejo Obrero de Budapest la discusión es muy acalorada. El 20 de febrero, en la tercera sesión para tomar una decisión sobre el proyecto de ley, los socialistas dieron un espectacular golpe de efecto, sus delegados irrumpieron en la asamblea con una noticia sensacional:

¹⁹² Esta fue igualmente una característica sobresaliente de la Revolución Rusa que subraya, por ejemplo, John Reed en su libro *Diez días que estremecieron al mundo*.



József Cserny, un comandante de los “Los Muchachos de Lenin”



Béla Kun en 1919

Los comunistas han lanzado un ataque contra el *Népszava*. ¡La redacción ha sido asaltada con ráfagas de ametralladora! ¡Varios redactores han perecido ya! ¡La calle está cubierta de muertos y heridos!¹⁹³

Esto permitió aprobar por una apretada mayoría la disposición contra los Consejos de Fábrica pero, además, abrió una etapa crucial: la tentativa de aplastar por la fuerza al Partido Comunista.

El asunto del asalto al *Népszava* pronto se demostraría que era una provocación montada por el Partido Socialdemócrata. Esta operación, realizada en un momento especialmente delicado –con los Consejos Obreros creciendo por doquier en todo el país y cada vez más soliviantados contra el gobierno–, venía a rematar una campaña –dirigida por el Partido Socialdemócrata– contra el Partido Comunista y organizada desde meses atrás.

Ya en diciembre de 1918, el gobierno –a propuesta del Partido Socialdemócrata– había prohibido el uso de todo tipo de papel de prensa con el objetivo de impedir la edición y difusión del *Vörös Ujság*. En enero de 1919, el gobierno recurrió a la fuerza:

[...] una mañana un destacamento de 160 policías armados con bombas de mano y ametralladoras, rodeó el Secretariado. Bajo pretexto de registro, los policías invadieron el local, devastaron todo el mobiliario y el equipo y se lo llevaron todo llenando ocho grandes coches.¹⁹⁴

Szántó señala que:

[...] el asesinato de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg por obra de la contrarrevolución blanca en Alemania, fue considerada por los contrarrevolucionarios húngaros como señal de la lucha contra el bolchevismo.¹⁹⁵

Un periodista burgués de gran influencia –Ladislo Fényes– inició una persistente campaña contra los comunistas. Decía que “había que quitarlos de en medio con las armas en la mano”.

El Partido Socialdemócrata repetía machaconamente que Rosa y Liebknecht “se habían ganado la muerte por haber desafiado la unidad del movimiento obrero”. Alejandro Garbai –que, posteriormente sería presidente de los Consejos Obreros Húngaros– declaraba que “los comunistas tienen que ser colocados ante la boca de los fusiles porque nadie puede dividir al partido socialdemócrata sin pagar por ello con la

¹⁹³ *Ibidem*, p. 60.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 51.

¹⁹⁵ *Ibidem*, p. 51.

vida”.¹⁹⁶ La unidad obrera, que es un bien fundamental para el proletariado, era utilizada fraudulentamente para apoyar y ampliar la ofensiva represiva de la burguesía.¹⁹⁷

La cuestión de la “amenaza a la unidad obrera” fue llevada al Consejo Obrero de Budapest por el partido socialdemócrata. Los Consejos Obreros que apenas empezaban a andar se vieron confrontados a una espinosa cuestión que acabó por paralizarlos: una y otra vez los socialdemócratas presentaban mociones pidiendo la exclusión de los comunistas de las reuniones por “haber roto la unidad obrera”. No hacían sino reproducir la feroz campaña de sus compinches alemanes que desde noviembre 1918 habían hecho de la “unidad” su principal baza para arrinconar a los espartaquistas, propiciando una atmósfera de pogromo contra ellos.

En ese contexto se sitúa el asalto al *Népszava*. Mueren 7 policías. Durante la misma noche del 20 de febrero se produce una oleada de detenciones de militantes comunistas. Los policías, soliviantados por la muerte de 7 colegas, infligen torturas a los detenidos. El 21 de febrero, el *Népszava* difunde una declaración del partido socialdemócrata que tilda a los comunistas de “contrarrevolucionarios mercenarios de los capitalistas” y llama a la huelga general en señal de protesta. También propone una manifestación la misma tarde ante el parlamento.

La manifestación es gigantesca. Acuden muchos trabajadores que están indignados contra los comunistas por el asalto que se les atribuye, pero sobre todo el Partido Socialdemócrata moviliza a funcionarios, pequeños burgueses, oficiales del ejército, tenderos, etc., que reclaman mano dura de la justicia burguesa contra los comunistas.

El 22 de febrero, la prensa da cuenta de las torturas infligidas a los detenidos. El *Népszava* sale en defensa de los policías:

Nos explicamos el rencor de la policía y compartimos de la manera más viva su dolor por los colegas caídos en defensa de la prensa obrera. Podemos congratularnos de que los policías hayan dado su adhesión a nuestro partido, que se hayan organizado y que tengas sentimientos solidarios con el proletariado.¹⁹⁸

¹⁹⁶ *Ibidem*, p. 52.

¹⁹⁷ Veremos en un próximo artículo cómo la unidad fue el caballo de Troya que utilizaron los socialdemócratas para mantener el control de los Consejos Obreros cuando éstos tomaron el poder.

¹⁹⁸ Citado por Szántó, ob. cit., p. 63.

Estas repugnantes palabras son el santo y seña de una ofensiva en toda la regla dirigida por el Partido Socialdemócrata contra el proletariado que tiene dos etapas: la primera, aplastar a los comunistas como vanguardia revolucionaria y la segunda, derrotar a la propia masa proletaria, cada vez más radicalizada.

El 22 mismo, la moción de expulsión de los comunistas del Consejo Obrero es aprobada. Los comunistas están completamente descabezados. Aparentemente, la contrarrevolución está triunfando.

En el próximo capítulo veremos cómo esta ofensiva acabará fracasando gracias a una vigorosa respuesta del proletariado.

Carlo Mir

II - LA REVOLUCIÓN HÚNGARA DE 1919

El abrazo de oso de la socialdemocracia

En el capítulo anterior vimos cómo ante el creciente desarrollo de la lucha proletaria, el Partido Socialdemócrata, bastión principal del capitalismo, había intentado la sucia maniobra de cargar a los comunistas la responsabilidad de un extraño asalto a la redacción del periódico socialista *Népszava*, con la cual pretendía criminalizarlos, primer paso para desencadenar una oleada represiva que, empezando por los comunistas, acabara con la aniquilación de los incipientes Consejos Obreros y con la destrucción de toda veleidad revolucionaria en el proletariado húngaro

En este capítulo veremos cómo esta maniobra fracasó y la situación revolucionaria continuó madurando y cómo, ante ello, el Partido Socialdemócrata lanzó una maniobra tan arriesgada como finalmente exitosa para el capitalismo: fusionarse con el Partido Comunista, “tomar el poder” y organizar la “dictadura del proletariado”, lo cual frustró el proceso ascendente de lucha y organización del proletariado y lo llevó a un callejón sin salida que permitió su derrota total.

Marzo de 1919: crisis de la República burguesa

Pronto se supo la verdad del asunto del asalto al periódico. Los obreros se sintieron engañados y su indignación creció al conocer las bárbaras torturas infringidas a los comunistas. La credibilidad del Partido Socialdemócrata sufrió un rudo golpe. Todo esto favoreció la popularidad de los comunistas.

Desde finales de febrero se multiplican las luchas reivindicativas, los campesinos toman las tierras sin esperar a la, tantas veces prometida, “reforma agraria”,¹⁹⁹ la afluencia a las reuniones del Consejo Obrero de Budapest crece por momentos, las discusiones son tumultuosas y se formulan acerbos críticas a los dirigentes socialdemócratas y sindicales. La República burguesa, que tantas ilusiones había suscitado en octubre de 1918, provoca una fuerte decepción. Los 25.000 soldados repatriados de los campos de batalla que permanecen en los cuarteles están organizados

¹⁹⁹ Mediante una acción coordinada, los comités campesinos tomaron las tierras del principal aristócrata del país, el conde Esterhazy.

en Consejos y, en la primera semana de marzo, las asambleas de cuartel no solamente renuevan sus representantes –con un aumento notable de los delegados comunistas– sino que votan mociones por las cuales “sólo obedecerán aquellas órdenes del gobierno que hayan sido previamente ratificadas por el Consejo de Soldados de Budapest”.

El 7 de marzo, una sesión plenaria del Consejo Obrero de Budapest adopta una resolución que “exige la socialización de todos los medios de producción y la transferencia de su dirección a los Consejos”. Si bien la socialización sin destrucción del Estado burgués es una medida a medias, el acuerdo expresa la mayor confianza en sí mismos de los Consejos y constituye una respuesta a dos problemas acuciantes: 1) el sabotaje que realiza la patronal a una producción totalmente desorganizada debido a la guerra; 2) el tremendo desabastecimiento de víveres y productos de primera necesidad.

Los acontecimientos se radicalizan. El Consejo Obrero de metalúrgicos lanza un ultimátum al gobierno: le da 5 días para ceder el poder a los partidos del proletariado.²⁰⁰ El 19 de marzo tiene lugar la más gigantesca manifestación hasta entonces conocida convocada por el Consejo Obrero de Budapest; los parados piden un subsidio y una carta de avituallamiento, se pide igualmente la supresión de los alquileres de vivienda. El día 20 los tipógrafos se declaran en huelga, que se convierte en general al día siguiente con dos reivindicaciones: liberación de los dirigentes comunistas y un “gobierno obrero”.

Si estos hechos mostraban la maduración de una situación revolucionaria, ésta sin embargo estaba aún lejos del umbral político que permite al proletariado lanzarse a la toma del poder. Para tomarlo con éxito y conservarlo, el proletariado cuenta con dos fuerzas imprescindibles: los Consejos Obreros y el Partido Comunista. En marzo 1919, los Consejos Obreros en Hungría apenas habían comenzado a andar, empezaban a sentir su fuerza y autonomía y trataban de desprenderse de la tutela castradora de la socialdemocracia y de los sindicatos. Pero tenían aún limitaciones. Las dos más importantes eran que:

- Confían en la posibilidad de un “Gobierno obrero” donde se unieran socialdemócratas y comunistas, lo cual, como veremos, fue la tumba de todo desarrollo revolucionario.

²⁰⁰ Esto revela la politización creciente de los obreros pero al mismo tiempo la insuficiencia de su toma de conciencia, pues piden un gobierno donde estén juntos los traidores socialdemócratas y los comunistas, encarcelados gracias a las maquinaciones de los primeros.

- Predominaba la organización por sectores económicos: Consejo de Metalúrgicos, Consejo de Tipógrafos, Consejo del Textil, etc. Mientras en Rusia y ya desde la Revolución de 1905 la organización de los Consejos era totalmente horizontal abarcando a la clase obrera como unidad que supera las divisiones por sector, región, nacionalidad etc.; en Hungría vemos la coexistencia de Consejos sectoriales junto con Consejos horizontales de ciudad, con el peligro de corporativismo y dispersión que ello representaba.

Respecto al Partido Comunista, como apuntamos en el primer capítulo de esta serie, era todavía muy débil y heterogéneo, y el debate apenas se había desarrollado en su seno. Carecía de una estructura internacional sólida que lo guiara –la Internacional Comunista estaba celebrando su primer congreso en esos momentos–. Por todo ello –y como vamos a ver a continuación– mostró una terrible falta de solidez y de claridad, que lo harán fácil víctima de la trampa que va a tenderle la socialdemocracia.

La fusión con el Partido Comunista y la proclamación de la República Soviética

El coronel Vix, representante de la Entente,²⁰¹ entrega un ultimátum donde se estipula crear una zona desmilitarizada gobernada directamente por el mando aliado dentro del territorio húngaro que tiene una profundidad media de 200 kilómetros, lo que supone ocupar más de la mitad del país.

La burguesía nunca enfrenta al proletariado a cara descubierta, la historia nos demuestra que trata de encerrarlo entre dos fuegos, el derecho y el izquierdo. Vemos cómo el derecho dispara con la amenaza de ocupación militar que, desde abril, se convertirá en una invasión en toda la regla. Por su parte, el izquierdo entra en acción con una dramática declaración del presidente Karolyi al día siguiente:

La Patria está en peligro. Ha sonado la hora más grave de nuestra historia. Ha llegado el momento para que la clase obrera húngara, la única fuerza organizada en el país, y con sus relaciones internacionales, salve a la Patria de la anarquía y la mutilación. Propongo un gobierno socialdemócrata homogéneo que haga frente a los imperialistas. Para llevar esto a bien es indispensable que la clase obrera recobre su

²⁰¹ En la Primera Guerra Mundial, la Entente agrupaba al bando imperialista formado por Gran Bretaña, Francia y –hasta la revolución– Rusia.

unidad. Con este fin los socialdemócratas deben encontrar un terreno de acuerdo con los comunistas.²⁰²

El fuego derecho con la ocupación militar y el fuego izquierdo con la defensa nacional convergen en el mismo objetivo: la conservación de la dominación capitalista. La ocupación militar –la peor afrenta que puede sufrir un Estado nacional– tiene en realidad como objetivo aplastar las tendencias revolucionarias en el proletariado húngaro. Pero ofrece a la izquierda la posibilidad de alistar a los obreros para la defensa de la Patria. Es una situación tramposa que ya se había planteado en octubre de 1917 en Rusia donde la burguesía rusa prefería que las tropas alemanas ocupasen Petersburgo ante su incapacidad para aplastar al proletariado y que éste rompiera hábilmente lanzándose a la toma del poder.

Siguiendo la estela del conde Karolyi, el socialista derechista Garami expone la estrategia a seguir:

[...] confiar el gobierno a los comunistas, esperemos a su bancarrota completa y entonces, y sólo entonces, en una situación libre de estos desechos de la sociedad podremos formar un gobierno homogéneo.²⁰³

El ala centrista del Partido²⁰⁴ precisa esta política:

Constatando efectivamente que Hungría va a ser sacrificada por la Entente, que manifestamente ha decidido liquidar la revolución, se desprende de ello que las únicas bazas que ésta dispone son la Rusia Soviética y el Ejército Rojo. Para obtener su apoyo es preciso que la clase obrera húngara sea dueña del poder y que Hungría sea una República popular y soviética, [...] para evitar que los comunistas abusen del poder es mejor tomarlo con ellos.²⁰⁵

El ala izquierda del Partido Socialdemócrata defiende una posición proletaria y tiende a converger con los comunistas. Frente a ella, los derechistas de Garami y los centristas de Garbai maniobran con mucha habilidad.

²⁰² La mayor parte de las informaciones que hemos utilizado para este artículo están tomadas de Roland Bardy, 1919, *La Commune de Budapest*, París, Éditions de la Tête de Feuilles, 1973, que presenta una documentación abundante. La cita presente está tomada de la página 83.

²⁰³ *Ibidem*, p. 83.

²⁰⁴ A diferencia de Alemania donde dentro del centrismo se acogían masas de militantes jóvenes radicalizados pero inexpertos, el ala centrista del partido húngaro estaba formada por cuadros tan oportunistas como los del ala derecha pero mucho más astutos y con más capacidad de adaptación a la situación.

²⁰⁵ *Ibidem*, p. 84.

Garami dimite de todos sus cargos. El ala derechista se sacrifica en beneficio del ala centrista que “declarándose favorable al programa comunista” logra seducir al ala izquierda.²⁰⁶

Tras este viraje, la nueva dirección centrista propone la fusión inmediata con el Partido Comunista y ¡la toma del poder! Una delegación del partido visita en la cárcel a Béla Kun planteando: la fusión de los dos partidos, la formación de un gobierno obrero con exclusión de todos los partidos burgueses y la alianza con Rusia. Las conversaciones duran apenas una jornada, tras la cual Béla Kun redacta un protocolo de seis puntos entre los que destacan:

La completa fusión de los dos partidos en uno nuevo cuyo nombre será provisionalmente Partido Socialista Unificado de Hungría [...] El PSUH toma inmediatamente el poder en nombre de la dictadura del proletariado, esta dictadura será ejercida por los Consejos de Obreros, Soldados y Campesinos. No habrá Asamblea Nacional. Una alianza militar y política lo más completa posible será concluida con Rusia.²⁰⁷

El presidente Karolyi, puntualmente informado de las negociaciones, presenta la dimisión y hace una declaración donde se dirige “al proletariado del mundo para obtener ayuda y justicia. Dimito y entrego el poder al proletariado del pueblo de Hungría”.²⁰⁸ En la manifestación del 22 de marzo “el *ex homo regius*, el archiduque Francisco José, cual Felipe Libertad, también vendrá al lado de los obreros, en el curso de la manifestación”.²⁰⁹ El nuevo gobierno que se forma al día siguiente, con Béla Kun y los demás dirigentes comunistas recién salidos de la cárcel, es presidido por el socialista centrista Garbai²¹⁰ y tienen mayoría los centristas con dos puestos reservados al ala izquierda y otros dos para los comunistas, entre ellos Béla Kun. Comienza con ello una arriesgada operación consistente en hacer de los comunistas rehenes de la política socialdemócrata y en

²⁰⁶ En el libro *La Revolución Húngara de 1919*, de Béla Szántó, en el capítulo “¿Con quién hubieran debido unirse los comunistas?” (p. 88) cita a un socialista, Buchinger, que reconoció que “el paso de fundirse con los comunistas sobre la base de su programa integral fue dado sin la menor convicción”.

²⁰⁷ Roland Bardy, ob. cit., p. 85.

²⁰⁸ *Ibidem*, p. 86.

²⁰⁹ *Ibidem*, p. 99.

²¹⁰ Este personaje había gritado en febrero 1919: “Los comunistas tienen que ser colocados ante la boca de los fusiles”, y en julio de 1919 declaró: “Yo no puedo integrarme en el universo mental en que se basa la dictadura del proletariado” (Béla Szántó, ob. cit., p. 99).

sabotear los incipientes Consejos Obreros con el regalo envenenado de la “toma del poder”. Los socialistas dejarán el protagonismo a Béla Kun, quien –totalmente atrapado– se convertirá en el avalista y el portavoz de toda una serie de medidas que no harán sino desprestigiarlo.²¹¹

La “unidad” provoca la división en las fuerzas revolucionarias

La proclamación del partido “unificado” logró, en primer lugar, bloquear el acercamiento de los socialistas de izquierda a los comunistas que fueron hábilmente seducidos por el radicalismo de los centristas. Pero, lo más grave es que abrió la caja de Pandora dentro de los comunistas que se dividieron en múltiples tendencias. La mayoría, en torno a Béla Kun, se convirtió en rehén de los socialdemócratas; otro sector, encabezado por Szamuely, permaneció dentro del nuevo Partido pero tratando de llevar una política independiente. La mayoría de los anarquistas se separaron fundando la Unión Anarquista, que apoyará al nuevo gobierno desde una postura de oposición.²¹²

El Partido fundado unos meses antes, y que apenas empezaba a desarrollar una organización y una intervención, se volatiliza completamente. El debate se hace imposible y se produce una confrontación constante entre sus antiguos miembros. Ésta no se hace sobre la base de unos principios y una visión independiente de la situación, sino que va a siempre a remolque de la evolución de los acontecimientos y de las astutas maniobras que lanzan los centristas socialdemócratas.

La desorientación sobre la situación real en Hungría afectó a un militante de la experiencia y clarividencia de Lenin. En sus *Obras Completas* se halla la transcripción de las tomas de contacto realizadas con Béla Kun en los días 22 y 23 de marzo de 1919.²¹³ Lenin pregunta a Béla Kun:

²¹¹ Béla Szántó refiere que un día después Béla Kun confesó a sus compañeros de partido: “Las cosas han ido demasiado bien. No he podido dormir, he estado pensando toda la noche dónde nos hemos podido equivocar”, *ibidem*, p. 82.

²¹² Dentro de la Unión Anarquista destacará una tendencia organizada autónomamente que se hace llamar “Los Muchachos de Lenin” y que se da como divisa “la defensa del poder de los Consejos Obreros”. Tendrá una participación destacada en las acciones militares en defensa de la revolución.

²¹³ Vladimir Illich Lenin, *Obras Completas*, tomo 38, Moscú, Editorial Progreso, 1986, pp. 228-229 y 246. Los documentos se titulan: “Saludo por Radio al gobierno de la República de los Consejos Húngara”, “Radiograma enviado a Béla Kun” y “Comunicado sobre las conversaciones por radio con Béla Kun”.

Tenga la bondad de comunicar qué garantías reales tiene de que el nuevo Gobierno húngaro será efectivamente comunista y no simplemente socialista nada más, es decir, social-traidor. ¿Tienen los comunistas mayoría en el Gobierno? ¿Cuándo se celebrará el Congreso de los Consejos? ¿En qué consiste realmente el reconocimiento de la dictadura del proletariado por los socialistas?

Básicamente, Lenin formula las preguntas correctas. Sin embargo, como todo es llevado por simples contactos personales y no mediante un debate colectivo internacional, Lenin concluye que:

Las respuestas de Béla Kun fueron plenamente satisfactorias y disiparon plenamente nuestras dudas. Resultó que los socialistas de izquierda habían visitado a Béla Kun en la cárcel y sólo ellos, simpatizantes de los comunistas, así como gente del centro, fueron quienes formaron el nuevo gobierno, mientras que los socialistas de derecha, los social-traidores, por así decirlo, incorregibles e intransigentes, abandonaron el partido, sin que ningún obrero los siguiera.

Aquí se ve que Lenin o estaba mal informado o no valoraba correctamente la situación, puesto que el centro de la socialdemocracia dominaba el gobierno y los socialistas de izquierda estaban en manos de sus “amigos” del centro.

Dejándose llevar por un optimismo desmovilizador, Lenin concluye:

La propia burguesía entregó el poder a los comunistas de Hungría. La burguesía ha mostrado al mundo entero que cuando sobreviene una crisis grave, cuando la nación se halla en peligro, es incapaz de gobernar. Y el único poder realmente querido por el pueblo, es el Poder de los Consejos de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.

Elevados al “Poder”, los Consejos Obreros son saboteados

Este Poder solamente existía sobre el papel. En primer lugar, es el Partido Socialista Unificado quien toma el poder sin que el Consejo de Budapest ni el resto de consejos del país hayan tenido arte ni parte.²¹⁴ Aunque, formalmente el Gobierno se declara “subordinado” al Consejo Obrero de Budapest, en la práctica lo que hace es presentarle decretos,

²¹⁴ El Consejo Obrero de Szeged –ciudad incluida en la zona “desmilitarizada” y en realidad ocupada por 16.000 soldados franceses– actuó de forma revolucionaria. El 21 de marzo, el Consejo organiza la insurrección ocupando todos los puntos estratégicos. Los soldados franceses se niegan a combatirlos y el mando decide la retirada. El Consejo elige el 23 un Consejo de Gobierno formado por un obrero del vidrio, otro de la construcción y un abogado. El 24 se pone en contacto con el nuevo gobierno de Budapest.

órdenes y decisiones diversas como hechos consumados frente a los que únicamente posee un dudoso derecho de veto. Los Consejos Obreros son sometidos al corsé de la podrida práctica parlamentaria.

Los asuntos del proletariado siguieron siendo administrados –o más exactamente saboteados– por la antigua burocracia y no por los Consejos Obreros mismos, que de esta manera nunca llegaron a convertirse en organismos activos.²¹⁵

Pero el golpe más severo a los consejos es la convocatoria de elecciones que hace el gobierno para constituir una “Asamblea Nacional de Consejos Obreros”. El sistema de elección que impone el gobierno es el de concentrar las elecciones en dos fechas (7 y 14 de abril de 1919) “siguiendo las modalidades de la democracia formal (escrutinio de listas, voto secreto, cabina de voto)”.²¹⁶ Se trata de una reproducción del mecanismo típico de las elecciones burguesas lo cual no hace otra cosa que sabotear la esencia misma de los Consejos Obreros. Mientras que en la democracia burguesa los órganos electos son el resultado de un voto efectuado por una suma de individuos atomizados y completamente separados entre sí, los Consejos Obreros suponen un concepto radicalmente nuevo y diferente de la acción política: las decisiones, las acciones a tomar, son pensadas y discutidas por debates donde participan enormes masas de forma organizada, pero a su vez, éstas no se limitan a adoptar la decisión sino que son ellas mismas quienes la ponen en práctica.

El triunfo de la maniobra electoral no es solamente el producto de la habilidad maniobrera de los socialdemócratas centristas, éstos explotan las confusiones existentes no solamente en las masas sino en la mayoría de los propios militantes comunistas, especialmente en el Grupo de Béla Kun. Años de participación en las elecciones y el parlamento –actividad necesaria para el avance del proletariado en el periodo ascendente del capitalismo– habían producido hábitos y visiones atados a un pasado definitivamente superado que bloqueaban una respuesta clara a la nueva situación, la cual exigía la ruptura completa con el parlamentarismo y el electoralismo.

El mecanismo electoral y la disciplina del partido “unificado” hacen que “en la presentación de los candidatos a las elecciones a los consejos, los comunistas debieron defender la causa de los socialdemócratas

²¹⁵ Béla Szántó, ob. cit., p. 106.

²¹⁶ Roland Bardy, ob. cit., p. 101.

e incluso así muchos de ellos no salieron elegidos”, constata Szántó, que añade que esto permitía a los socialdemócratas entregarse “al verbalismo revolucionario y comunista, con el fin de aparecer más revolucionarios que los comunistas”.²¹⁷

Estas políticas suscitaron una viva resistencia. Las elecciones de abril fueron impugnadas en el 8º distrito de Budapest, donde Szamuely logra anular la lista oficial de ¡su propio partido, el PSUH! e impone una elección mediante debates en asambleas masivas, las cuales darán la credencial a una coalición formada por disidentes del propio PSUH y anarquistas, vertebrados en torno a Szamuely.

A mediados de abril hubo otra tentativa de dar vida a auténticos consejos obreros. Un movimiento de consejos de barrio logró celebrar una Conferencia de Consejos de Barrio de Budapest que criticó severamente al “gobierno soviético” y propuso toda una serie de alternativas sobre el abastecimiento, la relación con los campesinos, la represión de los contrarrevolucionarios, la conducción de la guerra y planteó, ¡apenas una semana después de las elecciones!, una nueva elección de los Consejos. Rehén de los socialdemócratas, Béla Kun aparece en la última sesión de la Conferencia como un bombero apagafuegos, su discurso raya la demagogia: “Estamos tan a la izquierda que es imposible ir más lejos. Un viraje todavía más a la izquierda no podría ser otra cosa que una contrarrevolución”.²¹⁸

La reorganización económica se apoya en los sindicatos contra los Consejos

La tentativa revolucionaria se enfrentaba al caos económico, el desabastecimiento y el sabotaje empresarial. Si bien el centro de gravedad de toda revolución proletaria es el poder político de los Consejos eso no quiere decir que se deba descuidar el control de la producción por parte de éstos. Aunque es imposible iniciar una transformación revolucionaria de la producción en dirección al comunismo, en tanto la revolución no se complete a escala mundial, de ahí no se deduce que el proletariado no deba llevar una política económica desde el principio de su revolución. En particular, ésta debe abordar dos cuestiones prioritarias: la primera es adoptar todas las medidas posibles para disminuir la explotación de

²¹⁷ Béla Szántó, ob. cit., p. 91.

²¹⁸ Roland Bardy, ob. cit., p. 105.

los trabajadores y garantizar que dispongan del máximo tiempo libre para que puedan consagrar sus mejores energías a la participación activa en los Consejos Obreros. En este terreno, presionado por el Consejo Obrero de Budapest, el Gobierno adoptó medidas tales como la eliminación del trabajo a destajo y la reducción de las horas de trabajo, con el expreso objetivo de “permitir a los obreros la participación en la vida cultural y política de la revolución”.²¹⁹

La segunda es combatir el desabastecimiento y el sabotaje de tal forma que el hambre y el caos económico inevitables no acaben ahogando a la revolución. Frente a este problema, los obreros levantaron desde enero de 1919 Consejos de Fábrica y Consejos Sectoriales y, como ya vimos en el primer capítulo de la serie, el Consejo de Budapest adoptó un audaz plan de control de los suministros básicos. Sin embargo, el Gobierno que supuestamente debía apoyarse en ellos llevó una política sistemática para quitarles todo control sobre la producción y el abastecimiento, en beneficio de los sindicatos. En esto, Béla Kun cometió graves errores. Así, en mayo de 1919 declara:

El aparato de nuestra industria reposa sobre los sindicatos. Éstos deben emanciparse rápidamente y transformarse en potentes empresas que comprenderán la mayoría y después el conjunto de individuos de una rama industrial. Los sindicatos tomando parte en la dirección técnica, su esfuerzo tiende a hacerse lentamente con todo el trabajo de dirección. Así garantizan que los órganos económicos centrales del régimen y de la población laboriosa trabajan de acuerdo y los obreros se habitúan a la conducción de la vida económica.²²⁰

Roland Bardy comenta críticamente este análisis:

[...] prisionero de un esquema abstracto, Béla Kun no podía darse cuenta de que la lógica de su posición conducía a devolver a los socialistas un poder del que habían sido progresivamente desposeídos.²²¹

El gobierno dispuso que sólo los obreros y campesinos sindicados tuvieran acceso a las cooperativas y economatos de consumo. Esto daba a los sindicatos una palanca esencial de control. Esto fue teorizado por Béla Kun:

[...] el régimen comunista es el de la sociedad organizada. Quien quiera vivir y prosperar debe adherir a una organización, los sindicatos no deben poner ninguna traba a las admisiones.²²²

²¹⁹ *Ibidem*, p. 117.

²²⁰ *Ibidem*, p. 111.

²²¹ *Ibidem*, p. 112.

²²² *Ibidem*, p. 127.



Soldados del Ejército Rojo reprimen una revuelta anticomunista de la Academia Militar Ludovika en Budapest (24 de junio de 1919)



El comunista József Pogány les habla a los soldados revolucionarios durante la revolución de 1919

Como señala Bardy,

[...] abrir el sindicato a todos era el mejor medio para liquidar la preponderancia del proletariado en su seno y abrir a largo plazo el restablecimiento democrático de la sociedad de clases.

De hecho,

[...] Los antiguos patronos, los rentistas, los grandes criados no participaban en la producción activa (industria-agricultura) pero sí en los servicios administrativos y jurídicos. El inflamamiento de este sector permitió a la antigua burguesía sobrevivir como clase parásita y tener acceso al suministro de productos sin estar integrada en el proceso productivo.

Este sistema alentó la especulación y avivó el mercado negro, sin lograr resolver jamás el problema del hambre y el desabastecimiento que torturó a los obreros de las grandes ciudades.

El Gobierno impulsó la formación de grandes explotaciones agrarias regidas por un sistema de “colectivización”. Esto resultó ser una gran estafa. Al frente de las Granjas Colectivas fueron puestos unos “comisarios de producción” y cuando no eran unos burócratas arrogantes, eran ¡los antiguos terratenientes!, que seguían residiendo en sus mansiones y exigían a los campesinos que los siguieran llamando “amo”.

Se suponía que las Granjas Colectivas extenderían la revolución en el campo y garantizarían el abastecimiento pero, en la práctica, no hicieron ninguna de las dos cosas. Los jornaleros y campesinos pobres, profundamente decepcionados por la realidad de las granjas colectivizadas, se apartaron cada vez más del régimen; por otra parte, los dirigentes de éstas exigieron un trueque que el Gobierno era incapaz de asegurar: suministro de productos agrícolas a cambio de abonos, tractores y maquinaria. Por ello vendían a especuladores y acaparadores, con lo cual el hambre y el desabastecimiento llegaron a tales niveles que el Consejo Obrero de Budapest organizó desesperadamente la transformación en cultivos agrícolas de solares, parques y jardines.

La evolución de la lucha revolucionaria mundial y la situación en Hungría

La única manera que tenía el proletariado húngaro de romper la trampa en la que se hallaba prisionero era el avance de la lucha del proletariado mundial. El periodo de marzo a junio de 1919 alienta grandes esperanzas, pese al mazazo que había supuesto el aplastamiento de la insurrección de Berlín en Alemania en enero de 1919. En marzo de 1919 se constituye la

Internacional Comunista, en abril es proclamada la República Bávara de los Consejos, que finalmente es aplastada por el gobierno socialdemócrata. Igualmente, la agitación revolucionaria que crecía en Austria donde se estaban consolidando los Consejos Obreros fue abortada por la aventura provocadora de un infiltrado –Bettenheim– que arrastró al joven Partido Comunista a una insurrección minoritaria que fue fácilmente aplastada (mayo de 1919). En Gran Bretaña se produjo la gran huelga de los astilleros de Clyde, empezaron a surgir Consejos Obreros y hubo motines en el ejército. Estallaron movimientos huelguísticos en Holanda, Noruega, Suecia, Yugoslavia, Rumania, Checoslovaquia, Polonia, Italia e incluso en Estados Unidos.

Sin embargo, esos movimientos eran todavía demasiado embrionarios. Ello daba un importante margen de maniobra a los ejércitos de Francia y Gran Bretaña que seguían movilizados tras el fin de la Guerra Mundial, ocupados ahora en la sucia tarea de actuar de gendarmes encargados de aplastar los hogares revolucionarios. Su intervención se concentró en Rusia (1918-1920) y en Hungría (desde abril de 1919). Ante los primeros motines que estallaron en sus ejércitos y ante el éxito que empezaba a tener una campaña contra la guerra en Rusia, los soldados de reemplazo fueron rápidamente sustituidos por tropas coloniales mucho más inmunes que aquellos.

Frente a Hungría, el mando francés sacó lecciones de la negativa de sus soldados a reprimir la insurrección de Szeged. Optó por quedarse en un segundo plano y azuzó a los Estados vecinos de Hungría contra ésta: Rumania y Checoslovaquia serían la punta de lanza de estas operaciones. Estos Estados combinan su labor de gendarmes con la obtención de conquistas territoriales a costa del Estado húngaro.

La Rusia soviética no pudo prestar ningún apoyo militar porque estaba totalmente asediada. La tentativa en junio de 1919 por parte del Ejército Rojo de lanzar una ofensiva por el oeste junto con los guerrilleros anarquistas de Néstor Makhno, lo que hubiera abierto una vía de comunicación con el territorio húngaro, fue abortada por la violenta contraofensiva del general Denikin.

Pero el problema fundamental es que el proletariado tenía al enemigo en su propia casa.²²³ De forma pomposa, el 30 de marzo el gobierno de

²²³ “La contrarrevolución llegó a sentirse tan fuerte que pudo señalar en sus folletos y opúsculos como aliados suyos, tanto a hombres que se hallaban a la cabeza del movimiento obrero como otros que ocupaban cargos importantes en la dictadura de los Consejos.” Béla Szántó, ob. cit., p. 146.

la “dictadura del proletariado” creaba el Ejército Rojo. Este era el viejo ejército con otro nombre. Todos sus mandos estaban en manos de los antiguos generales que eran supervisados por un cuerpo de comisarios políticos que los socialdemócratas coparon en su gran mayoría, excluyendo a los comunistas.

El gobierno rechazó una propuesta de los comunistas de disolver los cuerpos policiales. Los obreros, sin embargo, desarmaron por su cuenta a los guardias y varias fábricas de Budapest adoptaron resoluciones al respecto que fueron inmediatamente aplicadas.

Sólo entonces, los socialdemócratas dieron su permiso. Pero ni siquiera consintieron en que se realizara el desarme, sino que tras una prolongada resistencia consiguieron hacer aprobar el licenciamiento de la policía, la gendarmería y la guardia de seguridad.²²⁴

Se decretó la formación de una Guardia Roja ¡donde se incorporaron los policías licenciados!

Con estos juegos malabares, Ejército y Policía, columna vertebral del Estado burgués, quedaron intactos. No es de extrañar que el Ejército Rojo se desmoronara fácilmente ante la ofensiva de abril desencadenada por tropas rumanas y checas. Varios destacamentos se pasaron al enemigo.

Con los ejércitos invasores a las puertas de Budapest el 30 de abril, la movilización obrera logró un vuelco en la situación. Anarquistas junto con el grupo de Szamuely realizan una fuerte agitación. La manifestación del Primero de Mayo conoce un éxito masivo, se gritan consignas pidiendo “el armamento del pueblo” y el grupo de Szamuely reclama: “Todo el poder para los Consejos Obreros”. El 2 de mayo tiene lugar un gigantesco mitin que pide la movilización voluntaria de los trabajadores. En pocos días, solamente en Budapest, se enrolan 40.000 en el Ejército Rojo.

El Ejército Rojo, muy fortalecido por la incorporación masiva de los obreros y por la llegada de Brigadas Internacionales de voluntarios franceses y rusos, lanza una gran ofensiva que logra una serie de victorias sobre las tropas rumanas, serbias y en especial sobre las checas, que sufren una gran derrota y sus soldados desertan masivamente. En Eslovaquia, la acción de obreros y soldados rebeldes, lleva a la formación de un Consejo Obrero que, respaldado por el Ejército Rojo, proclama la República Eslovaca de los Consejos (2 de junio). El Consejo concluye una alianza con la República Húngara y lanza un manifiesto a todos los obreros checos.

²²⁴ Béla Szántó, ob. cit., p. 104.

Este éxito puso en alerta a la burguesía mundial:

La Conferencia de Paz de París, alarmada por los éxitos del Ejército Rojo, realizó el 8 de junio un nuevo ultimátum a Budapest, en él se exigía que el Ejército Rojo dejase de avanzar e invitaba al gobierno húngaro a París para “discutir las fronteras de Hungría”. Después siguió un segundo ultimátum, en éste se amenazaba con el uso de la fuerza si no se cumplían los términos.²²⁵

El socialdemócrata Bohm, con el apoyo de Béla Kun, abre “negociaciones a cualquier precio” con el Gobierno francés: este último exige como paso previo el abandono de la República Consejista de Eslovaquia, lo que se hizo el 24 de junio; fue aplastada el 28 y todos los militantes destacados fueron ahorcados un día después.

Entretanto, la Entente opera un cambio de táctica. Las exacciones de las tropas rumanas y sus pretensiones territoriales habían provocado un cierre de filas en torno al Ejército Rojo que había favorecido sus victorias de mayo. Se montó a toda prisa un Gobierno Provisional Húngaro encabezado por dos hermanos del antiguo presidente Karolyi y se instaló en el área ocupada por los rumanos; éstos accedieron a retirarse a regañadientes para darle la apariencia de un “gobierno independiente”. El ala derecha de la socialdemocracia reaparece y apoya abiertamente este gobierno.

El 24 de junio se produce en Budapest un intento de alzamiento organizado por socialdemócratas de derecha. El gobierno negocia con los alzados cediendo a sus reivindicaciones de eliminar a “Los Muchachos de Lenin”, a los brigadistas internacionales y a los regimientos controlados por los anarquistas. Esta represión precipita la descomposición del Ejército Rojo: se producen violentos enfrentamientos en su seno, se multiplican las deserciones y los motines.

La derrota final y la represión salvaje

La desmoralización cunde entre la población obrera de Budapest. Muchos obreros y sus familias abandonan la ciudad. En las áreas campesinas se multiplican las revueltas contra el gobierno. El gobierno rumano reemprende la ofensiva militar. Desde mediados de julio los socialdemócratas, que vuelven a estar unidos, reclaman la dimisión de Béla Kun y la formación de un nuevo gobierno sin comunistas. El 20 de julio, a la des-

²²⁵ Alan Woods, *La república soviética húngara de 1919: la revolución olvidada*, disponible en: <http://www.marxist.com/republica-sovietica-hungara-1919.htm>

esperada, Béla Kun lanza una ofensiva militar contra las tropas rumanas con lo que queda del Ejército Rojo, que se rinde el 23. Finalmente, el 31 de julio, Béla Kun dimite y se forma un nuevo gobierno con socialdemócratas y sindicatos que emprende una violenta represión contra los comunistas, los anarquistas y todos los militantes obreros que no han podido huir. Szamuely es asesinado el 2 de agosto.

El 6 de agosto, ese gobierno es a su vez derrocado por un puñado de militares que no encuentra la más mínima resistencia. Las tropas rumanas entran en Budapest. El 10 de agosto, la soldadesca rumana asesina a mil obreros de Csepel. Se desencadena el terror blanco. Los detenidos son sometidos a torturas medievales antes de ser asesinados. Los soldados heridos o enfermos son sacados de los hospitales y arrastrados por las calles donde se los somete a todo tipo de vejaciones antes de ser liquidados. En los pueblos, las tropas obligan a los propios campesinos a realizar juicios contra sus propios vecinos considerados sospechosos, a torturarlos y después asesinarlos. Cualquier negativa es respondida con el incendio de las cabañas, con sus moradores obligados a permanecer dentro.

Mientras en los 133 días que duró la República Soviética solamente 129 contrarrevolucionarios fueron ejecutados, entre el 15 y el 31 de agosto más de 5000 personas fueron asesinadas. Hubo 75.000 encarcelados. En octubre comienzan procesos en masa. 15.000 obreros son juzgados por los tribunales militares que dictan penas de muerte y trabajos forzados.

La feroz dictadura del almirante Horthy entre 1920 y 1944, que coqueteaba con el fascismo, gozó sin embargo del apoyo de las democracias occidentales en agradecimiento a sus servicios contra el proletariado.

Carlo Mir

TERCERA PARTE

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

DOCUMENTO HISTÓRICO I: EL PROGRAMA DEL KAPD (1920)

INTRODUCCIÓN*

En los capítulos precedentes hemos estudiado el trasfondo histórico de la formación del Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Nuestro objetivo al publicar el programa del KAPD es mostrar el grado de claridad revolucionaria que ese documento representa, pues no cabe la menor duda de que prácticamente las mejores fuerzas del comunismo de Alemania ingresaron en el KAPD.

Según la fábula izquierdista (basada en las ideas, falsas por desgracia, que la Internacional Comunista –IC– adoptó después de 1920), el KAPD sería la expresión de una corriente insignificante, sectaria, semianarquista, que fue liquidada definitivamente tras la publicación del libro de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. De hecho, en el apogeo de la oleada revolucionaria las posiciones de la izquierda eran en gran medida las dominantes tanto en el KPD como en la IC misma. Ciertamente es que, a partir de 1920, en la IC y en los partidos que la componían, empezaron a hacerse notar los primeros efectos del estancamiento de la revolución mundial y del aislamiento de la Rusia soviética, provocando una reacción conservadora que iba a poner a la izquierda en situación de oposición. Pero incluso como oposición, los comunistas de izquierda no tenían nada que ver con una secta infantil o anarquista. En efecto, lo que ante todo resalta en su programa es hasta qué punto las posiciones características del KAPD (rechazo de las tácticas parlamentaria y sindical, que pronto serían adoptadas por la IC) estaban basadas en una verdadera asimilación del concepto marxista de la decadencia del capitalismo que se afirma en el párrafo introductorio de dicho programa. Este concepto había sido afirmado con la misma insistencia en el Congreso Fundacional de la IC, pero la Internacional, como un todo, iba después a ser incapaz de sacar todas sus implicaciones en el plano programático.

* Traducción del inglés: Grupo editor de la *Revista Internacional*.

La posición del KAPD sobre el parlamento y los sindicatos no tenían nada que ver con el moralismo y el rechazo de la política preconizados por los anarquistas. Como así lo argumentó el portavoz del KAPD, Jan Appel (Hempel) en el III Congreso de la IC en 1921, la posición se basaba en reconocer que la participación en el parlamento y en los sindicatos había sido una táctica perfectamente válida en el período ascendente del capitalismo, pero que se había vuelto caduca en el nuevo período de declive del capitalismo. El programa muestra, en particular, que la izquierda alemana había establecido ya las bases teóricas para explicar por qué los sindicatos se habían convertido en “uno de los principales pilares del Estado capitalista”.

También se acusó de sectarismo a lo que el KAPD proponía como alternativa a los sindicatos. En *El izquierdismo...*, por ejemplo, Lenin acusa al KAPD de intentar sustituir a las organizaciones sindicales de masas existentes por “sindicatos revolucionarios puros”. El método del KAPD era, en realidad, un método marxista, consistente, entre otras cosas, en hacer el enlace con el movimiento real de la clase. Como lo plantea Hempel en el III Congreso:

[...] como comunistas, como gente que quiere y debe tomar la dirección de la revolución, estamos obligados a examinar la organización bajo ese ángulo. Lo que nosotros, KAPD, decimos, no ha nacido, como lo cree el camarada Radek, en la cabeza del camarada Gorter en Holanda, sino a través de las luchas que hemos llevado a cabo desde 1919.²²⁶

Es, en efecto, el movimiento real de la clase lo que ha hecho surgir a los Consejos Obreros o sóviets en la primera explosión de la revolución, y ello en total oposición a la vez al parlamentarismo y al sindicalismo. Tras la disolución o la recuperación por la burguesía de los Consejos Obreros que habían surgido en Alemania, las luchas más combativas hicieron surgir “organizaciones de fábrica” a las que, en parte, se hace referencia en el programa. Es cierto que la insistencia sobre esas organizaciones en los lugares de trabajo, más locales, más que en los sóviets centralizados, era el resultado del carácter defensivo de la dinámica a la que estaba siendo arrastrada la clase. Al no comprender realmente lo que estaba ocurriendo, el KAPD tendía a desarrollar un enfoque falso según el cual las organizaciones de fábrica, agrupadas en “*Unionen*”, podrían existir algo así como núcleos permanentes de los futuros consejos. Pero también es cierto que

²²⁶ Denis Authier, “La gauche allemande”, en *Invariance*, n° 2, año V, Nápoles, 1973.



Programa del KAPD



Kommunistische Arbeiter Zeitung, revista del KAPD

en la época del programa, las “*Unionen*” agrupaban a más de 100.000 militantes obreros y, por lo tanto, nada tenían que ver con un montaje artificial del KAPD.

Otra acusación frecuentemente lanzada al KAPD es la de que era “antipartido”. Esto deforma totalmente la realidad compleja del movimiento revolucionario alemán de aquel entonces. En cierto modo, el KAPD expresaba realmente un alto nivel en el proceso de clarificación del papel del Partido Comunista, papel basado en el reconocimiento (heredado en gran parte de la experiencia bolchevique) de que en la época de la revolución, el partido no podía ser una organización de “masas”, sino que era una minoría avanzada en lo programático cuya tarea esencial era, por su decidida participación en la lucha de la clase, la de elevar la “conciencia de sí del proletariado”, como así lo afirma el programa. Éste contiene también los primeros elementos críticos de la idea de que la dictadura del proletariado la ejerce el partido. Es una idea (o más bien una práctica, pues sólo sería teorizada más tarde) que habría de tener consecuencias desastrosas para los bolcheviques en Rusia.

No cabe duda de que había, sin embargo, otras tendencias en el KAPD de la época y algunas de ellas, sobre todo la corriente “consejista” en torno a Otto Rühle, estaban claramente influidas por el anarquismo.

Las concesiones a esta corriente quedan reflejadas en el prefacio al programa que contiene la noción federalista e incluso individualista según la cual: “la autonomía de los miembros es en cualquier circunstancia el principio de base del partido proletario, el cual no es un partido en el sentido tradicional”. Al haberse visto, en cierto modo, obligado a salirse del KPD a causa de las maniobras de la camarilla irresponsable en torno a Paul Levi, esa reacción contra los “jefes” incontrolados y la politiquería burguesa era algo comprensible. Pero también era la expresión de una debilidad sobre la organización, la cual, tras el reflujo posterior de la revolución, iba a tener consecuencias desastrosas para la supervivencia de la izquierda alemana.

La tendencia “consejista” expresaba también una tendencia a romper la solidaridad hacia la Revolución Rusa, en unos momentos en que ésta estaba pasando por una situación muy difícil debida al aislamiento y a la guerra civil. Esa tendencia se plasmará más tarde en el rechazo abierto a toda la experiencia rusa, diciendo de ella que no había sido sino una revolución burguesa tardía. Sin embargo, en el programa, no había la menor ambigüedad al respecto: la solidaridad al acorralado poder soviético es

patente desde el principio; y la victoria de la revolución en Alemania es analizada como factor clave de la revolución mundial y, por consiguiente, de la salvación del bastión revolucionario de Rusia.

Una comparación con las “medidas prácticas” del programa del KPD de 1918 muestra la gran similitud con las del programa del KAPD, y esto no debería sorprender. El del KAPD es, sin embargo, más claro sobre las tareas internacionales de la Revolución Alemana. Va también más lejos en lo que a contenido económico de la revolución se refiere, insistiendo en la necesidad de tomar medidas inmediatas de orientación de la producción hacia las necesidades más que hacia la acumulación, aunque sea muy discutible la posibilidad de tal transformación rápida, como también es discutible la idea del programa de que un “bloque económico socialista” formado sólo por Alemania y Rusia podría dar pasos significativos hacia el comunismo. Finalmente, el programa plantea algunas “nuevas” cuestiones que no estaban tratadas en el programa de 1918, como por ejemplo el enfoque de la revolución proletaria sobre el arte, la ciencia, la educación y la juventud. La preocupación del KAPD por esos temas es tanto más interesante porque demuestra que no era, como a menudo se ha dicho, una corriente puramente “obrerista”, incapaz de ver los problemas más generales planteados por la transformación comunista de la vida social.

C. D. Ward

Programa del Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). 1920*²²⁷

En medio del torbellino de la revolución y de la contrarrevolución se acaba de verificar la fundación del Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD). Pero el nacimiento del nuevo partido no data de esta Pascua de 1920, momento en que la “Oposición”, que no estaba unida hasta entonces sino por contactos inciertos, encontró su conclusión organizativa. La hora del nacimiento del KAPD coincide con la fase de desarrollo del KPD (Liga Espartaco), fase durante la cual una pandilla de jefes irresponsables, poniendo sus intereses personales por encima de los de la revolución proletaria, pretendió imponer su concepción personal sobre la “muerte” de la Revolución Alemana a la mayoría del partido. Éste se opuso con energía a esa concepción personalmente interesada. El KAPD nació cuando esa camarilla, basándose en dicha concepción por ella elaborada, quiso transformar la táctica del Partido, hasta entonces revolucionaria, en una táctica reformista. Esta actitud traidora de los Levi, Posner y compañía, justifica una vez más que se reconozca que la eliminación radical de toda política de jefes debe ser la primera condición del progreso impetuoso de la revolución proletaria en Alemania. Esa es en realidad la raíz de las oposiciones que aparecieron entre nosotros y la Liga Espartaco, oposiciones de tal profundidad que el abismo que nos separa de la Liga [=KPD] es mayor que la oposición que existe entre los Levi, los Pieck, los Thaleimer, etc., de un lado, y los Hilferding, los Criespen, los Stamfer, los Legien²²⁸ del otro. La idea de que la voluntad revolucionaria de las masas debe ser el factor preponderante en las tomas de posición tácticas de una organización realmente proletaria, es el tema central de la construcción organizativa de nuestro partido. Expresar la autonomía de los miembros en todas las circunstancias, es el principio básico de un partido proletario, que no es un partido en el sentido tradicional.

Es, pues, evidente para nosotros que el programa del partido que transmitimos aquí a nuestras organizaciones, y que fue redactado por la

* Traducción del alemán: Grupo editor de la *Revista Internacional*.

²²⁷ Un segundo programa será redactado en 1923, después de que el KAPD se dividiera en dos y quedara reducido a una secta.

²²⁸ Dirigentes políticos y sindicales socialdemócratas.

Comisión de programa designada por el Congreso, debe continuar como proyecto del programa, hasta que el próximo congreso ordinario se declare de acuerdo con la presente versión²²⁹. El resto de las proposiciones de enmiendas relativas a las tomas de posición fundamentales y tácticas del Partido son muy improbables, en la medida en que el programa no hace sino formular fielmente, en un marco más amplio, el contenido de la declaración programática adoptada por unanimidad por el Congreso del Partido. Pero las eventuales enmiendas formales no cambiarán en nada el espíritu revolucionario que anima cada línea del programa. El reconocimiento marxista de la necesidad histórica de la dictadura del proletariado sigue siendo para nosotros una guía inmutable; permanece inquebrantable nuestra voluntad de librar el combate por el socialismo en el espíritu de la lucha de clase internacional. Bajo esta bandera, la victoria de la revolución proletaria está asegurada.

Berlín, mediados de mayo de 1920

La crisis económica mundial, surgida de la Guerra Mundial, con sus efectos económicos y sociales monstruosos, cuya imagen de conjunto produce la impresión fulminante de un único campo en ruinas de dimensiones colosales, no significa más que una cosa: que el crepúsculo de los dioses del orden burgués capitalista está quebrantado. No se trata hoy de una de las crisis económicas periódicas propias al modo de producción capitalista, sino de la crisis del capitalismo: sacudidas convulsivas del conjunto del organismo social, estallido formidable de antagonismos de clases de una dureza jamás vista, miseria general para las grandes capas populares. Todo eso es una advertencia fatal a la sociedad burguesa. Aparece cada vez más claro que la oposición entre explotadores y explotados aumenta día a día, que la contradicción entre capital y trabajo, de la cual cobran progresiva conciencia, incluso sectores del proletariado antes indiferentes a este problema, no puede resolverse. El capitalismo ha tenido la experiencia de su fracaso definitivo; él mismo se redujo históricamente a la nada en la guerra de pillaje imperialista, provocando un caos, cuya prolongación insoportable coloca al proletariado ante la alternativa histórica: recaída en la barbarie o construcción de un mundo socialista.

²²⁹ Lo que se hizo efectivamente en el II Congreso del KAPD (llamado “Primer Congreso Ordinario”) en agosto de 1920.



Propaganda del KAPD contra las elecciones parlamentarias



Carta abierta de la Comisión Ejecutiva del Comintern al KAPD

De todos los pueblos de la Tierra, sólo el proletariado ruso hasta ahora, ha tenido éxito en los combates titánicos para quebrar la dominación de su clase capitalista y apoderarse del poder político. Con una resistencia heroica, ha rechazado el ataque concentrado del ejército de mercenarios organizado por el capital internacional, teniendo que arrostrar ahora una tarea que por su dificultad deja atrás todo entendimiento: reconstruir, con bases socialistas, la economía totalmente destruida por la guerra mundial y la guerra civil que ha sucedido a aquélla durante más de dos años. El destino de la República de los Consejos Rusos depende del desarrollo de la revolución proletaria en Alemania. Después de la victoria de la Revolución Alemana, nos encontraremos con un bloque económico socialista que, en medio del intercambio recíproco de productos industriales y agrícolas, quedará en condiciones de establecer un modo de producción verdaderamente socialista, sin estar obligado a hacer más concesiones económicas ni tampoco políticas al capital mundial. Si el proletariado alemán no cumple a muy corto plazo su tarea histórica, quedará en entredicho el desarrollo de la revolución mundial, se demorará por años o por décadas. De hecho es hoy Alemania la clave de la revolución mundial. La revolución en los países “vencedores” de la Entente no podrá ponerse en marcha más que cuando se haya levantado la gran barrera en Europa central. Las condiciones económicas de la revolución proletaria son lógica e incomparablemente más favorables en Alemania que en los países “vencedores” de Europa occidental. La economía alemana, saqueada despiadadamente después de la firma de la Paz de Versalles, ha hecho madurar una pauperización que empuja en breve plazo a la resolución violenta de una situación catastrófica. Por otro lado, la paz de los bandidos de Versalles no sólo está pesando desmesuradamente sobre el modo de producción capitalista en Alemania, sino que impone al proletariado yugos insoportables; su aspecto más peligroso consiste en que mina los fundamentos económicos de la futura economía socialista en Alemania, y por lo tanto, condiciona el desarrollo de la revolución mundial. Sólo el empuje impetuoso de la revolución proletaria alemana podrá sacarnos del dilema. La situación económica y política en Alemania está madura para el estallido de la revolución proletaria. En esta fase de la evolución histórica, ahora que el proceso de descomposición del capitalismo no puede seguir encubriéndose artificialmente, si no es mediante el espectáculo de unas posiciones de fuerza aparentes, todo debe tender a ayudar al proletariado a adquirir la conciencia de que sólo necesita una intervención energética

para utilizar eficazmente el poder que ya posee de hecho. En una época de la lucha de clases revolucionaria como la de hoy, en esta última fase de la lucha entre el capital y el trabajo y en el combate decisivo mismo que se está produciendo, no puede haber compromisos con el enemigo mortal, sino únicamente un combate hasta su aniquilación. Hay que atacar, en particular, a las instituciones que tienden a poner un puente por encima de los antagonismos de clase y se orientan de este modo hacia una especie de “comunidad de trabajo”,²³⁰ política o económicamente, entre explotados y explotadores.

En un momento en que las condiciones objetivas para el estallido de la revolución proletaria están dadas, sin que la crisis permanente se agrave de manera definitiva; en un momento en que se produce una agravación catastrófica sin que el proletariado tome conciencia de ella y la explote, deberán existir razones de carácter subjetivo para frenar el progreso acelerado de la revolución. Dicho de otro modo, la ideología del proletariado sigue estando presa de las ideologías burguesas o pequeñoburguesas. La psicología del proletariado alemán, en su aspecto actual, muestra claramente las huellas de la esclavitud militarista secular, a la que se añaden los signos característicos de una falta de conciencia de sí: esto es el producto natural del cretinismo parlamentario de la vieja socialdemocracia y del USPD de un lado, y del absolutismo de la burocracia sindical del otro. Los elementos subjetivos están desempeñando un papel decisivo en la Revolución Alemana. El problema de la Revolución Alemana es el problema del desarrollo de la conciencia de sí del proletariado alemán.

Al reconocer esta situación, así como la necesidad de acelerar el ritmo del desarrollo de la revolución en el mundo, y fiel al espíritu de la III Internacional, el KAPD está combatiendo por la reivindicación máxima de la abolición inmediata de la democracia burguesa y por la dictadura de la clase obrera. El KAPD rechaza, en la constitución democrática, el principio doblemente absurdo e insostenible en el periodo actual que quiere conceder también a la clase capitalista explotadora los derechos políticos y el poder de disponer exclusivamente de los medios de producción.

Conforme a sus puntos de vista maximalistas, el KAPD también se declara a favor del rechazo de todos los métodos de lucha reformistas y oportunistas, en los cuales no ve sino una manera de esquivar las luchas serias y decisivas contra la clase burguesa. El KAPD no quiere rehuir esas

²³⁰ En alemán “*Arbeitsgemeinschaft*”, nombre del acuerdo firmado en noviembre de 1918 entre sindicatos y patronal alemanes.

luchas; al contrario, las provoca. En un Estado portador de todos los síntomas del período de decadencia del capitalismo, la participación parlamentaria también pertenece a los métodos reformistas y oportunistas. Exhortar en un período tal al proletariado a participar en las elecciones parlamentarias, significa despertar y alimentar en él la ilusión peligrosa de que la crisis podría ser superada mediante recursos parlamentarios; esto supone utilizar un medio que la burguesía utilizó en su propia lucha de clase; mientras que en la situación actual, sólo los medios de lucha de clase proletarios, aplicados de forma resuelta y sin contemplaciones, pueden tener una eficacia decisiva. La participación en el parlamentarismo burgués, en plena revolución proletaria, no significa, a fin de cuentas, más que el sabotaje a la idea de los Consejos.

La idea de los Consejos en el período de lucha de clase proletaria por el poder político está en el centro del proceso revolucionario. El eco más o menos fuerte que la idea de los consejos suscita en la conciencia de las masas es el termómetro que permite medir el desarrollo de la revolución social. La lucha por el reconocimiento de los consejos de empresa revolucionarios, y de Consejos Obreros políticos, en el marco de una situación revolucionaria determinada, nace lógicamente de la lucha por la dictadura del proletariado en contra de la dictadura del capitalismo. Esta lucha revolucionaria, cuyo eje político específico es la idea de los consejos, se orienta, bajo la presión de la necesidad histórica, contra la totalidad del orden social burgués, y por consiguiente contra su forma política, el parlamentarismo burgués. ¿Sistema de consejos o parlamentarismo?, es una disyuntiva de importancia histórica.

¿Edificación de un mundo comunista proletario o naufragio en el pantano de la anarquía capitalista burguesa? En una situación totalmente revolucionaria, como la actual de Alemania, la participación en el parlamento significa no sólo sabotear la idea de los consejos, sino, además, vivificar el mundo capitalista burgués en putrefacción y, por lo tanto, de manera más o menos consciente, detener el curso de la revolución proletaria.

Al lado del parlamentarismo burgués, los sindicatos forman el principal baluarte contra el desarrollo ulterior de la revolución proletaria en Alemania. Su actitud durante la guerra mundial es conocida: su influencia decisiva sobre la orientación táctica y de principios del viejo partido socialdemócrata condujo a la proclamación de la “santa alianza” con la burguesía alemana, lo que equivalía a una declaración de guerra al proletariado internacional. Su eficacia social traidora encontró su continuación lógica

durante el estallido de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania, contra la que mostraron sus intenciones contrarrevolucionarias, formando con los industriales alemanes en plena crisis una “comunidad de trabajo” por la paz social. Han conservado hasta ahora, durante el período de la Revolución Alemana, su tendencia contrarrevolucionaria. Ha sido la burocracia sindical la que se ha opuesto con mayor violencia a la idea de los Consejos, idea que estaba echando raíces cada vez más profundas en la clase obrera alemana; es ella la que ha encontrado los medios para paralizar con éxito las tendencias políticas que se proponen la toma del poder por el proletariado, tendencias que resultan lógicamente de las acciones económicas de masas. El carácter contrarrevolucionario de las organizaciones sindicales es tan notorio que numerosos patrones en Alemania no contratan sino a los obreros que pertenecen a un grupo sindical. Esto desvela ante el mundo entero que la burocracia sindical tomará parte activa en el mantenimiento futuro de un sistema capitalista que se está descoyuntando por todas sus articulaciones. Los sindicatos son, así, junto a los cimientos burgueses, uno de los principales pilares del Estado capitalista. La historia sindical de estos últimos 18 meses ha demostrado ampliamente que estos órganos contrarrevolucionarios no pueden transformarse desde dentro. No se trata de personas, pues el carácter contrarrevolucionario de esas organizaciones está en su propia estructura y sistema específico. De esto se deduce la conclusión lógica de que únicamente la destrucción misma de los sindicatos puede allanar el camino de la revolución social en Alemania. La edificación socialista necesita algo distinto de esas organizaciones fósiles.

En la lucha de masas surge la organización de empresas. Aparece como algo que nunca tuvo equivalente, pero en esto no reside su novedad; lo nuevo en ella es que surge por todas partes durante la revolución, como un arma necesaria de la lucha de clases contra el viejo espíritu y su fundamento; corresponde a la idea de los consejos, y por lo tanto no consiste, ni mucho menos, en una pura forma ni un nuevo juego organizativo, menos todavía un “sueño místico”. La organización de empresas nace orgánicamente en el futuro, es el futuro, es la forma de expresión de una Revolución Social que tiende hacia la sociedad sin clases. Es una organización de lucha proletaria pura. El proletariado no puede organizarse para la subversión inexorable de la vieja sociedad, si está dividido por oficios, separado de su terreno de lucha; por tanto, la lucha debe librarse en la empresa. Es ahí donde uno está al lado del otro como camarada de clase; es ahí donde todos están obligados a ser iguales, con los mismos derechos.

Es ahí donde la masa es el motor de la producción y donde se ve empujada sin cesar a desentrañar su secreto y a dirigirlo ella misma.

Ahí la lucha ideológica, la revolución de la conciencia se hace dentro de un permanente remolino, de hombre a hombre, de masa a masa. Todo está orientado hacia el interés supremo de clase, no hacia la manía de fundar organizaciones, y el interés del oficio se reduce a la dimensión que le corresponde. Una organización tal, la espina dorsal de los consejos de empresa, se transforma en instrumento infinitamente más flexible de la lucha de clases, un organismo con sangre siempre fresca mediante la posibilidad permanente de nuevas elecciones, revocaciones, etc. Al ir creciendo mediante las acciones de masas, la organización de empresa deberá, naturalmente, hacer surgir el organismo central que corresponda a su desarrollo revolucionario. Su preocupación principal será el desarrollo de la revolución y no los programas, los estatutos y los planes en detalle. No es una caja de previsión ni un seguro de vida, aunque, llegado el caso, evidentemente podría hacer colectas si es necesario apoyar huelgas. Propaganda incesante por el socialismo, asambleas de empresa, discusiones políticas, etc., todo esto forma parte de sus tareas; es, en resumen, la revolución en la empresa.

Globalmente, el objetivo de la organización de empresa es doble. El primer propósito consiste en destruir los sindicatos, la totalidad de sus bases y el conjunto de ideas no proletarias que se concentran en ellos. Sin duda alguna, en esta lucha, la organización de empresas se enfrentará como a enemigos encarnizados a todas las formaciones burguesas; pero deberá hacer lo mismo con los partidarios del USPD y del KPD, ya sea porque éstos se mueven todavía inconscientemente en los viejos esquemas de la socialdemocracia (aunque adopten un programa político diferente, se quedan, en fin de cuentas, en una crítica político-moral de los “errores” de la socialdemocracia), ya sea porque son abiertamente enemigos en la medida en que el trapicheo político, el arte diplomático de mantenerse siempre “arriba” les importa más que la lucha gigantesca por lo “social” en general. Frente a estas pequeñas miserias, no debe haber escrúpulos. No cabe ningún acuerdo con el USPD²³¹ mientras este

²³¹ El KPD, del que acababa de hacer escisión el KAPD, se unía constantemente a las consignas del USPD desde finales de 1919 y hasta diciembre de 1920 (momento en el que el resto del KPD y la mayoría del USPD se fusionan para formar la sección alemana de la III Internacional o VKPD). Hay que recordar que durante todo ese período las relaciones entre las siglas de las organizaciones (KAPD-KPD-USPD-VKPD) ocultan

partido no reconozca, basándose en la idea de los Consejos, la existencia justificada de las organizaciones de empresa, las cuales, sin duda, necesitan todavía transformarse y siguen siendo capaces de hacerlo. Una gran parte de las masas las reconocerá antes que el USPD como dirección política. Esto es un buen signo. La organización de empresa, al desencadenar huelgas de masas y al transformar su orientación política basándose cada vez más en la situación política del momento, contribuirá tanto más rápida y seguramente en desenmascarar y aniquilar al sindicato contrarrevolucionario.

El segundo gran objetivo de tal organización de empresas, consiste en preparar la edificación de la sociedad comunista. Puede convertirse en miembro de la organización de empresa todo obrero que se declare a favor de la dictadura del proletariado.²³² Además, debe rechazar resueltamente los sindicatos y liberarse de su orientación ideológica. Esta última condición debe ser la piedra de toque para ser admitido en la organización de empresa. Así se manifiesta la adhesión a la lucha de clases proletaria y a sus métodos propios. No se puede exigir la adhesión a un programa de partido más preciso. Por su carácter y su tendencia, la organización de empresa sirve al comunismo y conduce a la sociedad comunista. Su núcleo será siempre expresamente comunista, su lucha impulsa a todo el mundo en la misma dirección. Mientras que un programa de partido sirve y debe servir en gran parte a la actualidad (en el sentido amplio, naturalmente), mientras que se exigen serias cualidades intelectuales a los miembros del partido y que un partido político como el Partido Comunista Obrero (KAPD), al ir hacia delante y al modificarse rápidamente en conexión con el proceso revolucionario mundial, no podrá tener nunca una gran importancia cuantitativa (a no ser que retroceda y se corrompa); las masas revolucionarias, en cambio, están unidas en las organización de empresas por la conciencia de su solidaridad de clase, la conciencia de pertenecer al proletariado. Ahí se prepara

totalmente las relaciones políticas reales: el KAPD es el continuador directo del KPD revolucionario del año 1919 (la casi totalidad del KPD se constituye en KAPD). Lo que se llama KPD en 1920 es únicamente la dirección derechista del KPD, sin la menor base. Esa dirección (Levi) sin tropas se funde a finales de 1920 en la masa del ala izquierda (la mayoría) del USPD, la cual va a formar lo esencial, la mayoría en 90% del VKPD o sección alemana de la IC. O sea que, en lo que a mayoría se refiere, el KPD formará el KAPD y el USPD el VKPD.

²³² Cfr. programa de la AAUD (el conjunto de “organizaciones de empresa” formaba la AAUD).

orgánicamente la unión del proletariado; mientras que, basándose en un programa de partido, esa unión resulta imposible. La organización de empresa es el comienzo de la forma comunista y se convierte en el fundamento de la sociedad comunista del porvenir.

La organización de empresa resuelve sus tareas en estrecha unión con el KAPD (Partido Comunista Obrero).

La organización política tiene como tarea reunir a los elementos avanzados de la clase obrera, sobre la base del programa del Partido.

La relación del Partido con la organización de empresa resulta de la naturaleza de la organización de empresa. El trabajo del KAPD en el interior de esas organizaciones consistirá en una propaganda incesante. Habrá que decidir las consignas de la lucha. Los cuadros revolucionarios dentro de la empresa se convierten en el arma móvil del partido. Además, es necesario, naturalmente, que el propio partido adopte un carácter cada vez más proletario, expresión proletaria de clase que satisfaga a la dictadura desde abajo. Lo que debe ser obtenido es que la victoria (la toma del poder por el proletariado) desemboque en la dictadura de la clase y no en la dictadura de unos cuantos jefes de partido y de su camarilla. Es la organización de empresa lo que lo garantiza.

La fase de la toma del poder político por el proletariado exige la represión más encarnizada de los movimientos capitalistas burgueses, que se consigue estructurando una organización de consejos que ejerza la totalidad del poder político y económico. En esta fase, la propia organización de empresa se convierte en factor de la dictadura del proletariado, ejercida en la empresa por un consejo de empresa cuya base es la organización de empresa. Ésta tiene, además, en esta fase, la tarea de ir transformándose en los cimientos del sistema económico de los consejos.

La organización de empresa es una condición económica para la construcción de la comunidad (*Gemeinwesen*) comunista. La forma política de la organización de la comunidad comunista es el sistema de los consejos. La organización de empresa interviene para que el poder político no sea ejercido sino por el ejecutivo de los consejos.

En consecuencia, el KAPD lucha por la realización del programa revolucionario máximo, cuyas reivindicaciones concretas contienen los puntos siguientes.

**In jeder Filiale der
K.A.Z.**

verlange man die revolutionären Schriften:

Was heißt Sozialismus? Preis 0,50
Der neue kommunistische Manifest Preis 0,50
Der Weg zum Sozialismus Preis 0,50
Das internationalistische Manifest Preis 0,50
Karl Liebknecht von Geschichte Preis 0,50
Arbeitslohn und Streikrecht Preis 0,50
Kommunistisch oder Weltrevolution! Preis 0,50
Organisation, Kampf und Kritik Preis 0,50
Menschen und Völker Preis 0,50
Geschichte der Arbeiterbewegung in Hamburg, Altona und Umland Preis 0,50

In Kürze erscheint:

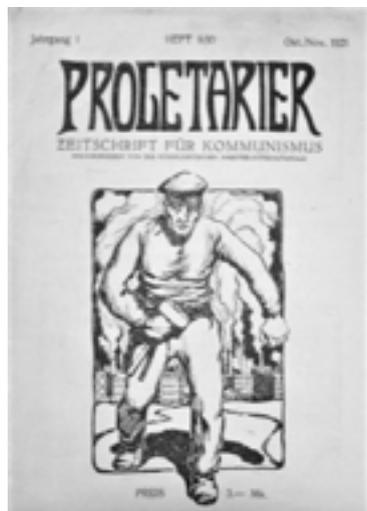
Proletariat, Kampf! Preis 0,50
Der Übergang zu Sozialismus Preis 0,50
Die Handwerker Revolution I und II Preis 0,50
Die Handwerker Revolution III Preis 0,50
Spezialhefte: Arbeiterinnen, Kommunisten Preis 0,50

Filialen der K.A.Z.:

Hamburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Altona: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Umland: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Frankfurt: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Berlin: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Leipzig: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Dresden: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Stettin: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Magdeburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Halle: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Chemnitz: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Wuppertal: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Essen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Düsseldorf: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Köln: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Aachen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Münster: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Bielefeld: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Osnabrück: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Oldenburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Verden: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Verl: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Hildesheim: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Harburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Worms: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Frankfurt a. M.: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Kassel: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Koblenz: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Speyer: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Wien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
München: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Regensburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Passau: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Landshut: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Breslau: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Oppeln: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Silesien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Posen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Westpreußen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Brandenburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Pommern: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Mecklenburg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Sachsen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Thüringen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Hessen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Niederrhein: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Rheinland: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Westfalen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Bayern: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Schwaben: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Württemberg: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Baden: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Lothringen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Elzas: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Normandie: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Britannien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Irland: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Skandinavien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Polen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Ungarn: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Österreich: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Italien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Frankreich: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Belgien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Niederlande: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Dänemark: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Schweden: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Norwegen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Finnland: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Schwiz: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Österreich: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Ungarn: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Polen: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Chechoslowakei: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Jugoslawien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Yugoslawien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Albanien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Griechenland: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Türkei: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Indien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Sri Lanka: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
China: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Japan: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Sowjetunion: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
USA: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Kanada: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Mexiko: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Brasilien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Argentinien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Chile: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Peru: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Kolumbien: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Venezuela: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Kuba: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Guatemala: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
El Salvador: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Honduras: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Nicaragua: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Panama: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Kuba: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Guatemala: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
El Salvador: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Honduras: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Nicaragua: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10
Panama: Carl Hoym, Hauptstadtstr. 10

Verlagshandlung CARL HOYM, Hamburg III
 Antikalienstr. 10
 Telefon: 222222

Carta abierta de la Comisión Ejecutiva del Comintern al KAPD



Revista de la KAI (Internacional Comunista Obrera)

I. – Ámbito político

- Fusión política y económica inmediata con todos los países proletarios victoriosos (Rusia soviética, etc.), en el espíritu de lucha de clases internacional, con el propósito de defenderse en común contra las tendencias agresivas del capital mundial.

- Armamento de la clase obrera revolucionaria políticamente organizada, constitución de grupos de defensa militar locales (*Ortswehren*), formación de un Ejército Rojo; desarme de la burguesía, de toda la policía, de todos los oficiales, de los “grupos de defensa de los habitantes” (*Einwohnerwehren*),²³³ etc.

- Disolución de todos los parlamentos²³⁴ y consejos municipales.

- Formación de Consejos Obreros como órganos de poder legislativo y ejecutivo. Elección de un Consejo Central de Delegados de Consejos Obreros en Alemania.

- Reunión de un Congreso de Consejos Alemanes como suprema instancia política constituyente de la Alemania de los Consejos.

- Entrega de la prensa a la clase obrera bajo la dirección de los consejos políticos locales.

- Destrucción del aparato jurídico burgués e instauración inmediata de tribunales revolucionarios. Apropiación por parte de los órganos proletarios adecuados del poder penitenciario burgués y los servicios de seguridad.

II. – Ámbito económico, social y cultural

- Anulación de las deudas del Estado y otras deudas públicas, anulación de los empréstitos de guerra.²³⁵

- Expropiación por la República de los Consejos de todos los bancos, minas, fundiciones, así como de las grandes empresas industriales y comerciales.

- Confiscación de toda riqueza a partir de cierto límite que debe ser fijado por el Consejo Central de los Consejos de Alemania.

²³³ Organizaciones “prefascistas”, similares a comités cívicos u otros organismos de ese estilo.

²³⁴ En Alemania, ya entonces, había numerosos parlamentos regionales.

²³⁵ En aquel tiempo, esencialmente: negativa a aplicar el tratado de Versalles, lo cual habría sido el pretexto para reanudar la guerra entre las potencias reaccionarias de la Entente y una Alemania convertida en revolucionaria (cfr. lo referente a la teoría del “nacional-bolchevismo”).

- Transformación de la propiedad privada de la tierra en propiedad colectiva, bajo la dirección de los consejos locales y de los consejos agrarios (*Gutsräte*) competentes.

- Todos los transportes públicos estarán a cargo de la República de los Consejos.

- Regulación y dirección central de la totalidad de la producción por los consejos económicos superiores, los cuales deben ser legitimados por el Congreso de los Consejos Económicos.

- Adaptación del conjunto de la producción a las necesidades, estimadas mediante los cálculos económicos y estadísticos más minuciosos.

- Puesta en vigor sin concesiones de la obligación de trabajar.

- Garantía de la existencia individual en cuanto a alimentación, vestido, alojamiento, vejez, enfermedad, invalidez, etc.

- Abolición de todas las diferencias de castas, condecoraciones y de títulos. Igualdad jurídica y social completa de los sexos.

- Transformación radical inmediata del abastecimiento, del alojamiento y la salud en beneficio de la población proletaria.

Al mismo tiempo que el KAPD declara la guerra más resuelta al modo de producción capitalista y al Estado burgués, dirige su ataque contra la totalidad de la ideología burguesa y se convierte en vanguardia de una concepción proletaria revolucionaria del mundo. Un factor esencial de aceleración de la revolución social reside en la transformación de todo el universo intelectual del proletariado. Consciente de este hecho, el KAPD sostiene todas las tendencias revolucionarias en las ciencias y las artes, cuyo carácter corresponda al espíritu de la revolución proletaria.

En particular, el KAPD estimula todas las empresas seriamente revolucionarias que permitan expresarse con autonomía a la juventud de ambos sexos. El KAPD rechaza toda sujeción de la juventud.

La lucha política impulsará a la propia juventud hacia un desarrollo superior de sus fuerzas, lo cual nos da la certidumbre de que cumplirá sus grandes tareas con una claridad y resolución totales.

En el interés de la revolución, el KAPD debe procurar que la juventud obtenga toda la ayuda posible en su lucha.

El KAPD tiene conciencia de que también después de la conquista del poder político por el proletariado, le incumbe a la juventud una actividad de amplio alcance en la construcción de la sociedad comunista: la defensa de la República de los Consejos por el Ejército Rojo, la transformación del

proceso de producción, la creación de la escuela de trabajo comunista que de soluciones a sus tareas innovadoras en estrecho vínculo con la empresa.

Este es el programa del Partido Comunista Obrero de Alemania. Fiel al espíritu de la III Internacional, el KAPD se mantiene apegado a la idea de los fundadores del socialismo científico, según la cual la conquista del poder político por el proletariado significa el aniquilamiento del poder político de la burguesía. Destruir la totalidad del aparato burgués –con su ejército capitalista bajo la dirección de oficiales burgueses y agrarios, con su policía, sus carceleros y sus jueces, con sus curas y sus burócratas– es la primera tarea de la revolución proletaria. El proletariado victorioso debe, por lo tanto, acorazarse contra los golpes de la contrarrevolución burguesa. Cuando le es impuesta por la burguesía, el proletariado debe esforzarse en acabar con la guerra civil con una violencia implacable. El KAPD tiene conciencia de que la lucha final entre el capital y el trabajo no puede llevarse hasta el final dentro de las fronteras nacionales. Así como el capitalismo no se detiene ante ninguna frontera ni escrúpulos nacionales en su saqueo a escala mundial, el proletariado tampoco puede perder de vista, bajo la hipnosis de las ideologías nacionales, la idea fundamental de la solidaridad internacional de clase. Cuanto más claramente comprenda el proletariado la idea de la lucha de clases internacional, tanta más fuerza pondrá para convertirla en consigna de la política proletaria mundial, y tanto más impetuosos y masivos serán los golpes de la revolución mundial que habrán de romper en pedazos el capitalismo mundial en descomposición. Muy por encima de todos los particularismos nacionales, muy por encima de todas las fronteras, de todas las patrias, brilla para el proletariado, con un resplandor eterno, la consigna que dice: Proletarios de todos los países, uníos.

KAPD / Berlín, 1920

DOCUMENTO HISTÓRICO II: EL APLASTAMIENTO DEL PROLETARIADO ALEMÁN Y LA ASCENSIÓN DEL FASCISMO*

Introducción: La actualidad del método de *BILAN*

Frente a los fuertes resultados electorales de la extrema derecha en Francia, Bélgica, Alemania, Austria, o frente a los pogromos hechos por bandas de extrema derecha, más o menos manipuladas, contra los inmigrantes y refugiados en la ex-Alemania del Este, la propaganda de la burguesía “democrática”, partidos de izquierda e izquierdistas en primera línea, ha vuelto a sacar el espectro de un “peligro fascista”.

Como de costumbre, cada vez que la chusma racista y xenófoba hace sus canalladas, se alza el coro unánime de las “fuerzas democráticas”. Con grandes campañas publicitarias se estigmatizan los éxitos “populares” de la extrema derecha en las elecciones y todo el mundo se lamenta por la pasividad de la población, presentada como simpatía hacia las acciones de los esbirros de ese medio. El Estado puede entonces presentar su represión como única garantía de las “libertades”, la única fuerza capaz de enfrentar la peste racista, de impedir el retorno del horror fascista de siniestra memoria. Todo eso forma parte de la propaganda de la clase dominante, quien, en plena continuidad con las campañas ideológicas que alaban el “triunfo del capitalismo y el fin del comunismo”, multiplica los llamados por la defensa de la “democracia” capitalista.

Estas campañas “antifascistas” se basan, en gran parte, en dos mentiras: la primera es la que pretende que las instituciones de la democracia burguesa, y las fuerzas políticas que a éstas apelan, constituyen una muralla contra las “dictaduras totalitarias”; la segunda es la que afirma que hoy en día, en Europa occidental, podrían surgir regímenes de tipo fascista.

Frente a esas campañas, la lucidez de los revolucionarios de los años 30 permite comprender el verdadero curso histórico actual, como lo muestra el artículo de *BILAN* que aquí publicamos.

* Traducción del francés: Grupo editor de la *Revista Internacional*.

Este artículo fue escrito hace cerca de sesenta años, en plena victoria del fascismo en Alemania, un año antes de la llegada al poder del Frente popular en Francia. Las ideas que desarrolla sobre la actitud de las “fuerzas democráticas” frente al ascenso del fascismo en Alemania, así como sobre las condiciones históricas que hacen posible ese tipo de regímenes, siguen siendo de plena actualidad en el combate contra los portavoces del “antifascismo”.

La Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Italia, obligada por el régimen fascista de Mussolini a exiliarse (particularmente en Francia), defendía, a contra corriente de todo el “movimiento obrero” de aquella época, la necesidad de la lucha independiente del proletariado por la defensa de sus intereses y de su perspectiva revolucionaria: el combate contra el capitalismo como un todo.

Contra aquellos que pretendían que los proletarios apoyasen a las fuerzas burguesas democráticas para impedir la llegada del fascismo, *BILAN* demostraba, con los hechos, que las instituciones democráticas, en vez de alzarse como murallas frente al ascenso del fascismo, hicieron su lecho: “Entre la constitución de Weimar y Hitler se desarrolla un proceso de perfecta y orgánica continuidad”. *BILAN* establece que el fascismo no era una aberración sino una forma del capitalismo, una forma posible y necesaria sólo frente a ciertas condiciones históricas particulares:

[...] el fascismo se edificó sobre la doble base de las derrotas proletarias y de las imperativas necesidades de una economía acorralada por una profunda crisis económica.

El fascismo en Alemania, así como la “democracia de plenos poderes” en Francia, traducían la aceleración de la estatificación (de la “disciplinización”, dice *BILAN*) de la vida económica y social del capitalismo de los años 30, un capitalismo sometido a una crisis económica sin precedentes que agudizaba los antagonismos interimperialistas. Pero lo que explica que esta tendencia se concrete en forma de “fascismo” o en forma de “democracia de plenos poderes” se sitúa a nivel de la relación de fuerzas entre las dos principales clases de la sociedad: la burguesía y la clase obrera. Para *BILAN*, el establecimiento del fascismo exige una previa derrota, física e ideológica, del proletariado. El fascismo en Alemania e Italia tenía como tarea rematar el aplastamiento del proletariado iniciado por la socialdemocracia.

Los que hoy predicán sobre la inminente amenaza del fascismo, “olvidan” esa condición de derrota histórica señalada por *BILAN*. Las presentes generaciones de proletarios, en particular en Europa occidental, no han sido ni físicamente derrotadas ni ideológicamente reclutadas. En esas condiciones, la burguesía no puede abandonar las armas del “orden democrático”. La propaganda oficial utiliza el espantajo fascista tan sólo para encadenar mejor a los explotados al orden establecido, la “democrática” dictadura del capital.

BILAN habla de la URSS como de un “Estado obrero” y trata a los Partidos Comunistas de “partidos centristas”. Habrá que esperar en efecto a la Segunda Guerra Mundial para que la Izquierda Comunista de Italia asuma plenamente el análisis de la naturaleza capitalista de la URSS y de los partidos estalinistas. Sin embargo, eso no impidió que estos revolucionarios, a partir de los años 30, denunciaran sin vacilaciones a los estalinistas como fuerzas “que trabajan por la consolidación del mundo capitalista en su conjunto”, “un elemento de la victoria fascista”. El trabajo de *BILAN* se realiza en pleno período de derrota de la lucha revolucionaria del proletariado, al principio de la gigantesca tarea teórica que representaba el análisis crítico de la mayor experiencia revolucionaria de la historia: la Revolución Rusa.

BILAN llevaba consigo confusiones relacionadas con el enorme apego de los revolucionarios para con aquella experiencia sin par, pero constituía un precioso e irremplazable momento de la clarificación política revolucionaria. El trabajo de *BILAN* fue una etapa crucial cuya metodología sigue siendo hoy perfectamente válida: el análisis de la realidad, sabiendo siempre situarse desde el punto de vista histórico y mundial de la lucha proletaria, sin concesiones.

CCI

El aplastamiento del proletariado alemán y la ascensión del fascismo

Adquirir una visión histórica del período actual, suficientemente amplia para integrar los fenómenos fundamentales que expresa, nos exige un análisis crítico de los acontecimientos de la posguerra, de las derrotas y victorias de la revolución. Afirmar que la Revolución Rusa es el objeto central de nuestra crítica, de la crítica que ella misma presentó, es justo. Pero debe añadirse inmediatamente que Alemania constituye el eslabón más importante de la cadena que hoy atenaza al proletariado mundial.

En Rusia, la debilidad estructural del capitalismo, la conciencia del proletariado ruso, representada por los bolcheviques, no permitió que la burguesía concentrara mundial e inmediatamente sus fuerzas en torno a su sector amenazado, mientras que en Alemania toda la realidad de la posguerra traduce una intervención de este tipo, facilitada por la presencia de un capitalismo fuerte con sus tradiciones democráticas y un proletariado que llegó de manera precipitada a la conciencia de sus tareas.

Los acontecimientos de Alemania (desde el aplastamiento de los espartaquistas hasta el advenimiento del fascismo) contienen en sí una crítica de octubre de 1917. Constituyen una respuesta del capitalismo a acciones a menudo inferiores a las que permitieron la victoria de los bolcheviques. Por ello un análisis serio de Alemania debería empezar por un examen de las tesis del III y IV Congreso de la Internacional Comunista. Estos contienen elementos que no van más allá de la Revolución Rusa, pero que hacían frente al feroz asalto de las fuerzas burguesas contra la revolución mundial. Estos congresos elaboraron posiciones de defensa del proletariado agrupado en torno al Estado soviético, pero, para poder realmente hacer temblar al capitalismo, era necesaria una creciente ofensiva por parte de los obreros de todos los países y una simultánea progresión ideológica de su organismo internacional. Los acontecimientos de 1923 en Alemania fueron precisamente sofocados gracias a esas posiciones que se oponían al esfuerzo revolucionario de los obreros. Por sí mismos, esos acontecimientos constituyeron un contundente mentís de esos congresos.

Alemania prueba claramente las insuficiencias del patrimonio ideológico legado por los bolcheviques; pero hubo insuficientes esfuerzos no sólo por parte de los bolcheviques sino también por parte de los comunistas

del mundo entero, y en particular en Alemania. ¿Acaso hizo alguien, en algún lugar, una crítica histórica de la lucha ideológica y política de los espartaquistas? A nuestro parecer, aparte algunas anodinas repeticiones de generalidades de Lenin, ningún esfuerzo ha sido hecho. Se guerrea contra el “luxemburguismo”, se lloriquea sobre el aplastamiento de los espartaquistas, se estigmatizan los crímenes de Noske y Scheidemann, pero de análisis, nada. Sin embargo, 1919 en Alemania expresa una crítica de la democracia burguesa más avanzada que la de octubre de 1917. Si los bolcheviques demostraron que el partido del proletariado puede ser un guía victorioso únicamente si sabe, al formarse, rechazar toda alianza con corrientes oportunistas, los acontecimientos de 1923 demostraron que la fusión de los espartaquistas con los Independientes en Halle fue un factor importante en la confusión del PC ante la batalla decisiva.

En resumen, en vez de llevar la lucha proletaria a niveles más altos que los de octubre de 1917, en vez de negar más profundamente las formas de dominación capitalista, los compromisos con las fuerzas enemigas, en vísperas de un asalto revolucionario inminente, sólo podía facilitar el reagrupamiento de las fuerzas capitalistas, arrastrando las posiciones revolucionarias a niveles inferiores a los que permitieron el triunfo de los obreros rusos. Así, la posición del camarada Bordiga en el II Congreso, contra el parlamentarismo, era una tentativa de llevar adelante las posiciones de ataque del proletariado mundial, mientras que la posición de Lenin fue una tentativa de emplear de manera revolucionaria un elemento históricamente superado para enfrentar una situación que no contenía aún todas las condiciones de un asalto revolucionario. Los acontecimientos dieron razón a Bordiga, no sobre esta cuestión en sí, sino al nivel más amplio de una apreciación crítica de los acontecimientos de 1919 en Alemania, afirmando la necesidad de un mayor esfuerzo destructivo del proletariado antes de las nuevas batallas que tenían que decidir la suerte del Estado proletario y de la revolución mundial.

En este artículo trataremos de examinar la evolución de las posiciones de clase del proletariado alemán con el fin de poner de relieve los elementos de principio que pueden completar las aportaciones de los bolcheviques, hacer una crítica de los que pretenden calcar estas aportaciones en situaciones nuevas, contribuir al trabajo de crítica general de los acontecimientos de la posguerra.

El artículo 165 de la Constitución de Weimar dice: “Obreros y empleados colaborarán (en los Consejos Obreros) en un pie de igualdad, con los

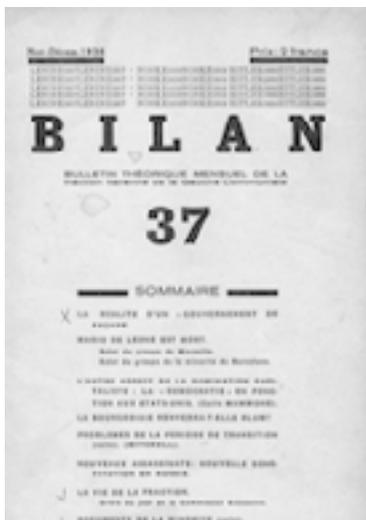
patrones, en la reglamentación de las cuestiones de sueldos y de trabajo, así como al desarrollo general económico de las fuerzas productivas”. Esto es lo que mejor caracteriza un período en el que la burguesía alemana entendió no solamente que debía ampliar su organización política hasta la más extrema democracia (el extremo de reconocer a los Consejos Obreros), sino también que tenía que darles a los obreros la ilusión de un poder económico. De 1919 hasta 1923, tuvo el proletariado la impresión de ser la fuerza política predominante del Reich. Los sindicatos, incorporados desde la guerra en el aparato estatal, se habían vuelto pilares que sostenían el conjunto del edificio capitalista y los únicos en ser capaces de orientar los esfuerzos proletarios hacia la reconstrucción de la economía alemana y de un aparato estable de dominación capitalista. La democracia burguesa reivindicada por la socialdemocracia demostró en aquel entonces que era el único medio para impedir la evolución revolucionaria de la clase obrera, orientándola hacia un poder político dirigido de hecho por la burguesía, aprovechándose ésta del apoyo de los sindicatos para sacar a flote la industria. Esta es la época en que nacen y dominan “la primera legislación social del mundo”, los contratos colectivos de trabajo, las células de fábricas que tienden en ciertas ocasiones a oponerse a los sindicatos reformistas y logran concentrar el esfuerzo revolucionario de los proletarios, tal como ocurrió por ejemplo en el Rhur, en 1921-1922. La reconstrucción alemana, al desarrollarse en ese derroche de libertades y derechos obreros, desembocó como se sabe en la inflación de 1923, en que se expresaron a la vez tanto las dificultades de un capitalismo derrotado y terriblemente empobrecido para volver a lanzar su aparato productivo, como también la reacción de un proletariado que vio de golpe su sueldo nominal, su “kolossal” legislación social, su apariencia de poder político reducidos a la nada. Si fue derrotado el proletariado alemán en 1923, a pesar de los “gobiernos obreros” de Sajonia, de Turingia, a pesar de tener un PC fuerte y no gangrenado por el centrismo, dirigido además por antiguos espartaquistas, a pesar de todas estas circunstancias favorables debidas a las dificultades del imperialismo alemán, las causas han de buscarse en Moscú, en las Tesis 3ª y 4ª que aceptaron los espartaquistas y que estaban muy lejos del “programa de Spartakus” de 1919, situándose al contrario muy por debajo de éste. A pesar de sus escasos equívocos, el discurso de Rosa Luxemburg contiene una denuncia feroz de las fuerzas democráticas del capitalismo, una perspectiva económica y también política, y nada de “gobiernos obreros” más o menos vacíos o de frentes únicos con partidos contrarrevolucionarios.

A nuestro parecer, la derrota de 1923 es la respuesta de los acontecimientos al estancamiento del pensamiento crítico del comunismo, un pensamiento repetitivo en lugar de innovador, un pensamiento que se niega a sacar de la realidad misma las reglas programáticas nuevas, en un momento en que el capitalismo mundial, al ocupar el Ruhr, estaba ayudando objetivamente a la burguesía alemana al provocar una oleada de nacionalismo susceptible de canalizar o al menos enturbiar la conciencia de los obreros e incluso de los dirigentes del PC.

Una vez doblado ese cabo peligroso, el capitalismo alemán pudo beneficiarse de la ayuda financiera de países como Estados Unidos, convencidos de la desaparición momentánea de todo peligro revolucionario. Fue entonces la época de un movimiento de concentración y de centralización industrial y financiera sin precedentes, basadas en una racionalización desenfrenada, mientras Stresemann sucedía a la serie de gobiernos socialistas o socializantes. La socialdemocracia apoyó esa consolidación estructural de un capitalismo que buscaba en su organización disciplinaria la fuerza para hacer frente a sus adversarios de Versalles, agitando ante los obreros el mito de la democracia económica, de la salvaguardia de la industria nacional, de poder tratar con algunos patronos sobre las ventajas socialistas que a ellos les interesaban...

En 1925-1926, hasta los primeros síntomas de la crisis mundial, el movimiento de organización de la economía alemana crece sin cesar. Podría casi decirse que el capitalismo alemán, que pudo enfrentarse al mundo entero gracias a sus fuerzas industriales y a la militarización de un aparato económico impresionante, ha proseguido, una vez pasadas las turbulencias sociales de la posguerra, su organización económica ultracentralizada indispensable en esta fase de guerras interimperialistas. Y es así como está volviendo, espoleado por las dificultades mundiales, a la organización económica de guerra. Desde 1926 quedan formados los grandes *konzerns* (conglomerados) del Stahlverein, de la IG Farbenindustrie, el *konzern* eléctrico Siemens, la Allgemeine Electricität Gesellschaft (AEG), conglomerados facilitados por la inflación y el alza de los valores industriales resultante.

Ya antes de la guerra, la organización económica en Alemania, los cárteles, los *konzers*, la fusión del capital financiero e industrial, había alcanzado un nivel muy elevado. Pero, a partir de 1926, el movimiento se acelera, fusionándose *konzerns* como el de Thyssen, el de la Rheinlbe-Union, Phoenix, Rheinische Stahlwerke, para formar la Stahlverein, la cual controlará la industria carbonífera y todos sus subproductos; la metalurgia y



Algunas tapas de la revista *Bilan* (1933-1938) de la Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Italia

todo lo que con ésta se relaciona. Y sustituirán los hornos Thomas, que necesitan mineral de hierro (que Alemania ha perdido al perder Lorena y Alta Silesia) por hornos Siemens-Martin, que pueden utilizar chatarra.

Esos *konzerns* pronto van a controlar rigurosa y severamente toda la economía alemana, erigiéndose cual enormes diques contra los que el proletariado va a estrellarse; su desarrollo se acelera gracias a las inversiones de capitales norteamericanos y en parte gracias a los pedidos rusos. Y desde ese momento, el proletariado, el cual, tras lo ocurrido en 1923 va a perder sus ilusiones sobre su poder político real, va a ser arrastrado a una lucha decisiva. La socialdemocracia apoya al capitalismo alemán, pretende demostrar que los *konzerns* son embriones socialistas y defiende los contratos colectivos de conciliación, camino que llevaría hacia una democracia económica. El PC sufre su “bolchevización”, la cual, con la llegada del “socialfascismo”, coincidirá con la realización de los planes quinquenales en Rusia y le llevará a desempeñar un papel análogo –aun- que no idéntico– al de la socialdemocracia.

Es, sin embargo, desde esta época de racionalización, de formación de gigantescos *konzerns*, cuando aparecen en Alemania las bases económicas y sociales del advenimiento del fascismo en 1933. La concentración agudizada de las masas proletarias consecuencia de las tendencias capitalistas, una legislación social que servirá de cortafuegos contra movimientos revolucionarios peligrosos, pero muy costosa, un desempleo permanente perturbador de las relaciones sociales, las pesadas cargas que pagar al extranjero (las reparaciones de guerra), todo lo cual acarrea ataques continuos contra unos salarios ya bajísimos a causa de la inflación. Lo que sobre todo provocó el advenimiento y dominación del fascismo fue la amenaza proletaria que había surgido en la posguerra y que seguía estando presente. De esa amenaza pudo salvarse el capitalismo gracias a la socialdemocracia, pero contra ella se exigía una estructura política que correspondiera a la concentración disciplinaria que se había efectuado en el terreno económico. Del mismo modo que la unificación de Alemania estuvo precedida por una concentración y centralización industriales en 1865-1870, el advenimiento del fascismo estuvo precedido por una reorganización altamente imperialista de la economía germana necesaria para salvar al conjunto de una clase burguesa acorralada por el Tratado de Versalles. Cuando hoy se habla de intervenciones económicas del fascismo, de “su” economía dirigida, “su” autarquía, se está deformando bastante la realidad. Lo que el fascismo representa es ni más ni

menos que la estructura social que, al cabo de una evolución económica y social, le era necesaria al capitalismo. Haber dado el poder a un fascismo después de 1919 es algo que no hubiera podido hacer un capitalismo alemán en total descomposición, y sobre todo porque el proletariado seguía siendo una amenaza. Por eso el pronunciamiento de Kapp fue combatido por amplias fracciones del capitalismo, como también, por cierto, por los aliados, todos los cuales se daban perfecta cuenta de la inapreciable ayuda de los socialistas traidores. En Italia, en cambio, el asalto revolucionario del proletariado no ocurre en medio de la descomposición del capitalismo, sino de la conciencia de la debilidad de éste, que lo obliga a echarse atrás cuando tienen lugar las ocupaciones de fábricas, dejando su suerte en manos de los socialistas. Pero gracias a ese retroceso, el capitalismo italiano podrá reaccionar inmediatamente una vez pasado el huracán, teniendo así las manos libres para llevar el fascismo al poder.

En resumen, todas las innovaciones del fascismo, desde el punto de vista económico, estriban en el incremento de la “disciplinización” económica, en la relación entre el Estado y los grandes *konzerns* (nombramiento de comisarios en los diferentes ramos de la economía) y en la consagración de una economía de guerra.

La democracia como estandarte de la dominación capitalista no le conviene a una economía acorralada por la guerra, zarandeada por el proletariado y cuya centralización tiene como meta el organizar la resistencia en espera de una nueva carnicería, lo cual es una manera de traspasar al plano mundial sus propias dificultades, tanto más por cuanto supone cierta movilidad en las relaciones económicas y políticas, una facultad de desplazamiento de grupos e individuos que, aunque gravitan todos en torno al mantenimiento de privilegios de una clase, deben dar sin embargo a todas las clases la impresión de una posible elevación social. En el período de desarrollo de la economía alemana de posguerra, los *konzerns* ligados al aparato de Estado le exigían a éste el reembolso de las concesiones que habían tenido que otorgar a causa de las luchas obreras. Todo ello hacía desaparecer la posibilidad de supervivencia de la democracia, pues la perspectiva que le quedaba a la burguesía alemana no era la de la explotación de unas colonias con pingües beneficios que ella ya no poseía, no era la de un derecho a los mercados mundiales, sino la de la lucha dura y áspera contra el Tratado de Versalles y su sistema de reparaciones. Esto iba a implicar una lucha despiadada y violenta contra el proletariado. En esto, al igual que en lo económico, el capitalismo alemán estaba mostrando el

camino al que los demás países iban a llegar, aunque por muy diferentes atajos. Es evidente que sin la ayuda del capitalismo mundial, la burguesía alemana nunca hubiera logrado realizar sus objetivos. Para que la burguesía alemana pudiera aplastar a los obreros, hubo que hacer desaparecer todo lo que podía recordar la presencia del capital extranjero, en especial norteamericano, que pudiera entorpecer la explotación exclusiva de los obreros alemanes por la burguesía alemana; se otorgaron moratorias a Alemania en el pago de las reparaciones y, por fin acabaron anulándolas. Pero también se necesitó la intervención del Estado soviético, el cual dejó abandonados por completo a los proletarios alemanes en beneficio de sus planes quinquenales, enturbiando y entorpeciendo sus luchas para acabar siendo un factor en la victoria del fascismo.

Un examen de la situación que va desde marzo de 1923 a marzo de 1933 permite comprender que entre la Constitución de Weimar hasta Hitler se desarrolla un proceso de una continuidad total y orgánica. La derrota de los obreros ocurre tras una etapa de florecimiento de la democracia burguesa y “socializante” plasmada en la República de Weimar y que permite la reconstitución de las fuerzas capitalistas. Entonces, progresivamente, se va a ir cerrando el garrote. Pronto será Hindenburg, en 1925, quien se convertirá en defensor de esa Constitución y cuanto más y mejor reconstituye el capitalismo su armazón, tanto más se restringe la democracia o se amplía en momentos de tensión social incluso con la presencia todavía de gobiernos socialistas de coalición (H. Muller), aunque, debido tanto a centristas como a socialistas, no hacen sino incrementar el sentimiento de desamparo entre los obreros, esa democracia tiende a desaparecer (gobierno de Brüning con sus decretos-ley) para acabar dejando el sitio al fascismo, el cual ya no encontrará frente a sí a la más mínima oposición obrera. Entre la democracia y su mejor producto, la República de Weimar, y el fascismo no se manifestará ninguna oposición: aquella permitirá el aplastamiento de la amenaza revolucionaria, dispersará al proletariado, enturbiará su conciencia; éste, al cabo de esa evolución, será la bota de acero capitalista que rematará la labor, realizando rígidamente la unidad de la sociedad capitalista a base de ahogar toda amenaza proletaria.

No vamos a hacer como esos pedantes y escritorzuolos de toda calaña que, una vez ocurridas las cosas, pretenden “corregir” la historia esforzándose en dar una explicación a lo acontecido en Alemania con aquello de la mala aplicación de esta o aquella fórmula. Es evidente que el proletariado alemán no podía vencer más que a condición de liberar (mediante las

fracciones de izquierda) a la Internacional Comunista (IC) de la influencia nefasta y disolvente del centrismo, reagrupándose en torno a consignas que negasen todas las formas de la democracia y del “nacionalismo proletario”, manteniéndose bien aferrado a sus intereses y a sus conquistas. Ningún frente único democrático podía salvar al proletariado alemán. Al contrario, lo único que hubiera podido salvarlo habría sido una lucha que rechazara ese frente único. La lucha del proletariado alemán iba a quedar dispersada desde el momento en que se ligaba a un Estado proletario²³⁶ que en realidad ya estaba trabajando por la consolidación del mundo capitalista en su conjunto.

Del mismo modo que hoy puede hablarse de “fascistización” de los Estados capitalistas en donde se están instaurando democracias “de plenos poderes”, también puede caracterizarse así la evolución capitalista en Alemania, con la única diferencia de que aquí la democracia se ha ido encogiendo gradualmente hasta desembocar en la situación de marzo de 1933. En ese curso histórico, la democracia ha sido un factor fundamental y desapareció bajo los golpes del fascismo cuando fue evidente que sólo éste podía ahogar una posible fermentación de un movimiento de masas. Alemania, más que Italia, nos muestra ya una transición legal de Von Papen a Schleicher y de éste a Hitler, bajo la égida del defensor de la Constitución de Weimar: Hindenburg. Pero, al igual que en Italia, la fermentación de las masas exigía oleadas de masas para destruir las organizaciones obreras, diezmar el movimiento obrero. Hasta es posible que la situación en países como éste²³⁷ vaya todavía más lejos con sus democracias de “plenos poderes”, al no haber tenido frente a ellas a proletariados que hayan realizado asaltos revolucionarios importantes. Son países que además gozan de situaciones privilegiadas (posesión de colonias) comparadas con Italia o Alemania, de modo que, paralelamente a las intervenciones disciplinarias en la economía, es posible que logren ahogar al proletariado sin tener que recurrir a la destrucción total de las fuerzas tradicionales de la democracia, las cuales harían sin lugar a dudas un esfuerzo de adaptación (plan CGT en Francia, plan De Man en Bélgica).

El fascismo no se explica ni como clase separada y diferente del capitalismo, ni como emanación de unas clases medias exasperadas. El fascismo es la forma de dominación de un capitalismo que ya no

²³⁶ La URSS (N. de E.)

²³⁷ Francia (N. de E.)

logra, mediante la democracia, unir a todas las clases de la sociedad en torno al mantenimiento de sus privilegios. No es un nuevo tipo de organización social, sino una superestructura adaptada a una economía altamente desarrollada y que tiene como misión la de destruir políticamente al proletariado, la de aniquilar todo esfuerzo para que se establezca una relación entre las contradicciones cada día mayores que desgarran al capitalismo y la conciencia revolucionaria de los obreros. Los especialistas en estadística podrán hacer constar la importante masa de pequeños burgueses en Alemania (y entre éstos, cinco millones de intelectuales, incluidos los funcionarios) para con ello pretender explicar el fascismo como “su” movimiento. Ello no impide que el pequeño burgués está sumido en un ambiente histórico en el que las fuerzas productivas lo aplastan y le hacen comprender su impotencia, fuerzas que determinan una polarización de los antagonismos sociales en torno a dos actores principales: la burguesía y el proletariado. Al pequeño burgués ya no le queda ni la posibilidad de inclinarse hacia uno u hacia el otro, pero instintivamente se dirige hacia quienes le garanticen el mantenimiento de su posición jerárquica en la escala social. En lugar de erguirse contra el capitalismo, el pequeño burgués, asalariado de poltrona o comerciante, gravita en torno a un caparazón social que él quisiera que fuera lo bastante sólido para que haga reinar “el orden y la tranquilidad” y el respecto a su dignidad, en contra de las luchas obreras que no le dan salida y lo ponen nervioso y que enturbian la situación. Pero si el proletariado se yergue y pasa al asalto, entonces el pequeño burgués no puede hacer más que esconderse y aceptar lo inevitable. Cuando se presenta al fascismo como el movimiento de la pequeña burguesía se deforma la realidad histórica, ocultando el terreno verdadero en el que de verdad aquél se ha levantado. El fascismo canaliza todas las contradicciones que ponen en peligro al capitalismo, dirigiéndolas hacia la consolidación de éste. Contiene los deseos de tranquilidad del pequeño burgués, la desesperación del desempleado hambriento, el odio ciego del obrero desorientado y, sobre todo, la voluntad capitalista de eliminar todo factor perturbador de una economía militarizada, de reducir al máximo los gastos de mantenimiento de un ejército de desempleados permanentes.

En Alemania, el fascismo se ha edificado en el doble cimientto de las derrotas proletarias y de las necesidades imperiosas de una economía acorralada por una crisis económica muy profunda. Fue bajo el gobierno

Brüning, en particular, cuando el fascismo empezó su auge, en un momento en que los obreros se mostraron incapaces de defender sus salarios furiosamente atacados y los desempleados sus subsidios reducidos a golpes de decretos-ley. En las fábricas, en los tajos, los nazis creaban sus células de fábrica, no hacían ascos al empleo de huelgas reivindicativas, convencidos como estaban de que, gracias a los socialistas y a los centristas, esas huelgas nunca irían más allá de lo previsto; y fue en el momento en que el proletariado se declaraba vencido, en noviembre de 1932, antes de las elecciones convocadas por Von Papen que acababa de disolver el gobierno socialista de Prusia, cuando estalló la huelga de transportes públicos en Berlín, dirigida por fascistas y comunistas. Esta huelga destrozó al proletariado berlinés, pues los comunistas aparecieron ya incapaces de expulsar de ella a los fascistas, de ampliarla y de hacer que sirviera de señal para una lucha revolucionaria. La disgregación del proletariado alemán vino acompañada, por un lado, de un desarrollo del fascismo que volvió las armas de los obreros contra los obreros mismos y por otro lado, de medidas de orden económico, de ayuda creciente al capitalismo (recordemos a este respecto que fue Von Papen quien adoptó las medidas de subvención a las empresas que emplearan parados con derecho a disminuir los salarios).

En resumen, la victoria de Hitler en marzo de 1933 no necesitó la menor violencia: era la fruta madurada por socialistas y centristas, el resultado normal de una forma democrática caduca. La violencia sólo tuvo sentido tras la subida al poder de los fascistas, no ya como respuesta contra un ataque proletario, sino para prevenirlo para siempre. De ser una fuerza destrozada, disgregada, el proletariado iba a convertirse en factor activo de la consolidación de una sociedad orientada enteramente hacia la guerra.

Por eso los fascistas no podían limitarse a tolerar los órganos de clase incluso dirigidos como lo estaban por traidores, sino que debían extirpar hasta la menor huella de la lucha de clases para así machacar mejor a los obreros transformándolos en instrumentos ciegos de las pretensiones imperialistas del capitalismo alemán.

El año 1933 puede considerarse como el de la fase de realización sistemática de la labor de amordazamiento por parte del fascismo. Los sindicatos han sido aniquilados y sustituidos por consejos de empresa controlados por el gobierno. En enero de 1934 aparece el sello jurídico de esa labor: la Carta del Trabajo, que reglamenta el problema de los salarios, prohíbe las huelgas, instituye la omnipotencia de los patrones

y de los comisarios fascistas, realiza el enlace total de la economía centralizada con el Estado.

De hecho, si bien al capitalismo italiano le costaron varios años antes de dar a luz su “Estado corporativo”, el capitalismo alemán, más desarrollado, ha llegado a él rápidamente. El atraso de la economía italiana, en comparación con la del Reich, hizo difícil la edificación de una estructura social que contuviera automáticamente todos los eventuales sobresaltos de los obreros; en cambio, Alemania con una economía más desarrollada, pasó inmediatamente a la militarización de las relaciones sociales fuertemente enlazadas con los ramos de la producción controlados por comisarios de Estado.

En tales condiciones, el proletariado alemán, al igual que el italiano, ha dejado de tener existencia propia. Para volverse a encontrar con su conciencia de clase, deberá esperar a que las nuevas situaciones de mañana logren romper la camisa de fuerza con la que el capitalismo lo ha paralizado. En espera de ello, ahora no es ni mucho menos el momento de hacer proclamas utópicas sobre la posibilidad de una labor clandestina de masas en los países fascistas, política que ya ha hecho caer a muchos heroicos camaradas en manos de los verdugos de Roma o Berlín. Hay que considerar disueltas a las antiguas organizaciones que se reivindican del proletariado al haber quedado sometidas a los acontecimientos del capitalismo y pasar al trabajo teórico de análisis histórico, lo cual es previo a la reconstrucción de órganos nuevos que puedan llevar al proletariado a la victoria, gracias a la crítica viva del pasado.

BILAN, marzo de 1935.

Índice

Presentación7

Primera parte: 1919-1923

Centenario de la Revolución en Alemania11

Introducción: Revolución en Alemania - Hace cien años,
el proletariado hizo temblar a la burguesía.....13

I - Frente a la guerra, el proletariado revolucionario
actúa de acuerdo a sus principios internacionalistas23

II - 1918-1919: De la guerra a la revolución.....43

III - 1918-1919: La formación del partido,
la ausencia de la Internacional.....59

IV - 1918-1919: La guerra civil en Alemania.....81

V - El terror dirigido por la socialdemocracia contra
la clase obrera preparó el terreno al fascismo111

El sindicalismo revolucionario en Alemania131

I - La FVDG sindicalista-revolucionaria
durante la Primera Guerra Mundial133

II - El movimiento sindicalista revolucionario en la
Revolución Alemana de 1918-1919147

Segunda parte: 1919

Centenario de la Revolución en Hungría171

Introducción.....173

I - El ejemplo de Rusia en 1917 inspira
a los obreros húngaros181

II - La Revolución Húngara de 1919197

Tercera parte: Documentos históricos	213
I - Documento histórico: el programa del KAPD (1920)	
Introducción.....	215
Programa del Partido Comunista Obrero de Alemania (KAPD).....	221
II - Documento histórico: El aplastamiento del proletariado alemán y la ascensión del fascismo (1935).....	235
Introducción: La actualidad del método de <i>BILAN</i>	235
El aplastamiento del proletariado alemán y la ascensión del fascismo	239

